DEL AUTOR AL LECTOR

EL COMERCIO Y DISTRIBUCIÓN DEL LIBRO MEDIEVAL Y MODERNO

MANUEL JOSÉ PEDRAZA GRACIA (DIR.)

YOLANDA CLEMENTE SAN ROMÁN
NICOLÁS BAS MARTÍN
(EDS.)

...in culpa est

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

DEL AUTOR AL LECTOR
EL COMERCIO Y DISTRIBUCIÓN DEL LIBRO MEDIEVAL Y MODERNO

MANUEL JOSÉ PEDRAZA GRACIA
(DIR.)

YOLANDA CLEMENTE SAN ROMÁN
NICOLÁS BAS MARTÍN
(EDS.)

... in culpa est

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

DEL autor al lector : el comercio y distribución del libro medieval y moderno / Manuel José Pedraza Gracia (dir.) ; Yolanda Clemente San Román y Nicolás Bas Martín (eds.). — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017
213 p. : il. ; 24 cm. — (—In culpa est ; 3)
ISBN 978-84-16935-62-8 eISBN 978-84-17358-08-2

1. Libros–Comercio–Europa–Historia

PEDRAZA GRACIA, Manuel José
CLEMENTE SAN ROMÁN, Yolanda
BAS MARTÍN, Nicolás

655.4(4)«14/18»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Manuel José Pedraza Gracia, Yolanda Clemente San Román y Nicolás Bas Martín
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectora de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2017

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción por cualquier método de la totalidad o parte de la presente edición sin permiso escrito de los titulares del copyright. Por el contrario, se permite la reproducción de capítulos y textos con objetivos exclusivamente docentes para su uso ocasional en el aula, en cuyo caso se excluye el almacenamiento superior a un mes en un servidor.

Los autores se responsabilizan personalmente del cumplimiento de los códigos éticos y la legislación vigente, así como de la obtención de los permisos de copia de materiales ajenos.

Esta publicación se ha llevado a cabo con el apoyo de la Universidad de Zaragoza y de la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación del Ministerio de Economía y Competitividad por medio del proyecto «Sumptibus: edición, producción y distribución de libro en la Edad Media y en la Edad Moderna» FFI2014-55524-P.

Serie de la revista *Titivillus: …* In culpa est, n.º 3
Director de la serie: Manuel José Pedraza

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es http://puz.unizar.es

une

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 1384-2017

Índice

Manuel José PEDRAZA GRACIA
El mercado, la comercialización y la distribución
del libro medieval y moderno
11-14

Francisco J. DOCAMPO CAPILLA
Horas scriptas/horas de enprenta
producción y comercio de libros de horas en la Península Ibérica
15-36

Camino SÁNCHEZ OLIVEIRA
La distribución del libro como objeto de consumo entre y por particulares
37-61

Carlos CLAVERÍA LAGUARDA
Iste liber est meus: No vale nada
63-68

Trevor DADSON
La publicación y diseminación de obras de entretenimiento
en la España del siglo XVII
69-95

Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN
Los catálogos de venta de libros
una tipología editorial de la Edad Moderna
97-109

Nicolás BAS MARTÍN
Así nos vieron. Libros españoles en la Europa del siglo XVIII
(París y Londres)
111-143

Alberto GAMARRA GONZALO
El comercio del libro en España
desde la correspondencia de José Hidalgo (1805-1814)
145-213

El mercado, la comercialización y la distribución del libro medieval y moderno*

Manuel-José PEDRAZA-GRACIA
(Universidad de Zaragoza)

Desde una perspectiva evolutiva, el libro posee un número muy notable de facetas que se suelen analizar por separado, creación, producción, distribución, uso… tomando generalmente una dirección lineal, tal y como se ha expresado. Independientemente de otras muchas que podrían tratarse, cada una de ellas posee, a su vez, vertientes diversas y se pueden analizar desde muy diferentes fuentes y perspectivas.

El libro no se hace para permanecer en las baldas y armarios de una biblioteca, sino para que sea leído, usado y extraídos sus conocimientos o saboreadas sus aportaciones. Si bien es cierto que se trata del final del camino del libro, puede resultar ser también el principio: el libro que se produce es también el resultado de una demanda (supuesta, en la mayoría de los casos, o muy evidenciada). Estudiar, por consiguiente, el mercado, la comercialización y la distribución del libro es también imprescindible para analizar su producción.

El libro es, además, el vehículo por el que las ideas nuevas y viejas, recalcitrantes y revolucionarias, pro y contra se difunden por las tierras conocidas provocando acalorados recibimientos y enconados rechazos y persecuciones. Analizar estos fenómenos sin tener presente que esas ideas y

*Este trabajo se ha realizado con la ayuda del Proyecto «Sumptibus: edición, producción y distribución de libro en la Edad Media y en la Edad Moderna» FFI2014-55524-P del Ministerio de Economía y Competitividad.

creencias fueron embarcadas en esas carabelas del conocimiento que se llaman libros, puede resultar un esfuerzo bastante parcial.

Este volumen recopila un conjunto de investigaciones que fueron presentadas en las jornadas de trabajo "Del autor al lector: el comercio y distribución del libro medieval y moderno" celebradas el 5 de mayo de 2017 organizadas por el grupo de investigación del proyecto *Sumptibus: edición, producción y distribución del libro en las Edades Media y Moderna,* en colaboración con la Biblioteca Histórica "Marqués de Valdecilla" de la Universidad Complutense, mejoradas y ampliadas por el debate y las aportaciones cruzadas que surgen con las apreciaciones y matizaciones de los asistentes y de los propios participantes. Cada autor, cada aportación aborda el tema, bien sea desde una visión global de conjunto o bien sea profundizando en alguno de sus elementos, desde perspectivas diferentes, tanto por su campo científico de procedencia como por sus intereses específicos en el mismo. Se obtiene, de esta manera cooperativa, una perspectiva mucho más amplia que la que pueda ser ofrecida por cada una de las que cada participante sería capaz de mostrar por él mismo.

La trascendencia del libro de horas en la Edad Media y la primera modernidad (hasta que la implantación de Trento los hizo desaparecer en la práctica productiva) queda fuera de toda duda. Grandes talleres impresores y ciudades en concreto se especializaron en este tipo de libros de uso privado provistos de todos los aditamentos para mostrar las preferencias e importancia del poseedor. Javier Docampo se propone en su trabajo analizar qué representan los libros de horas en los reinos peninsulares del XV y del XVI, a pesar de los escasos ejemplares manuscritos e impresos conservados, desbrozando ideas erróneas de la verdadera presencia de los mismos en los territorios peninsulares de los reyes de las coronas de Aragón y Castilla bien sea mediante copias y ejemplares realizados en esos territorios como de los producidos fuera de ellos e importados para ser utilizados por los lectores hispánicos.

Resulta trascendente a los efectos de esta compilación el análisis que puede hacerse de la presencia de los libros que sirven al entretenimiento popular —novelas, comedias, poesía— y que hoy se calificarían como «de literatura» existentes en la bibliotecas del Siglo de Oro. El problema es abordado por Trevor Dadson que a partir de inventarios, en primer lugar, de libreros y editores, y finalmente de autores y notables de la época, sin olvidar los libros de Alonso Quijano, llega a la conclusión de que la trascendencia de los libros literarios es mucho mayor de la que revelan los trabajos que sobre inventarios *postmortem* se han realizado analizando espacios y cronologías específicas.

El comercio del libro tiene en el ámbito privado una vía de estudio que va ganando importancia conforme se han ido publicando nuevas investigaciones sobre el tema. Analizar cómo llegan los libros que posee un lector específico a su biblioteca desvela unos circuitos de relaciones de diverso tipo: personales, sociales, comerciales… que tienen trascendencia a la hora de apreciar cómo se

ha construido una colección bibliográfica, y también como consecuencia, cómo se ha podido dispersar. Se revela que los particulares —consumidores (sin actividades comerciales en el mundo del libro)— participan en ese proceso de diferentes maneras. Este análisis sobre la importancia de las relaciones personales se construye por parte de Camino Sánchez Oliveira a partir de la información relevante obtenida de los ejemplares y los inventarios de la biblioteca y la documentación del archivo particular de la Familia Belmonte-Chico de Guzmán recopilados, creados y recibidos por los miembros de esta familia y que se han datado desde el siglo XV hasta el siglo XIX.

Este trasiego de libros conforma nuevos valores que se incorporan a los ejemplares supervivientes. El libro antiguo posee una historia que añade valor al ejemplar y que casi siempre viene marcada y definida por sus poseedores y sus circunstancias. Carlos Clavería ofrece en su aportación la verdadera biografía de un libro —un ejemplar anónimo, sin más pretensiones que haber sido un libro por él mismo y por los que lo poseyeron—que según alguno de sus poseedores no valía nada. Se trata de un ejemplar de las *Obras* de Suetonio, publicada en 1539 en Lyon por Sébastien Gryphe. Retomando la idea de la distribución del libro entre particulares tomando como fuente los exlibris y las anotaciones de los poseedores (re)encuentra el camino por el que el ejemplar en cuestión transitó desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Los poseedores hablan del libro en él y el libro adquiere, así, valores informativos de gran trascendencia para el lector actual conforme cada uno de aquellos que lo hicieron suyo fueron dejando una huella que el autor del trabajo ha analizado de forma tan precisa como novedosa dando lugar a una «biografía bibliográfica» de los ejemplares anónimos.

El comercio y la distribución del libro están, sobre todo, en manos de los libreros. El librero, que cumple en muchas ocasiones la doble función de seleccionar la obra que se ha de imprimir y de distribuirla una vez impresa, de editor y —por supuesto— de librero, debe de ser considerado como una figura principal en el proceso creativo y evolutivo del libro. El comercio del libro como tal fenómeno social se trata en el trabajo de Alberto Gamarra Gonzalo que se centra en una fuente capital para conocer este mundo pero que ha dejado tan escaso rastro que se pueden contar con los dedos de las manos los documentos conservados: los libros de contabilidad de las librerías. El autor se concentra en los papeles conservados de la librería sevillana de José Hidalgo entre los años 1805 y 1826, de especial importancia por tratarse de un periodo cronológico que incluye la Guerra de la Independencia, ámbito de especial interés desde la perspectiva histórica en el que se fechan el mayor número de documentos conservados estudiados.

Otra fuente para el estudio de este mismo aspecto son los catálogos impresos que las propias casas editaban para ser difundidas por toda Europa y hacer llegar la noticia de las producciones bibliográficas almacenadas en sus tiendas a sus clientes. Yolanda Clemente Sanromán que identifica esta tipología o género editorial mediante los rasgos bibliográficos que poseen.

Analiza y descubre una evolución en su morfología y materialidad acorde a la que sufre el propio libro de la época. Estudia, también las características formales que poseen tanto por lo que se refiere a sus aspectos internos como por el condicionante que supone el público al que se dirigen.

Finalmente hay que tener presente que el libro es también un escaparate cultural, ideológico, social… El libro que se produce y distribuye en un espacio concreto proporciona una visión determinada de quienes lo han elaborado, del lugar en el que se ha fabricado y para el que se confeccionado. Nicolás Bas Martín se pregunta «¿cómo contribuyeron los libros españoles en la Europa del XVIII a modificar la imagen que los europeos tenían de España?» El autor muestra cómo la imagen que se trasmite es todavía la del país del Siglo de Oro, llena de tópicos, alejada de la modernidad, religiosísima, huérfana de cultura y, en cierta medida, tan claustrofóbica como exótica. En esta visión influye de manera principal el tipo de obras que llegan a Europa: libros de caballerías, novelas picarescas, las grandes obras de los dramaturgos del Siglo de Oro y, especialmente, el *Quijote*, sin incluir ninguno de los grandes trabajos científicos que se estaban haciendo en España. Así la España ilustrada pasó completamente desapercibida para los europeos contemporáneos. Los libros españoles que salían fuera son pocos y cuando llegan obras españolas lo hacen de la mano de traducciones hechas fuera de España.

Como puede apreciarse se trata de trabajos que inciden en aspectos muy diversos que en torno a este mundo de la distribución del comercio y la distribución del libro en las edades media y moderna pueden hacerse, pero que en su conjunto ofrecen una visión de interés y escasamente tratada en la bibliografía bibliográfica.

Horas scriptas/horas de enprenta: producción y comercio de libros de horas en la Península Ibérica

Javier DOCAMPO CAPILLA
(Biblioteca Nacional de España)

El libro de horas fue la tipología librería más extendida durante los más de trescientos años que van desde el segundo cuarto del siglo XIII, cuando surgen los primeros ejemplares, hasta la década de 1570, momento en que el movimiento de la Contrarreforma provocó que los libros de horas fueran prohibidos.[1] Sin embargo, su extensión no fue uniforme por toda Europa y se centró preferentemente en Francia y en los Países Bajos. En otros países, como Inglaterra o. Italia, su desarrollo fue menor y adoptó características específicas, mientras que en otras áreas, como los territorios germánicos, el libro de horas se vio eclipsado por otros libros de rezos, como el *liber precum*.[2]

Y mientras tanto, ¿qué ocurría en los reinos hispanos? La escasez de estudios generales ha impedido hasta ahora comprender la extensión del fenómeno y motivó, por ejemplo, que en una reciente e importante colección de estudios sobre el tema no se incluyera ninguno sobre los libros de horas de la Península Ibérica, lo que sin duda permitió que se vertiesen algunas conclusiones erróneas.[3]

---

[1] Sandra HINDMAN, «Books of hours: state of research: in memory of L. M. J. Delaissé», en Sandra HINDMAN, James H. MARROW (eds.), *Books of hours reconsidered*, Londres, Harvey Miller, 2013, pp. 5-16.

[2] Véase los distintos ensayos incluidos en HINDMAN, MARROW (eds.) *Books of hours reconsidered*.

[3] En HINDMAN, «Books of hours», p. 8 se afirma que los libros de horas surgieron con el estilo hispano-flamenco a finales del siglo XV, lo que sólo puede aplicarse a la Corona de Castilla y no al conjunto de los reinos peninsulares como veremos más adelante.

En las pocas ocasiones en las que algún autor se ha acercado al tema se ha comenzado señalando la escasez, tanto de libros de horas manuscritos como impresos en comparación con la abundancia en los países del norte de Europa.[4] Así, Ana Domínguez, en más reciente estudio de conjunto sobre libros de horas iluminados en los reinos hispánicos señalaba seis ejemplares para la Corona de Castilla, de los cuales sólo cuatro estaban localizados, y seis para la Corona de Aragón[5]. Aunque, como vamos a ver a continuación, esta cifra puede ser actualmente elevada a más del doble y todavía pueden aparecer algunos manuscritos nuevos, el número es sorprendentemente bajo.

Las razones de esta escasez son varias. La principal fue la poca atención que dedicaron a esta tipología los talleres de miniatura hispanos, entregados en esta fase tardía de la iluminación de manuscritos a otras tipologías como libros de coro y ejecutorias de hidalguía, para las que existía una elevada demanda. Por ello, aunque no sabemos si fue causa o efecto, los clientes españoles fueron, como veremos en otro apartado, muy aficionados a la importación de libros de horas, especialmente de los talleres flamencos. Estos clientes utilizaron también con frecuencia otras modalidades de libros de rezo, especialmente breviarios, en mayor medida que en otras zonas de Europa. Pero sin duda la razón más importante fue la persecución de la Inquisición, que debió provocar la destrucción de buena parte de los ejemplares que se conservaban en la Península antes de que llegara su prohibición definitiva.

Los libros de horas manuscritos

Corona de Aragón.

El interés por los libros de horas surgió en fecha más temprana en la Corona de Aragón que en el resto de la Península Ibérica. La razón más probable fueron las intensas relaciones comerciales que mantuvieron los comerciantes catalanes con los mercados del norte de Francia y el sur de los Países Bajos, especialmente con la ciudad de Brujas, donde tuvieron la oportunidad de adquirir libros de horas desde una fecha tan temprana como finales del siglo XIII.[6]

---

[4] Un estudio pionero fue el de Pedro LETURIA, «Libros de horas, Anima Christi y ejercicios espirituales en S. Ignacio», en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. XVII, 1948, pp. 3-49, especialmente en las pp. 3-16.

[5] Ana DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, «Libros de Horas de la Corona de Castilla: hacia un estado de la cuestión», *Anales de Historia del Arte*, 10 (2000), pp. 9-54.

[6] Javier DOCAMPO CAPILLA, «Talleres nórdicos y clientes hispanos: la llegada de libros de horas flamencos a la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)», en Matilde MIQUEL JUAN, Olga PÉREZ MONZÓN (eds.), *Ver y crear: obradores y mercados pictóricos en la España gótica (1350-1500)*, Madrid, La Ergástula, 2016, pp. 221-243.

También tenemos noticias documentales desde 1308 sobre algunos libros de horas que estuvieron en poder de miembros de la Casa Real aragonesa.[7] Posiblemente llegaron a sus manos a través de sus vínculos con la monarquía francesa, aunque desconocemos, dada la parquedad de las fuentes, si estos libros procedían de talleres del norte o estaban hechos por artistas locales. El primer libro de horas realizado en un taller peninsular que ha llegado hasta nuestros días es el *Libro de horas de María de Navarra* (Venecia, Biblioteca Marziana, cod. Lat. I. 104 (=12640),[8] encargado por el rey Pedro IV de Aragón (1319-1387) para su mujer María de Navarra y cuyas miniaturas son obra documentada de Jaume Ferrer Bassa y su taller entre 1340 y 1342.

No se conservan más libros de horas del siglo XIV y hay que esperar a comienzos del siglo XV para encontrarnos con nuevos ejemplares, destinados a una clientela fuera de los círculos cortesanos. El más temprano es el libro de horas conservado en el National Museum de Estocolmo (B. 1792), realizado a partir de 1405 para el monasterio de San Cugat del Vallès.[9] Hacia 1430-1440 se lleva a cabo el *Salterio-libro de horas de la familia Llobera* (Barcelona, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona, ms A-398),[10] que fue propiedad de una familia de mercaderes procedente de Solsona.

La abundante presencia de libros de horas de origen flamenco en los territorios de la Corona de Aragón provocará la aparición de productos locales que recogerán esta influencia septentrional. Es el caso del llamado *Libro de horas Sabasona*, que estuvo en la Chester Beatty Library de Dublín y cuyo paradero actual se desconoce[11] y que probablemente fue realizado en Barcelona.

También se imitaron otras modalidades de libros de horas flamencos, como las ilustraciones en grisalla, a menudo enriquecidas con el uso del azul y del oro que encontramos en un libro de horas conservado en una colección

---

[7] Joaquín YARZA, «María de Navarra y la ilustración del Libro de Horas de la Biblioteca Nazionale Marciana», en *Libro de Horas de la reina María de Navarra,* Barcelona, Moleiro, 1996, pp. 93-256.

[8] Rosa ALCOY, «Los maestros del Libro de Horas de la reina Maria de Navarra: avance sobre un problema complejo», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 34 (1988), pp. 105-134; YARZA, «María de Navarra y la ilustración del Libro de Horas de la Biblioteca Nazionale Marciana».

[9] Pere BOHIGAS, *La ilustración y la decoración del libro manuscrito en Cataluña. Contribución al estudio de la historia de la miniatura catalana. Período gótico y Renacimiento,* Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1965-1967, t. I, pp. 241-245; Josefina PLANAS BADENAS, *El esplendor del gótico catalán: la miniatura a comienzos del siglo XV,* Lleida, Universitat, 1998, pp. 78-87.

[10] Josefina PLANAS BADENAS, y Javier DOCAMPO CAPILLA, *Horae, el poder de la imagen: libros de horas en bibliotecas españolas*, Madrid, Orbis Mediaevalis, 2016, nº 47, pp. 376-383.

[11] SOTHEBY'S & CO, *The Chester Beatty Western manuscripts*, Londres, Sotheby's, 1968, nº 35, pp. 101-102, pl. 46.

particular catalana, que puede datarse hacia 1485.[12] Otra tipología imitada fueron las llamadas «horas negras», realizadas sobre hojas de pergamino teñidas de negro y que fueron hechas especialmente para miembros de la corte de Borgoña. Su correlato hispano se encuentra en las *Horas negras* de la Hispanic Society de Nueva York (Ms B. 251),[13] posiblemente encargado por la reina María de Castilla después de la muerte de su esposo Alfonso V de Aragón en 1458.

A comienzos del siglo XVI disminuyó la producción de libros de horas en la Corona de Aragón. El más importante es el *Libro de horas Almugávar* (Walters Museum, W.420) (Fig. 1),[14] realizado hacia 1510-1520 para un miembro de la familia catalana de igual nombre. Otros dos ejemplares, que han sido considerados en ocasiones como obra de talleres de la Corona de Aragón, parecen proceder en realidad de talleres castellanos. Nos referimos al *Libro de horas de los dolores de la Virgen* (Londres, British Library, Royal 2 A VII),[15] probablemente llevado a Inglaterra por Catalina de Aragón, y el *Libro de horas de Santa Isabel* (Basílica de Nuestra Señora del Pilar, joyero), un diminuto volumen (53 x 45 mm) con una rica encuadernación de orfebrería hecha en Valladolid, donde probablemente se realizó el manuscrito.[16]

Dentro de la Corona de Aragón, los libros de horas adquirieron un notable desarrollo en el reino de Valencia. El más antiguo es un libro de horas en catalán, el único conservado en esta lengua (Castellón, Biblioteca de la Societat Castellonenca de Cultura), datado a finales del siglo XIV.[17] Mucho más importante es el *Salterio-Libro de horas de Alfonso V de Aragón* (London, British Library, ms. Add. 28962), ricamente iluminado por Lleonard Crespí y

---

[12] CHRISTIE'S, *The Estelle Doheny Collection… Part II Medieval and Renaissance Manuscripts… december 2, 1987,* Londres, Christie's, 1987, nº 168, pp. 86-87; Francesca ESPAÑOL, *El gótic català*, Barcelona, Angle, 2002, p. 344; Josefina PLANAS BADENAS, «Un preludio del Renacimiento: el libro iluminado durante el período tardogótico en Cataluña», en Mª del Carmen LACARRA DUCAY, (ed.), *Arte de épocas inciertas: De la Edad Media a la Edad Contemporánea,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, pp. 285-339.

[13] Josefina PLANAS BADENAS, «Entre Flandes y la Corona de Aragón: las Horas Negras de la Hispanic Society of America», en *El Mediterráneo y el Arte Español: Actas del XI Congreso del CEHA,* Valencia, Comité español de Historia del Arte, 1998, pp. 80-86.

[14] Seymour de RICCI, W.J. WILSON, *Census of Medieval and Renaissance Manuscripts in the United States and Canada*, Nueva York, Kraus Reprint Corporation, 1961, vol. 1, nº 322, p. 808; R. S. WIECK, (ed.), *Time Sanctified: The Book of Hours in Medieval Art and Life*, 2nd ed., Nueva York, George Braziller, 2001, nº 118, p. 224; PLANAS BADENAS, «Un preludio del renacimiento», 2009, p. 303.

[15] Scot MCKENDRICK, «A European heritage: books of continental origin collected by the English Royal Family from Edward III to Henry VIII», en *Royal manuscripts: the genius of illumination*, Londres, British Library, 2011, p. 60.

[16] DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, «Libros de horas de la Corona de Castilla», 2000, p. 51.; Miguel HERMOSO CUESTA, (ed.), *La palabra iluminada: manuscritos iluminados conservados en Aragón*, Zaragoza, Caja Inmaculada, 2009, nº 44, p. 140.

[17] Germà COLON (ed.), *Llibre d'Hores,* Barcelona, Barcino, 1960.

terminado en 1443.[18] De la misma época son otros dos libros, uno conservado en la British Library (Egerton 2653)[19] y las *Horas de Alfonso de Borja* (Roma, Biblioteca de la Accademia dei Lincei e Corsiniana, 55.K.13, Cors, 1095).[20] La influencia flamenca es patente en otro libro de horas conservado en la British Library de Londres (Ms. Add. 18193),[21] realizado para una dama desconocida que aparece retratada en el fol. 143v.

En torno al *Libro de horas del Marqués de Dos Aguas* (Palma de Mallorca, Fundación Bartolomé March, MS 103-V1-3), cuyas Horas de la Virgen siguen un uso propio de Valencia,[22] ha sido agrupado un interesante conjunto de libros de horas valencianos, entre los que destacan las *Horas de Isabel de Vega* (Madrid, Biblioteca Nacional, Vitr/24/6), un manuscrito poco conocido que había sido considerado has hace poco una obra de origen flamenco[23] (Fig. 2); un libro de horas conservado en La Haya (Koninklijke Bibliotheek, 135 J 55)[24] y, por último, dos hojas sueltas procedentes de un libro de horas desaparecido

[18] Francesca ESPAÑOL, «El salterio y libro de horas de Alfonso el Magnánimo y el cardenal Joan de Casanova (British Library, Ms. Add. 28962)», *Locvs Amoenvs*, 6, (2002-2003), pp. 91-114; Josefina PLANAS BADENAS, «El Salterio-Libro de Horas del rey Alfonso de Aragón: algunas reflexiones sobre su organización textual y el programa iconográfico que lo ilustra», en Sophie BROUQUET, Juan V. GARCÍA MARSILLA, (eds.), *Mercados del lujo, mercados del arte. El gusto de las élites mediterráneas en los siglos XIV y XV*, Valencia, Universitat, 2015, pp. 211-237.

[19] BOHIGAS, *La ilustración y la decoración del libro manuscrito en Cataluña* t. II, pp. 24-29, Nuria RAMÓN MARQUES, *La iluminación de manuscritos en la Valencia gótica (1290-1458)*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Esport, 2007, pp. 36, 78-81.

[20] Francesca MANZARI, «Un libro de horas iluminado para Alfonso de Borja: influencias de los grabados alemanes en la miniatura de la Corona de Aragón a mediados del siglo XV», en Mª del Carmen LACARRA DUCAY, *La miniatura y el grabado de la Baja Edad Media en los archivos españoles*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 203-224.

[21] BOHIGAS, *La ilustración y la decoración del libro manuscrito en Cataluña.* t. II, p. 95.

[22] Amparo VILLALBA DÁVALOS, *La miniatura valenciana en los siglos XIV y XV*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial de Valencia, 1964, pp. 179-185; F. M. GIMENO BLAY, *Un libro de horas de la casa de Dos Aguas: (El manuscrito 103-V 1-3 de la Biblioteca Bartolomé March de Mallorca)*, Valencia: Grupo de Arte y Bibliofilia, 1993.

[23] Jesús DOMÍNGUEZ BORDONA, *Manuscritos con pinturas: notas para un inventario de los conservados en colecciones públicas y particulares de España,* Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1933, t. I, p. 414, n. 971; José JANINI, José SERRANO, *Manuscritos litúrgicos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1969, p. 268, n. 214; DOCAMPO CAPILLA, «Talleres nórdicos y clientes hispanos», p. 252.

[24] François AVRIL, «Horas al uso de Roma», en Mauro NATALE, (ed.), *El Renacimiento mediterráneo: viajes de artistas e itinerarios de obras entre Italia, Francia y España en el siglo XV*, Madrid, Museo Thyssen Bornemisza, 2001, pp. 219-221 y MANZARI, «Un libro de horas iluminado para Alfonso de Borja», pp. 207-208.

que se encuentran en Cambridge (Fitzwilliam Museum, Marlay cuttings, Sp. 1a-b).[25]

Corona de Castilla

Los primeros libros de horas castellanos parecen haber sido iluminados en el taller de Juan de Carrión, el miniaturista más importante de mediados del siglo XV y documentado en los libros de coro de la catedral de Ávila. El más conocido es el *Libro de horas del Infante Don Alfonso*, hermano de Isabel la Católica (Nueva York, Pierpont Morgan Library, M 854),[26] fechable entre 1465 y 1468. Otros libros importantes salidos del taller son el llamado *Libro de horas de Londres-Berlín*, porque se encuentra dividido entre ambas ciudades (British Library, Add. ms. 50004; Kupfertischkabinett, ms. 78 A 26),[27] el conservado en la Biblioteca de la Universidad de Barcelona (Ms. 184),[28] un libro de horas de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Vit. 11)[29] y un libro de horas con dieciocho miniaturas a página completa en grisalla aparecido recientemente en el comercio.[30]

Otros libros de horas pueden inscribirse dentro de la corriente hispano-flamenca pero no pueden atribuirse a Carrión o su taller. El más interesante de todos ellos es el *Libro de horas Zúñiga* (El Escorial, Vit. 10),[31] probablemente ilustrado en Toledo por dos miniaturistas para Gutierre de Sotomayor y Zúñiga en los últimos años del siglo XV. En la misma ciudad debió realizarse el *Libro de horas Sandoval*, recientemente aparecido en el mercado (París, Les

[25] Nigel MORGAN, Stella PANAYOTOVA, *A catalogue of Western Book Illumination in the Fitzwilliam Museum and the Cambridge Collegues*, *Part 2, vol. 2. Italy and the Iberian Peninsula*, Londres, Harvey Miller, 2011, nº 376, p. 307.

[26] Fernando VILLASEÑOR SEBASTIÁN, «El Libro de Horas del infante don Alfonso en el contexto de la iluminación tardogótica de la Península Ibérica», *Titivillus: Revista Internacional sobre Libro Antiguo*, nº 1, (2015), pp. 89-100.

[27] DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, «Libros de horas de la Corona de Castilla», pp. 33-37; Fernando VILLASEÑOR SEBASTIÁN, *El libro iluminado en Castilla durante la segunda mitad del siglo XV*, Segovia, Caja Segovia, 2009, pp. 123-126; P. WESCHER, «An illuminated manuscript by Juan de Carrión», *The Burlington Magazine* CCCXX, (1929), p. 23l; Lynette M. F. BOSCH, «Iluminación en Ávila y Segovia durante el siglo XV: los libros litúrgicos del grupo Juan de Carrión», *Archivo Español de Arte,* 256 (1991), pp. 478-483.

[28] PLANAS BADENAS y DOCAMPO CAPILLA, *Horae, el poder de la imagen*, nº 48, pp. 387-392, con toda la bibliografía anterior

[29] PLANAS BADENAS y DOCAMPO CAPILLA, *Horae, el poder de la imagen*, nº 49, pp. 393-397, con toda la bibliografía anterior.

[30] *In pursuit of masterpieces: a selection of illuminated manuscripts and early printed books*, Basilea, Jörn Gunther, 2016, nº 9, pp. 26-29.

[31] PLANAS BADENAS y DOCAMPO CAPILLA, *Horae, el poder de la imagen*, nº 50, pp. 398-404, con toda la bibliografía anterior.

Enluminures),[32] decorado con grisallas y probable obra de un discípulo del pintor y miniaturista Jorge Inglés y realizado hacia 1475.

Salamanca pudo ser otro centro de realización de libros de horas iluminados ya que conocemos al menos un caso: las *Horas Atalaya*, que estuvieron en la Chester Beatty Library y ahora se encuentran en el Philadelphia Museum of Art (1945-65-17)[33] y en cuyo fol. 467r puede leerse: «Salmanticae scripsit». El estilo de sus miniaturas se halla, sin embargo, más cercano al de los talleres de Burgos.

Algunos libros de horas castellanos muestran características eclécticas. Es el caso de un libro vendido en Sotheby's in 2007,[34] cuya escritura e iluminación apuntan claramente a un origen hispano aunque el calendario no incluye santos venerados en España; pudo ser realizado para un español residente en Italia. De la misma manera el *Libro de horas de Fernando de Acuña* (Cambridge. Fitzwilliam Museum, Ms. McClean, 74)[35] fue copiado por el escriba Rodrigo de Ávila, que firmó el colofón, pero el estilo de sus miniaturas es claramente italiano.

Los últimos libros de horas manuscritos castellanos fueron realizados en Toledo en la primera mitad del siglo XVI. El manuscrito iluminado más importante de este periodo fue el *Misal Rico de Cisneros* (Madrid, Biblioteca Nacional, mss/1540-1546), documentado entre 1504 y 1518. Su principal miniaturista, Bernardino de Canderroa, realizó un libro de horas que se encuentra en la Hispanic Society of New York (ms. HC: 380/567).[36] Canderroa también colaboró con otros miniaturistas más jóvenes en el *Breviario de Carlos V* (Escorial, vit. 4-7). Uno de estos miniaturistas, el llamado Maestro del Breviario de Carlos V, iluminó un libro de horas en la Biblioteca de la Universidad de Uppsala[37] hacia el segundo cuarto del siglo XVI escrito en castellano y latín (Fig. 3). Por último puede citarse las diminutas *Horas de Isabel de Portugal*, esposa del emperador Carlos V,[38] con miniaturas en grisalla que

---

[32] Sandra HINDMAN, «Treasuring the medieval past: a primer on collecting Books of Hours», in *Fine Books & Collections*, autumn (2016), pp. 32-37.

[33] SOTHEBY. *Catalogue of the renowned collection of Western manuscripts the property of A. Chester Beatty*, Londres, 1933, lot. 55, pp. 113-114; James R. TANIS (ed.) *Leaves of gold: manuscript illumination from Philadelphia collections*, Philadelphia Museum of Art, 2001, p. 118, n.5.

[34] SOTHEBY'S. *Western manuscripts and miniatures, including the Ottheinrich Bible*, Londres, 4 December 1968, nº 61, pp. 156-159.

[35] MORGAN, PANAYOTOVA, *A catalogue of Western Book Illumination in the Fitzwilliam Museum and the Cambridge Collegues, Part 2, vol. 2. Italy and the Iberian Peninsula*, nº 375, pp. 304-306.

[36] Josefina PLANAS BADENAS, «Bernardino de Canderroa y un libro de horas de la Hispanic Society of America», *Goya: revista de arte*, 281 (2001), pp. 67-78.

[37] Paul HÖGBERG, «Manuscrits espagnols dans les bibliothèques suedoises», *Revue Hispanique*, 36, (1916), pp. 377-474., pp. 424-429; Jesús DOMÍNGUEZ BORDONA, Juan AINAUD DE LASARTE, *Miniatura, grabado y encuadernación*, Madrid, Plus-Ultra, 1962, p. 211.

[38] CHRISTIE'S. *The Estelle Doheny Collection*, 1987, nº 175, pp. 104-105.

parecen próximas al estilo de los iluminadores Diego de Arroyo y Francisco de Buitrago.

La importación de libros de horas manuscritos y los ejemplares híbridos

Como ya hemos señalado la masiva importación de libros de horas procedendes fundamentalmente de los talleres flamencos, pero también de otras zonas europeas, fue uno de los factores que motivó la escasez de encargos a los talleres peninsulares.[39] Estos encargos tuvieron a menudo un carácter personalizado, que se tradujo en precisas demandas tanto en los textos como en el idioma empleado, la inclusión de determinados giros u oraciones y, sobre todo, en la incorporación de imágenes específicas, que iban desde los habituales elementos heráldicos a la selección de ciertas escenas devocionales. El carácter comercial de buena parte de la producción flamenca del período facilitaba además la posibilidad de incluir miniaturas a gusto del cliente, que, por esa razón, se realizaban en folios sueltos con los versos en blanco. También se dejaban a veces espacios vacíos a lo largo de la secuencia del manuscrito para que los compradores pudieran añadir sus retratos, escudos, emblemas, etc. Se trata pues de libros de horas híbridos, en los que la confección flamenca o francesa se ve alterada por añadidos y modificaciones encargados por los clientes hispanos.

Al igual que en el caso de la producción autóctona, el fenómeno de la importación se produjo en la Corona de Aragón en fechas más tempranas que en Castilla y contamos con ejemplos al menos desde finales del siglo XIII, como el libro de horas francés que pasó por la Galería *Les Enluminures* de París (BOH 74) y que estuvo en manos de un comerciante catalán.[40] A lo largo del siglo XIV el comercio catalán con el norte de Europa se centró sobre todo en los Países Bajos meridionales y especialmente en la ciudad de Brujas. Allí se iluminó hacia 1380 un libro de horas (Oxford, Bodleian Library, ms. Canon Liturg. 251) para un cliente catalán, según manifiestan una serie de rúbricas en esa lengua.[41]

---

[39] Hemos tratado este tema en dos trabajos: Javier DOCAMPO CAPILLA, «La importación de manuscritos iluminados y su influencia en la miniatura de la Península Ibérica: 1470-1570», en Joaquín YARZA LUACES (ed.) *La miniatura medieval en la Península Ibérica*, Murcia, Nausicaa, 2007, pp. 255-311 y «Talleres nórdicos y clientes hispanos: la llegada de libros de horas flamencos a la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)».

[40] Sandra HINDMAN y Ariane BERGERON-FOOTE, *An intimate art: 12 books of hours for 2012*, Londres, 2012 (*Les Enluminures,* catalogue 17), nº 1, pp. 18-33.

[41] Maurits SMEYERS, *L'art de la miniature flamande du VIIIe au XVIe siècle,* Tournai, 1998, pp. 200-201; P. BOHIGAS, «El repertori de manuscrits catalans»*, Estudis Universitaris Catalans*, XII (1927), pp. 414-415; A. OLIVAR, «Els manuscrits litúrgics de procedència catalana conservats fora de Catalunya», *Miscel·lània Històrica Catalana*, *Homenatge al pare Jaume Finestres Historiador de Poblet, Scriptorium Populeti,* 3 (1970), p. 33, nº 26; J. PLANAS BADENAS, «El libro

En la primera mitad del siglo XV aumentó el gusto de los clientes catalanes por los libros de horas iluminados en Brujas, dentro de una corriente general de interés hacia el arte de los Países Bajos. Existen ejemplos desde las primeras décadas del siglo, como un libro de horas que pasó por el comercio hace unos años,[42] en el que se personalizó el calendario mediante el añadido de algunos santos catalanes o la indicación de los nombres en catalán de los meses. Asimismo distintos libros de horas encargados al taller del miniaturista Willem Vrelant contienen textos en catalán o santos de este origen. Es el caso de un libro de horas dividido en tres fragmentos en la Newberry Library de Chicago (ms. 39) y en la Bibliothèque Royale de Bruselas (ms. IV. 35 y ms. IV. 375),[43] de otro libro de horas conservado en Waddesdon Manor (The James A. de Rothschild Collection, ms. 9)[44] o del *Libro de Horas de Juana Enríquez*, esposa de Juan II y madre de Fernando el Católico, más conocido, sin embargo, como *Libro de Horas de Isabel la Católica*, ya que también estuvo en su poder, como herencia de su suegra (Madrid, Real Biblioteca).[45]

Desde mediados del siglo XV los catalanes comenzaron a perder importancia en el comercio con Flandes pero, aunque en menor medida, continuaron comprando libros de horas. Ejemplos significativos son el libro de horas conservado en el Fitzwilliam Museum de Cambridge (Ms. 268), fechable hacia 1475,[46] que debió realizarse para un nativo de la Corona de Aragón, dada

---

de horas del Obispo Morgades: precisiones estilísticas sobre una obra de factura flamenca», *Locus Amoenus*, 5 (2000-2001), pp. 67-75.

[42] R. S. WIECK, *Picturing Piety: the Book of Hours*, Londres, 2007 (*Les Enluminures*, catalogue 13), nº 18, pp. 180-189.

[43] *La miniature flamande: le mécénat de Philippe le Bon*, Bruselas, Bibliothèque Royale de Belgique, 1959, nº 217-218, pp. 165-166 ; L. GILISEN, «Membra disjecta d'un livre d'heures en latin et catalan», *Scriptorium*, XIV, 2, (1960); L M. J. DELAISSE, «Un copista español, un miniaturista holandés y un manuscrito flamenco en la Newberry Library», *Revista de Llibreria Antiquària*, 8 (1984), pp. 20-21; B. BOUSMANNE «*Item a Guillaume Wyelant aussi enlumineur»: Willem Vrelant: un aspect de l'enluminure dans les Pays-Bas méridionaux sous le mécénat des ducs de Bourgogne Philippe le Bon et Charles le Téméraire,* Turnhout, Brépols, 1997, pp. 237-238 y 240-241.

[44] L. M. J. DELAISSÉ, J. MARROW; J. de WIT, *The James A. de Rothschild Collection at Waddesdon Manor: illuminated manuscripts*, Fribourg, 1977, pp. 181-214 y BOUSMANNE *«Item a Guillaume Wyelant aussi enlumineur»*, pp. 311-312.

[45] Ana DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, *Libro de Horas de Isabel la Católica*, Madrid, Testimonio, 1991; Gregory T. CLARK, *The Hours of Isabel la Católica, the facsimile edition*, Madrid, Testimonio, 1997; BOUSMANNE, *«Item a Guillaume Wyelant aussi enlumineur»*, pp. 183-186 y 269-270.

[46] Thomas KREN; Scot MCKENDRICK, *Illuminating the Renaissance: the triumph of Flemish manuscript painting in Europe*, Los Angeles, J. Paul Getty Museum, 2003, nº 52, p. 219; Gregory T. CLARK, «The Master of Fitzwilliam 268: new discoveries and new and revisited hypotheses», en Elizabeth MORRISON, Thomas KREN (eds.), *Flemish manuscript painting in context: recent research*, Los Angeles, J. Paul Getty Museum, 2006, pp. 123-134; Nigel MORGAN, Stella PANAYOTOVA, *A Catalogue of Western Book Illumination in the Fitzwilliam*

la presencia de un escudo con las armas del Reino en el fol. 138v, o el *Libro de Horas de Isabel de Aragón* (Cambridge University Library, Add. Ms. 4100), obra del Maestro de los Libros de Oraciones de hacia 1500.[47]

La mayor presencia de los castellanos en el comercio con Flandes motivó que a partir de mediados del siglo XV los libros de horas flamencos fueran adquiridos ante todo por clientes de Castilla. Los ejemplos más importantes proceden de monarcas y altos prelados, como el *Libro de Horas de Isabel la Católica* conservado en el Cleveland Museum of Art (CMA 63.256),[48] el pequeño *Libro de Horas de Juana de Castilla*, (Londres, British Library, Add. Ms. 18852)[49] o el *Libro de horas de Juan Rodríguez de Fonseca* (Zaragoza, Real Seminario de San Carlos, inv. 6209).[50] A todos ellos se les añadieron retratos o escudos para singularizarlos.

Algunos libros de horas flamencos recibieron también oraciones escritas en español. Es el caso de las llamadas *Horas Emerson-White* (Houghton Library de Harvard, Mss. Typ. 443-443.1),[51] un lujoso libro iluminado hacia 1480 por algunos de los mejores miniaturistas flamencos del momento. No debió ser hecho en primer lugar para un cliente español, ya que ni el calendario ni los santos de la Letanía apuntan a un origen hispano, pero a finales del siglo XV se le añadieron oraciones en castellano al final del libro, escritas por dos escribas distintos. También se encuentran oraciones en castellano en un libro de horas flamenco conservado en la Biblioteca Vaticana (Capponi 218, fols. 232r-246r,

Museum and the Cambridge Colleges, *Part 1, vol. 2. The Meuse Region, Southern Netherlands*, Londres, 2009, nº 214, pp. 173-175.

47 Lieve de KESEL, «Cambridge University Library ms. Add. 4100: a book of hours illuminated by the Master of the Prayer Books of circa 1500», *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society*, vol. X, part 2 (1992), pp. 182-202; Patrick ZUTSHI, «The Provenance of the so-called Hours of Isabella of Aragon», *The Cambridge Illuminations: The conference papers*, Londres, 2007, pp. 255-265.

48 Patrick M. de WINTER, «A Book of Hours of Queen Isabel la Católica», *Bulletin of the Cleveland Museum of Art*, (1981), pp. 342-427; KREN, MCKENDRICK, *Illuminating the Renaissance*, nº 91, pp. 321-324; Lieve de KESEL, *The Hours of Queen Isabella the Catholic: The Cleveland Museum of Art, Cleveland/Ohio, Leonard C. Hanna Jr. Fund 1963.256*, Gütersloh, Faksimile Verlag, 2013.

49 KREN, MCKENDRICK, *Illuminating the Renaissance*, nº 114, pp. 385-386; Anne Margreet W. AS-VIJVERS, *Re-Making the margin: the Master of the David Scenes and Flemish Manuscript Painting around 1500*, Turhhout, Brépols, 2013. pp. 251-260 y Eberhard KÖNIG, Scot MCKENDRICK, *Libro de Horas de Juana la Loca*, Madrid, Patrimonio, 2015.

50 Joaquín BOSQUE MAUREL, Joaquín PARDO CAJAL, «Dos Libros de Horas con miniaturas conservados en Zaragoza», *Seminario de Arte Aragonés*, I, 1945, pp. 51-70; Joaquín YARZA LUACES, «Dos mentalidades, dos actitudes ante las formas artísticas: Diego de Deza y Juan Rodríguez de Fonseca», en *Jornadas sobre la catedral de Palencia*, Diputación Provincial, Palencia, 1989, pp. 105-142; y Javier DOCAMPO CAPILLA, «Libro de horas de Juan Rodríguez de Fonseca» en *Erasmo en España: la recepción del humanismo en el primer renacimiento español*, Madrid, SEACEX, 2002, pp. 340-341.

51 Roger S. WIECK, *Late Medieval and Renaissance Illuminated Manuscripts 1350-1525 in the Houghton Library*, Cambridge (Mass.), Harvard College Library, 1983., pp. 50-51 y 133-134; KREN, MCKENDRICK, *Illuminating the Renaissance*, nº 32, pp. 169-173.

258r-260r)[52] y en el llamado *Libro de horas de Isabel de Valois* (Madrid, Museo Arqueológico Nacional), una obra francesa del grupo Bellemare, a la que en los folios finales se le añadieron también dos oraciones, probablemente en un taller español.[53]

Para adaptarse a las necesidades y devociones de los clientes hispanos los libros de horas flamencos no sólo fueron modificados en sus talleres de origen. En la Península Ibérica se produjeron también distintos fenómenos que permitieron crear códices híbridos con el objetivo de satisfacer los gustos locales. El primero de estos fenómenos fue la importación de miniaturas sueltas para insertarlas en códices hispanos y darles así el aspecto de flamencos. Puede observarse este hecho en Castilla, en libros de horas realizados para miembros de la Casa Real, como el *Libro de horas de Isabel de Portugal* (San Marino, Huntington Library, HM 1162)[54] (fig. 4), probablemente realizado en el mismo taller en el que se realizó el *Breviario de Carlos V* (Escorial, Vit. 4 a 7), con el que guarda numerosas similitudes. En el libro se incluyeron cinco miniaturas procedentes del taller de Simon Bening, que fueron pegadas y adaptadas sobre el códice español. El conjunto puede ser fechado entre 1526 y comienzos de los años 30. El fenómeno está también documentado en la Corona de Aragón, de dónde proceden las llamadas *Horas de Doña Violante*,[55] un libro de horas realizado en Valencia en el que se insertaron una serie de miniaturas flamencas

En otras ocasiones el proceso fue el contrario y los libros de horas flamencos importados por los clientes hispanos recibían nuevas miniaturas hechas en talleres de la Península. Un ejemplo temprano es el conservado en el Walters Art Museum de Baltimore (W. 270)[56] (fig. 5), que fue realizado en Brujas hacia 1440-50 y que debió quedar inacabado. En ese estado sería importado a la Península Ibérica, donde recibió siete folios iluminados con escenas a página completa dentro de un estilo que ha sido considerado español, aunque más que castellano parece proceder de un taller valenciano. La costumbre también afectó a libros de horas italianos como el *Libro de horas de Isabel la Católica* (La Haya, Koninklijke Bibliotheek, Ms. 76 F 6) que fue comenzado a finales del siglo XIV para Gian Galeazzo Visconti, duque de

---

[52] Giovanni MORELLO, *Libri d'ore de la Biblioteca Apostolica Vaticana*, Zurich, Belser Verlag, p. 78.

[53] PLANAS BADENAS y DOCAMPO CAPILLA, *Horae, el poder de la imagen*, nº 22, pp. 188-193, con toda la bibliografía anterior.

[54] Consuelo DUTSCHKE, *Guide to Medieval and Renaissance Manuscripts in the Huntington Library*, San Marino, 1989, vol. 2, pp. 497-501; KREN, MCKENDRICK, *Illuminating the Renaissance*, nº 151, pp. 470-471.

[55] SOTHEBY'S, *Medieval and Renaissance Manuscripts*, London, 7 July 2015, Londres, Sotheby's 2015, nº 80, pp. 56-59

[56] Lilian M. C. RANDALL, *Medieval and Renaissance Manuscripts in the Walters Art Gallery*, vol. 3, Belgium, 1250-1530. Part 1, Baltimore, London, Johns Hopkins University Press in association with the Walters Art Gallery, 1997, nº 239, pp. 181-186.

Milán, pero quedó inacabado a su muerte en 1402.[57] A su llegada a Castilla se le añadieron también una serie de miniaturas españolas, la mayor parte orlas con decoración vegetal e iniciales del mismo tipo.

Los libros de horas impresos

Los libros manuscritos, aún los más modestos, eran todavía prohibitivos para las capas más humildes de la población. El problema comenzó a solucionarse con la llegada de la imprenta. Especialmente en París y en otros centros franceses como Amiens y Rouen algunos talleres encontraron en los libros de horas uno de los pilares del negocio, junto con otros libros populares: abecedarios, romances y otras ficciones populares, guías para la salud, etc.

En un principio las fronteras entre manuscritos e impresos eran confusas para los clientes. Como es bien sabido, el diseño general de los nuevos productos de la imprenta imitaba a los manuscritos. Pero es que además muchos ejemplares se imprimían en pergamino y algunos de los grabados se iluminaban. Por otra parte ambos tipos de libros eran vendidos por los mismos libreros y, en algunos casos, se llegaban a encuadernar juntos manuscritos e impresos.

La imprenta condujo lógicamente a una estandarización aún mayor de los libros de horas. Se impuso el uso de Roma en las horas de la Virgen frente al abanico de usos locales que fue frecuente en los manuscritos a lo largo de los siglos XIV y XV, especialmente en Francia. Lo mismo ocurrió en calendarios y letanías en donde se impusieron los santos de culto más extendido. Las únicas posibilidades de individualización de los impresos vinieron de la adición de miniaturas, de elementos heráldicos o de encuadernaciones con super libris.

Es difícil calcular el número de libros de horas que se imprimieron. Ciñéndonos al territorio francés y a partir del estudio clásico de Bohatta,[58] que estudiaba los ejemplares que han llegado hasta nuestros días, fueron 1.585 las ediciones publicadas en toda Francia entre 1470 y 1599, de las que 1.399 salieron de las imprentas de París. Sin embargo, como ha señalado Reinburg el cálculo parece un poco exagerado[59] y según han demostrado estudios

---

[57] A. W. BYVANCK, *Les principaux manuscrits à peintures de la Bibliothèque Royale des Pays-Bas et du Musée Meermanno-Westreenianum à La Haye*, París, 1924. pp. 36-41 y A. W. BYVANCK, «Les principaux manuscrits à peintures conservés dans les collections publiques du Royaume des Pays Bas» en *Bulletin de la Societé Française de Reproductions de Manuscrits à Peintures*, 1931, pp. 5-115., p. 48; Amalia SARRIA [ed.], *Los reyes bibliófilos*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1986. nº 51.

[58] Hans BOHATTA, *Bibliographie der Livres d'Heures (Horae B.M.V.), Officia, Hortuli animae, Coronae B.M.V., Rosaria und Cursus B.M.V. des XV. und XVI. Jahrhunderts*, 2º ed., Vienna, verlag Von Gilhofer und Ranschburg, 1924.

[59] Virginia REINBURG, *French books of hours: making an archive of prayer*, Cambridge University Press, 2012, p. 38.

posteriores en algunas ocasiones dos ejemplares de la misma edición quedaron catalogados como dos ediciones separadas. A continuación hay que establecer la tirada de estos libros, que oscila entre la horquilla de 1000-1500 establecida por Fevre y Martin de forma genérica[60] a la de 300-600 señalada por Parent[61] para los libros litúrgicos. No obstante podemos suponer que la popularidad de los libros de horas debió llevar aparejadas tiradas altas. Tenemos ejemplos de obras similares, como breviarios, que fueron objeto de tiradas de 1.500 ejemplares.[62] Así, según estos parámetros y de manera muy aproximada podemos señalar que los libros de horas impresos en este periodo, especialmente en Francia, ascendieron a unos 700.000 ejemplares.

Por otra parte cabe observar una progresiva disminución en el número de ediciones a lo largo de todo el siglo XVI, que se debió a varias razones. En primer lugar se produjo una saturación del mercado. Los libros de horas se mantenían dentro de las familias y pasaban de unas generaciones a otras; sus textos seguían siendo útiles y por ello no era necesario adquirir nuevos ejemplares. Otro factor importante pudo ser el incremento de ediciones de otros libros devocionales, especialmente en francés. El libro de horas, por decirlo así, encontró nuevos competidores. Por último el Concilio de Trento (1545-1563) y el movimiento contrarreformista se encargarían de dar la puntilla final a de los libros de horas, como veremos en el apartado final.

Los libros de horas continuaron vendiéndose en librerías, aunque en algunos casos los escribas tenían sus propias tiendas, costumbre que pervivió entre los impresores. También se vendían en tiendas generales junto con otras mercancías para el ajuar doméstico. Asimismo, existían mercaderes ambulantes (*colporteurs*, buhoneros) que vendían libros populares especialmente en las ciudades pequeñas y en el medio rural, donde no llegaban los libreros convencionales.[63]

Los precios variaban enormemente dependiendo de loa tamaños, del material en el que estaban impresos, del número de ilustraciones, de si se vendían encuadernados o no… La principal fuente en Europa son los inventarios *post-mortem*, especialmente en París y en Amiens, aunque la parquedad de las descripciones y los distintos sistemas monetarios obligan a tratar estas informaciones con cuidado. También los inventarios de libreros arrojan informaciones interesantes.

Unos los análisis más exhaustivos ha sido realizado a partir de los inventarios *post mortem* de la ciudad de Amiens entre 1503 y 1576, en donde se

---

[60] Lucien FEBVRE, Henri-Jean MARTIN, *La aparición del libro*, México, FCE, Libraria, 2005, p. 253.

[61] Annie PARENT, *Les métiers du livre à Paris au XVIe siècle (1535-1560)*, Ginebra, Libraire Droz, 1974, cuadro entre las pp. 136 y 137 y p. 141 n. 5.

[62] *Breviarium*, Venecia, Mateo Capcasa, 1491. Según Konrad HAEBLER, *Introducción al estudio de los incunables*, Madrid, Ollero & Ramos, 1995, p. 215.

[63] FEBVRE, MARTIN, *La aparición del libro*, pp. 277-279.

han recogido 4.442 inventarios en los que aparecen 491 libros de horas,[64] El sistema monetario empleado era la *livre tournois*, que equivalía a 20 *sous tournois* y a 240 *deniers tournois*. Los datos arrojan una amplísima variedad de precios que oscilarían entre menos de 3 *sous tournois* y 20 *livres tournois*, es decir una distancia de 1 a 133, que podemos suponer corresponde a la diferencia entre un modesto libro de horas impreso y un manuscrito ricamente iluminado.

Libros de horas impresos en la Península Ibérica.

Frente a las enormes cifras de la producción francesa el panorama peninsular es mucho más modesto y de nuevo nos encontramos con la misma escasez de ejemplares conservados que afectaba a los libros de horas manuscritos.[65] Las razones debieron ser similares, es decir, por un lado unos talleres de imprenta de tamaño más modesto que los del norte de Europa, la competencia de estos talleres, que llenaron el mercado hispano con libros de horas en latín e incluso en español y, por último, la acción destructora del Santo Oficio. Hay que recordar que a lo largo del siglo XV la importación de libros, tanto manuscritos como impresos se vio favorecida por la exención de impuestos, que alcanzó la categoría de ley en las Cortes de Toledo de 1480.[66]

Al igual que ocurrió con los manuscritos, algunos de estos libros de horas impresos en Francia estaban destinados para su uso en España. Dejando aparte el caso obvio de las ediciones en español, algunas de las ediciones en latín fueron también adaptadas para los clientes hispanos. Así tenemos el caso de una edición de Thielman Kerver fechada en París el 23 de junio de 1507,[67] que contiene una oración en español (sig. t3v) y cuyo calendario incluye una serie de santos de localidades de la Corona de Aragón. Por otra parte algunas ediciones en español contienen elementos que refuerzan su conexión con clientes hispanos. Es el caso del R/31044 de la Biblioteca Nacional, un ejemplar de *Las horas de Nuestra señora*, impreso en París por Thielman Kerver el 30 de abril de 1502, cuya última hoja tiene en el verso el escudo de los Reyes Católicos.

El *Gesamkatalog der Wiegendrucke*[68] señala ocho ediciones de libros de horas publicados en la Corona de Aragón durante el período incunable, de las que

---

[64] Según Albert LABARRE, *Le livre dans la vie amiénois*e *du seizième siècle*, Paris-Louvain, Nauwelaerts, 1971, pp. 172-177.

[65] Emilia COLOMER AMAT, «Libros de horas impresos en España en el primer tercio del siglo XVI: Reseña de una edición perdida», *Locus Amoenus*, 4 (1998-1999), pp. 127-135.

[66] Julián MARTÍN ABAD «Los albores del comercio del libro impreso en Castilla», en *Libros y ferias: el primer comercio del libro impreso. Quinto Centenario de la imprenta en Medina del Campo, Medina del Campo, Fundación Museo de las Ferias*, 2011, p. 21.

[67] USTC nº 182772. Sobre este ejemplar véase: http://www.medievalbooksofhours.com/inventory/boh_144#page/17 (consultado el 3 de julio de 2017).

[68] http://www.gesamtkatalogderwiegendrucke.de/(consultado el 3 de julio de 2017).

sólo se conocen ejemplares de seis. De dos de ellas sólo tenemos noticias documentales. En 1483 se contrató en Barcelona la impresión de 300 ejemplares, la mitad en latín y la otra mitad en catalán de una Horas de Nostra Dona.[69] Seis años después, el 15 de abril de 1489 los libreros Pere Miquel, Antoni Robinell y Ramón de Isach de Barcelona establecieron un contrato con el impresor alemán Johann Gherlinc para imprimir mil ejemplares de unas «Oras de Nostra Dona»,[70] probablemente también en latín y en catalán y al precio de un sueldo por ejemplar.

El más antiguo libro de horas conservado de los impresos en la Península Ibérica es el *Officium beate Marie Virginis*, publicado en Valencia el 7 de noviembre de 1486 en una imprenta desconocida, aunque se ha atribuido a Lope de la Roca y a Gabriel Luis de Arinyo.[71] El ejemplar de la Biblioteca Nacional (Inc/2894) (fig. 6) procede de la colección Gayangos y fue identificado hace poco ya que estaba considerado como un manuscrito con la signatura Mss/18141.[72] Se encuentra incompleto al final y mútilo de varios folios y está iluminado con orlas e iniciales, aunque no lleva ilustraciones figuradas. Bohigas señaló otro ejemplar de esta edición, subastado en Sotheby's el 2 de julio de 1951 con tres miniaturas y varias iniciales y orlas iluminadas.[73] Ambos ejemplares abundan en la dedicación a los libros de horas que tuvieron los talleres valencianos de miniaturistas.

Algunos de estos libros son considerados habitualmente como libros de horas, aunque su distribución textual tienen poco que ver con la establecida por Leroquais. Es el caso de las *Hores de la Setmana Sancta segons lo us del Archibisbat de Valencia*, impresas por Pedro Hagenbach el 21 de febrero de 1494 y el único en lengua romance impreso en el siglo XV.[74] El ejemplar de la Biblioteca Nacional (Inc/516) carece de ilustraciones, pero otros, como el de la Biblioteca de la Universidad de Valencia (Inc/200) llevan una xilografía a página completa con la Crucifixión. También *Horae secundum ordinem sancti*

---

[69] José María MADURELL MARIMÓN, *Documentos para la Historia de la imprenta y librería en Barcelona (1474-1553)*, Barcelona, Gremio de Editores, de Libreros y de Maestros Impresores, 1955, doc. 18, pp. 38-41.

[70] GW/13439 y GW/13440. MADURELL MARIMÓN, *Documentos para la Historia de la imprenta y librería en Barcelona (1474-1553)*, docs. 60 y 61.

[71] GW/13442, ISTC/ih00357880 Konrad HAEBLER, *Bibliografía Ibérica del siglo XV*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1903-1917, v. 1, nº 491, pp. 232-233; Francisco VINDEL, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1945-1954, v. III, pp. 70-72

[72] Julián MARTÍN ABAD: «El día después del 'Catálogo bibliográfico de la colección de incunables de la Biblioteca Nacional de España'», en Antonio CORTIJO OCAÑA, Ana M. GÓMEZ-BRAVO, María MORRÁS (eds.), *Vir bonus dicendi peritus: Studies in Honor of Charles B. Faulhaber*, Nueva York, 2014, pp. 146–148, nº 3.

[73] BOHIGAS, *La ilustración y la decoración del libro manuscrito en Cataluña*, t. II, p. 94.

[74] GW/13443; ISTC/ih00438000.

Benedicti, impreso en Barcelona en 1498[75] presenta una distribución textual que, pese a su nombre, nada tiene que ver con los libros de horas.

En Zaragoza se imprimieron otros tres libros de horas en la década de 1490. Dos salieron de la imprenta de Pablo Hurus. El primero es *Horae ad usum Romanum* y se debió publicar hacia 1490. Se conserva un único ejemplar en la Hispanic Society de Nueva York.[76] Otra edición de igual título salió de la imprenta de Hurus el 9 de marzo de 1499.[77] El último será *Horae ad usum Romanum*, impreso por Jorge Coci en Zaragoza el 30 de julio de 1500. De esta edición se conservan dos ejemplares en la Biblioteca Nacional (Inc/871 y 872 e Inc/2724). El primero de ellos fue rehecho a finales del siglo XIX dividiéndolo en dos tomos a los que se añadieron dos colofones falsos que indicaban la imprenta de Pablo Hurus y los años 1497 y 1498.[78]

Para el periodo post-incunable, esto es 1501-1520 las cifras crecen sólo levemente y Martín Abad señala diez ediciones, de las que cuales sólo se conocen tres ejemplares, todos mutilados. Las ediciones documentadas refieren impresiones en Perpiñán (Juan Rosembach, ca. 1503), Toledo (sucesor de Pedro Hagembach, 1505; Juan Varela de Salamanca, 1512), Montserrat (Juan Rosembach, ca. 1518-1521), Valladolid (Diego de Gumiel, 1506), Burgos (Alonso de Melgar, 1519) y Barcelona (s.n., 1518). Los ejemplares conocidos son *Hore beate Marie virginis…* (Zaragoza Jorge Coci, 6 de julio de 1517), conservado en la Biblioteca Nazionale de Palermo (Rari, 32); *Las oras de la passion de nuestro redentor Jesu cristo…* (Logroño, Arnao Guillén de Brocar, 2 de diciembre de 1512), en la Biblioteca Vaticana (Stamp. Barb. U. VIII, 91) y *Horas de nuestra Señora según la orden romana* (Zaragoza, Jorge Coci, 5 de junio de 1516) en la Biblioteca Nacional de España (R/28480)[79].

Las conclusiones que pueden extraerse de este conjunto son evidentes. Por un lado la extensión de la tipología a centros impresores de Castilla al comenzar el siglo XVI, aunque continúan teniendo importancia los de la Corona de Aragón, con la excepción de Valencia. Por lo otro lado continúa la escasez de ediciones, fruto probablemente de la abundante importación de libros de horas extranjeros, fundamentalmente franceses. Las lenguas romances, aún minoritarias en las impresiones del siglo XV, acaban siendo

---

[75] GW/13441, Joana ESCOBEDO, *Un incunable català retrobat [Horae secundum ordinem sancti Benedicti [Barchinone: Johannes Luschner, 1498 (?)]*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 1992.

[76] GW/13444; . ISTC/ih00366800

[77] GW/13445; ISTC/ih00399350.

[78] GW/13446; ISTC/ih00406500. Miguel Ángel PALLARÉS, *Álbum de xilografías de dos libros de horas impresos en Zaragoza, incunables nº 871 y nº 872 de la Biblioteca Nacional de Madrid*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1993; Julián MARTÍN ABAD, *Catálogo Bibliográfico de la Colección de Incunables de la Biblioteca Nacional de España*, Madrid, Biblioteca nacional de España, 2010, H-52, pp. 417-418. Contra lo que se afirma en este catálogo se trata de un ejemplar impreso sobre pergamino y no sobre papel.

[79] Julián MARTÍN ABAD, *Post-incunables ibéricos*, Madrid, Ollero y Ramos, 2001, nos. 804-813, pp. 299-300.

más frecuentes y seis de los diez ejemplares son en catalán o en castellano. Por último volvemos a encontrarnos con pocos ejemplares conservados, y además en mal estado, probablemente debido, como venimos repitiendo, a la persecución inquisitorial.

Si continuamos con el resto del siglo XVI las cifras de los ejemplares conservados siguen siendo muy escasas y ciñéndonos solo a la colección de la Biblioteca Nacional se conservan tan sólo seis ediciones de libros de horas españoles entre 1521 y 1600.[80]

Sin embargo se publicaron más libros de horas. Una fuente excelente es, paradójicamente, los sucesivos índices de libros prohibidos, que nos proporcionan una panorámica precisa de los libros de horas que circulaban por España en el tercer cuarto del siglo XVI, justo antes de la prohibición definitiva.[81] En el *Cathalogus librorum, qui prohibentur*... ordenado por Fernando de Valdés (Valladolid, 1559) se condenaban veinte ediciones latinas y treinta y cuatro en romance porque contenían «muchas cosas curiosas y supersticiosas».[82] Las ediciones en latín procedían en su mayor parte del extranjero, sobre todo de París, pero también de centros editoriales como Lyon y Venecia. Por el contrario las ediciones en romance venían, lógicamente de talleres hispanos, aunque se mencionan cuatro ediciones parisinas: Sevilla (nueve), Zaragoza (cinco), Burgos (una), Salamanca (dos), Toledo (una), Medina del Campo (cinco), Estella (una).

Los libros de horas en los inventarios

Otras fuentes refuerzan la hipótesis de la abundancia de libros de horas en la España del siglo XVI a pesar de la escasez de ejemplares conservados.[83] Por un lado tenemos la presencia de numerosos ejemplares en bibliotecas particulares. Centrándonos sólo en el foco de Barcelona,[84] se ha observado el impacto que tuvo el índice de 1559, ya que el porcentaje de bibliotecas con libros de horas pasó del 33% al 16,7 %. También se han estudiado los grupos sociales que los poseían. En el período anterior a 1559 la nobleza presentaba una media de 2 ejemplares por biblioteca, los mercaderes 1,6, el clero 1,3 y los

[80] R/4210 (Zaragoza, 1569); R/7870 (Valencia, 1533); R/31199 (y R/39107) (Salamanca, 1591); R/40718 (Zaragoza, 1547); R/41018 (Salamanca, 1567) R/41265 (Barcelona, 1572).

[81] Jesús MARTÍNEZ DE BUJANDA, *El índice de libros prohibidos y expurgados de la Inquisición española (1551-1819). Evolución y contenido,* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2016.

[82] Jesús MARTÍNEZ DE BUJANDA, *Index de l'Inquisition espagnole 1551, 1554, 1559*, Sherbrooke (Québec), Université de Sherbrooke, 1984, (Index des livres interdits, VI) pp. 372-378, pp. 488-495.

[83] H. LEZCANO TOSCA, «Lecturas espirituales prohibidas en la Real Biblioteca de El Escorial (siglo XVI)», *Librosdelacorte.es*, 6, año 5, primavera-verano, 2013, pp. 76-120.

[84] J. RUBIÓ, «Notas sobre los libros de lectura espiritual en Barcelona entre 1500 y 1530» en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. XXV, 1956, pp. 317-327, M. PEÑA DÍAZ, *El laberinto de los libros: historia cultural de la Barcelona del quinientos*, Madrid, 1997, pp. 388-395.

artesanos, 1,25. Es también significativo que los ejemplares manuscritos se concentrasen en las bibliotecas nobiliarias, donde los libros de horas podían adquirir el *status* de libros de lujo. Queda para otro lugar el análisis de bibliotecas en otras localidades.

Conservamos también abundante documentación de algunos centros impresores. Si cogemos por ejemplo el caso de Zaragoza nos encontramos con que entre los 1.457 documentos recogidos por Pedraza para el periodo entre 1501 y 1521 se mencionan 120 ejemplares de libros de horas,[85] el tipo de obras más abundante con diferencia. Tan sólo los 86 ejemplares de Breviarios se aproximan a esta cifra. Hemos de suponer lógicamente que la mayoría serían impresos y en muchos casos se señalan como «Horas de enprenta». Son más escasos los ejemplares reseñados como «scriptas de mano» y menos aun los que mencionan más características como unas «Horas de Flandes de pergamino historiadas con su gafet de plata».

Dentro de la Corona de Aragón se ha estudiado también el caso de Barcelona[86] analizando los fondos de cuatro libreros. Destacan dos de ellos, el de Miquel Cabrit (1538), un pequeño fondo de 756 volúmenes de los que 175 (31,8 %) eran libros de horas y el de Joan Guardiola (1561) un fondo mucho más grande, ya que almacenaba 9.096 volúmenes en su tienda y 9.324 en su almacén. En el primer caso 115 (6,4 %) eran libros de horas, mientras que en el segundo la cifra ascendía a 1.922 (un 35,8 %), todos correspondientes a cuatro ediciones, en las que probablemente había participado como editor. Son cifras que demuestran la alta penetración de los libros de horas en el mercado librero antes y poco después del índice de 1559.

En Granada se han analizado otros inventarios de libreros y de nuevo arrojan resultados similares.[87] En el de Pedro de Torres (1544) aparecen 18 ediciones, en las que se especifican lugares de impresión (Zaragoza, Venecia, Lisboa, Sevilla), lenguas («en romançe», «de latín») y algunas otras características («en tablas de papel», «cosidas pequeñas», «enquadernadas»). Más extenso es el inventario de Martín de Salvatierra (1571) en el que se alude de nuevo a numerosas ediciones españolas (Granada, Alcalá, Salamanca, Córdoba, Sevilla, Toledo, Valladolid) y a algunas peculiaridades como las Horas Negras, de las que no conocemos ningún ejemplar impreso conservado. Sin embargo, los inventarios de finales de la centuria muestran un descenso radical en las cifras y en los inventarios de la librería de Francisco García aparecen ya sólo aparecen 4 libros de horas en 1583 y 3 en el de 1601. Se demuestra que la prohibición inquisitorial tardó unos cuantos años en ser efectiva pero finalmente logró la desaparición del libro de horas.

---

[85] Manuel José PEDRAZA GRACIA, *Documentos para el estudio de la historia del libro en Zaragoza entre 1501 y 1521*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica, 1993, pp. 337-338.

[86] PEÑA DÍAZ, *El laberinto de los libros: historia cultural de la Barcelona del quinientos*, p. 389.

[87] María José OSORIO PÉREZ [et al.] *Trastiendas de la cultura: librerías y libreros en la Granada del siglo XVI*, Granada, Universidad, 2001, pp. 70, 162, 247-248, 345451

Respecto a los precios tenemos datos bastante dispersos y no se ha realizado un estudio exhaustivo y conjunto como en el caso francés. De todos modos puede observarse una disparidad similar entre los libros más baratos, generalmente impresos, y los manuscritos más ricamente iluminados. A comienzos de siglo contamos con los distintos inventarios que permiten reconstruir el patrimonio librario de Isabel la Católica.[88] En ellos nos encontramos 27 libros de horas con tasaciones muy variadas, que van desde 25 a 54.937 maravedíes.

Tenemos también datos de fechas más avanzadas, generalmente con tasaciones en reales.[89] Así en Sevilla y en 1570 Diego de León compra al librero Juan Gutiérrez Prieto cuatro libros de horas iluminados en latín a 3 reales cada uno.[90] Por otra parte dentro del listado de los libros que fueron trasladados en 1595 por unos libreros desde Valladolid hasta Santiago para su venta figuraban unas «Horas de Nuestra Señora» valoradas en 5 reales.[91]

La persecución de la Inquisición y el final de los libros de horas

Los libros de horas no aparecen mencionados en el índice de 1551, que conoció cuatro ediciones (Valladolid, Toledo, Sevilla y Valencia), pero que en realidad recoge las prohibiciones del índice de Lovaina de 1550.[92] Sin embargo, y como señala Pinto Crespo,[93] fueron llegando a los tribunales inquisitoriales libros de horas en romance desde 1551. Los inquisidores los retuvieron, probablemente a causa de los fragmentos de evangelios y epístolas que contenían y que incurrían en la prohibición de traducir las Sagradas Escrituras. Sin embargo el consejo de la Inquisición consideró que la disposición no incluía las horas en romance y en la carta acordada de 4 de marzo de 1552 se disponía que «Se devuelvan a sus dueños las horas en

---

88 Elisa RUIZ, «Los Libros de Horas en los inventarios de Isabel la Católica», en *El libro antiguo español* VI, Salamanca, Semyr, 2002, pp. 389-420.

89 Hay que tener en cuenta que a partir del año 1497 el real pasó a valer 34 maravedíes por la Pragmática de Medina del Campo, que estableció en detalle el peso y la cantidad de plata que debía poseer el real. José María de FRANCISCO OLMOS, «La moneda castellana de los Reyes Católicos. Un documento económico y político», *Revista General de Información y Documentación*, 9, nº 1 (1999), pp. 85-115 (p. 105).

90 Mª del Carmen ÁLVAREZ MÁRQUEZ *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del quinientos*, Sevilla, 2007, p. 253.

91 Anastasio ROJO VEGA «From Europe to Finisterre: a caravan of books to Galicia (1595), en Benito RIAL COSTAS (ed.) *Print culture and peripheries in Early Modern Europe: a contribution to the history of printing and the book trade in small European and Spanish cities*, Leiden, Brill, 2013, pp. 381-399 (p. 398).

92 Jesús MARTINEZ DE BUJANDA, *Thesaurus de la littérature interdite au XVIe siècle: auteurs, ouvrages, éditions avec adenda et corrigenda*, Sherbrooke (Québec), Université de Sherbrooke, 1996, pp. 20-21.

93 PINTO CRESPO, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, pp. 280-281.

romance […] de que los inquisidores no tuvieren relación que contienen algunos errores o cosas sospechosas».[94]

El mencionado *Cathalogus librorum, qui prohibentur*... ordenado por Fernando de Valdés (Valladolid, 1559) y publicado unos meses antes que el primer índice romano, señalaría la independencia de la Inquisición española y su actitud más estricta y menos tolerante con los libros de espiritualidad alejados de la ortodoxia. En este sentido hay que señalar que la prohibición de los libros de horas fue especialmente intensa en los índices de España y Portugal (1561, 1564, 1581), ya que fuera de ellos sólo aparece en los índices de París de 1544[95] y en el de Amberes de 1570.[96] Como vimos este índice de Valdés condenaban veinte ediciones latinas y treinta y cuatro en romance. Pero además se introdujo una norma general según la cual se prohibían también «todas las dichas diferencias de Horas en cualquier otra lengua escritas, con todas las demás semejantes o desemejantes, que tuvieren las dichas supersticiones o errores, o ocasiones para errar, y engañar a los simples y personas que no entienden las tales supersticiones, y usan de ellas para detrimento de sus consciencias y ofensa de Dios, las mandamos quitar y que ninguno las tenga» (p. 34). La norma era amplia e imprecisa y podía incluir un número indeterminado de libros de devoción. Y por último el inventario de libros de horas en romance prohibidos volvía a insistir: «Los libros de romance y Horas sobredichas se prohíben porque algunos dellos no convienen que anden en romance, otros porque contienen cosas vanas, curiosas y apócrifas y supersticiosas, y otros porque tienen errores y herejías».

El 18 de septiembre de 1573, una carta acordada del Santo Oficio prohibía todos los libros de horas, se mandaban revisar los libros en latín y se ordenaba la recogida de los compendios y *Hortulus animae*. En la disposición de condenaba además un *Officium Beati Virginis*… impreso en Venecia en casa de Juan de Junta.[97] Un mes después uno de los calificadores del Consejo, el doctor Heredia enviaba una instrucción a los inquisidores de Cuenca aclarando lo dispuesto en la carta acordada. Además de reiterar los tipos de libros que se prohibían se insistía en la necesidad de borrar las indulgencias y los pasajes con supersticiones.

---

[94] Las cartas acordadas eran documentos a través de los cuales, antes de la publicación del índice de 1559, el Consejo de la Inquisición daba a conocer las prohibiciones que debían difundirse a través de edictos colocados en las puertas de las iglesias.

[95] «Heures de Paris, petites, qui entre aultres choses contiennent une confession lutherienne, sans calendrier ne vigiles des trespassez». Véase Jesús MARTINEZ DE BUJANDA, *Index de l'Université de Paris, 1544,1545, 1547, 1549, 1551, 1556*, Sherbrooke (Québec), Université de Sherbrooke, 1985, nº 431, p. 361.

[96] Jesús MARTINEZ DE BUJANDA, *Index d'Anvers 1569, 1570, 1571*, Sherbrooke (Québec), Université de Sherbrooke, 1988, pp. 698-699.

[97] ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, *Inquisición*, lib. 578, fol. 118. PINTO CRESPO, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, p. 185, n. 43 y p. 282.

La prohibición se acentuó en el *Index et catalogus librorum prohibitorum…* mandado por el cardenal Quiroga y editado en Madrid en 1583, en el que se prohibían veintiuna ediciones latinas, las mismas que en el índice de Valdés de 1559 a las que se añadía alguna más.[98] Además en este índice se condenaban las «Horas en romance todas, quedando las de latín, salvo aquellas que expressamente estan prohibidas». En su regla VII se prohibía también «todos los sumarios y rúbricas, que haya en cualesquier horas en latín, o otros libros, donde hubiere promesas y esperanzas temerarias y vanas: como son, que quien tal oración o devoción rezare no morirá muerte súbita, ni en agua, ni en fuego, ni otro género de muerte violenta, o desastrada: o que sabrá la hora de su muerte: o que verá en aquella hora a Nuestra Señora: o cosas de esta manera, vanas y sin fundamento de verdad» (fol. 3v).

La prohibición se dirigió principalmente a la producción impresa. Los libros de horas manuscritos fueron más respetados, quizá por su mayor valor económico y porque no tenían lógicamente la difusión de los impresos. Sin embargo muchos de ellos fueron censurados tachando pasajes o cortando hojas de oraciones consideradas inapropiadas. En otros casos simplemente se recordaba la obligatoriedad de utilizar los nuevos libros de oraciones salidos de la ortodoxia trentina.

Lo cierto es que los textos de los libros de horas, al ser independientes del ciclo litúrgico contaba con una libertad que no tenían otros textos religiosos. Se añadían oraciones a gusto de los clientes, algunas inventadas, e incluso textos profanos. A partir del Concilio de Trento la Iglesia persiguió los libros y los textos que escapaban de su control, con la excusa de que estos libros fomentaban prácticas supersticiosas contrarias a la ortodoxia religiosa. Aunque el libro de horas era en principio un objeto de devoción personal, a menudo las oraciones se leían y recitaban colectivamente y ello fomentaba este tipo de prácticas, especialmente por parte del lector menos culto.

Pueden señalarse numerosos casos de las «promesas y esperanzas temerarias y vanas» que señalaba el Índice de Quiroga y que generalmente se hallaban en las rúbricas.[99] Como ejemplos de libros de horas manuscritos podemos citar el *Libro de horas de Alonso Fernández de Córdoba*, revisado en 1573 y conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (Vitr/25/3), en el que se encuentra censurada la oración *Obsecro te* y en concreto del pasaje en el que el fiel suplica a la Virgen que le anuncie previamente su muerte: «et in novissimis diebus meis ostende michi prisstinam faciem tuam et annunties michi diem et horam obitus mei».[100] En otro libro de horas de la Biblioteca Nacional (Ms.

[98] Jesús MARTINEZ DE BUJANDA, *Index de l'Inquisition espagnole 1583, 1584,* Québec, 1993, (Index des livres interdits, VIII), pp. 367-373 y 602.

[99] Marcela LONDOÑO, «Devoción supersticiosa en el Índice de Valdés: la oración de la Emparedada», en *Las razones del censor. Control ideológico y censura de libros en la primera Edad Moderna*, Cesc Esteve (coord.), Barcelona, Universitat Autònoma, 2013, pp. 137-160.

[100] Samuel GRAS, «Un libre d'heures à l'usage de Rome conservé à la Bibliothèque Nationale d'Espagne», *Art de l'enluminure*, 50 (2014), pp. 2-73.

21547) se tacharon pasajes correspondientes a las oraciones *Obsecro te* y *O intemerata*, así como Los siete gozos de la Virgen.[101]

Entre los libros de horas impresos y sin salir de la edición de las *Horas de Nuestra señora* (Thielman Kerver, 1502) se encuentran varios ejemplos. Así, al final de la oración *Obsecro te*, una de las más frecuentes en los libros de horas, puede leerse: «E ruego te señora que en los mis postrimeros días me demuestres la tu muy gloriosa cara: et me reveles el día et la hora de mi muerte et que oyas et reçibas esta tan humildosa oración: y me des la vida perdurable». Por otro lado al final del Oficio de Difuntos aparece una «Oración por el alma de los difuntos» que termina con las siguientes promesas: «El Papa Juan XXII otorgó a cualquier que la sobredicha oración rezare en el cementerio, tantos años de perdón cada vez cuantos cuerpos en aquel cementerio fueren sepultados. El Papa Inocencio III otorgó otrosí CCC años por cada vez que fuera rezada la dicha oración». Por último antes de la oración de San Gregorio se otorgan años de perdón a quien cumpla las siguientes condiciones: «Dicha oración siguiente de rodillas ante la imagen de San Gregorio con cinco Pater nostres y cinco Avemarías ganase por cada vez lvj mil años de perdón. E estos perdones otorgó el papa Pablo».

En 1571 la Santa Sede publicó una versión oficial de las Horas de la Virgen, de manera que primero Cristóbal Plantino desde Amberes y después varios editores parisinos que consiguieron un monopolio real para la impresión de libros litúrgicos, se hicieron con el control del negocio.

En agosto de 1572 el rey Felipe II otorgaba una Real provisión San Lorenzo de El Escorial por la que se prohibía la introducción, venta e impresión de «breviarios, diurnales, misales, oficieros y libros de horas de Nuestra Señora» en Castilla sin su expresa licencia, bajo las penas establecidas en la Pragmática de 1558.[102] Para su cumplimiento se comisionó al obispo de Segorbe, Comisario General de la Santa Cruzada y miembro del Consejo de la Inquisición.

El 15 de julio de 1573, una real cédula de Felipe II daba licencia al Prior y Monasterio de San Lorenzo de El Escorial para que pudiese imprimir y vender en Castilla y traer de fuera el «breviario, misal» y otros «libros del nuevo rezado». A partir de entonces los jerónimos monopolizarán el control de los libros de rezo. El 8 de agosto del mismo año, el privilegio se hace extensivo a la Corona de Aragón.[103] Supondría el fin definitivo de la producción de libros de horas en España.

---

[101] Javier DOCAMPO CAPILLA «Un libro de horas inédito: el Ms. 21547 de la Biblioteca Nacional de España y sus miniaturas», *Archivo Español de Arte*, 273 (1996), pp. 69-84.

[102] Fermín de los REYES GÓMEZ, *El libro en España y América: legislación y censura (siglos XV-XVIII)*, Madrid, Arco Libros, 2000, vol. 1, p. 221.

[103] ÁLVAREZ MÁRQUEZ *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del quinientos*, p. 22.

La distribución del libro como objeto de consumo entre y por particulares*

Camino SÁNCHEZ OLIVEIRA
(Universidad de Zaragoza)

Introducción

El ámbito privado se revela como una fuente y un contexto fundamental para la investigación en el mundo del libro en todas sus facetas. En este sentido, la historiografía ha tomado tradicionalmente una doble vía para el estudio general del libro, sobre todo enfocado al ámbito de la lectura, los lectores y las bibliotecas: la vía de la investigación de las bibliotecas individuales de personajes de cierta relevancia intelectual, artística, política, y económico-social...; y la del estudio de conjuntos de bibliotecas relacionadas por su coincidencia en un ámbito espacial y en un periodo cronológico o, simplemente, porque esas bibliotecas no llegan a ser bibliotecas sino meras colecciones o conjuntos de libros que cobran relevancia en un estudio de conjunto.[1]

* Este trabajo se ha realizado con la ayuda del Proyecto «Sumptibus: edición, producción y distribución de libro en la Edad Media y en la Edad Moderna» FFI2014-55524-P del Ministerio de Economía y Competitividad.

[1] Manuel José PEDRAZA GRACIA, «Lector, lecturas, bibliotecas...: el inventario como fuente para su investigación histórica», *Anales de documentación: Revista de biblioteconomía y documentación*, 2, (1999), pp. 142-143. Véase el análisis historiográfico y el estado de la

El ámbito privado se revela también como un lugar primordial al que se debe acudir para realizar estudios sobre la distribución y el comercio del libro. Los hábitos lectores —el consumo presumiblemente lector— y la posesión del libro dan lugar a un «particular» movimiento del libro: el desarrollo de unos circuitos —en ocasiones comerciales— que se establecen entre y por particulares, que resultan fundamentales para averiguar las distintas maneras de adquisición, formación y dispersión de bibliotecas privadas. Los consumidores-poseedores aparecen así como «otros agentes» intermediarios en el mundo del libro aparte de editores, impresores y libreros. La circulación entre particulares ofrece diversas formas de intercambios o de adquisición de los impresos (y manuscritos) que se deben tener en cuenta: a través de compraventas, préstamos, regalos o herencias se muestra un movimiento del libro que va más allá de los acuerdos comerciales entre los profesionales del libro.

Al margen de los circuitos de las librerías, las ejecuciones testamentales y de heredades desembocaban en un mercado paralelo de ocasión que muchas veces terminaba en subastas de segunda mano o almonedas públicas. Las almonedas fueron lugares idóneos para la adquisición de libros usados y tuvieron un destacado papel en la circulación de libros en las ciudades y entornos rurales. En ocasiones, los herederos conseguían encontrar para las colecciones de cierto valor y tamaño, a algún comprador que adquiriese toda la biblioteca, aunque lo común era que la mayor parte de las colecciones acabaran desmembradas y diseminadas entre varios compradores. Entre los compradores era habitual encontrar a libreros, acaparando los libros de clientes como abogados, médicos, notarios, clérigos, etc. Estamos ante circuitos comerciales que funcionaban bajo el mando y arbitrio del poseedor.[2]

Esta documentación notarial, según qué escenarios, nos da también noticias —si cabe— de carácter más privado y circunscrito, cuando el objetivo es mantener el patrimonio —en este caso el libro como un bien mueble más— dentro del exclusivo circuito en el que ya se encuentra: la familia. La forma de distribución de los bienes es únicamente entre y por familiares, ya sea como préstamo o como herencia. En estos ámbitos, la documentación es —una vez más— testimonio de los traspasos de bienes de lo más dispares, inventariados la mayoría de las veces juntos en un mismo documento: desde una casa principal de morada, pasando por varias fanegas de trigo a un libro anotado junto al tocino y las sales almacenados en la alacena.

---

cuestión que ofrece el autor sobre la investigación del libro, de las instituciones documentales y de los inventarios.

[2] Manuel PEÑA DÍAZ, «El comercio, la circulación y la geografía del libro», en Víctor INFANTES, François LÓPEZ, Jean François BOTREL (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 85, 89-90.

El mantenimiento de correspondencia entre particulares —familiares o no— ocupa un lugar especial en la detección de esta valiosa información, cuya riqueza informativa, cuando se encuentra, puede y suele abarcar todo tipo de facetas.

Definición, alcance y objetivos

Este trabajo se presenta como parte de una investigación en curso, en la que se está reconstruyendo un Fondo Documental Patrimonial Familiar (FDPF) denominado Belmonte-Chico de Guzmán.[3] Se trata de un fondo histórico, de carácter bibliográfico y archivístico, compuesto por la documentación aportada por los miembros de distintas generaciones de una familia extensa, a lo largo de varios siglos que comprenden desde la Edad Moderna (s. XVI) hasta la Edad Contemporánea (s. XX).

Es importante detenerse brevemente en definir el origen —tanto físico como intelectual— de la documentación, es decir, en la familia o —mejor dicho—, el concepto de familia. Nos referimos a la familia como institución generadora-consumidora de documentación y vertebradora de una sociedad. Hablamos de una familia extensa de cierta relevancia o poder, como modelo social que se concebía como una comunidad que se justificaba por sí misma, donde la biblioteca suele ser el reflejo del estatus económico-social de alguno de sus miembros destacados o del conjunto de una generación. Y su archivo familiar, el resultado de las actividades, tanto personales como públicas en la administración de sus bienes y en el ejercicio de sus funciones, constituyendo el seguro documental de lo que la familia tiene que defender y justificar: propiedades, derechos, jurisdicción, honores y privilegios que se quieren perpetuar.[4]

Para realizar este tipo de investigaciones sobre las colecciones y bibliotecas de particulares se acude normalmente a las bibliotecas contemporáneas y, muchas veces en su «defecto», a los inventarios que las dan a conocer. Por ello sabemos que estamos ante uno de esos casos excepcionales en el que se posee, por un lado, una biblioteca familiar contemporánea ubicada físicamente en la originaria casa solariega de la familia. Y, por otro lado, varias colecciones de libros o bibliotecas referenciadas,

---

[3] Con objeto de la realización de la Tesis doctoral, se está trabajando sobre la definición, gestión y reconstrucción de un FDPF, en la que parte del trabajo consiste en la elaboración de un catálogo bibliográfico de la biblioteca, y la realización de un inventario y cuadro de clasificación del archivo familiar. El nombre del fondo documental está compuesto por los dos apellidos principales de la familia: Belmonte y Chico de Guzmán.

[4] Rosario GARCÍA ASER y Aránzazu LAFUENTE URIÉN, *Archivos nobiliarios: cuadro de clasificación: sección nobleza del archivo histórico nacional*. [Madrid], Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro de Publicaciones, D. L. 2000, p. 46.

conocidas solo a través de los inventarios conservados en el archivo familiar —ubicado igualmente en la casa solariega— de personajes familiares y no familiares.

El objetivo propuesto es llegar a determinar la forma, procedencia y destino de estas colecciones o bibliotecas a través de esos circuitos —comerciales y no comerciales— entre y por particulares. Teniendo en cuenta, eso sí, las limitaciones que se derivan de utilizar un fondo documental determinado y sabiendo que forma parte de una investigación en curso.

Fuentes y metodología

En la investigación que nos ocupa se hace uso de una extensa variedad de fuentes documentales, que se van aplicando a medida que avanza la investigación y estas van apareciendo. Nos referimos principalmente a los instrumentos o herramientas que describen y hablan del objeto-libro de primera mano y de manera original, que nos dicen el destino de los libros y para quien se produjeron estos.

Se posee un catálogo del fondo bibliográfico físicamente conservado de la biblioteca familiar compuesta por 511 vol. y un fondo archivístico que está actualmente siendo inventariado, habiendo sobrepasado ya más del 70 % de su tratamiento documental. Se trata de un archivo familiar de ca. 9.000 documentos, compuesto por una variada documentación notarial y judicial, así como de tipo contable (en él se encuentran todo tipo de inventarios, tasaciones, almonedas, cartas de dote, testamentos, documentación judicial y otro material como facturas, recibís, libros de cuentas, cartas de pago, etc.). Además, se conserva bastante correspondencia del siglo XIX.[5]

Los inventarios nos darán muchos datos sobre las obras que poseía un personaje en un momento dado, pero sobre todo nos permitirán hacernos una idea de la trascendencia que tenía el libro para sus contemporáneos: el lugar y el valor —al menos el económico y patrimonial en un momento determinado— que ocupaba entre sus otros bienes muebles. Sobre todo nos hablarán del nivel social (más que cultural) de su poseedor. No se pretende aquí entrar en el debate sobre la diferente tipología y taxonomía de inventarios que existen, de sus problemas metodológicos o de sus dificultades y

[5] El CATÁLOGO BIBLIOGRÁFICO BELMONTE-CHICO DE GUZMÁN (C-BCG) de la biblioteca contemporánea forma parte de la tesis doctoral del investigador, por lo que sigue inédito. Dispone de una detallada descripción de los ejemplares y de las ediciones bibliográficas. El ARCHIVO HISTÓRICO FAMILIAR-BELMONTE CHICO DE GUZMÁN (AHF-BCG) está actualmente siendo inventariado, por lo que nos referiremos a la documentación con el número de registro topográfico original, que pese a los futuros cambios de ordenación y re-numeración del fondo, la identificará siempre de manera inequívoca.

limitaciones como fuente de información.[6] Sí tenerlas en cuenta, y, en concreto, considerar la apreciación hecha por Víctor Infantes de distinguir entre el «inventario de biblioteca» y el «inventario de libros». Es decir, entre el «inventario singular» con el que se puede estudiar a una persona a través de sus libros y viceversa; y el «inventario general» como una simple relación de posesión de libros sin especial significación de su propietario o como colección.[7]

Frente a los inventarios y sus limitaciones de identificación, que requieren una difícil labor de cotejo, los catálogos presentan menos incertidumbres para el estudio, si es que existen y están adecuadamente elaborados. Se ha tenido la oportunidad de trabajar con los dos tipos de herramientas descriptivas, que han permitido un uso de carácter comparativo del material documental y que se verá reflejado en los diferentes resultados obtenidos en el análisis de cada colección o biblioteca particular. En este sentido, no se puede dejar de señalar la importancia que tiene contar además con todo ese otro tipo de fuentes y materiales documentales: correspondencia, recibís, libros de cuentas, tarjetas de visita, naipes, notas sueltas, propaganda publicitaria... etc., que si bien es la mayor parte de documentación del archivo familiar que aún queda por inventariar, la parte ya localizada e identificada ha ofrecido interesantes testimonios.

Las bibliotecas como producto y los propietarios como intermediarios: propuesta de análisis de casos de «colecciones de uso»

Este trabajo debe y deberá enmarcarse en las dos perspectivas teóricas antes propuestas, dada la variedad tipológica de casos de bibliotecas o de colecciones particulares que se incluyen en este FDPF: en primer lugar, que es el momento que nos ocupa y puesto que se trata de una investigación todavía en curso,[8] se van a presentar los casos de bibliotecas o «colecciones de uso» más representativos por su significación y relevancia dentro del fondo, y que *a priori* han podido ofrecer mayores posibilidades para el estudio de la

---

[6] Sobre inventarios véase Víctor INFANTES, «La memoria de la biblioteca: el inventario», en Agustín REDONDO, Pedro Manuel CÁTEDRA GARCÍA, María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO ABELLO (coords.), *El escrito del Siglo de Oro: Prácticas y representaciones,* Universidad de Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, pp. 163-170. Víctor INFANTES, «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», *Bulletin hispanique,* 1, 99 (1997), pp. 281-292. Y la ya citada obra de Manuel José PEDRAZA GRACIA, «Lector, lecturas, bibliotecas...: el inventario como fuente para su investigación histórica», pp. 137-158.

[7] INFANTES, «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», pp. 285-286.

[8] A día de hoy los estudios que se presentan no pueden ser del todo concluyentes, puesto que el análisis del material no está cerrado todavía.

distribución y el movimiento del libro en manos privadas por medio de esos circuitos entre y por particulares. Se trata de los casos en los que se ha localizado una biblioteca de cierta relevancia y en los que se debe estudiar al propietario en relación a sus libros y a su trayectoria vital especifica —nos referimos, por lo tanto, a casos de «inventarios singulares»—. Hablamos de casos, pues con ese concepto se agrupan escenarios de colecciones que abarcan el manejo de documentación relativa a distintos personajes, así como todo tipo de material y fuentes pertinentes.

Y por otro lado, en una fase posterior, cuando todos los casos hayan sido identificados y analizados, el propietario y su biblioteca deberán ser estudiados no individualmente, sino dentro de un conjunto integrado en un grupo determinado (social, familiar, geográfico, de género, profesional, etc.): acercándonos a la clase social hidalgo-rural y urbana española en diferentes lugares y momentos histórico-cronológicos.[9]

El objetivo propuesto, por lo tanto, es ver qué tipo de producto es la biblioteca[10] o colección que encontramos en cada caso: dilucidar si es un producto de decisión personal y de qué tipo, si es fruto de la herencia, compras u otros medios, y si se sabe algo de su final o paradero como lote independiente, junto a otros bienes muebles.

Como se ha dicho anteriormente, se trata de acercarse desde la visión del consumo (lector o no)[11] y desde la posesión de los libros. Todos los

---

[9] Ramón SÁNCHEZ GONZÁLEZ, «Patrimonio bibliográfico y cultura escrita en la aristocracia castellana de la edad moderna», en Javier DOCAMPO CAPILLA (coord. etc.), *Actas de I Jornadas sobre Patrimonio Bibliográfico en Castilla-La Mancha: 12,13 y 14 de noviembre, Toledo*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, [2003], pp. 73-120. El autor presenta un interesante artículo acorde al enfoque y carácter de este trabajo, en el que se estudia a la aristocracia en relación a la cultura o hacia la cultura como mecenas y como «consumidores» o usuarios. En él se analiza la vinculación que tenía la aristocracia —como grupo hegemónico dentro del estamento nobiliario de la monarquía hispánica— con la cultura escrita: libros, manuscritos y todo tipo de documento escrito de mayor o menor entidad, que formase parte de su patrimonio bibliográfico. El estudio se ha realizado en torno a los fondos documentales de importantes personajes de familias nobiliarias, conservados en la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional en Toledo, consultando cualquier documentación que guardase alguna relación con los libros y lo escrito. Las fuentes principales utilizadas han sido los inventarios y catálogos bibliográficos en posesión de la nobleza, así como la correspondencia mantenida.

[10] Luis Miguel ENCISO RECIO, *Barroco e ilustración en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII: discurso leído el día 17 de marzo de 2003 en la recepción publica de D. Luis Miguel Enciso Recio y contestación por el …. Vicente Palacio Atard,* Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, p. 21.

[11] No se pretende en este estudio entrar en el debate sobre si a través de los inventarios la posesión de libros es un reflejo del índice de alfabetización y de la lectura, sino como señala Trevor J. DADSON, tener en cuenta que «la posesión de libros indica algo, al menos

propietarios, ya sea de manera individual o colectiva, son vistos como un conjunto de individuos que consumen un objeto: el libro como propiedad y objeto utilitario. En los casos de las colecciones que nos ocupan, nos referimos al libro como objeto de consumo común, pudiendo clasificar esos múltiples usos del libro en tres: el libro de oración, el libro de distracción u ocio (lectura) y el libro-herramienta. No son objetos adquiridos para su atesoramiento y coleccionismo, hablamos de las bibliotecas sobre todo como instrumentos de trabajo y no como medios de cultura.[12]

Hay mucho de coyuntural en la creación y formación de una biblioteca: es el retrato de una época y de una persona. Cada biblioteca es distinta y representa los hábitos e intereses de un dueño en un momento dado, por lo que se ha procurado conocer e identificar, en todo lo posible, a los dueños de los libros, su trayectoria profesional, así como su contexto social y familiar. Del mismo modo, ha sido necesario definir para cada caso y personaje el tipo de biblioteca que tenemos entre manos. Para ello se ha partido de la clasificación dada por Víctor Infantes, así como de los matices hechos a su clasificación por distintos autores.[13] Ya que el criterio que interesa para el enfoque de este trabajo es el de la funcionalidad, pues como se ha dicho antes hablamos de las bibliotecas sobre todo como instrumentos de trabajo.

---

un interés en la cultura escrita por las razones que sean», en *Libros, lectores y lecturas: estudios sobre bibliotecas particulares españolas del siglo de Oro*, Madrid, Arco Libros, 1998, p. 18. Para este enfoque es interesante ver la apreciación que hace Manuel José PEDRAZA GRACIA, «El análisis de los inventarios para el estudio del lector y de la lectura: bibliotecas privadas y lectura en tiempos de Carlos I», en *Bibliotecas y librerías en la España de Carlos V,* Barcelona, Calambur, 2015, p. 17-24, sobre la dificultad de ver en qué medida el poseedor es lector, y para ello establece una tipología de lector y lectura en función de los distintos tipos de libros de uso que constituyen su biblioteca, y que se detallan en el texto a continuación.

12 Trevor J. DADSON, «Las bibliotecas particulares en el Siglo de Oro», en INFANTES, LÓPEZ, BOTREL (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, p. 128.

13 Las colecciones bibliográficas son de muy diversas tipologías y es muy difícil decantarse por una única clasificación adaptable a todas. El objeto principal de esta investigación no es dar conocer de manera exhaustiva cada colección y sus fondos, pero para poder presentar cada caso se ha descrito y definido brevemente cada biblioteca, y para ello se ha establecido como punto de partida taxonómico de tipología de bibliotecas la realizada por INFANTES, pudiendo hablar así de bibliotecas prácticas, bibliotecas profesionales, bibliotecas patrimoniales y bibliotecas museo. «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», pp. 282-284. Incluyendo —siempre que fuese necesario— las definiciones y matizaciones hechas por otros autores, ya sea en base a criterios cuantitativos como cualitativos, atendiendo siempre al momento cronológico en el que se ubican. De esta manera se ha tenido en cuenta la revisión de esta clasificación de bibliotecas hecha por PEDRAZA GRACIA, «El análisis de los inventarios para el estudio del lector y de la lectura bibliotecas privadas y lectura en tiempos de Carlos I», pp. 26-29. Y por Ana MARTÍNEZ PEREIRA, «Historia de la formación y evolución de las bibliotecas», en INFANTES,LÓPEZ, BOTREL (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, pp. 114-122.

Para el análisis de los casos ha sido necesario considerar a los libros como un bien mueble que forma parte de un conjunto, no solo como un bien individual, y relacionarlos con los otros bienes diarios que aparecen reflejados en los inventarios, sin olvidar tampoco prestar atención a instalaciones destinadas a acoger el libro.[14] La biblioteca o colección de libros puede aparecer en medio del inventario sin un lugar determinado o ex profeso para ello, tras cualquier otro tipo de bien mueble (decorativo, alimenticio, bien inmueble, etc.) o bien ocupar un memorial aparte dentro del grupo de bienes del poseedor, lo que nos dará ya una importante pista del valor que ocupaba esa posesión dentro de su patrimonio. Y no solo se pueden estudiar estos «otros bienes» a través de los inventarios. Los propios libros —y el catálogo como medio de representación exhaustiva de los datos de cada ejemplar físicamente conservado— nos remiten a esos otros bienes a través de los testigos que los poseedores dejaron por su paso y manejo de los mismos: naipes, hojas de propaganda, dibujos, tarjetas de visita, notas personales, cartas, entradas comerciales, etc. Elementos que albergan una rica información sobre aficiones y hábitos de vida de sus propietarios que, en el caso de haber sido inventariados en algún momento, quedarían reflejados en los inventarios por medio de esos otros bienes que compartirían espacio con los libros; aunque hallados de este modo, entre las hojas de los libros, nos están dando ya —junto a los demás datos de descripción del ejemplar— una valiosa información sobre la procedencia y el destino de los libros.

Es muy difícil establecer el origen, el devenir y el final de las bibliotecas. Estudiar la procedencia del libro (compra o herencia) a través de los inventarios es casi misión imposible si no se encuentra un documento afín, como una lista de compradores de una almoneda, libros de cuentas y recibís que justifiquen un desembolso o una misiva en la que se comenta el envío de un libro. Muchos libros se heredaban o se prestaban sin pasar por los inventarios ni dejar testimonio por escrito. Del mismo modo, eran muy pocos los propietarios que detallaban y dejaban referencias de sus adquisiciones o de la procedencia de los libros. Por lo que muchas veces hay que acudir a los datos de vida contextuales del poseedor para intentar descifrar los hábitos de compra y consumo: deduciendo las obras que se pudieron adquirir en vida del propietario según sus lugares de paso o residencia.[15]

---

[14] DADSON, «Las bibliotecas particulares en el Siglo de Oro», p. 46.

[15] DADSON, *Libros, lectores y lecturas: estudios sobre bibliotecas particulares españolas del siglo de Oro*, p. 34. Pone el ejemplo del escritor Alonso de Barros, que vivió casi toda su vida en Madrid, por lo que más de un tercio de sus libros podían haber sido comprados allí. Otro ejemplo lo encontramos en Barry TAYLOR, «Los libros españoles del Dr. Wiliam Bates (1625-1699) en la Dr. William's Library de Londres», en Nicolás BAS y Barry TAYLOR (eds.), *El libro español en Londres: la visión de España en Inglaterra (siglos XVI-XIX)*, Valencia, Universitat de Valencia. Servei de Publicacions, 2016, pp. 30-34. Donde el autor intentar

Terminamos este apartado diciendo que, muchas veces, al realizar este tipo de trabajos nos enfrentamos a una curiosa dualidad: pues si en ocasiones es difícil saber la procedencia de los libros, esas mismas veces resulta más sencillo conocer su devenir o final, y viceversa. En este sentido los inventarios suelen ser buenos instrumentos para averiguar el final de una biblioteca: quién fue su último propietario y qué hizo (o hicieron sus herederos o acreedores) con su colección; y por el contrario, los catálogos y la descripción directa de los ejemplares aportan una valiosa información sobre su procedencia, a través de los ex libris, anotaciones manuscritas, testigos, sellos de librerías, etc. Aunque más inusual resulta, sin duda alguna, poder contar con ambas circunstancias y fuentes al unísono. Disponer o no de un tipo u otro de herramienta —ya sea inventario o un catálogo— así como de cualquier otro tipo de fuente documental se hace relevante y vinculante para el análisis de cada caso.

Caso I. La colección de Francisco Rodríguez de Alarcón: la biblioteca de un hombre de leyes en el Siglo de Oro

En este primer caso se presenta la colección de un hombre que al morir, a la edad aproximada de 45 años, ocupaba el cargo Fiscal del Consejo de Guerra y la Sala del Crimen de los Alcaldes de Madrid, tras una vida dedicada a su carrera como jurista. En el Inventario *post mortem* (sin tasación) hecho en Madrid el 1 de octubre de 1638,[16] a petición de su homónimo padre Francisco Alarcón, se halla referenciada de manera bastante exhaustiva su biblioteca en un memorial aparte[17] (Figs. 1 y 2). El memorial de libros aparece junto a una importante relación de bienes muebles y suntuarios hecho aparte, entre los que se incluyen: tapicería, bufetes y bufetillos, escribanías y escritorios de

averiguar la forma de adquisición comercial de las obras españolas de la colección del Dr. Bates en su biblioteca de Londres. Para ello presta especial atención a su estilo de vida poco viajero y analiza detenidamente las características de los libros que poseía (la encuadernación española económica o las anotaciones diversas existentes en los libros de envíos postales anteriores, del precio de las obras, así como los ex-libris de antiguos poseedores, etc.), para llegar a la conclusión de que la mayoría de los ejemplares tuvieron que ser adquiridos de segunda mano por el Dr. Bates en alguna librería londinense o bien se los enviaron, sin llegar a comprarlos directamente en España.

[16] Este inventario se transcribió y fue brevemente estudiado por el historiador Juan GONZÁLEZ CASTAÑO, *Sobre la vida de don Francisco de Alarcón, miembro destacado del Consejo de Castilla*, «s.l.», Familia Chico de Guzmán, 2002, pp. 43-44 y 48-50. Publicado en edición no venal.

[17] AHF-BCG. Núm. 25/44(1), ff. 19-21. *Memoria de los Libros que dejó el Señor don Francisco de Alarcón del Consejo de Su Majestad y su fiscal del Real Consejo la Guerra y Crimen de esta Corte*. En la mayoría de las entradas se indica el título, el autor y el número de tomos.

materiales nobles, guardarropa, utensilios de cocina, pinturas profanas y sacras de baja calidad, joyas y una carroza.

Estamos ante una biblioteca de carácter profesional, que tiene cierta condición de patrimonial por su tamaño, con un total de 253 obras y 448 vol. El 95% es de tema legal y del análisis de sus obras, se deduce que se trata de la biblioteca de un jurista, bien surtida y actualizada en leyes.[18] El 5 % restante está destinado sobre todo a obras de carácter religioso, alguna obra de gramática y algún tema especial, que destaca por su rareza en un fondo de esta tipología, como un tratado sobre la peste.[19] El idioma predominante es el latín y en español solo se encuentran leyes u ordenamientos emanados de legisladores españoles y algunas de las obras religiosas, sobre todo las de devoción y oración. Estamos ante un claro ejemplo de la biblioteca privada de

---

[18] Para la identificación de todas las ediciones que se van a presentar como ejemplos se han consultado varios recursos electrónicos y catálogos, principalmente el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español (CCPBE). Por ejemplo, AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 21, entrada [198], aparecen referenciadas: «Las partidas quatro cuerpos» se trata seguramente de *Las siete Partidas del Sabio Rey Don Alonso el Nono... glosadas por Gregorio Lopez* en una posible edición de Jean Hasrey de Madrid del año 1611, basada en la edición de Maguncia de Balthasar Lippius de 1610 o incluso podría tratarse de una edición anterior. Y otro ejemplo lo encontramos en AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 21, entradas [199-200]: «Nueva recopilación, dos cuerpos» y «Lo añadido a ella, dos cuerpos»; y AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 21, entrada [202]: «Acevedo sobre la nueva recopilacion ocho cuerpos». Se trata sin duda de varias referencias a la indispensable *Nueva recopilación*, y en concreto los *Comentarios* que hace sobre ella Alfonso de Acevedo, en una posible edición impresa en Dovai en 1612 de Balthazar Bellère, que consta al menos de una variante de edición, por la que se vende en Madrid por Jean Hasrey. O también podría tratarse de la edición de Amberes de 1618, impresa por Jean Van Kerberghe, por considerar las más recientes y coetáneas al inventario.

[19] Por ejemplo, se encuentra referenciada en AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 19v, la entrada [81]: «Cobarubias dos cuerpos», que se puede tratar del *Tesoro de la lengua castellana, o española* compuesto por Sebastián de Cobarrubias Orozco, en una posible edición de Madrid, impresa por Luis Sánchez en el año 1611. De la obra sobre la peste, AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 20, entrada [133]: «tapia tractato de peste» no se ha localizado aún la posible edición. Y sirva también como ejemplo la referencia AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 21, entrada [226]: «Hurtado de sacramentis et censuris» sobre un libro del jesuita Gaspar Hurtado, titulado *Tractatus de sacramentis et censuris* y que posiblemente se trate de una segunda edición, impresa en Amberes en 1633, por la Oficina Plantiniana de Balthasar Moretus. Sobre las obras de religión existentes en este tipo de bibliotecas se debe señalar que hay que distinguir entre lo que fueron obras estrictamente de devoción, tan representativas de la moralidad social de la época, de las de teología, tan propias de las bibliotecas compuestas por libros de enseñanzas jurídicas, donde el estudio del derecho iba de la mano del estudio de la moral, y la moral era una hija-esclava de la teología, como señala Carlos A. LUQUE COLOMBRES, *Libros de derecho en bibliotecas particulares cordobesas 1573-1810*, Córdoba, Universidad Nacional, Instituto de Estudios Americanistas, 1945, p. XII.

un profesional y de la representación de la misma como instrumento de trabajo y de poder, donde el propietario puede formarse y especializarse profesionalmente para alcanzar una anhelada promoción social.[20]

Es muy difícil averiguar cómo se formó esta colección. No hay constancia de que heredase parte de esas obras de su homónimo padre, hombre de leyes de mayor relevancia profesional que llegó a ser consejero de Castilla, pero se sabe que el progenitor tuvo también una biblioteca. En un inventario de bienes del padre, realizado en vida en el año 1622, aparece la mención de la existencia de una posible biblioteca o al menos una colección de libros citados y tasados de manera general, junto a otros elementos del estudio, en la considerable cifra de 2.000 ducados, con la apreciación manuscrita «aunque an costado harto mas»[21] (Fig. 3). Lamentablemente no disponemos de otro tipo de material para saber si hubo algún intercambio de libros como préstamo en vida de padre a hijo o traspaso «en muerte» de hijo a padre.

¿Qué pasó con la rica biblioteca de leyes del fiscal Francisco Rodríguez de Alarcón? En el testamento del año 1643[22] del padre, consejero de Castilla, no hay mención alguna a libros ni a biblioteca (ni de los suyos ni de su hijo fallecido). Tampoco hay un inventario *post mortem* suyo. Es más, la única y final sucesora del mayorazgo y bienes principales de esta rama familiar fue una mujer, hermana del inventariado, Ana María Rodríguez de Alarcón, pero en su testamento del año 1664, en su codicilo del año 1666[23] y en un inventario *post mortem* suyo del año 1668[24] tampoco hay ni rastro alguno de colección de libros.

Lo que sí se sabe es que hubo un pleito por la herencia del fiscal Francisco de Alarcón entre los legítimos herederos: el padre y la viuda, su segunda esposa, María Antolínez Acuña. De este proceso se tiene documentación[25] sobre el abuso que hizo la viuda de los bienes de su difunto esposo, así como de las trabas que puso a la hora de inventariar los bienes —como las joyas— a lo que se negó, hasta el punto que su suegro la mandó encarcelar en su casa, poniendo un guarda para que le impidiera salir. Al

---

[20] Almudena TORREGO CASADO, *Una biblioteca nobiliaria madrileña del siglo XVII: Don Jerónimo de Eguía y Eguía, primer Marqués de Narros,* Directora, Elisa Ruiz García, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2011. Tomo I, pp. 3-4. En esta obra (notas 5 y 7) se pueden encontrar dos citas muy representativas de la función de una biblioteca como instrumento de poder y símbolo del traspaso de la profesión y el status.

[21] AHF-BCG. Núm. 25/43, fol. 4.

[22] AHF-BCG. Núm. 25/58.

[23] AHF-BCG. Núm. 44/9. En un mismo documento se encuentra el testamento de 1664 y el codicilo de 1666.

[24] AHF-BCG. Núm. 34/35.

[25] GONZÁLEZ CASTAÑO, *Sobre la vida de don Francisco de Alarcón, miembro destacado del Consejo de Castilla*, pp. 44-46.

parecer la viuda se quedó con casi todos los bienes del fallecido, vendiendo en 1644 gran parte de vestidos y joyas por un importe de unos 1.000 ducados. No hay noticias de la venta de la biblioteca del fiscal, pero si un año antes no la legaba el padre en su testamento, es fácil que en algún momento formase parte de esa venta de bienes por parte de la viuda.[26]

Caso II. La biblioteca de Antonio Muñoz Bermúdez, Abogado de los Reales consejos[27]

En un Inventario *post mortem*, con tasación y venta de los bienes que quedaron por su muerte a petición de la viuda María de Pedraza, hecho en Madrid el 10 de diciembre de 1659, aparece referenciada, entre cuadros y bufetillos, la librería del dicho Antonio, «en que ay tre[s]cientos y setenta y un cuerpos de libros de diferentes facultades inclusos en ellos algunos pequeños y grandes de devocion en sus estantes de pino»[28] (Fig. 4). En este caso no hay más datos de descripción del tipo de biblioteca, que se «presume» de carácter profesional y patrimonial. Y mucho menos de su procedencia. Pero se posee interesante información de su tasación y posterior venta, es decir, de su final: El mismo inventario prosigue un mes más tarde, en el que los libreros flamencos asentados en Madrid, Juan Bautista Velero, que no es otro que Juan Bautista Beelaert, y Adrian Oyen, relacionado familiarmente con el anterior, tasaron la librería en 2.601 reales[29] (Figs. 5 y 6). El inventario continúa diciendo que esta librería se vendió en 1.300 reales a Isidro de Robles: 650 que pagó al contado y otros 650 por los que otorgó escritura ante el escribano (Fig. 6). En este caso la venta se produjo en un lote completo y de su precio de tasación al de venta, se perdieron por el camino la mitad de los reales. Y si

---

[26] De hecho se ha consultado en el C-BCG y buscado en el 3% de obras el siglo XVI y XVII existentes en la colección, y no se ha localizado ningún ejemplar de esta biblioteca de leyes del inventario *post mortem* del fiscal Francisco de Alarcón que pudiese haberse heredado. Finalizamos la presentación de este caso diciendo que el apellido Rodríguez de Alarcón constituye una de las ramas familiares más importantes a nivel de constitución y fundación del patrimonio familiar, de la que se conserva numerosa documentación en el archivo familiar.

[27] Este caso se encuentra en el AHF-BCG porque la viuda solicita que se inventaríen también los bienes libres y vinculados que tenía su difunto marido en la localidad de Belmonte. Y para ello se nombra a Alonso Belmonte y Alarcón, personaje familiar vinculado al fondo documental, como apoderado de la viuda María de Pedraza.

[28] AHF-BCG. Núm. 37/15, fol. 3v.

[29] Para la identificación de los libreros se ha acudido a la tesis doctoral de Mercedes AGULLÓ Y COBO, *La imprenta y el comercio de libros en Madrid: (siglos XVI - XVIII)*, Director José Simón Díaz, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2009, pp. 26, 223.

la tasación suele ser inferior al precio real de compra, podemos al menos hacernos una idea de lo mínimo que pudo costar esta biblioteca.[30] Sobre el comprador, podría tratarse del madrileño mercader de libros Isidro de Robles[31], quien se sabe que se dedicó como autor y editor literario a recopilar y reproducir para la venta las novelas cortesanas de Alonso de Alcalá y Herrera,[32] entre otros, esperando cosechar éxitos editoriales.

Caso III. La biblioteca de Francisco Javier Sargues, dignidad de Chantre de la Iglesia Colegial de San Bartolomé de Belmonte[33]

El caso se conoce por un inventario *post mortem* y tasación de bienes muebles y raíces, hecho en Belmonte el 6 de abril de 1817. Se trata de una colección de 172 obras y 305 vol., en su mayoría —y presumiblemente— de ediciones del siglo XVIII o anteriores incluso. Nuevamente estamos ante una biblioteca profesional y patrimonial: predominan las obras de oficio religioso junto a las de devoción, seguidas de las de derecho y del estudio de varias lenguas romances, con alguna obra de entretenimiento (de historia principalmente).

---

[30] INFANTES, «La memoria de la biblioteca: el inventario», p. 168. Sobre los problemas metodológicos de los inventarios nos avisa sobre la diferencia existente entre los precios de tasación y los de compra. Y en este caso, además, los de venta.

[31] AGULLÓ Y COBO, *La imprenta y el comercio de libros en Madrid: (siglos XVI - XVIII)*. Es muy probable que se trate de este librero, hijo del también librero Sebastián de Robles y de Magdalena de Aragón, que tuvo tienda en la calle de Toledo y en la calle Mayor. A lo largo de este trabajo de investigación se pueden encontrar numerosos ejemplos de la convivencia que existía entre libreros asentados en Madrid, y en concreto para el caso que nos ocupa, entre Juan Bautista Beelaert e Isidro de Robles.

[32] PALAU, I*, A,* Barcelona, Librería Anticuaria de A. Palau, 1953, nº 5785-5792, p. 165. Al buscar en el repertorio a Isidro de Robles, su entrada remite a la de Alonso Alcalá y Herrera. Sobre las ediciones de la obra de Alcalá y Herrera titulada *Varios effetos de amor en cinco vocales* Palau comenta que «el hecho de estar escritas estas cinco novelas sin una de las vocales, llamó en gran manera la atención, el público gustó del ingenio del autor y celebró su esfuerzo literario. Un tal Isidro de Robles abrigando la esperanza de un buen éxito editorial las reprodujo con otras novelas, afirmado que no habían sido nunca ni vistas ni impresas». Del mismo modo hay constancia de la labor de Isidro de Robles como editor de las obras de Alonso Alcalá y Herrera, y se pueden consultar en Simón DÍAZ, *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid, Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica, 1960-1992, p. 49, T. V, nº 278 y a través del catálogo en línea del CCPBE.

[33] Por el momento, se considera que este caso se encuentra en el AHF-BCG porque entre los papeles de la almoneda aparece la relación de lo que compra Mateo Belmonte y del Castellar, uno de los últimos familiares generadores y custodios de este FDPF. Entre sus adquisiciones no se hallan libros, sino fanegas de cebada, vidrieras, etc.

En el inventario se hace relación del nombre de los tasadores para las ropas, los «trastos», el hierro, etc., pero no hay tasador específico para la librería, que tras el tocino aparece referenciada de manera bastante exhaustiva[34] (Fig. 7) y tasada de manera individual obra a obra, que sumadas dan un total de 3.734 reales. Junto al inventario se ha encontrado una serie de documentos y papeles sueltos de las cuentas de la testamentaría y del reparto que recibió cada testamentario. En estos papeles aparecen referencias a la «Importa total de la Almoneda»[35] (Fig. 8), donde está especificada la parte de los libros, valorados en 1731 reales y 17 maravedís. Si este es el precio final de venta, una vez más, se han perdido por el camino más de la mitad de los reales (1.993 reales).

¿A quién y por cuánto se vendieron esos libros? Algún dato podemos averiguar, pues entre esos papeles se conservan las cuentas de la testamentaría. Entre esos documentos están referenciadas las ventas y pagos de tres lotes con libros: la primera a un tal Juan de Mata Pérez que paga 24 reales por unos libros que le llevó un tal D. Alejandro[36] (Fig. 9). Un segundo pago de 12 reales que hizo Tomás Ramos por dos libros que le llevó el mismo D. Alejandro, referenciados como «Murzetula de esponsales y Cardona», que se habían tasado sin embargo en una suma superior: 12 y 16 reales respectivamente.[37] Y

---

[34] AHF-BCG. Núm. 38/30, ff. 12-17. Se indica el autor, el título, el nº de tomos y, en muchas ocasiones, el formato y la encuadernación.

[35] AHF-BCG. Núm. 38/28(4).

[36] No se sabe con exactitud la función que ejerció esta figura como intermediario en el proceso de compraventa de la almoneda, si se trataba de un librero, de algún tipo de distribuidor comercial o simplemente de un acarreador, pero lo más seguro es que se trate de esto último, pues su nombre aparece en ocasiones en las que el producto u objeto de intercambio comercial no es un libro.

TORREGO CASADO, *Una biblioteca nobiliaria madrileña del siglo XVII: Don Jerónimo de Eguía y Eguía, primer Marqués de Narros,* p. 32. El acarreador, que se contrataba para cada ocasión, era el que llevaba los objetos de un lado a otro y su participación se cobraba a comisión en torno a un 10 % según fuera la naturaleza de los objetos.

[37] AHF-BCG. Núm. 38/28(3). Estos dos pagos corresponden concretamente a las cuentas de la parte que percibió María Luisa de la Llosa, una de las testamentarías. Se han localizado los libros indicados en las cuentas en el inventario *post mortem* e intentado identificar su edición. El libro de esponsales Murzetula se ha localizado en AHF-BCG. Núm. 38/30, fol. 12v., entrada 452: «Murcetula, de Exponsalibus, un tomo en cuarto» del que se desconoce aún la posible edición. Y para Cardona solo puede tratarse del vol. AHF-BCG. Núm, 38/30, fol. 13, entrada 456: «Cardona, Insertacion [i.e. Disertacion] Apologetica, en cuarto», que seguramente se trate de la obra de Andrés de Cardona, *Disertacion apologética en favor de los párrocos...* impresa en Madrid por Joaquín Ibarra en 1784.

el tercer pago de 2 reales que hizo Manuel del Pozo por el libro titulado Montalbano,[38] que se tasó en esa misma cantidad.

¿Qué pasó con el resto de la almoneda de libros? ¿Serviría esta pequeña casuística (3 de 172 libros) como parámetro de venta general para toda la almoneda? Los libros más baratos se tasaron en 1 real y el más caro en 130 reales. Según estos datos, los libros baratos (de 1 a 10 reales) y de precio medio (de 10 a 50) constituyen un 92 % del total de libros de la colección (42 y 50 % respectivamente), frente a los caros (de 50 a 100 o más reales) que son solo un 8 % del total. Según estos tres ejemplos de venta y la estimación de precio realizada por tipo de obra, se podría deducir que el libro de precio medio (de 10 a 50 reales) tuvo una disminución de precio de venta acorde al importe total de la almoneda: se vendió a un 45% de su precio de tasación; y el barato (de 1 a 10 reales) mantuvo su precio de salida de tasación para la venta. Lamentablemente solo se pueden hacer conjeturas aproximadas, pues no sabemos por cuánto se vendieron los libros más caros ni si estos tres ejemplos obedecen realmente a un criterio de precio de venta por lotes o al carácter específico de cada libro. Por curiosidad decir que la obra más cara se trata seguramente de la *Biblioteca portátil de los padres de la iglesia* del Abad Tricalet, impresa en Madrid, por la imprenta Real entre 1790-1791, en diez tomos en pergamino en 4º.[39]

Caso IV. La Biblioteca contemporánea Belmonte-Chico de Guzmán

Se trata de la biblioteca físicamente conservada y ubicada en la casa solariega originaria del siglo XVIII que la familia posee en la localidad de Mota del Cuervo (Cuenca). Se puede definir como una biblioteca de carácter patrimonial y ecléctica, más o menos heredera de las ilustradas, procedente de varios miembros de las tres últimas generaciones de la familia y de la que se ha hecho un catálogo bibliográfico. La historia de la colección se origina a través de la formación de la pareja de Joaquín Chico de Guzmán y Salcedo (Cehegín. 1780-1850) y Mariana de Belmonte y del Castellar (Belmonte. 1784-1853) que contrajeron matrimonio en Mota del Cuervo en el año 1817. Ellos, algún progenitor, sus hijos y sus descendientes directos son los principales formadores de esta colección

---

[38] AHF-BCG. Núm. 38/28(4). La mención a Montalbano se ha localizado en el inventario en AHF-BCG. Núm. 38/30, fol. 17, entrada 589: «Montalban, para todos, un tomo pergamino» que seguramente se trate de la obra de Juan Perez de Montalbán, *Para todos, exemplos morales, humanos y diuinos en que se tratan diuersas ciencias, materias y facultades*, impreso en Huesca por Pedro Blusón en 1633.

[39] AHF-BCG. Núm. 38/30, fol. 15v., entrada 538: «Tricalez, Biblioteca portatil, diez tomos en pergamino en 4º».

Está compuesta por 255 obras y 511 vol. impresos entre los siglos XVI y XIX, pero mayoritariamente de los siglos XVIII y XIX. De variadas áreas temáticas, destacando la literatura, el derecho, la religión, las lenguas y otras materias científicas y de formación, con predominio casi absoluto del castellano. Esta biblioteca es el reflejo de una familia extensa acomodada con aspiraciones sociales. Patriarcados dirigidos por hombres de leyes y militares, donde cada miembro ocupaba su lugar y la biblioteca era un instrumento para cumplir su función social.

Nos encontramos ante un caso diferente a los anteriores, por las fuentes y su carácter colectivo. Hay más que decir sobre su procedencia que sobre su final. La primera pregunta que uno debe hacerse, por lo tanto, es: ¿cuánto hay de heredado y cuánto de comprado en esta colección? El análisis de las marcas de propiedad nos da pistas, pues solo un 2 % de los ex libris procede con seguridad de familiares anteriores a la pareja troncal por la que se origina la colección, antes presentados: Joaquín Chico de Guzmán y Salcedo y Mariana de Belmonte y del Castellar. El archivo familiar confirma este hecho: de momento se han localizado cinco inventarios de familiares[40] que podrían haber traspasado algún ejemplar de la biblioteca y, solo en uno, el de la abuela de Mariana de Belmonte y del Castellar, Josefa Rosa Carrillo y Hurtado de Salcedo, se han encontrado referencias a libros que ahora están (y pudieron estar) en la biblioteca. Se trata de la *Hijuela de Josefa Rosa Carrillo de los bienes que le quedaron por muerte de su padre Fernando Carrillo* del año 1755, en donde aparecen referenciados, entre otros libros, los «quatro tomos de Historia pontifical»[41] (Fig. 10). En la biblioteca contemporánea se conserva solamente el tomo cuarto de esta obra: es el caso de la *Quarta parte de la historia pontifical y católica* de Luís de Bavia impresa en Madrid en año 1613,[42] que tiene además el ex libris de Alfonso Belmonte y Carrillo, el padre de Mariana de Belmonte y del Castellar, hijo de la citada Josefa Rosa Carrillo y Hurtado de Salcedo (Figs. 11 y 12).

La biblioteca tuvo que ir adquiriéndose y formándose de manera comercial y coetánea al devenir de sus dueños. El núcleo familiar estuvo

---

[40] Cuatro son, por lo tanto, los inventarios y expedientes de familiares que no incluyen mención a libros, librerías ni a ningún lugar físico destinado a la biblioteca: AHF-BCG. Núm. 27/25: *Inventario, tasación y división de bienes que quedaron por muerte de Alfonso Belmonte y carrillo* de 1804. AHF-BCG. Núm. 33/67: *Lectura del testamento de María Jacinta de Valcárcel y Pacheco,* de 1855. AHF-BCG. Núm. 37/2: *Inventario y reparto de los bienes y hacienda que quedaron por muerte de Antonio de Belmonte Granero y Alarcón*. Y AHF-BCG. Núm. 37/16: *Inventario de bienes que quedaron por muerte de Alfonso Belmonte y Carrillo* en 1803, que incluye relación de bienes anteriores de 1792 por la muerte de su esposa Mariana Joaquina Castellar.

[41] AHF-BCG. Núm. 37/6, fol. 1v.

[42] C-BCG, Núm. 21, BAU qua.

asentado en distintas localidades de Cuenca, Murcia y Madrid, fijando finalmente su residencia definitiva en la capital, así que es normal que las localizaciones de vida y de comercio confluyan en gran medida. Información directa de adquisición comercial la tenemos por la presencia de varios sellos de librerías: en Valencia, la Librería de Mallén;[43] en Madrid hay varios sellos, como por ejemplo el de la de Librería de Rufino Esteban [44] o la de Victoriano Suárez.[45] Y por un testigo encontrado entre los libros se posee un impreso de propaganda católica de la Librería Religiosa de Madrid.[46]

Tampoco es de extrañar que coincida el dato del lugar en el que fueron impresas las obras con los lugares de residencia de los familiares, pues eso nos habla de los hábitos de compra-consumo de los propietarios y de la producción bibliográfica del momento: en la que Madrid es la protagonista absoluta con un 70% del total de la producción impresa. Ni de que se traten de «ediciones de éxito y del momento», como el famoso *Diccionario Universal latino-español*[47] de Manuel de Valbuena, impreso en Madrid en el año 1793,[48] o que haya primeras ediciones, como el *Arte de hablar en prosa y verso*[49] de José Gómez y Hermosilla, impresa en Madrid en 1826.[50]

Un caso curioso encontrado a través de los repertorios es el de la obra de Lorenzo de Hervás y Panduro:[51] *Historia de la vida del hombre*[52] en siete tomos, impresa en Madrid entre 1789 y 1799. Según Palau, casi todas las obras del abad Lorenzo fueron costeadas por el propio autor. Durante un tiempo no tuvieron salida en la Península por lo que el autor decidió hacer un envío de

---

[43] C-BCG. Núm. 20, BAR voy.

[44] C-BCG. Núm. 328, VER man.

[45] C-BCG. Núm. 271, PER plu.

[46] C-BCG. Núm. 84, CRO año-XII.

[47] C-BCG. Núm. 325, VAL dic.

[48] PALAU, XXIV, nº 346970, «famoso diccionario que se inspiró en el de Blondeau, verdadero autor del que se publicó bajo el nombre de Jean Boudot. Las ediciones de Valbuena se prodigaron durante casi siglo y medio».

[49] C-BCG. Núm. 164-165, GOM art-I hasta GOM art-II.

[50] PALAU, VI, nº 103993. La cita como una primera edición de una obra curiosa, que al principio fue muy criticada, pero que pasó a tener mucha demanda y a ser muy útil para la enseñanza

[51] Francisco AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII: Tomo IV, G-K,* Madrid, CSIC, Instituto Miguel de Cervantes, 1986, p. 454. Fue un jesuita que nació en Horcajo (Cuenca) el 10 de mayo de 1735, enseñó metafísica en el Colegio Imperial de Madrid, tras la expulsión residió en Córcega y otras residencias hasta que murió en Roma en 1809. En 1800 pidió al gobierno español ayuda económica para la impresión de sus obras.

[52] C-BCG. Núm. 184-190, HER his-I hasta HER his-VII.

sus obras a las Américas. El intento resultó fallido al estallar la Guerra de Independencia, así que el envío acabó en manos de Juan Francisco Gallego, casado recientemente con Ángela Romana y Panduro, que lo llevó al pueblo de Osa de la Vega, donde estuvo más de sesenta años, hasta que unos se regalaron a amigos de la comarca, viajeros, curiosos, etc., y el resto, unos 1.500 volúmenes, se perdieron a causa de las inclemencias, roedores, etc.[53] Osa de la Vega es un pueblo muy cercano a los lugares de residencia conquenses de la familia, Belmonte y Mota del Cuervo, donde consta que tuvieron propiedades. Así que tratándose de la misma edición y del mismo tipo de encuadernación en pasta, es muy probable que los ejemplares que se encuentran en la biblioteca de la casa solariega salieran —como regalo— de ese lote fallido al Nuevo Mundo.

Perspectivas de futuro

De momento no podemos hablar de cartas, recibís o facturas que nos cuenten y confirmen estas compras contemporáneas y los modos de efectuarlas, si por ellos mismos o terceras personas. Pero queda una baza importante: catorce cajas de correspondencia[54] por inventariar, relativas a estas últimas generaciones de la familia, y otras tantas de «Cuentas», que bien seguro depararán sorpresas y alegrías. Esperemos que sobre esta biblioteca y alguna más.

Quedan casos por contar y analizar, sobre todo se tratan de «inventarios generales» con mención a un máximo de 10 libros, en los que destacamos el caso de varias mujeres.[55] Y otros «inventarios singulares» donde sobresale el caso del clérigo de Tarancón Juan Ortiz Aguado, conocido por su testamento de 1606 con la referencia a una biblioteca de unos 35 ejemplares.[56] Y un interesante inventario *post mortem* de Domingo de Zarauz de Valladolid de

[53] PALAU, VI, *G-H*, nº 114445 y p. 587.

[54] PEÑA DÍAZ, «El comercio, la circulación y la geografía del libro», pp. 89-90. La correspondencia como recurso paralelo al comercio de importación realizado por los libreros, se revela también como un medio para la circulación del libro a distancia entre particulares.

[55] Por citar algún ejemplo, el caso de AHF-BCG. Núm. 15/37. *Inventario de bienes de Gabriela de Araque y Bustos* de 1755; y el de AHF-BCG. Núm. 38/4. *Hijuela de Isabel de Bustos,* ca. 1733.

[56] AHF-BCG. Núm. 24/7.

1603[57] de 14 folios, en el que en 9 de esos folios se hallan referenciados exclusivamente toda una serie de legajos y otros «papeles».[58]

Conclusiones

Se han propuesto varios casos a modo de ejemplo con el objetivo de intentar demostrar que para el estudio de la formación, el devenir y destino de los libros en las colecciones y bibliotecas particulares es necesario atender a esas distintas formas de intercambio y adquisición entre y por particulares: compraventas, préstamos, herencias y regalos.

Del mismo modo parece muy pertinente remarcar las posibilidades que ofrece trabajar con un Fondo Documental Patrimonial Familiar (FDPF) cerrado a la hora de realizar este tipo de investigaciones:

- Donde la ausencia o falta de mención de libros en los inventarios e incluso de propios inventarios es un parámetro que se descubre como relevante y vinculante. Existiendo muchas posibilidades de que lo que no hay hable y diga tanto como lo que sí hay.
- Permite el uso de una diversidad de fuentes y tipología documental interrelacionadas que abre perspectivas y posibilidades de investigación, incluso de carácter comparativo: procedencia *vs.* final - catalogo *vs.* inventario.
- Son colecciones donde se puede averiguar con mayor fiabilidad y garantía el camino que siguen los libros con el transcurso de sus propietarios. La familia se revela como un interesante marco —tanto físico como intelectual— donde el movimiento del libro puede sucederse generación tras generación y estudiarse paso a paso.
- Se conocen casos de colecciones de personajes y entornos sociales concretos difíciles de localizar: los de ámbitos rurales-provinciales, de hidalgos, de oficios-profesiones menores e, incluso, de alguna mujer.
- Y, por último, se puede prestar especial atención a los otros bienes muebles con los que se relaciona a los libros, en concreto por ejemplo a

---

[57] AHF-BCG. Núm. 7/2.

[58] PEDRAZA GRACIA, «El análisis de los inventarios para el estudio del lector y de la lectura bibliotecas privadas y lectura en tiempos de Carlos I», pp. 14, 19 y 31. Señala que para los contemporáneos el libro tenía valor e interés por diversos y numerosos motivos, más cuando «merecían» ser inventariados, pero ello nos les llevaba a hacer distinción explícita en los inventarios entre un tipo de libro u otro según su morfología, funcionalidad y tipología. DADSON, *Libros, lectores y lecturas: estudios sobre bibliotecas particulares españolas del siglo de Oro*, pp. 41-43. La copia manuscrita fue una de las formas que existieron para la formación de las bibliotecas particulares, que se usaba para ocasiones más restringidas o especiales, como para las obras de carácter litúrgico o devocional, de tipo económico y administrativo o de uso personal.

los cuadros, las ropas blancas o las joyas, que nunca faltan en este tipo de inventarios, no solo para conocer al poseedor sino también el valor y lugar que ocupaba el libro como un objeto patrimonial más.

Figuras

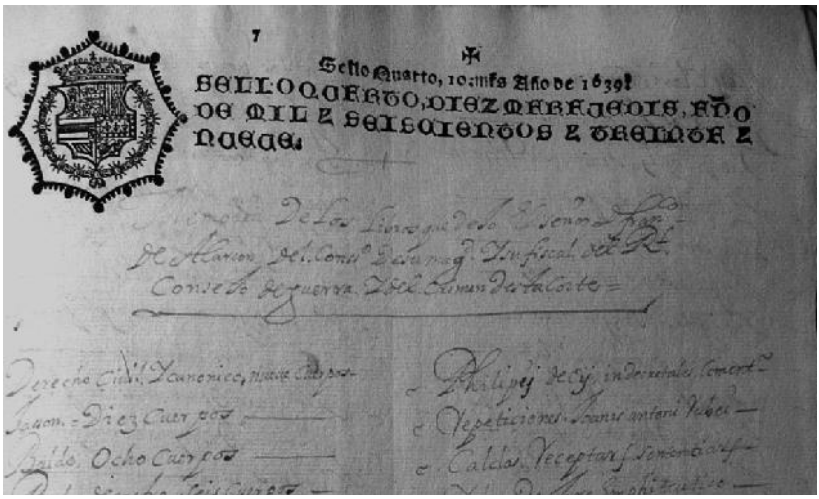


Fig. 1. Detalle del título del Inventario *post mortem* de Francisco Rodríguez de Alarcón, Fiscal del Real Consejo de Guerra y Crimen de Madrid. AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 19.

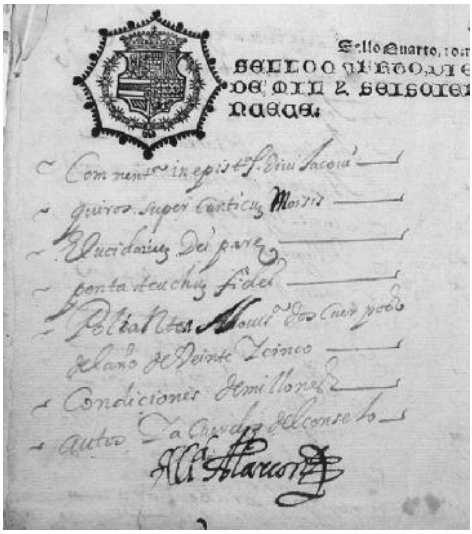


Fig. 2. Detalle del final del Inventario *post mortem* de Francisco Rodríguez de Alarcón, Fiscal del Real Consejo de Guerra y Crimen de Madrid. AHF-BCG. Núm. 25/44(1), fol. 21v.

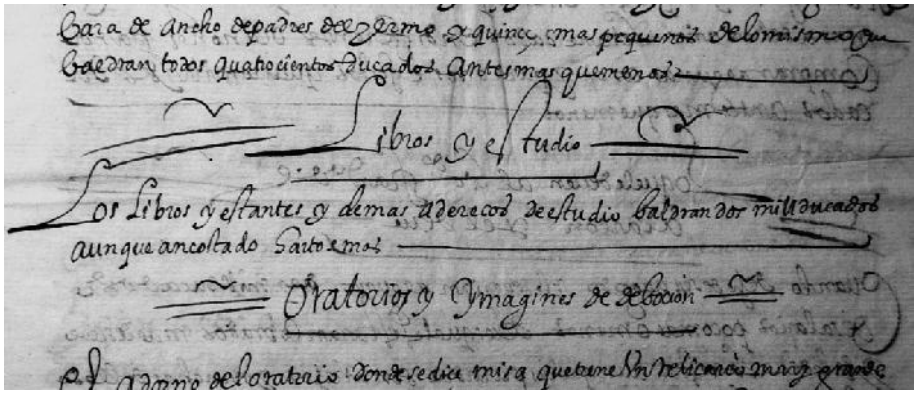


Fig. 3. Detalle del Inventario en vida Francisco Rodríguez de Alarcón, Consejero de Castilla. AHF-BCG. Núm. 25/43, fol. 4.

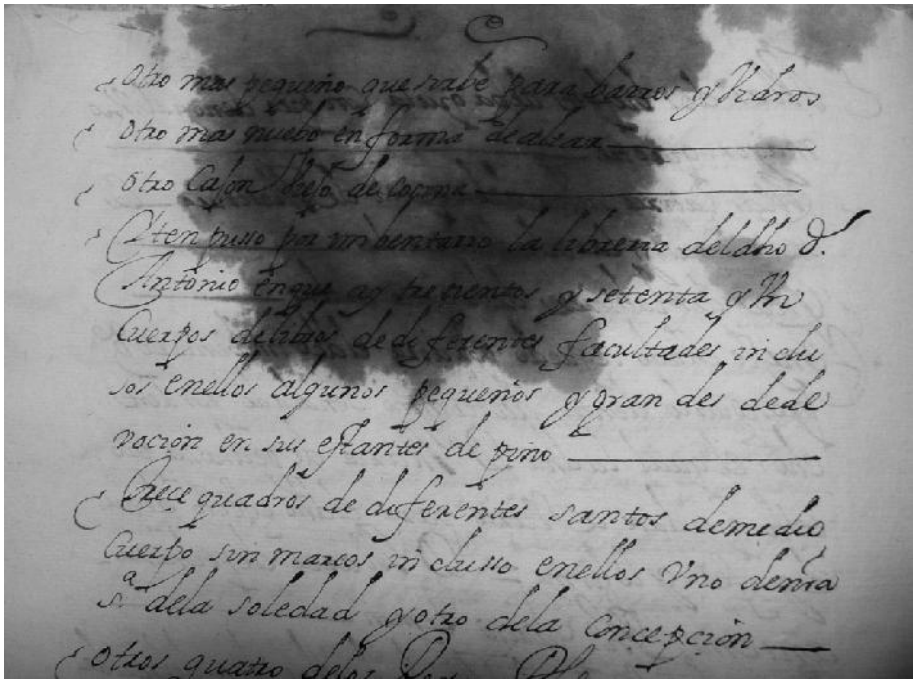


Fig. 4. Detalle del Inventario *post mortem* de Antonio Muñoz Bermúdez, Abogado de los Reales Consejos: Descripción de la biblioteca. AHF-BCG. Núm. 37/15, fol. 3v.

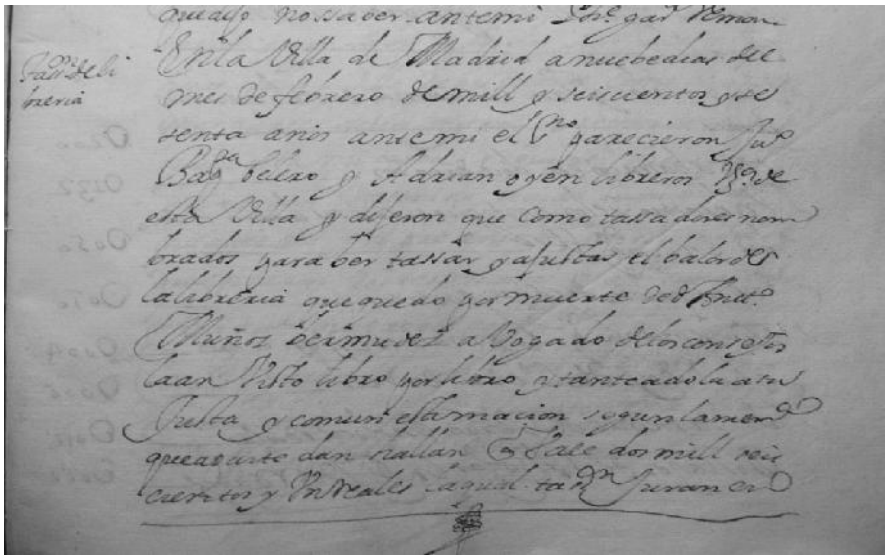


Fig- 5. Detalle del Inventario *post mortem* de Antonio Muñoz Bermúdez, Abogado de los Reales Consejos: Datos de la tasación de la biblioteca. AHF-BCG. Núm. 37/15, fol. 19.

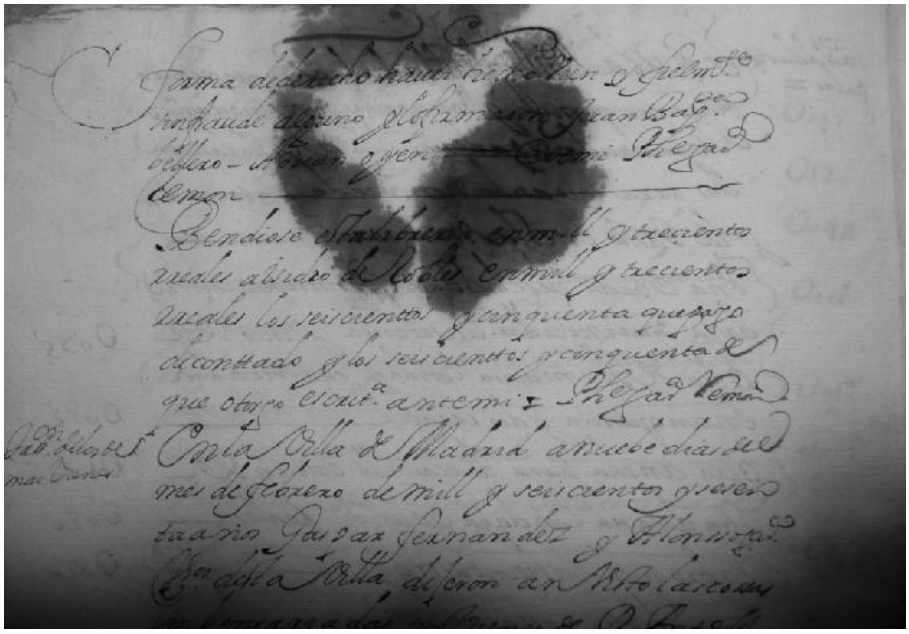


Fig- 6. Detalle del Inventario *post mortem* de Antonio Muñoz Bermúdez, Abogado de los Reales Consejos: Datos de continuación de la tasación y de la venta de la biblioteca. AHF-BCG. Núm. 37/15, fol. 19v.

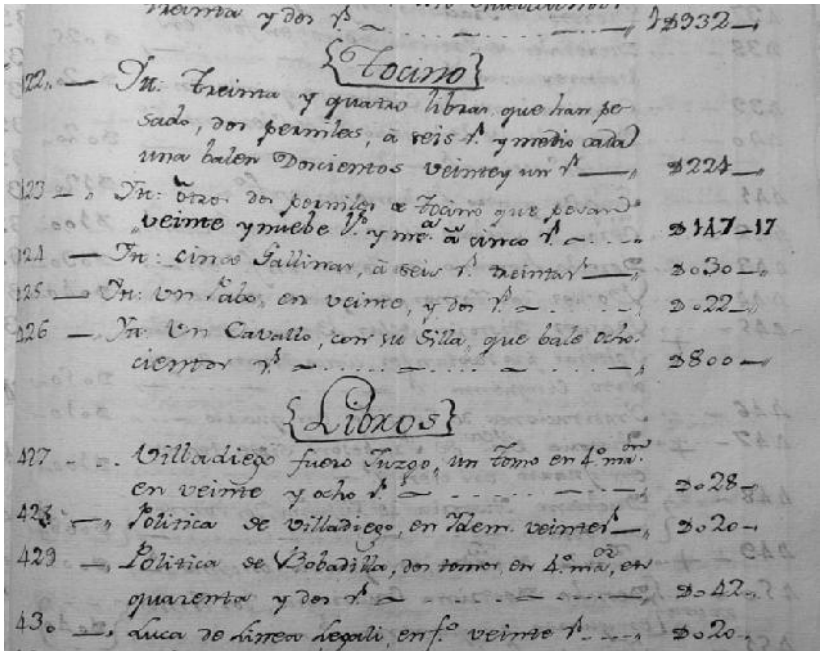


Fig. 7. Detalle del Inventario *post mortem* de la biblioteca de Francisco Javier Sargues, dignidad de Chantre de la Iglesia Colegial de San Bartolomé de Belmonte. AHF-BCG. Núm. 38/30, fol. 12.

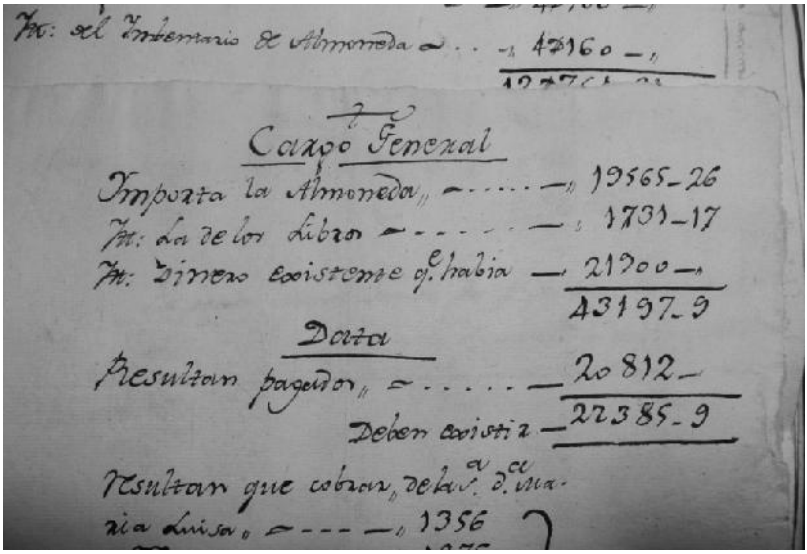


Fig. 8. Detalle de los papeles de la Almoneda de Francisco Javier Sargues: Importe total de la almoneda y parte de los libros. AHF-BCG. Núm. 38/28(4).

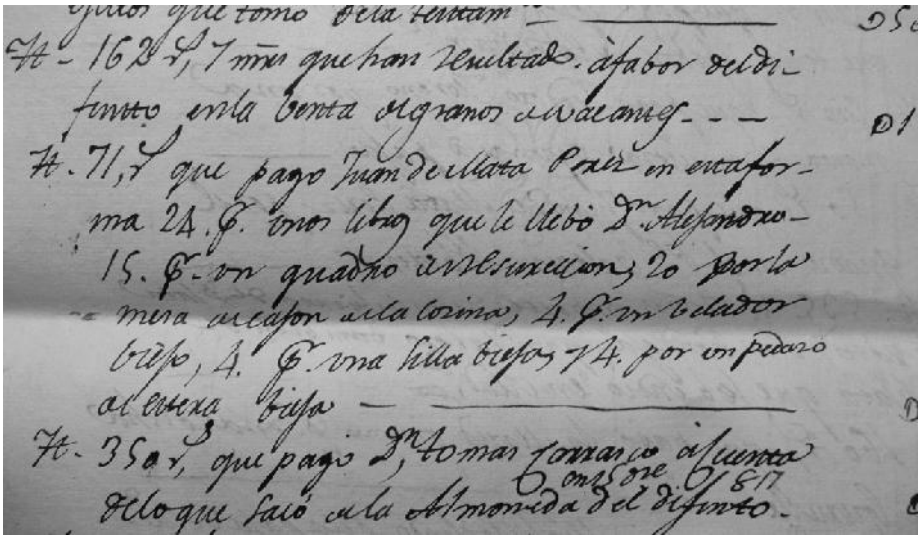


Fig.9. Detalle de las cuentas que percibió María Luisa de la Llosa, testamentaria de Francisco Javier Sargues: Pago por unos libros. AHF-BCG. Núm. 38/28(3).

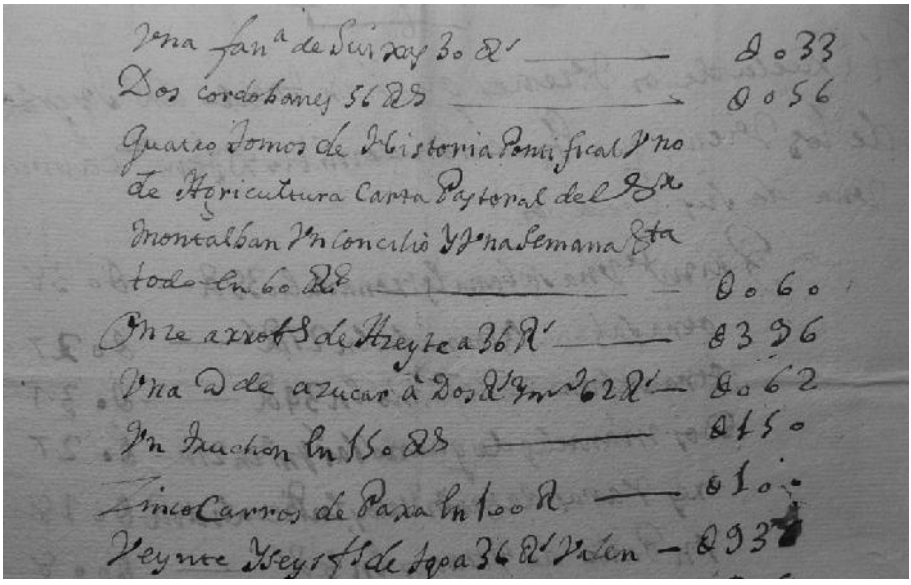


Fig. 10. Detalle de la *Hijuela de Josefa Rosa Carrillo de los bienes que le quedaron por la muerte de su padre Francisco Carrillo*, AHF-BCG. Núm. 37/6, fol. 1v.

QVARTA PARTE
DE LA HISTORIA
PONTIFICAL,
Y CATOLICA.
COMPVESTA Y ORDENADA POR EL
Doctor Luis de Auuia, Capellan del Rey nuestro señor, en su Real
Capilla de Granada.
CONTIENE ESTA QVARTA PARTE
de la historia Pontifical, todo lo sucedido en el mundo desde
el año de mil y quinientos y nouenta y vno, hasta el de
mil y seiscientos y cinco.
CON PRIVILEGIO.
En Madrid, Por Luis Sanchez impressor del Rey N.S.
Año de M.DC.XIII.
Vendese en casa de Iuan Hasrey.

Fig. 11. Portada de la obra de Luís de Bavia, *Quarta parte de la historia pontifical y católica*. C-BCG. Núm. 21, BAU qua.

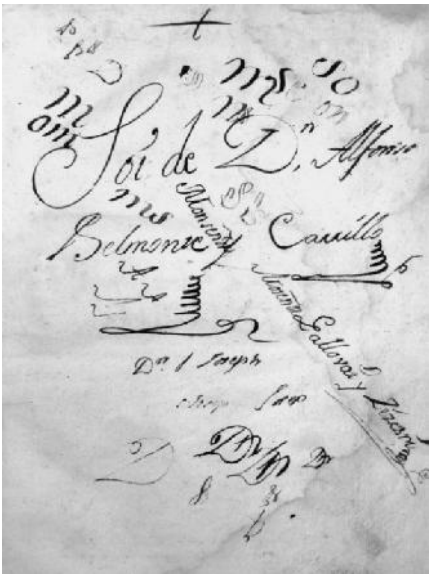


Fig. 12. Detalle del ex libris de Alfonso Belmonte y Carrillo. C-BCG. Núm. 21, BAU qua.

Iste liber est meus: No vale nada

Carlos CLAVERÍA LAGUARDA
(Investigador Independiente)

Este libro no vale nada

Voy a hablarles de un libro humildísimo partiendo de una base teórica perogrullista: «un libro no es solo un manuscrito trasformado en un impreso, es casi un ser vivo». El de hoy contiene la obra de Suetonio, las vidas de los césares, un prólogo de Erasmo, los comentarios de Giovanni Battista Egnazio (profesor a las órdenes del taller de Manuzio) y otras ayudas; lleva un montón de comentarios manuscritos anotados minuciosamente en los márgenes. Sépase que deja ver también el trabajo que se llevó los ojos y los pulgares del cajista lionés de 1539 que lo compuso en treinta y cinco pliegos apretados. Pero todo eso no vale nada.

Erasmo mantuvo un idilio inicial con Aldo Manuzio. El amor se prolongó algún tiempo y le permitió al holandés en 1517 ejercer de soberbio ante Beatus Rhenanus (corrector y factótum en casa de Froben), a quien anuncia que no le importa demasiado tener una buena relación con el impresor de Basilea, pues Asolano, el suegro de Aldo, le ha hecho saber por carta que su taller está enteramente dispuesto a hacer todo lo necesario por él. Sin embargo, este mismo año Erasmo firma en Basilea la dedicatoria de unas *Obras* de Suetonio, a las que añade un prólogo peculiar. En él elogia sin medida al preparador aldino (Giovanni Battista Egnazio) pero a continuación escribe dos páginas, dos, de correcciones al texto de este y hace expresión de

su habitual displicencia ante la competencia: 'hay otros errores del mismo tipo, pero demasiado menudos para que valga la pena enumerarlos al detalle'[1] como haría cualquier filólogo que trabajara a mitad. Erasmo dedicó su edición a Friedrich *der Weise* von Sachsen.

Los dos preparadores, aunque disímiles a modo, compartieron cartel durante mucho tiempo y un frescales tan vivo con Sébastien Gryphe no podía dejar pasar la oportunidad de mezclarlos. En 1539 publicó en Lyon un volumen con los textos históricos ya dichos en edición firmada por Erasmo y Egnazio. Benito Boyer afirmaba haber pagado por un Suetonio de semejante pelaje «cinco sueldos» franceses y que tenía todavía a la venta en 1592 algunos ejemplares en su tienda. Tras varias cuentas propias de equilibristas financieros, podemos aventurar que esos cinco sueldos eran entre cuarenta y cincuenta maravedís. Un libro de esas características tenía un precio de venta al público, si impreso en España, de unos cien maravedís, pues la habitual tasa de tres maravedís el pliego in-8º permitía vender un volumen de treinta y cinco pliegos a tres reales largos. Algo más de lo que cobraba un jornalero palentino. No quiero hacer una comparación (entre el valor del trabajo y el valor del libro) que pudiera ser tenida como hija de una nostálgica conciencia de clase y que hiciera agruparlos bajo el mismo «no vale nada». Recuérdese que en el *Rinconete y Cortadillo*, un zagal asturiano campa con entre 5 y 6 reales al día, pero estos eran dineros que no pagaban alcabalas, pues venían de la corrupción y el hampa.[2]

Este Suetonio anónimo y humilde siguió siendo un libro, como millares de ellos, anónimo y usado, muy usado, e hijo de mil amos más o menos desaprensivos. Pasó por las manos y soportó los comentos de **[1]** un historiador aragonés de minuta y elegante letra humanista. Quizá fueron dos historiadores, pues hay dos letras muy semejantes que no sé si atribuir a diferentes manos; es posible que las dos caligrafías sean hijas de una misma mano con distinto corte de pluma. Una de esas manos o plumas se arriesgó jugando con lexemas peligrosos en la portada. El libro no tiene trazas de censura, a pesar de haber estado toda su vida entre hispánica gente y ser Erasmo autor *damnatus* y haber dedicado el libro a un protector del despiporre

---

[1] P. S. ALLEN *et alii* (eds.), *Opus epistolarum Erasmi*, III, Oxford, In Typographeo clarendoniano, 1913, epístola 648, 18-19: «Sunt hoc genus et alia nonnulla, sed minutiora quam vt operae precium sit sigillatim recensere».

[2] Permítanme que, sobre la relación entre el precio de los libros humildes y el hampa remita a C. CLAVERÍA LAGUARDA, *¡Cuánto cuesta leer! Reflexiones sobre el precio de algunos libros españoles (1543-1806),* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 20 y siguientes.

luterano como era Friedrich von Sachsen. El apostillador escondido se maneja con soltura hacia 1550 entre las obras de Nebrija, Sabellico y Beroaldo (a quienes cita con recurrencia y precisión), domina el lenguaje histórico y la corrección textual y en un punto incluso le espeta marginalmente a Erasmo: prefiero la lectura que hace Beroaldo y la corrección que propone Egnazio. Pero, ¿a quién le interesa eso? Por lo que parece, no a un tal **[2]** Alonso Gómez, o a alguien que lo mentó en el índice final. Hay muchos Alonso Gómez, pero el más famoso entre los ligados a los libros en el siglo XVI es un «librero, andante en corte» que también imprime en Alcalá hasta 1580. El libro pasó por sus manos o por las de sus enemigos sin detenerse.

Algo más le interesaba a un tal **[3]** si firma en la página 3: «Este libro es de Gabriel López de Ortiga Samaniego, el que se lo hallare se lo vuelva», con cuya declaración me atrevo a opinar que la posible pérdida del libro le podía llegar a doler al feliz propietario. Los López de Ortiga Samaniego eran una familia de clase media residentes en el Ábalos riojano de finales del siglo XVI. La saga no se extinguió con Gabriel, pero ninguno de sus herederos sintió nada por el libro ni se emocionó con el (amoroso o interesado) ex-libris de aquel y Suetonio y toda su corte acabaron en manos de **[4]** un nuevo firmador: «Este libro es de Pedro Jacinto de Badrán, vecino desta villa de Navarrete», quien escribió lo dicho en el vuelto de la portada. Tras este, un poseedor furibundo **[5]** y con un sentido de la propiedad ligado al estilo notarial firmó ¡por tres veces! el librito: en la portada, en la página 498 y debajo de la firma de Badrán con una nota que aporta una gran novedad, a cuanto acierto a saber, en la historia del libro. Este (o estos, pues quizá se trate de dos estadios de la familia de) Tomás de Tejada, licenciado residente en Ábalos (como los López de Ortiga Samaniego) en 1655 escribe, queriendo confundir su caligrafía con la del anterior poseedor, que el libro es suyo y que «No vale nada». No sé interpretar esta afirmación sino como la mejor muestra de amor a un libro que he visto: 'que nadie me lo reclame, pues no vale nada, con lo que no he sido tan estúpido como para robarlo ni ha de conducirse como cretino quien crea que reclama un libro importante, pues reclama un higo'. La novedad que me ha emocionado es que lo más habitual en los libros antiguos es encontrar mentiras del tipo: «Es de Perico de los Palotes, que se lo vendió a Pinco Palino por diez reales» o «Es de Fulano de Tal, a quien se lo regaló el señor de Puñonrostro» o «era suyo y ahora es mío porque él está muerto y yo no».

Libro tan viajero como nuestro humilde *Suetonio* es posible que se quedara por mucho tiempo en los parajes del Tejada, pues hasta 1889 no vuelve a

aparecer. Esta vez **[6]** en casa del catedrático de latín Magín Verdaguer Callís (1849-1925) para pasar luego a las manos **[7]** de un historiador de Tortosa llamado Enrique Bayerri Bertomeu (1882-1959) y volver más tarde **[8]** a uno de los herederos de la familia Verdaguer, que lo cedió en el año 2000 **[9]**. He hojeado y ojeado varios miles de libros del siglo XVI, pero pocas veces me he encontrado con un volumen que haya cambiado nueve veces de mano y en el que nadie haya escrito ni un precio de compra ni una referencia dineraria. El primer poseedor se explayó a gusto con notas, comentarios y correcciones inteligentes, pero los otros poseedores apenas escribieron sus nombres, algunas referencias léxicas y uno de ellos, quizá Tejada, cuando llega a un punto de la vida de Nerón apunta: «obra hecha contra naturaleza». Ni el catedrático de latín ni el historiador modernos hicieron otra cosa con el libro sino estampillarlo como a una res y mandarlo encuadernar en «pasta», tal y como escribe el encuadernador en la portada, a lapicero.

El «no vale nada» como declaración de amor del siglo XVII tiene un epitalamio tristísimo hacia 1830 y una tornaboda penosa en el XX. Renouard, al escribir los anales de la tipografía aldina expresó este parecer sobre los libros de Gryphe y apuntaló el «no vale nada» con criterios de bibliógrafo: «Sin embargo, es muy cierto que por muchos servicios que Sébastien Grife haya podido brindar a las buenas y bellas letras gracias a la multitud de autores clásicos que editó en formato de bolsillo, todas o casi todas sus ediciones se consideran desde antaño apenas como libros viejos y, incluso a precios viles, con gran fatiga encuentran un comprador».[3]

Una vez convertido el catedrático decimonónico en Magí Verdaguer i Callís y en una personalidad relevante, su legado pasó a engrosar las filas del Archivo Histórico Nacional de Cataluña y la Biblioteca Nacional de Cataluña. El pobre Suetonio no mereció ni el honor de la donación y se quedó en manos de un simpático abogado, miembro de la familia Verdaguer, que lo regaló a un tipo antipático a cambio de una información que aquel no supo encontrar sin la ayuda de otros. No servir ni para una donación es un final triste. Por eso, y por hermanar conciencias que nos hacen mirar con ternura al desheredado, he querido glosar la historia de un libro que costaba apenas impreso cuanto unos pocos litros de vino, menos de una docena de huevos o

[3] A. RENOUARD, *Annales de l'imprimerie des Alde*, París, 1835³, página 305: «Il est néanmoins très vrai que quelques services que Séb. Gryphe ait pu rendre aux bonnes études et aux lettres par la multitude de ses classiques in-8º, tous ou presque tous ses volumes sont depuis long-temps dans la catégorie de livres vieux, et que, aux pris les plus viles, ils trouvent à grand peine des acheteurs».

unas alas de pollo. Por eso y porque ya no quiero mirar los libros ni con los ojos del amor ni con los ojos del dinero, sino con las ganas de compartir el gusto y el placer que obtuvo el primer poseedor del libro; un alguien que le sacó de las entrañas casi todo el jugo intelectual que llevaba y lo mostró al mundo, con gran riesgo, jugando en la portada con la raíz de la palabra griega Eleuterio. En la España de la Contrarreforma ese era un juego arriesgado si el que manejaba las cartas no era tan sutil como para escribir:

ELEUTHEROS [ἐλεύθερος]: INGENUUS [que en el siglo XVI quería decir 'nacido libre']
ELEUTHERIA [ἐλευθερία]: LIBERTAS
ELEUTHERIOS [ἐλευθέριος]: LIBERATOR

En la misma serie léxica usa a continuación el diccionario de Nebrija para traducir del latín cuatro palabras enigmáticas como: «quitar manchas», «vestido», «minero», «petición».

Yo no domino con tanta sutilidad como mi antiguo coterráneo el juego de las asociaciones léxicas, pero quiero compartir con ustedes el placer de la ironía (que es el consuelo de los *impreparados* como yo) que se aprecia al leer las notas de la página 3 de este ejemplar: al lado del ex libris de principios del siglo XVII en el que Gabriel López de Ortiga Samaniego pedía que si alguien encontraba este su libro se lo devolviera, el anotador histórico-filólogo había apostillado años antes en el margen el sintagma «bona fide» para resaltar una frase de Erasmo puesta en la dedicatoria al duque de Sajonia.

> En mi opinión, no hay nada más útil en los libros que aprender en ellos de las acciones públicas y privadas de aquellos cuya memoria ha sido fielmente trasmitida a la posteridad, sobre todo si fueron varones excelentes y estuvieron imbuidos de los preceptos de la filosofía.[4]

Aquí la «buena fe» ha de ser interpretada como fidelidad y respeto a la memoria del pasado. Con nuestro Suetonio esa fidelidad no fue respetada y a la hora de trasmitirlo a nuevos propietarios, por no valer nada, nadie reparó en un libro que merecía un amo, uno al menos, que suplicara por él ante la posibilidad de extraviarlo. Y es que el tiempo todo lo reúne, bueno casi todo; a

[4] P. S. ALLEN, *Opus epistolarum*..., II, epístola 586, 12-15: «Verum nullis ex libris, mea sententia, plus vtilitatis capi possit quam ex eorum monumentis qui res publice priuatimque gestas bona fide posteris prodiderunt, presertim si quis regalis philosophiae decretis imbutus huc accesserit».

veces alguien se atreve a decir: 'no queremos ese Suetonio que usted nos dona o nos vende porque ya tenemos otras ediciones de ese autor y no tiene sentido duplicarlos'. Este es el colmo máximo del no valer nada: no servir ni para el banquillo de los suplentes. El libro no valdrá nada, pero a Erasmo el duque le mandó dos monedas o medallones de oro como agradecimiento por la dedicatoria.

Conclusión

El libro del que les he hecho un panegírico quizá innecesario no valdrá nada, pero debería servir para acotar la inquietante reflexión de Pedraza[5] sobre la capacidad, o no, que ha tenido siempre una oligarquía administrativa para arrogarse decisiones sobre qué constituye patrimonio y qué merece ser dejado en los anaqueles de lo prescindible.

[5] Manuel José PEDRAZA GRACIA, «La responsabilidad social y jurídica ante el patrimonio bibliográfico», *Pecia Complutense* 13 (2010), pp. 41-52: «Pero sobre el patrimonio pesa el hecho de tratarse de un concepto relativo, que se sustenta en un número muy importante de valores subjetivos que responden, además, al momento específico del que se trate. *Son las sociedades (o las partes de ellas que poseen el poder de hacerlo) las que deciden los elementos que son susceptibles de ser conservados y transmitidos y los elementos que pueden ser desestimados* [el subrayado es mío y solo mío]. Por esta causa, las unidades patrimoniales, que se conservan dependen en buena medida de la idea que la sociedad posea sobre ellas, del poder y de la legislación que se genera, pero también de los individuos o grupos que por diversos motivos deciden conservarlas y transmitirlas entre esos mismos grupos reducidos y que pueden llegar a resultar de principal importancia en momentos posteriores como únicos ejemplos conservados de la actividad o de la cultura de una sociedad» (p. 42).

La publicación y diseminación de obras de entretenimiento en la España del siglo XVII

Trevor J. DADSON
(Queen Mary University of London)

Se ha convertido en lugar común de los estudios sobre las bibliotecas particulares del Siglo de Oro el observar que muy pocas contienen obras de entretenimiento o de lo que hoy llamaríamos literatura.[1] La mayor parte de las bibliotecas de esta época están dominadas por libros de derecho (civil y canónico), religión (teología, patrística, devoción), historia antigua y moderna, filosofía moral y escolástica, y textos clásicos. Además, dada la temática de estos libros, la mayoría, como no es de extrañar, se escribían en latín. Estudiosos del libro, especialmente aquellos del libro que se encuentra en las bibliotecas particulares, a menudo van a la búsqueda de obras de literatura —novelas, comedias, poesía— para luego tener que desengañarse y acabar transcribiendo los detalles bibliográficos más que tediosos de grandes

[1] El estudio más detallado del tema se encuentra en José María DÍEZ BORQUE, *Literatura (novela, poesía, teatro) en bibliotecas particulares del Siglo de Oro español (1600–1650)*, Madrid, Universidad de Navarra–Iberoamericana–Vervuert, 2010. Díez Borque estudia la presencia de obras de literatura en unas 65 bibliotecas particulares de la primera mitad del siglo XVII, pero, al contrario de nosotros, no se ciñe solamente a obras en la vernácula, sino que incluye las que fueron escritas en latín y otras lenguas vernáculas (francés e italiano, principalmente) o que fueron traducidas de estas lenguas al castellano. No obstante la distinta perspectiva, sus resultados son comparables con los nuestros. En un trabajo posterior, Díez Borque extiende su estudio a la segunda mitad del XVII: José María DÍEZ BORQUE (dir.) y Álvaro BUSTOS TÁULER (ed.), *Literatura, bibliotecas particulares y derechos de autor en el Siglo de Oro (1600–1700)*, Madrid, Universidad de Navarra–Iberoamericana–Vervuert, 2012.

números de obras de derecho y religión que interesan muy poco a la gente de hoy en día. Está claro que desde aquella época ha habido un movimiento notable desde obras que instruyen hacia obras que entretienen, a pesar de que todos los escritores españoles de los siglos XVI y XVII habrían suscrito el dictamen horaciano de «aut delectare aut prodesse», o, como se solía expresar en español: «deleitar enseñando». El lugar predominante que damos hoy en día a obras de literatura o de entretenimiento es un fenómeno relativamente moderno, que algunos datan de mediados del siglo XIX, cuando empezaba a hablarse de la noción de un canon literario. Cuando hablamos de obras canónicas siempre nos referimos a obras de literatura, y, sin embargo, en la España del Siglo de Oro, las obras canónicas —si el concepto hubiera existido— no habrían sido seguramente obras de literatura. Éstas eran obras de diversión, de entretenimiento, valiosas sin duda pero que no se podían comparar con los textos patrísticos o los pesados tomos de derecho civil y canónico que llenaban los estantes o arcas de la mayoría de los lectores de aquella época. Estos libros se imprimían en tamaño folio, a menudo en latín, y muchas veces importados de los principales centros de impresión, como Venecia o León en Francia. Eran obras que necesariamente sobrevivían las peripecias del tiempo y del destino y que, porque eran caras, acababan en los inventarios post-mortem. Como han dichos muchos estudiosos del tema, un inventario post-mortem era antes que nada un acto económico:[2] se enumeraban los libros en tales inventarios para su venta en almoneda pública, y los libros en folio de derecho y religión mantenían su precio en el mercada de segunda mano. En la terminología de la época, eran bienes muebles y como tales representaban para la viuda o hijos del difunto un bien que se podía realizar. No hay nada romántico o misterioso en lo que se refiere a los inventarios de libros de entonces: se trataba de un asunto económico, y así es como hay que leerlos e interpretarlos.

Por tanto, ¿a qué debemos la aparente falta de obras de literatura en tantos inventarios post-mortem de esa época? Las posibles respuestas a esta pregunta se pueden resumir así:

1. Se imprimieron pocas obras de este tipo en los siglos XVI y XVII, de ahí su rareza.
2. La gente no compraba estos libros, de ahí su ausencia en los inventarios de sus bibliotecas.
3. La gente sí compraba estos libros, pero como los libros de entretenimiento tenían poco valor monetario no se incluían entre los demás libros por vender.

---

[2] Como ha dicho Ángel WERUAGA PRIETO: «en principio, tanto el acto de testar como la realización del inventario son actos económicos, aunque también sean exponentes de muchas cosas más» (*Libros y lecturas en Salamanca. Del Barroco a la Ilustración 1650-1725*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1993, p. 31).

4. Tales libros se retiraban del inventario por varias razones, que podían incluir factores emocionales o personales.
5. El formato de estas obras —4º, 8º, 12º, 16º— significaba que sus posibilidades de sobrevivir eran pocas y muchas acabaron por ser destruidas a causa de tanta lectura.

Examinemos estas hipótesis una por una. La primera es fácil de contestar. Cualquier estudio, por superficial que sea, de los numerosos catálogos y tipo-bibliografías que tenemos para la imprenta española de esa época revelará que las obras de entretenimiento se imprimían por miles, de hecho, por cientos de miles. En un trabajo que publiqué hace unos años en el *Bulletin Hispanique* estudié la impresión de libros de poesía en España y sus dependencias europeas (Amberes, Nápoles, Milán, Lisboa) durante los años 1600-1650.[3] Conté unas 278 ediciones diferentes, las cuales, con tiradas de entre 1.000 y 1.500, producen unos 278.000 a 417.000 libros de poesía circulando en esa época. Este cálculo ignora los cientos de miles de pliegos sueltos que se imprimieron entonces más los igualmente numerosos romanceros y cancioneros listados por Antonio Rodríguez-Moñino.[4] Si añadimos a estas cifras las de novelas, comedias, antologías con una mezcla de prosa y poesía, estamos hablando de al menos unos dos millones de ejemplares de obras de diversión a la disposición de lectores españoles del siglo XVII. Si no los encontramos en los inventarios de bibliotecas particulares, esto no se debe a su ausencia en el mercado.

La respuesta a la segunda hipótesis sigue naturalmente de la primera. Si se imprimían tantas obras de entretenimiento, con las obras de algunos autores pasando por distintas ediciones, es evidente que la gente las compraba. La impresión y venta de libros era una industria intensiva de capital, donde el éxito dependía de unos buenos conocimientos del mercado y los hábitos de lectura de potenciales lectores y compradores. Los impresores españoles exitosos tuvieron éxito precisamente porque entendían su mercado y se mantenían al día con sus productos. Como ha dicho Ignacio García Aguilar: «Sin duda, son los profesionales de la estampa los que mejor conocen las tendencias del mercado, la manera de modelizar el gusto del público y la forma de adecuar al cauce del libro nuevas propuestas textuales».[5] Escojamos un ejemplo muy obvio: el primer libro de poesía de Lope de Vega que se imprimió era su *Arcadia*, impreso en Madrid en 1599 por Pedro de Madrigal.

---

[3] Trevor J. DADSON, «La difusión de la poesía española impresa en el siglo XVII», *Bulletin Hispanique*, 113 (2011), pp. 13-42.

[4] Antonio RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Manual bibliográfico de cancioneros y romanceros impresos durante el siglo XVII*, 2 vols., Madrid, Castalia, 1977-78. *Vid* también Trevor J. DADSON, «The Dissemination of Poetry in Sixteenth-Century Spain», *Journal of the Institute of Romance Studies*, 8 (2000), pp. 47-56

[5] Ignacio GARCÍA AGUILAR, *Poesía y edición en el Siglo de Oro*, Madrid, Calambur, 2009, p. 356.

En el transcurso de los siguientes veinte años se imprimió de nuevo en 1602 (Madrid, Valencia y Barcelona), en 1603 (Madrid), en 1605 (Amberes y Madrid), en 1611 (Madrid), en 1612 (Lérida), en 1615 (Lérida y Barcelona), en 1617 (Amberes y Lérida), y de nuevo en Madrid en 1620. Es decir, unas 13 ediciones en solamente veinte años, que pueden representar unos 19.500 ejemplares. Al mismo tiempo otras obras de Lope habían aparecido en el mercado que competían con *Arcadia*, tales como su *Hermosura de Angélica* o las *Rimas*, y éstas también se editaron varias veces. De hecho, he contabilizado unas 66 ediciones diferentes de obras de poesía solamente de Lope para el período 1600 a 1650. Aunque Lope fuera un fenómeno de la imprenta, no es el único autor cuyas obras fueron impresas varias veces. Las obras de diversión eran populares y existía un mercado para ellas. Como García Aguilar también ha observado: «Observamos, pues, que la poesía estrecha su vinculación con el taller del impresor a medida que el género consigue ganar cuotas de mercado, notoriedad y, sobre todo, un público masivo que compra los poemarios y lee los versos».[6]

La existencia de este «público masivo» se puede demostrar mediante un análisis del stock de unos cuantos libreros de la época. Desgraciadamente, se han publicado pocos inventarios de libreros del siglo XVII español, y de los que tenemos, solamente el de Alonso Pérez de Montalbán (inventariado en 1648) puede comparar en tamaño y variedad con algunos de los que tenemos para el XVI: Jacobo Cromberger (1528),[7] Juan de Ayala (1556),[8] Juan de Junta (1556),[9] Jacobo Liarcarai–Juan María Terranova (1557),[10] y Benito Boyer (1592).[11] La siguiente es una lista de los inventarios de libreros del siglo XVII

---

[6] GARCÍA AGUILAR, *Poesía y edición en el Siglo de Oro*, p. 18.

[7] Clive GRIFFIN, «Un curioso inventario de libros de 1528», en María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO y Pedro M. CÁTEDRA (eds.), *El libro antiguo español. I. Actas del primer Coloquio Internacional*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988, pp. 189-224.

[8] Antonio BLANCO SÁNCHEZ, «Inventario de Juan de Ayala, gran impresor toledano (1556)». *Boletín de la Real Academia Española*, 67 (1987), pp. 207-250.

[9] William PETTAS, *A Sixteenth-Century Spanish Bookstore. The Inventory of Juan de Junta*, Philadelphia, American Philological Society, 1995.

[10] Anastasio ROJO VEGA, «Letras humanas en una de las mejores librerías de la España de Carlos V: Liarcarai–Terranova (Salamanca, 1557)», en Álvaro BUSTOS y Elena DI PINTO (eds.), *Bibliotecas y librerías en la España de Carlos V*, Barcelona, Calambur, 2015, pp. 251-275. Los libros de entretenimiento representaban el 1.98% del fondo de la librería, «un porcentaje para el entretenimiento muy bajo pero que debió ser el común de las grandes librerías, centradas en el libro profesional de origen extranjero, de gran formato y alto precio» (p. 269).

[11] Vicente BÉCARES y Alejandro Luis IGLESIAS. *La librería de Benito Boyer (Medina del Campo 1592)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992. Para la situación en Salamanca en ese siglo, vid Vicente BÉCARES BOTAS, *Librerías salmantinas del siglo XVI*, Segovia, Beltenebros, 2007.

que sé que se han publicado (puede haber algunos más que desconozco):[12] Cristóbal López (1607),[13] Francisco López (1608),[14] Sebastián de Robles (1612),[15] Damián Ruiz (1619),[16] Francisco de Robles (1623),[17] Miguel Martínez (1629),[18] Ana de Arenas (1637) (viuda del librero Martín de Beva),[19] Alonso Pérez (1648),[20] y Manuel López del Castillo (1662).[21] Resulta que todos eran libreros de Madrid. Solamente en 1615 había 44 libreros trabajando en la capital.[22] Fuera de Madrid, sin embargo, el mercado del libro experimentaba serias dificultades y se imprimían cada vez menos libros y de peor calidad.[23] Ahora bien, como ha demostrado Anastasio Rojo Vega, el porcentaje de libros de entretenimiento en las grandes librerías «se irá incrementando a lo largo del

---

12 Hay muchas referencias sueltas a libreros de Medina del Campo y Valladolid del siglo XVII en Anastasio ROJO VEGA, *Impresores, libreros y papeleros en Medina del Campo y Valladolid, siglo XVII*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994.

13 Trevor J. DADSON, «La librería de Cristóbal López (1606): Estudio y análisis de una librería madrileña de principios del siglo XVII», en Pedro M. CÁTEDRA y María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO (eds.), *El libro antiguo español IV. Coleccionismo y Bibliotecas (Siglos XVI-XVIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, pp. 167-234.

14 Christian PELIGRY, «Un libraire madrilène du siècle d'or. Francisco López le Jeune (1545-1608)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 12 (1976), pp. 219-250.

15 Christian PÉLIGRY, «El inventario de Sebastián de Robles, librero madrileño del siglo XVII», *Cuadernos Bibliográficos*, 32 (1975), pp. 181-188.

16 Trevor J. DADSON, «El mercado del libro en Madrid durante el primer tercio del siglo XVII. Algunos apuntes y un inventario», en Anne CAYUELA (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012, pp. 239-268.

17 Jean Michel LASPÉRAS, «El fondo de librería de Francisco de Robles, editor de Cervantes», *Cuadernos Bibliográficos*, 37 (1979), pp. 107-138.

18 Trevor J. DADSON, «La librería de Miguel Martínez (1629), librero y editor del primer tercio del siglo XVII», *Bulletin Hispanique*, 99 (1997), pp. 41-71.

19 Anne CAYUELA, 'Libros de entretenimiento en la librería de Ana de Arenas: consecuencias editoriales y literarias de la suspensión de licencias para novelas y comedias (1625–1634)', en O. NOBLE WOOD, J. ROE y J. LAWRANCE (dirs.), *Poder y saber. Bibliotecas y bibliofilia en la época del conde-duque de Olivares*, Madrid, CEEH, 2011, pp. 363-384.

20 Anne CAYUELA, *Alonso Pérez de Montalbán. Un librero en el Madrid de los Austrias*, Madrid, Calambur, 2005.

21 Marqués DEL SALTILLO, «Bibliotecas, libreros e impresores madrileños del siglo XVII», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 54 (1948), pp. 255-285.

22 *Vid* PÉLIGRY, «Un libraire madrilène du siècle d'or», p. 229, donde cita un documento procedente del Archivo Histórico Nacional, Madrid.

23 *Vid* PELIGRY, «Les difficultés de l'édition castillane au XVII siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 13 (1977), pp. 257-284. Anastasio ROJO VEGA, comentando las librerías de Valladolid del siglo XVII, dice lo siguiente: «El paisaje es aterrador. Buena parte de los libros son viejos, llegados hasta 1658 desde el brillante siglo precedente» (*Impresores, libreros y papeleros*, p. 211).

siglo XVII, época en que el libro autóctono se hace más frecuente en las librerías hispanas que el libro monumental extranjero, por puras cuestiones económicas, entre otras».[24]

Una librería madrileña de principios del XVII donde tiene que haber sido un verdadero placer hojear los títulos a la búsqueda de las últimas obras de literatura habría sido la de Cristóbal López, que murió repentinamente y bastante joven en 1606. Aunque estaba en los inicios de su profesión como librero (no parece haber sido editor también, si bien ofertaba la encuadernación de los libros que vendía), Cristóbal López parece haber adoptado una clara estrategia de cubrir los riesgos con una amplia gama de títulos a la venta. Pero mientras que otros libreros hacían lo mismo con los libros de derecho y religión, que garantizaban la venta, Cristóbal López tenía debilidad por los libros de literatura, en particular la poesía y los libros de caballerías. De poesía tenía los siguientes títulos:

1500 Marqueses de Mantua
1400 Coplas del Hermano Francisco de Alcalá (Madrid, 1606)
139 Arcadia de Lope de Vega (Madrid, 1605)
10 Poetas ilustres de Pedro de Espinosa (Valladolid, 1605)
82 Hermosura de Angélica de Lope de Vega (Madrid, 1602)
7 Segunda parte del Romancero general (Valladolid, 1605)
23 Isidro de Lope de Vega (Madrid, 1602)
6 Romancero general (Madrid, 1600, 1604)
4 Peregrino en su patria de Lope de Vega (Sevilla, 1604)
7 Arauco domado de Pedro de Oña (Madrid, 1605)
5 Romancero general primera y segunda partes
2 Cancionero de Lope de Maldonado (Madrid, 1586)
8 Obras de Gregorio Silvestre (Granada, 1599)
3 Obras de Castillejo (Madrid, 1573, 1600)
1 Tesoro de divina poesía de Villalobos (Madrid, 1604)
5 Conceptos [espirituales] de Ledesma (Madrid, 1604)
1 Dragontea o tercera parte de las Rimas de Lope de Vega (Madrid, 1598)
1 Lisuadas de Camões (Madrid, 1591, en la traducción de Enrique Garcés)
4 Romancero chicos = Flor de varios romances nuevos en 12° (Madrid, 1597)
6 Araucana de Ercilla, las 3 partes (Madrid, 1597)

[24] ROJO VEGA, «Letras humanas», p. 280. De hecho, Rojo Vega destaca la existencia de una «caravana de libros destino Galicia», con fondos de Ana Vélez, viuda de Bernardino de Santo Domingo, impresora y librera de Valladolid, que en el verano de 1595 recorrió las poblaciones de aquel reino con 10.115 reales de libros a la venta: unos 1.369 volúmenes, de los cuales el 11.24% eran libros de entretenimiento («Letras humanas», pp. 269-271).

6 Garcilaso de la Vega (Madrid, 1600)
2000 pliegos de Coplas

De los libros de caballerías:

Dos don Policisne de Boecia, Un Espejo de Caballerías, Un don Cristalián, Un Primaleón, Don Belianís primera y segunda parte, Dos don Belianís tercera parte, Un Caballero del Febo, Otro Febo todo entero, Amadís de Grecia, Don Rogel de Grecia, Don Florisel de Niquea, Don Reinaldos, Otro don Belianís, Palmerín de Oliva, Otro Primaleón, Otro don Florisel, Otro Amadís de Grecia.

De novelas y comedias encontramos los siguientes:

34 *Libros de Don Quijote* (Madrid, 1605), 12 Cuerpos de *Galateo y Lazarillo* (Lucas Gracián Dantisco, Madrid, 1599), Cinco cuerpos de *Historias prodigiosas* (Madrid, 1603), 1 *Silva de varia lección* (Madrid, 1602), 3 *Comedias* de Lope de Vega (Madrid, 1604), *Otras comedias* de Lope de Vega, 2 *Don Quijote*, 4 *Celestinas* (Madrid, 1601), 2 *Pastor de Fílida* (Luis Gálvez de Montalvo, Madrid, 1600), *Unas Ninfas y Pastores* (Bernardo González de Bobadilla, Alcalá, 1587), 12 *Lazarillos* (Madrid, 1600), 6 *Galateo español* (Gracián Dantisco), 3 *Historias trágicas* (Salamanca, 1589), 3 *Viaje entretenido* (Madrid, 1604), *Pícaros segunda parte* (Mateo de Luján Sayavedra, Madrid, 1603), 5 *Selva de aventuras* (Jerónimo de Contreras, Alcalá, 1600), 2 *Diana* (Montemayor, Madrid, 1602).

En términos de entradas individuales estas obras representan alrededor del 20 por ciento de todos los libros listados en el inventario; pero en términos del número real de ejemplares a la venta, su porcentaje es mucho más dado la alta tirada de algunas de las entradas: 1500 *Marqueses de Mantua*, 1400 *Coplas del Hermano Francisco*, 2000 *pliegos de Coplas*. Como iremos viendo, estos porcentajes tan altos son poco habituales en el stock de otros libreros de la época, pero nos dan un cuadro excelente de la variedad y número de obras de literatura que estaban a la disposición del lector de estos textos en precisamente el momento en que Miguel de Cervantes daba los últimos toques a la Primera Parte de *Don Quijote*. La semejanza de los textos inventariados a la muerte de Cristóbal López con los de la biblioteca de Alonso Quijano el Bueno no habrá pasado inadvertida.

La librería de Francisco López el Joven, situada en la Calle de Santiago de Madrid, tenía un stock de unos 15.000 tomos cuando se hizo el inventario de ella tras su muerte en septiembre de 1608. Por desgracia, su editor moderno, Christian Péligry, tomó la decisión de no listar o estudiar con detalle el contenido de la librería; por tanto, no tenemos una lista completa de todos los títulos puestos a la venta por Francisco López. Péligry observa que alrededor de la mitad de los libros inventariados eran ejemplares de ediciones que el mismo Francisco López había impreso, como los 1.088 ejemplares de Pedro de Oña, *Arauco domado* (1605), los 128 del *Romancero general* (1604) o los 180 de

la poesía de Garcilaso (1600). Además, Péligry apuntó la presencia de 105 ejemplares de *Arcadia* de Lope de Vega y otros de *Hermosura de Angélica* y *El peregrino en su patria*, más ambas partes de Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*. Sorprendentemente, no había ni un ejemplar de *Don Quijote*.

Sebastián de Robles, que murió el 2 de mayo de 1612, era dueño de una librería de pequeño tamaño situada enfrente del Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid. Su stock, por tanto, consistía principalmente en libros que eran interesantes o necesarios para los jóvenes estudiantes que tenía delante. El número de tomos registrados a su muerte —1.369— y su baja tasación —algo menos de 2.000 reales— dan una idea de lo limitada que era la empresa. La gran mayoría de los 1.369 tomos que dejó eran libros de gramática (900 *Sintaxis del arte nuevo comentada* de Diego Pérez Mexía) y religión; el resto era una mezcla de tomos individuales con muy pocas obras de diversión:

> 1611); 5 *Comedias* de Lope (probablemente la *Primera parte* de 1604), 1 *Cancionero* de López Maldonado (Madrid, 1586), 1 *Lusíadas* de Camões en castellano (Madrid, 1591 en la traducción de Enrique Garcés), 1 *Romancero del Cid* de Juan de Escobar (Alcalá, 1612), 1 *Cancionero* de Jorge de Montemayor (Madrid, 1583), 1 *Pastor de Filida* de Luis Gálvez de Montalvo (Madrid, 1600), y 1 *Primera parte del Tesoro de divina poesía* de Esteban de Villalobos (Madrid, 1604).

Damián Ruiz (1619) es el de un joven a punto de dar sus primeros pasos en la profesión; la mayoría de los libros formaban parte de la dote de su mujer, regalo de su tío librero y editor Juan Berrillo. Para darle al joven marido de su sobrina un buen comienzo en la vida, Berrillo le regaló un poco de todo, pero que no incluía muchas obras de pura diversión: 54 *Comedias de Góngora* (Madrid, 1617), 6 *Pastores de Belén* de Lope de Vega (Madrid, 1612 o Alcalá de Henares, 1616), y 12 *Galatea de Cervantes* (probablemente, Valladolid 1617). Es decir, un lote de comedias, uno de poesía y otro de ficción.

Con la librería de Francisco de Robles, famoso sobre todo por ser el editor de Don Quijote de Cervantes, uno podría esperar una gama más amplia de libros de literatura entre su stock, inventariado el 20 de abril de 1623. Sin embargo, esto sería ignorar la realidad básica de la vida de un editor y librero español de la primera mitad del siglo xvii: la necesidad de ganar dinero para mantenerse a flote. Como todo editor y librero, de todos los tiempos, Francisco de Robles tuvo que diversificar su inversión, y esto significaba invertir en libros que tenían el mercado y la venta garantizados. Resultado de esto es que al lado de los nueve títulos de literatura que Laspéras identificó, hay 60 de catecismos, sumas, sermones, y manuales de devoción, y 50 de obras de derecho civil y canónico. Las obras de diversión son las siguientes:

> 914 *Obras de Diego Hurtado de Mendoza* (Madrid, 1610), 142 *Don Quijote, Primera parte* (Madrid 1605, Madrid 1608), 366 *Don Quijote, Segunda parte* (Madrid, 1615), 3 *Obras* de Luis Carrillo y Sotomayor (Madrid, 1611), 93

> *Arauco domado* de Pedro de Oña (Madrid, 1605), 7 *Rimas sacras* de Lope de Vega (Madrid, 1614), 17 *Galatea* de Cervantes (Alcalá, 1585, Valladolid, 1617, Barcelona, 1618), 13 *El peregrino en su patria* de Lope de Vega (Sevilla, 1604), y 18 Galateo y Lazarillo de Lucas Gracián Dantisco (Madrid, 1599). A la lista preparada por Laspéras, podemos añadir los 18 ejemplares de Alonso de Ledesma, Conceptos espirituales, obra que fue impresa numerosas veces durante las dos primeras décadas del siglo, y que Laspéras no identificó correctamente.

Robles era, por supuesto, el editor de las *Obras* de Diego Hurtado de Mendoza, impresas por Juan de la Cuesta en Madrid en 1610, lo mismo que de las dos partes de *Don Quijote* de Cervantes. En ninguno de los dos casos, dado el número de ejemplares que tenía sin vender en 1623, parecen haber sido un éxito de imprenta, como ha observado Laspéras: «la edición de la obra de Diego Hurtado de Mendoza, costeada por Robles, parece haber sido un fracaso. Quedaban 914 cuerpos de la primera y única tirada de 1610».[25]

Al igual que Francisco de Robles, Miguel Martínez era editor y librero, y podemos comparar el trabajo de los dos mediante el inventario de la librería de este último llevado a cabo en enero de 1629. Como editor Miguel Martínez se aseguró de repartir su inversión a través de una amplia gama de títulos, pero era más activo que Robles en el apoyo que daba a la publicación de obras de entretenimiento. Su primera inversión comercial era la *Flor de varios romances*, compilada por Pedro de Moncayo y publicada en Madrid en 1595 y de nuevo en 1597. Parece haber sido un negocio exitoso, pues cuatro años más tarde costeó la publicación del *Romancero general*, impreso por Luis Sánchez. El mismo año de 1601 se juntó con el impresor madrileño Andrés Sánchez para sacar a luz una nueva edición de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fernando de Rojas. Cuando en 1601 la corte se trasladó a Valladolid, Martínez la acompañó y allí publicó, en 1603, las *Historias tragicas exemplares* de Mateo Bandello y *Galateo español ... Destierro de ignorancia ... Vida de Lazarillo de Tormes* de Gracián Dantisco (de nuevo con el impresor Luis Sánchez). De vuelta a Madrid y durante la segunda década del siglo, Martínez era responsable de la publicación de bastantes obras literarias: Ercilla, *Primera, segunda y tercera parte de la Araucana* (1610), Lope de Vega, *Tercera parte de las Comedias* (1613), *Doce comedias famosas de los valencianos* (1614), Rojas Villandrando, *El viaje entretenido* (1614), *Romancero general*, compilado por Pedro Flores (1614), Salas Barbadillo, *Corrección de vicios* (1615), Salas Barbadillo, *El caballero puntual* (1616), Espinel, *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregón* (1618), Lope de Vega, *Segunda parte de las Comedias* (1618), Fernando de Rojas, *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (1619), y *Primavera y flor de los mejores romances*, recogida por Pedro Arias Pérez (1623). Con esta, la última de sus inversiones en obras de pura diversión,

[25] LASPÉRAS, «El fondo de librería de Francisco de Robles», p. 137.

Martínez había vuelto a sus orígenes, quizás señal de que necesitaba una inversión segura.

El inventario de su stock, hecho en 1629 mientras Martínez seguía vivo y activo, contrasta fuertemente con sus actividades como editor. De aquellas obras cuya publicación él mismo había costeado, encontramos las siguientes: 100 *Romanceros Primavera de romances* (Madrid, 1623), 28 *Viaje entretenido* (Madrid, 1614), y 25 *Segundas partes de comedias de Lope de Vega* (Madrid, 1618). Adicionalmente, tenía los siguientes que no había costeado: 20 *Cigarrales de Toledo* por Tirso de Molina (Madrid, 1624); 18 *Romanceros segunda parte* (Valladolid, 1605), pero no la primera que había publicado en 1600; 20 *El sagaz Estacio marido examinado* de Salas Barbadillo (Madrid, 1620), pero ninguna de las dos novelas de Salas Barbadillo que había publicado en 1615 y 1616; 30 *Romancero y monstro imaginado* de Alonso de Ledesma (Madrid, 1616); y 20 *Español Gerardo* de Gonzalo de Céspedes y Meneses (Madrid, 1615).

Como ya he apuntado, la única librería madrileña del siglo XVII que puede compararse con las grandes empresas que llevaban, por ejemplo, los Cromberger en Sevilla, los Juntas en Burgos, o Benito Boyer en Medina del Campo, es la de Alonso Pérez de Montalbán, padre del dramaturgo y poeta Juan Pérez de Montalbán. Fue sin duda alguna uno de los editores y libreros más importantes e influyentes de la primera mitad del siglo XVII. Proporcionar una lista de todas las obras de entretenimiento que tenía en su librería sería tedioso y algo que requeriría mucho tiempo, especialmente cuando tenemos ahora el excelente estudio de Anne Cayuela de esta librería. Como ella indica: «la literatura ocupa un lugar privilegiado en la librería de Alonso Pérez, lo cual no puede sorprendernos, ya que era editor de obras literarias. En número de títulos (159) la literatura representa un 29% del fondo, pero en número de ejemplares (9.449) supone un 48,5% de la librería, casi la mitad del fondo».[26]

Para volver a la lista de preguntas que puse antes sobre la aparente falta de obras de literatura en las bibliotecas particulares, la tercera hipótesis es más difícil de apoyar o refutar: que la gente sí compraba estos libros, pero como tenían poco valor monetario no se incluían con los demás libros a ser vendidos. Es sin duda verdad que, donde encontramos el precio de la tasación de los libros que se van a vender en pública almoneda, los precios asignados a obras literarias son de los más bajos, pero esto puede ser tanto un factor de su tamaño o formato como de su valor intrínseco. O sea, que la mayor parte de los libros de entretenimiento se imprimían en formatos pequeños desde el 4º hasta el 16º, mientras que las obras de derecho y religión se imprimían en folio. Puesto que el coste del papel era el factor más importante en la impresión de un libro, estas obras eran por definición más costosas y por

[26] CAYUELA, *Alonso Pérez de Montalbán*, p. 147. En las páginas 359 a 365 la editora da una lista de las obras que incluye bajo el marbete de literatura. He utilizado sus cifras derivadas de esta lista, aunque no siempre estoy de acuerdo con sus decisiones en cuanto a lo que es y no es literatura. En todo caso, este es un campo lleno de minas.

tanto más valiosas. Si la idea con la venta de libros era lograr dinero para saldar las deudas del difunto, normalmente el caso, entonces era mucho más sensato vender las grandes y valiosas ediciones en folio antes que los libros de formatos más pequeños.

Nuestra hipótesis número cuatro es parecida en que es muy difícil saber si los libros no entraban en la almoneda por razones personales o emocionales, quiero decir, que representaban algo personal del difunto que la familia quería guardar, un valor emocional que trascendía su valor económico. Solamente es posible en contadas ocasiones detectar la ausencia de ciertos libros de un inventario, libros que sabemos que pertenecían en algún momento al difunto. Éstos salen a luz cuando encontramos un inventario hecho *in-vita*, que luego podemos comparar con un inventario post-mortem. Y aun así tenemos que tener mucho cuidado con nuestra interpretación, ya que es muy posible que la ausencia de cierto libro se deba a pérdida o a que fuese prestado a alguien.

Nuestra hipótesis cinco sobre el pequeño formato de gran parte de las obras de literatura y su mayor propensión a acabar destruidas por la lectura constante se puede probar de distintas maneras. Con frecuencia encontramos en los inventarios de venta referencias a libros que son viejos o están en mal estado, de ahí que se pongan en un lote para ser vendidos juntos. El inventario de los libros de Catalina de Silva, princesa de Mélito y madre de la princesa de Éboli, llevado a cabo en 1569 durante su vida (no murió hasta 1576), es muy elocuente al respecto. Uno de sus ejemplares del popular *Don Florisel de Niquea* era «viejo y sin principio», que probablemente quiere decir que se había leído tantas veces que la portada había desaparecido. Al final del inventario hallamos el comentario revelador de que la lista no incluía «los libros rotos», más otro que dice «y no se ponen muchos por no tener principio ni fin y por estar esgarrados». Junto con los numerosos ejemplares que encontramos de la misma obra, todo esto sugiere que muchos libros se habían arruinado durante la lectura y que había sido necesario reemplazarlos con nuevas ediciones o nuevos ejemplares.[27]

Esta larga discusión, sin embargo, nos deja con la pregunta original que planteé: ¿por qué es el caso que tan pocas obras de literatura aparecen en los inventarios de bibliotecas particulares del Siglo de Oro español? O, de verdad, ¿es realmente el caso que no aparecen? ¿Hemos estado tal vez buscando en inventarios mal escogidos?

Tenemos, por supuesto, para esta época una lista o inventario de libros donde no solamente abundan las obras de entretenimiento, sino que son casi los únicos libros listados. Me refiero desde luego a la biblioteca de Alonso Quijano el Bueno, descrita en el capítulo 6 de la Primera Parte de *El ingenioso*

---

[27] Sobre esta fascinante biblioteca, vid Trevor J. DADSON, «The Education, Books and Reading Habits of Ana de Mendoza y de la Cerda, Princess of Éboli (1540-1592)», en Anne J. CRUZ and Rosilie HERNÁNDEZ-PECORARO (eds.), Women's Literacy in Early Modern Spain and the New World, Aldershot, Ashgate, 2011, pp. 79-102.

hidalgo don Quijote de la Mancha. Es probablemente la más reveladora de todas las bibliotecas españolas de esta época, en particular, como mostró Edward Baker hace algunos años, por la manera en que Cervantes anticipa el siglo XIX y pone delante del lector un canon literario reconocible.[28] El famoso escrutinio hecho por el cura y el barbero del pueblo de Alonso Quijano proporciona los títulos de unos 32 libros:

1 Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Zaragoza, 1508.
2 Ibídem., *Las sergas de Esplandián*, Sevilla, 1510.
3 Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, Cuenca, 1530.
4 Antonio de Torquemada, *Olivante de Laura*, Barcelona, 1564.
5 Melchor Ortega, *Florismarte de Hircania*, Valladolid, 1556.
6 Anon., *El caballero de Platir*, Valladolid, 1533.
7 Alonso de Salazar, *El caballero de la Cruz*, Valencia, 1521.
8 Pero López de Santamaría y Pedro de Reinosa, *Espejo de caballerías*, Sevilla, 1533.
9 Agustín Alonso, *Bernardo del Carpio*, Toledo, 1585.
10 Francisco Garrida Villena, *Roncesvalles*, Valencia, 1555.
11 Francisco Vázquez, *Palmerín de Oliva*, Salamanca, 1511.
12 Francisco de Moraes Cabral, *Palmerín de Inglaterra*, Toledo, 1547.
13 Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, 1547.
14 Johanot Martorell, *Tirante el Blanco*, Valladolid, 1511.
15 Jorge de Montemayor, *La Diana*, Valencia, 1558.
16 Alonso Pérez, *Segunda parte de la Diana*, 1563.
17 Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, Valencia, 1564.
18 Antonio de lo Frasso, *Libro de la Fortuna de amor*, Barcelona, 1573.
19 Bernardo de la Vega, *El pastor de Iberia*, Sevilla, 1591.
20 Bernardo González de Bobadilla, *Ninfas y pastores de Henares*, Alcalá de Henares, 1587.
21 Bartolomé López de Enciso, *Desengaño de celos*, Madrid, 1586.
22 Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida*, Madrid, 1582.
23 Pedro de Padilla, *Tesoro de varias poesías*, Madrid, 1580.
24 Gabriel López Maldonado, *Cancionero*, Madrid, 1586.
25 Miguel de Cervantes Saavedra, *La Galatea*, Alcalá de Henares, 1585.
26 Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Madrid, 1569.
27 Juan Rufo, *La Austríada*, Madrid, 1584.
28 Cristóbal de Virués, *El Monserrate*, Madrid, 1588.
29 Luis Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, Granada, 1586.
30 Jerónimo de Sempere, *La Carolea*, Valencia, 1560.

[28] Edward BAKER, La biblioteca de don Quijote, Madrid, Marcial Pons, 1997.

31 Pedro de la Vecilla Castellano, *El león de España*, Salamanca, 1586.

32 Luis de Ávila*, Carlo famoso*, Valencia, 1566.

Estos representan una décima parte de la biblioteca de Alonso Quijano, que consistía en unos 300 tomos, según nos cuenta, de los cuales al menos 100 estaban en folio.[29] A estos podemos añadir los siguientes títulos, mencionados en los primeros capítulos de *Don Quijote* como libros que Quijano había leído:

33 Feliciano de Silva, *Don Florisel de Niquea*, Valladolid, 1532 (I, 1)

34 Diego Ortúñez de Calahorra, *Caballero del Febo*, Zaragoza, 1555 (I, 1)

35 *Don Reinaldos de Montalbán*, Alcalá de Henares, 1564 (I, 1; I, 7)

36 *Romances del Marqués de Mantua*, Valencia, 1597; ¿Alcalá de Henares, 1598? (I, 5; I, 10)

37 Feliciano de Silva, *Don Rogel de Grecia*, Medina del Campo, 1535 (I, 24)

Aquí no hay ningún libro de derecho o religión, ninguno en latín, ninguna obra importada desde el exterior. Esta es una biblioteca de libros españoles, impresos en España, pero sobre todo es una biblioteca de libros de entretenimiento españoles: libros de caballerías, por supuesto; pero también novelas pastoriles y poesía épica y lírica. Otra de sus características es su contemporaneidad: son libros que el mismo Cervantes podía haber poseído, libros que podía haber comprado en sus viajes por España en las décadas de 1580 y 1590. También es una biblioteca que va en contra de uno de los lugares comunes de los estudios sobre las bibliotecas de escritores, a saber, que raras veces encontramos en ellas ejemplares de sus propias obras. Pues bien, aquí tenemos un ejemplar de la única obra de Cervantes publicada para aquel entonces: *La Galatea* (Alcalá de Henares, 1585), al lado de ejemplares de las obras de otros escritores amigos de Cervantes, como Juan Rufo, Luis Gálvez de Montalvo o Gabriel López Maldonado, cuyo *Cancionero* de 1586 contiene dos poemas de Cervantes. No es de extrañar que el cura alabe sobremanera este volumen: «También el autor de ese libro es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta». Otro autor mencionado como amigo es Pedro de Padilla; como resultado de esta amistad su *Tesoro de varias poesías* (Madrid, 1580) se salva de las llamas de esta hoguera inquisitorial, aunque Cervantes, por su

[29] Don Quijote invita a Cardenio a ir a su pueblo con la promesa de enseñarle su biblioteca: «que allí le podré dar más de trescientos libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida» (I, 24). Antes, en el capítulo 6, cuando el cura y el barbero entraron en la biblioteca de Alonso Quijano, encontraron «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños» (I, 6).

portavoz el cura, no puede dejar de burlarse del tamaño del libro y algunas de las erratas que contiene: «Como ellas [*las poesías*] no fueran tantas −dijo el cura−, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito» (I, 6).

Cervantes conocía bien a Padilla y aparece junto con otros de su generación en el MS 1587 de la Biblioteca Real (recientemente publicado como *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos*), que contiene no solamente la poesía del propio Padilla sino la de sus amigos y conocidos en Madrid: Gutierre de Cetina, Vicente Espinel, Francisco de Figueroa, Diego Hurtado de Mendoza, Pedro Laínez, Gabriel Lasso de la Vega, Pedro Liñán de Riaza, Gregorio Silvestre, Gabriel López Maldonado, Lope de Vega y Miguel de Cervantes.[30] Menuda lista de poetas de finales del siglo XVI español —el manuscrita data de 1588— y del estilo poético que predominaba entonces, el llamado romancero nuevo.[31]

Puesto que Cervantes era escritor, no debería extrañar —podríamos pensar— encontrar libros de diversión en su biblioteca ficcional, pero las dos cosas no siempre iban juntas, como los historiadores del libro muchas veces han observado. Hay muchas bibliotecas de escritores con pocos libros o ninguno de este tipo. A modo de ejemplo, tenemos la biblioteca de Bernardino de Rebolledo, que murió en Madrid en 1672. Cuatro años más tarde se hizo inventario de sus libros, antes de que fueran entregados a la Real Casa de San Marcos de León.[32] Solamente se listan seis autores españoles, y solamente uno de ellos, Francisco López de Zárate, escribió obras de literatura. De hecho, Rebolledo poseía más obras de diversión en latín, italiano y francés que en su castellano nativo.

También es verdad que se han hallado o publicado pocas bibliotecas de escritores áureos, especialmente el caso con los escritores más importantes de la época: el mismo Cervantes, Lope de Vega, Francisco de Quevedo (sabemos algo de su biblioteca, pero poco en comparación con el gran número de libros que sabemos poseía),[33] Luis de Góngora, Pedro Calderón, Tirso de Molina, y

---

[30] Sobre el círculo de amigos de Cervantes, vid el importante estudio de Patricia MARÍN CEPEDA, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Editorial Polifemo, 2015.

[31] Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos. El manuscrito fue publicado por primera vez por José J. Labrador Herraiz y Ralph A. Di Franco en Madrid, Visor Libros, 1994. Fue publicado de nuevo por los mismos editores en 2009 en México por la Frente de Afirmación Hispanista, A.C.

[32] María Concepción CASADO LOBATO, «La biblioteca de un escritor del siglo xvii: Bernardino de Rebolledo», *Revista de Filología Española*, 56 (1973), pp. 229-328.

[33] El único autógrafas de Quevedo en un libro desconocido de su biblioteca», *Boletín de la Real Academia Española*, 79 (1999), pp. 67-91; Pérez Cuenca, «Las lecturas de Quevedo a la

otros muchos. Yo he publicado los inventarios de libros de tres escritores del siglo XVII —Alonso de Barros, Juan Francisco de Tornamira y Soto, and Diego de Silva y Mendoza— y un rápido examen del contenido literario de sus bibliotecas puede que sea instructivo.[34]

Alonso de Barros, autor de diversas obras de edificación moral y miembro del grupo de reformistas sociales y arbitristas de finales del XVI que contaba entre sus adherentes a Mateo Alemán y Cristóbal Pérez de Herrera, murió en 1604.[35] El inventario de su biblioteca tiene 151 entradas.[36] Las siguientes son aquellas obras que pueden contarse entre las de literatura o entretenimiento:

> Francisco Cervantes de Salazar, Obras q[ue] Francisco Ceruantes de Salazar, ha hecho, glosado, y traduzido, Alcalá de Henares: Juan de Brocar, 1546.
>
> Lorenzo Palmireno, El estudioso Cortesano, Alcalá de Henares: Juan Íñiguez de Lequerica, 1587.
>
> Pedro Mejía, Libro llamado silua d'varia leciõ, Sevilla: Domenico de Robertis, 1540.
>
> Juan de Mena, Las CCC. de Juan de Mena con la glosa de Hernan Nuñez de Toledo, Sevilla: Juan Pegnicer de Nuremberga, Magno y Thomas socios, 1499.
>
> Baltasar Castiglione, Los Quatro del cortesano compuestos en italiano por el conde Balthasar castellon y agora nueuamente traduzidos en lengua castellana por Boscan, Barcelona: Pedro Monpezar, 1534.
>
> Luis de Milán, Libro intitulado el Cortesano, Valencia: Juan de Arcos, 1561.
>
> Luis Gálvez de Montalvo, El Pastor de Filida, Madrid: [Viuda de Alonso Gómez], 1582.
>
> Antonio de lo Frasso, Los Diez libros de Fortuna d 'Amor ... donde hallaran los honestos y apazibles amores del Pastor Frexano, y de la hermosa Pastora Fortuna, Barcelona: Pedro Malo, 1573.

---

luz de algunos impresos de su biblioteca», *La Perinola*, 7 (2003), pp. 297-333; María José ALONSO VELOSO, «Quevedo en sus lecturas: anotaciones autógrafas y subrayados en cuatro impresos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», *Manuscrt.Cao*, 8 (2010); PÉREZ CUENCA, «La reconstrucción de la biblioteca hipotética de Francisco de Quevedo. Viejos problemas y nuevos hallazgos», *Analecta Malacitana*, 38, 1-2 (2015), pp. 7-53.

[34] Los tres se encuentran, con revisiones y correcciones, en DADSON, *Libros, lectores y lecturas: Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco/Libros, 1998. Vid también las notas 36, 39 y 40 abajo.

[35] Su obra mejor conocida es Proverbios morales, impresa por primera vez en Madrid en 1598 por Luis Sánchez, con numerosas ediciones posteriores.

[36] DADSON, «La biblioteca de Alonso de Barros, autor de los Proverbios morales», *Bulletin Hispanique*, 89 (1987), pp. 27-53.

Antonio de Torquemada, Los colloquios satiricos, con vn colloquio pastoril y gracioso al cabo dellos, Mondoñedo: Agustín de Paz, 1553.

Gregorio Silvestre, Las obras, Granada: Fernando de Aguilar, 1582.

Es decir, diez obras de un total de 151, dos de las cuales coinciden con el contenido de la biblioteca de Alonso Quijano: *El Pastor de Filida* y *Los Diez libros de Fortuna d 'Amor*.[37]

El contenido de la biblioteca de Juan Francisco de Tornamira y Soto, nativo de Tudela en Navarra y autor de *Sumario de la vida, y hazañosos hechos del rey Don Iayme de Aragon ... Llamado el Conquistador* (Pamplona: Carlos de Labayen, 1622),[38] nos ha llegado vía una serie de inventarios hechos durante su vida, de hecho, durante el periodo 1620-1630:[39]

Fr. Diego Murillo, Divina, dulce, y provechosa poesia, Zaragoza: Pedro Cabarte, 1616.

Lope de Vega Carpio, Las comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio, Recopiladas por Bernardo Grassa, Zaragoza: Juan Larumbe, 1624.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Don Diego de noche, Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1623.

Alonso del Castillo Solórzano, Lisardo enamorado, Valencia: Juan Crisostomo Garriz, 1629.

Lope de Vega Carpio, Arcadia, Prosas y Versos, Madrid: Juan de la Cuesta, 1605.

Resulta ser una muestra pequeña pero interesante de géneros: comedia, poesía lírica y sagrada, la novela cortesana. Tornamira poseía también dos obras de Quevedo, que hoy en día no incluiríamos en la categoría de literatura:

Francisco Gómez de Quevedo Villegas, *Desvelos soñolientos, y verdades soñadas*, Zaragoza: Pedro Verges, 1627.

Francisco de Quevedo, *Politica de Dios. Gouierno de Christo; tirania de Satanas*, Pamplona: Carlos de Labayen, 1626.

El tercer escritor cuyos libros he ido encontrando y describiendo es Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas y marqués de Alenquer, y célebre poeta de su época. Para esta biblioteca tenemos cuatro inventarios distintos:

---

[37] Para este aspecto de la biblioteca de Alonso de Barros, vid Michel CAVILLAC, quien señala «la escasa presencia de los llamados «libros de entretenimiento» en esta biblioteca» («Libros, lecturas e ideario de Alonso de Barros, prologuista del Guzmán de Alfarache (1599)», *Bulletin Hispanique*, 100 (1998), pp. 69-94 [p. 80]).

[38] Tornamira tenía un ejemplar de esta obra en su «Memoria de los libros q[ue] tengo en mayo de 1623 en Tudela».

[39] DADSON, «Los libros y lecturas del escritor tudelano Juan Francisco de Tornamira y Soto (1620-1630)», *Bulletin Hispanique*, 100 (1998), pp. 95-123.

Valladolid 1603; Villarrubia 1617; Madrid 1630; y Madrid 1642.[40] Como no es de extrañar, son las obras de otros poetas las que más figuran entre los pocos libros de entretenimiento que tenía:

> Luis de Camões: o *Os Lusiadas*, Lisboa: Antonio Gonçalvez, 1572, o su *Rhythmas*, Lisboa: Manuel de Lira, 1595.
>
> Francisco Rodrigues Lobo, *As Eglogas*, Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1605.
>
> Francisco de Figueroa, *Obras*, Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1625.
>
> *Obras del excelente poeta Garcilasso de la Vega*, Salamanca: Mathias Gast, 1569.
>
> Lucás Gracián Dantisco, *Galateo español. De lo que se deue hazer, y guardar en la comun conuersacion para ser bien quisto y amado de las gentes*, Zaragoza: Lorenzo de Robles, 1593.
>
> Juan de Mena, *Las trescientas* (numerosas ediciones).
>
> Ausías March, *Las Obras*, trad. de Baltasar de Romaní, Valencia, 1539.
>
> *Las obras del poeta Mosen Ausias March, corregidas de los errores que tenian*, Valladolid: Sebastián Martínez, 1555.
>
> *Prouerbios de Don Iñigo Lopez de Mendoça, Marques de Santillana. La obra que hizo don Iorge Manrrique a la muerte del maestre de Santiago don Rodrigo Manrrique su padre. Coplas de Mingo Reuulgo. Lo qual todo va con sus glosas acostumbradas*, Amberes: Martín Nucio, 1551.
>
> Pedro de Espinosa, *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España*, Valladolid: Luis Sánchez, 1605.
>
> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Madrid: Licenciado Várez de Castro, 1599.

La antología *Flores de poetas ilustres de España* de Espinosa contiene dos poemas de Salinas, dos de los muy pocos que se publicaron en su vida.[41] Deberíamos notar también que tenía una copia manuscrita de un libro de caballerías (sin título ni indicación de autor) y dos manuscritos de versos, tal vez los suyos.

Si pasamos de los escritores, que deberían haber tenido algún interés en obras de entretenimiento, a los poseedores de libros en general, el supuesto generalmente aceptado es, como indiqué al principio de este trabajo, que

---

[40] DADSON, «La biblioteca del poeta y político Diego de Silva y Mendoza, Conde de Salinas (1564-1630)», *Journal of Hispanic Research*, 3 (1994-95), pp. 181-216, y «Los libros y lecturas de un poeta áureo: don Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas», en Anne CAYUELA et Laurie-Anne LAGET (eds.), De la bibiothèque interieure a la bibliothèque collective: livres et lectures en Espagne (xvie-xxie siècles), *Revue ILCEA*, 25 (2016), 20 pp.

[41] Vid DADSON, «Gracián's Agudeza y arte de ingenio and the Count of Salinas: Some Reflections on the Circulation and Dating of his Poetry», en Barry TAYLOR e Isabel TORRES (eds.), *Ars eloquentiae. Studies on Early Modern Poetry and Art in Honour of Terence O'Reilly, Bulletin of Hispanic Studies*, 86, 6 (2009), pp. 823-838.

encontraremos pocos libros de literatura en sus bibliotecas.[42] Tal vez la falta de estos libros en bibliotecas particulares áureas sea más el resultado del tipo de biblioteca que se ha encontrado y publicado que de una antipatía generalizada hacia estas obras, o quizás sea solamente la mala suerte. Hace unos pocos años di con el inventario de libros del doctor Alonso Valencia de Olivera, primer médico de la joven infanta francesa, más tarde reina Isabel de Borbón, mujer de Felipe IV. El doctor Valencia otorgó su testamento el 22 de octubre de 1615 y el librero Martín de Córdoba hizo el inventario y tasación de su extensa biblioteca durante el mes de julio de 1616.[43] Ocupa 26 folios (es decir, unas 52 páginas) y sigue un modelo temático: *libros de medicina*; *libros de teología*; *leyes y cánones*; *libros de humanidad e historia*; *libros italianos*; *libros franceses*; *libros en romance*. Este último grupo ocupa los folios 991r a 994v, unas 8 páginas. Martín de Córdoba no solo intentó organizar el inventario por temas, sino que organizó cada sección por tamaño: folio, cuarto, octavo, duodécimo, etc. Muy de agradecer, dio también el lugar y fecha de impresión de todos los tomos inventariados, algo muy raro en esta época.

En cuanto a libros de literatura, el doctor Alonso Valencia de Olivera tenía los siguientes títulos:

> Camões, *Lusíadas*, Lisboa, 1597, 4º
> Lope de Vega, *Isidro de Madrid, poema heroico*, Madrid, 1613
> Espinosa, *Poetas ilustres*, Valladolid, 1605, 4º
> Juan Manuel, *Conde Lucanor*, Sevilla, 1575, 4º
> Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, Madrid, 1613, 4º
> López Maldonado, *Cancionero*, Madrid, 1586, 4º
> Lope de Vega, *La hermosura de Angélica*, Madrid, 1602, 8º
> Rojas, *Viaje entretenido*, Madrid, 1603, 8º
> Luján, *El pícaro, segunda parte*, Salamanca, 1603, 8º
> Lope de Vega, *Arcadia*, Madrid, 1599, 8º
> Lope de Vega, *Pastores de Belén*, Madrid, 1603, 8º
> Castillejo, *Obras*, Madrid, 1600, 8º
> Montemayor, en 8º, no tiene principio ni fin
> Juan de Mena, *Las trescientas*, Alcalá de Henares, 1566, 8º
> Juan Rufo, *Las seiscientas*, Toledo, 1596, 8º
> José de Valdivielso, *Romancero espiritual*, Toledo, 1614, 8º
> Alonso de Ledesma, *Conceptos espirituales, segunda y tercera partes*, Madrid, 1612, 8º

---

[42] He excluido de este análisis las grandes bibliotecas de, por ejemplo, el conde de Gondomar, el conde-duque de Olivares, el rey Felipe IV, Lorenzo Ramírez de Prado, y el IV duque de Uceda, puesto que su tamaño (con miles de entradas) distorsiona cualquier estudio y sus conclusiones.

[43] ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS, Madrid: Diego Ruiz de Tapia, protocolo 2312, fols. 967r-994v. La última fecha del inventario es 8 de julio de 1616.

Vicente Espinel, *Rimas*, Madrid, 1591, 8º
Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Barcelona, 1592, 12º
Gregorio Silvestre, *Obras*, Lisboa, 1592, 12º
Juan Boscán, *Obras*, Estella, 1555, 12º
Lope de Vega, *Rimas*, Madrid, 1609, 16º
Tesoro espiritual, Madrid, 1609, 16º
Lope de Vega, *Isidro*, Madrid, 1611, 8º
Cartapacios en romance

Evidentemente, prefería la poesía a los demás géneros, y sus gustos poéticos cubrían la gama entera de lo que estaba disponible para un lector español de principios del siglo XVII: desde Boscán y Castillejo, Camões y Silvestre, hasta Lope de Vega y Alonso de Ledesma, los dos poetas más populares durante las primeras décadas del siglo a juzgar por el número de ediciones impresas de sus obras. Sorprende, sin embargo, no encontrar ninguna edición de las obras de Garcilaso de la Vega. Una de sus últimas compras de poesía parece haber sido el *Romancero espiritual* de Valdivielso, impreso en Toledo en 1614, título muy apropiado para uno que, al ser médico, debía haber sabido que no le quedaban muchos años de vida. El último título de la lista —*Cartapacios en romance*— sugiere que además de un aficionado de la lectura de la poesía el doctor Valencia de Olivera era también recogedor de versos y tenía su propio cartapacio donde iba apuntando los poemas que le habían gustado.

El doctor no tenía ninguna comedia y solamente unas pocas novelas: las *Novelas ejemplares* de Cervantes, el *Viaje entretenido* de Rojas, *El pícaro, segunda parte* de Luján, *Conde Lucanor* del infante don Juan Manuel, y una obra de Montemayor que Martín de Córdoba no hizo ningún esfuerzo por identificar puesto que le faltaban la portada y el colofón; dado que fue impreso en octavo es probable que fuera su *Cancionero* (Salamanca, 1571, o Alcalá, 1575).

Una ojeada de los libros italianos que poseía nos revela un hombre muy culto e instruido; de nuevo, los libros de poesía dominan sobre los demás géneros: Petrarca, Bernardo Tasso, Torcuato Tasso (*La Gerusalemme liberata*), Ariosto (*Orlando furioso* y su *Rime*), Dante. El que poseyera el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* (Valencia, 1587) de Cristóbal de las Casas además de un *Vocabulario de las lenguas italiana y castellana* (Sevilla, 1583) sugiere que no era un lector avanzado del italiano.

Uno que sí lo tenía que haber sido, a juzgar por el gran número de obras en italiano que poseía, era don Juan de Aguiar y Acuña, caballero de Santiago, cuya gran biblioteca fue inventariada en abril de 1644 como fianza de varios pleitos que tenía en marcha. El valor —histórico, social, literario— de esta biblioteca no se puede sobrestimar: para empezar, no es el típico inventario post-mortem; los centenares de libros listados pertenecían a un don Juan de

Aguiar y Acuña bien vivo en abril de 1644.[44] Representan, por tanto, sus gustos de lectura en ese momento. El orden de los libros en el inventario es probable que refleje cómo se guardaban en los estantes de su casa. Dado el gran número de libros que había que listar en muy poco tiempo, esa habría sido para el escribano la manera más fácil de trabajar. Y en el caso de Juan de Aguiar y Acuña podemos estar seguros de que guardaba los libros en estantes, y no en arcas, porque ellos fueron listados también como parte de los bienes de la fianza: «Y más, recibió el dicho don Juan de Aguiar y Acuña los estantes de madera y los cuatro escaparates pequeños dorados y dos grandes y uno verde pequeño, que asimismo están puestos por inventario en la dicha memoria».[45]

La evidencia del inventario sugiere también que ordenaba sus libros por tamaño, desde el folio hasta el octavo, pues así, más o menos, es cómo aparecen en el inventario. Por tanto, su magnífica colección de libros de caballerías, al ser de tamaño folio, vienen hacia el principio del inventario. La lista de títulos podría haber salido directamente de la biblioteca de Alonso Quijano y habrían hecho las delicias de nuestro caballero andante:

En español:

Amadís de Gaula
D. Florisel de Niquea, tercera parte
D. Felixmarte de Hircania
Quarta parte de Lidaman
Don Florisel de Nicoa
D. Cristaleón de España
Espejo de Caballerías
Palmerín de Oliva
D. Florisel y Andartes
El caballero del Sol
D. Belianis, 1ª y 2ª parte
Lisuarte de Grecia
Olivante de Laura
D. Florambel de Lucea, la 4 parte
Sergas de Esplandián
Palmerín de Inglaterra
Amadís de Grecia
Don Clarimundo
Palmerín de Inglaterra, 1, 2 parte
Palmerín de Inglaterra, 3 y 4 parte
D. Clarián, libro quinto
Caballero del Febo, la 3 y 4 parte
D. Clarián, libro 6º

En italiano:

Lisuarte de Grecia
Tirante el blanco
Palmerín de Oliva
Il caballiero di la Croce
Il caballiero mezquino
Don Silves di la Selba
Lanciloto dil Lago [3 vols]
Primaleón
Platir [2 tomos]
Otro Platir 1ª parte
Palmerin di Inglaterra [2 vols]
Cristaliano, 3 y 4 parte

[44] El inventario suma 29 páginas y hay como promedio unos 31 títulos por página; esto nos da un total aproximado de unas 900 entradas, pero puesto que algunas entradas consisten en más de un tomo, el número real de libros será más alto.

[45] ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS, Madrid: Manuel Calvo, *protocol* 5525, fol. s.n.

Amadis di Gaula, 1 parte [2 vols]
Le prodece displandiano
Historia di Polendo
Lisuarte di Grecia
Opere de due Tristan cabaliero di li tabola ridonda
Di don Florisel di Niquea [4 vols]
Flotir [4 tomos]
Amadis de Gaula [3 vols]
Amadis, 17 parte en 16
Les aventuras du Capitane Rodomote
Chiserionte di Gaule
Amadis de Gaula, 4 parte
Don Silves

En francés:

Amadís de Gaula, francés, 7º libro 8º y 9º [4 vols]

En portugués:

Memoria de las proezas de la segunda tabla redonda en portugués

Si la colección de libros de caballerías de Aguiar y Acuña ha de ser de las más completas de cualquier biblioteca particular de la época, en particular teniendo en cuenta que muy pocas novelas de este tipo —nuevas o reimpresiones— se imprimieron después de la década de 1580,[46] entonces su colección de obras de literatura en español ha de quedar como una de las más grandes jamás reunidas en la España del Siglo de Oro:

Obras de entretenimiento en español:

Cancionero general
Cancionero espiritual
Obras de Carrasco
Cancionero de Juan de la Encina de a fº
Rimas de Don Juan de Jáuregui fº 4º
Las trescientas de Mena fº
Historia de Remolín y Melosina 4º
Novelas de Piña
Tragicomedia de Lisandro
La Pícara Justina
El Polifemo con comento
D. Quijote, 1ª y 2ª parte [2 vols]
Comedia Florinda, 16 parte de Celestina y felices y Policiana
Obras de Pantaleón
Rimas de Espinel
Obras de Juan de la Cueva
Rimas de Coronel
Academias del Jardín
El entremetido
Justas poéticas
Celestina
Monstruo español
Donaires del Parnaso
Francisco Rodríguez Lobo, 3 parte de su Primavera
Obras de Carrillo
Comedia Selvagia

[46] Aguiar y Acuña no era, sin embargo, el único en poseer libros de caballerías en esta época. El VI duque del Infantado, don Juan Hurtado de Mendoza, también tenía una colección destacable de 13 títulos distintos en 1625 (vid DADSON, «Los libros de caballerías, Don Quijote y sus lectores en el siglo xvii», en Robert ARCHER (ed.), *Antes y después del «Quijote» en el cincuentenario de la Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2005, pp. 59-78, para la lista completa).

Novelas de Zayas
Nacimiento de Orlando
Español Gerardo
Orlando furioso
Florando de Castilla
Obras de Villamediana
Amatoria de don Esteban de Villegas
Cigarrales de Toledo
Deleitar aprovechando
Ariadna de Salcedo
Rimas de Argensola
Persiles y Segismunda
Sonetos de Petrarca
Coronación de Joan de Mena
Francisco Rodríguez Lobo, 3 parte de su Primavera
Obras de Carrillo
Comedia Selvagia
Orfeo de Jáuregui
Obras de Garcilaso
Proverbios de Barros
Novelas de Giraldo
Argenis de Pellicer
Laurel de Apolo
Obras de Fernando de Herrera
Poetas ilustres
Lágrimas de Angélica
Novelas de Piña
Obras de Cervantes
Romancero general [2 vols]
Guzmán de Alfarache, 1ª parte
Orfeo de Montalbán
Romanceros y Cancioneros diversos, 1, 2, 3, 4, 5 [5 vols]
Más otros dos Cancioneros y romanceros de lo mismo [2 vols]
Comedia Tebaida
Jardín espiritual
Comedias, parte 30
Tragicomedia de Campos Sabeos
Comedias de Guadarrama
Comedias de Tirso, 1ª parte 5ª [2 vols]
Comedias de Alarcón, 2 parte
Comedias de Calderón, novena parte
Comedias de Lope, 14, 18, 19 partes [3 vols]
Vega del Parnaso
Argenis Barclay, 1, 2 y 3 parte [3 tomos]
Entremeses
Jornadas alegres
Obras de Castillejo
Tragedias de amor
El caballero determinado de Umea [2 copies]
Las trescientas de Juan de Mena
Comedia Ulisipo
Obras de Lomas
Novelas de Lago
Las dos constantes mujeres
Tiempo de regocijo
Libica poesía de Antonio López
Cancionero general
Desengaño de amor [de Pedro Soto de

Orfeo de Jáuregui
Obras de Garcilaso
Proverbios de Barros
Novelas de Giraldo
Argenis de Pellicer
Laurel de Apolo
Obras de Fernando de Herrera
Poetas ilustres
Lágrimas de Angélica
Novelas de Piña
Obras de Cervantes
Romancero general [2 vols]
Guzmán de Alfarache, 1ª parte
Orfeo de Montalbán
Romanceros y Cancioneros diversos, 1, 2, 3, 4, 5 [5 vols]
Más otros dos Cancioneros y romanceros de lo mismo [2 vols]
Comedia Tebaida
Jardín espiritual
Comedias, parte 30
Tragicomedia de Campos Sabeos
Comedias de Guadarrama
Comedias de Tirso, 1ª parte 5ª [2 vols]
Comedias de Alarcón, 2 parte
Comedias de Calderón, novena parte
Comedias de Lope, 14, 18, 19 partes [3 vols]

vols]
Vega del Parnaso
Argenis Barclay, 1, 2 y 3 parte [3 tomos]
Entremeses
Jornadas alegres
Obras de Castillejo
Tragedias de amor
El caballero determinado de Umea [2 copies]
Las trescientas de Juan de Mena
Comedia Ulisipo
Obras de Lomas
Novelas de Lago
Las dos constantes mujeres
Tiempo de regocijo
Libica poesía de Antonio López
Cancionero general
Desengaño de amor [de Pedro Soto de Rojas]
Diana enamorada
Novelas de Cerón
Coronas del Parnaso
Don Quixote de la Mancha, 1 y 2 [2 vols]
La Galatea de Cervantes
La Araucana, 1, 2, 3, 4, 5 [2 vols]
Don Diego de noche
Harpías de Madrid
Amantes andaluces
Poeta castellano
Novelas de Cervantes
Comedias de Miranda
Pastores de Belén
Novelas morales
Tesoro de varias poesías
Tragedias de Gabriel Lasso
Comedia Eufrossina
Tragedias de Sirba en verso
Noches claras
Romances imperiales
Diana de Montemayor
Theagenes y Chariclea
Tragedia de Calisto y Melibea
La Austriada de Juan Rufo
Filósofo de Aldea [de Baltasar Mateo Rojas]
Diana enamorada
Novelas de Cerón
Coronas del Parnaso
Don Quixote de la Mancha, 1 y 2 [2 vols]
La Galatea de Cervantes
La Araucana, 1, 2, 3, 4, 5 [2 vols]
Don Diego de noche
Harpías de Madrid
Amantes andaluces
Poeta castellano
Novelas de Cervantes
Comedias de Miranda
Pastores de Belén
Novelas morales
Tesoro de varias poesías
Tragedias de Gabriel Lasso
Comedia Eufrossina
Tragedias de Sirba en verso
Noches claras
Romances imperiales
Diana de Montemayor
Theagenes y Chariclea
Tragedia de Calisto y Melibea
La Austriada de Juan Rufo
Filósofo de Aldea [de Baltasar Mateo Velázquez]
Escarmientos de amor [de Alonso de Castillo Solórzano]
El estudioso cortesano
Huertas de Valencia
El mesón del mundo
Estafeta del Dios Momo
Leandro y Hero
Lisardo enamorado
Jardín de flores
Viaje del Parnaso
Dorotea de Lope
Obras de Pantaleón
Rimas de Espinel
Obras de Juan de la Cueva
Rimas de Coronel
Academias del Jardín
El entremetido

Velázquez]
Escarmientos de amor [de Alonso de Castillo Solórzano]
El estudioso cortesano
Huertas de Valencia
El mesón del mundo
Estafeta del Dios Momo
Leandro y Hero
Lisardo enamorado
Jardín de flores
Viaje del Parnaso
Dorotea de Lope
Justas poéticas
Celestina
Monstruo español
Donaires del Parnaso
Bocángel del Infante [= *La Lira de las Musas*]
Casa de placer
El mayor prodigio
El pícaro, 2 parte
Cancionero de Montemayor
Coplas de D. Jorge Manrique

Poesía, prosa, comedia: aquí se encuentran a casi todos los escritores españoles más importantes desde finales del siglo XV hasta mediados del XVII.[47] Según mis cálculos, son unos 50 libros de caballerías más otros 122 de entretenimiento, que juntos representan casi el 20 por ciento del total de libros que poseía. Destacan, por supuesto, las obras de Cervantes: dos juegos de *Don Quijote*, Partes Primera y Segunda; *La Galatea*; las *Novelas ejemplares*; *Persiles y Sigismundo*; el *Viaje del Parnaso*. La única obra que parece faltar son las *Ocho comedias y ocho entremeses* de 1615, pero la entrada que dice solamente *Entremeses* bien podía referirse a esta obra. Las *Obras de Cervantes* son seguramente de Francisco Cervantes de Salazar, obra impresa en Alcalá de Henares por Juan de Brocar en 1546.

Unos cincuenta años más tarde, y ya hacia finales del siglo (1693), tenemos la excelente biblioteca de Manuel Mayers Caramuel, que consiste en unos 4575 títulos que hacen un total de 553 volúmenes, más otros 65 títulos, desgraciadamente sin especificar.[48] Manuel Mayers detentó varios puestos en la corte de Felipe IV y la de Carlos II, como contraste de oro y plata, guardián de las joyas del Palacio del Buen Retiro, y archero en la Guardia de Corps, ninguno de los cuales llevaría a uno a sospechar que tenía tan rica biblioteca, de hecho, una de las mejores del siglo XVII. Sin embargo, por su madre, Jerónima Caramuel, Manuel estaba emparentado con el célebre humanista Juan Caramuel Loblokowitz, de cuyas obras tenía diecinueve tomos. Por tanto, es posible que su notable interés en las obras de literatura viniese del lado materno de la familia:

[47] No he listado ninguna de las obras de literatura que tenía en italiano, un número significante que incluía a Petrarca, Dante, Boccaccio, Ariosto, Giraldi Cinthio, Sannazaro, Torquato Tasso, además de ejemplares de *Celestina* y *Cárcel de Amor* en italiano.

[48] Para esta biblioteca, *vid* José Luis BARRIO MOYA, «La librería de Manuel Mayers Caramuel, contraste de oro y plata de Felipe IV y Carlos II (1693)», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 21 (1996), pp. 181-210.

> Rimas de Lupercio (Leonardo de Argensola, Zaragoza, 1634); Guzmán de Alfarache (Mateo Alemán, Madrid, 1599); Cigarrales de Toledo de Tirso de Molina (Madrid, 1621); La dama beata (José Camerino, Madrid, 1655); Obras de Mendoza (Diego Hurtado de Mendoza, Madrid, 1610); Rimas de Lupercio; Zárate Poema de la Cruz (Francisco López de Zárate, Madrid, 1648); Obras de Villamediana (Madrid, 1635); Obras de Zárate (Alcalá, 1651); Don Quijote de la Mancha, primera y segunda parte en Madrid (1605 and 1615); Silva de varia lección (Pedro Mexías); Obras de Carrillo (Luis Carrillo y Sotomayor, Madrid, 1613); Obras de Luis de Góngora (Madrid, 1633); Obras de Quevedo (Bruselas, 1660); Quevedo, El parnaso español (Madrid, 1648); Laurel de Apolo de Lope (Madrid, 1630); Corona trágica de Lope (Madrid, 1627); La Circe de Lope, falto (Madrid, 1624); San Isidro de Lope (Madrid, 1632); La Arcadia de Lope (diversas ediciones); Criticones de Gracián (numerosas ediciones); dos Don Quijotes estampados en Bruselas; Día y noche en Madrid (Francisco Santos, Madrid, 1663); El diablo cojuelo (Luis Vélez de Guevara, Madrid, 1641); la Diana de Montemayor (Valencia, 1559); Persiles y Segismunda de Cervantes (Madrid, 1616); La Araucana de Ercilla (Madrid, 1632); las Trescientas de Juan de Mena (numerosas ediciones); El español Gerardo (Gonzalo de Céspedes y Meneses, Madrid, 1615); la Garduña de Sevilla (Alonso Castillo de Solórzano, Valencia, 1634); Rimas de Faria (Manuel de Faria y Sousa, Madrid 1644); La Fortuna con seso de Quevedo (Zaragoza, 1650); Coplas de don Jorge Manrique (numerosas ediciones); Obras de don Francisco de la Torre (Madrid, 1631).

A Manuel Mayers Caramuel está claro que le gustaban la poesía y las novelas, especialmente la poesía, y es curioso observar que no poseía ninguna obra dramática. *Don Quijote* de Cervantes sigue siendo leído y apreciado (dos ediciones distintas, una con estampas), pero a nuestro contraste también le gustaban la picaresca y el nuevo tipo de antología mezcla de novela y verso representado por Tirso, *Cigarrales de Toledo* y Camerino, *La dama beata*. Muchas de las obras que tenía en 1693 llevaban años circulando, algunas de ellas durante casi cien años, prueba tanto de la durabilidad y popularidad de estas obras como de su disponibilidad en el mercado.

A las pocas bibliotecas que he mencionado aquí se podrían añadir, por supuesto, otras muchas donde las obras de entretenimiento son una parte significativa del total; bibliotecas como las del escritor Antonio de Solís y Ribadeneyra,[49] del bibliófilo Vincencio Juan de Lastanosa,[50] o del conde de

---

[49] Frédéric SERRALTA, «La biblioteca de Antonio de Solís», *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien* (Caravelle), 33 (1979), pp. 103-132.

[50] Karl-Ludwig SELIG, *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracián*, Genève, Librairie E. Droz, 1960.

Villaumbrosa y su magnífica colección de poesía española.[51] Pero aquí he preferido echar una mirada a bibliotecas particulares donde no esperaríamos necesariamente encontrar obras de entretenimiento, para poder probar, espero, que estas obras sí se encontraban en las bibliotecas de españoles del XVII, y a veces en las más inesperadas, como la del médico real Alonso Valencia de Olivera. Está también muy claro que el género que dominaba es la poesía seguida, a gran distancia, de la novela y luego, en un claro tercer lugar, la comedia.[52] Libros impresos de poesía, que durante el siglo XVI tuvieron una vida muy accidentada, eran con mucha diferencia las obras de diversión más populares para los españoles cultos del XVII, que no se cansaban de leer a Juan de Mena, Garcilaso, Lope, Góngora, Quevedo, Villamediana, los hermanos Argensola, López de Zárate, fray Hortensio Félix de Arteaga y Paravicino, el príncipe de Esquilache, Alonso de Ercilla, y muchos más.[53] Como nos dice García Aguilar:

> A lo largo de los más de cien años que separan a ambos poemarios [las *Obras* de Boscán y Garcilaso y el *Parnaso español* de Quevedo] asistimos a la evolución progresiva que lleva a la lírica desde la marginalidad y la orfandad preceptiva hasta posiciones de prestigio socioliterario; desde la continua justificación por la escritura de poesía mélica, a la orgullosa afirmación del poeta, e incluso a la lucha por definir una lengua lírica acorde a las circunstancias políticas, históricas y literarias.[54]

Si Miguel de Cervantes nos dejó en la biblioteca ficcional de Alonso Quijano su visión de las obras de entretenimiento que más importaban, aquellas tal vez que más admiraba, entonces la biblioteca de Juan de Aguiar y Acuña convirtió aquella visión en realidad. Como me pregunté hace varios años: «¿Había llegado don Juan de Aguiar y Acuña al *Quijote* vía los libros de

---

[51] Joaquín FORRADELLAS, «La biblioteca poética del conde de Villaumbrosa», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 48 (1972), pp. 359-405.

[52] Para una lista de bibliotecas del siglo XVII donde encontramos numerosas obras de poesía, *vid* DADSON, «La difusión de la poesía española impresa en el siglo XVII». En sus distintos estudios del tema, DÍEZ BORQUE también encontró que la poesía domina sobre los otros géneros literarios (*Literatura (novela, poesía, teatro)*, pp. 40-51). En esta obra y también en su *Literatura, bibliotecas y derechos de autor*, Díez Borque proporciona unas listas muy completas de los inventarios estudiados: 65 para la primera mitad del siglo XVII y 83 para la segunda.

[53] Para la popularidad de ciertos poetas en la España del siglo XVII, *vid* DADSON, «La difusión de la poesía española impresa en el siglo XVII», y DÍEZ BORQUE, *Literatura (novela, poesía, teatro)*; para el debate sobre la circulación de ejemplares manuscritos o impresos de poesía en el XVI, *vid* Antonio RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Castalia, 1968, y GARCÍA AGUILAR, *Poesía y edición en el Siglo de Oro*.

[54] GARCÍA AGUILAR, *Poesía y edición en el Siglo de Oro*, p. 336.

caballerías, o a ellos vía el *Quijote*? Nunca lo sabremos, pero Cervantes había anticipado esta situación en la Segunda Parte de su gran novela al hacerla dependiente de la Primera, a su vez dependiente de los libros de caballerías».[55] Al igual que la librería de Cristóbal López en la madrileña Calle de la Concepción Jerónima, la biblioteca de nuestro caballero de Santiago es como un homenaje intencionado a Cervantes y su caballero andante, y evidencia, si aún faltaba, que las obras de entretenimiento sí circulaban en el siglo XVII (en algunos casos muchos años después de su impresión), eran muy populares y se encontraban en bastantes bibliotecas particulares de la época.

[55] DADSON, «Los libros de caballerías, *Don Quijote* y sus lectores en el siglo XVII», p. 73.

Los catálogos de venta de libros: una tipología editorial de la Edad Moderna.*

Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN
(Universidad Complutense. Departamento de Filología Española IV, Bibliografía Española y Literatura Hispanoamericana)

Introducción

Los catálogos de librerías, junto con las ferias y la venta ambulante de libros,[1] constituyen una de las vías habituales a través de las cuales se encauza la distribución y el comercio de libros a lo largo de la Edad Moderna.

A pesar de haber sido entendidos como relaciones de títulos, meramente descriptivas, elaboradas por libreros y sin sometimiento a normas de ningún tipo, no obstante presentan una serie de peculiaridades que los convierten en una tipología editorial con unas particularidades propias.

A lo largo de esta exposición, se tratará de señalar los rasgos generales que definen a este producto y que se van a ir perfilando y singularizando a lo

* Trabajo realizado con el apoyo del Proyecto «Sumptibus: edición, producción y distribución del libro en las Edades Media y Moderna» FFI2014-55524-P del Ministerio de Economía y Competitividad.

[1] Alberto Gamarra Gonzalo, «Los "invisibles" del comercio del libro: perfil de varios vendedores ambulantes de impresos en el siglo xviii», en *Titivillus*, 3 (2017), pp. 91-115; Libros y ferias : El primer comercio del libro impreso : Quinto centenario de la imprenta de Medina de Campo, 1511-2011 : Fundación Museo de las Ferias, octubre-*diciembre 2011*, [Comisario, Antonio Sánchez del Barrio ; artículos monográficos, Clive Griffin ... et al.], Medina del Campo, Valladolid, Fundación Museo de las Ferias, imp. 2011.

largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, dependiendo siempre de la habilidad comercial del librero, del conocimiento que tiene del fondo de su establecimiento y de su interés, como vendedor, por hacer de su actividad un negocio próspero al intentar captar un mayor número de clientes mediante la oferta de libros destinados, en la medida de lo posible, a un cada vez mayor público letrado con perfiles sociales y profesionales muy diferentes.

Características definitorias

Una de las principales características que comparten estos materiales tiene que ver con su autoría. ¿Quiénes son sus artífices? Para responder esta pregunta se puede afirmar que son los libreros, mercaderes de libros que actúan como comerciantes profesionales con un alto amplio conocimiento del negocio editorial y hábiles dotes en un ámbito en que la ley de la oferta y la demanda es la que rige sus actuaciones. Baste decir, que estos libreros, ejercieron a la par el oficio de encuadernador[2] y, en más de una ocasión, el de impresor, o la labor de costeador/editor,[3] es decir, financiador de los gastos que conllevaba la edición de una obra.

Otra de sus peculiaridades es la apariencia física que presentan. Aunque sus precedentes se pueden encontrar en el siglo XV en forma de hojas sueltas, normalmente redactadas por tipógrafos, en las que aparece un breve listado de

---

[2] Mercedes AGULLÓ Y COBO, «La imprenta y el comercio de libros. Impresores, libreros y mercaderes de libros. Definición y actividades», en Mercedes AGULLÓ Y COBO, *La imprenta y el comercio de libros en Madrid: (siglos XVI - XVIII)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2009, p. 10. http://eprints.ucm.es/8700/1/T17385.pdf, [Consulta: 3 de abril de 2017].

[3] Son múltiples los ejemplos de libreros que ejercieron la labor de tipógrafo y/o la de costeador de las ediciones registradas en sus catálogos. Uno de ellos es el caso de la Familia De Tournes quienes tuvieron taller y tienda en Lyon y Ginebra desde mediados del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, «*vid*» Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN, «Un modelo de la venta de libros en la Europa del Antiguo Régimen: el catálogo de los Hermanos De Tournes de 1733», en *V Foro internacional de interculturalidad. Desafíos de la Interculturalidad en el Marco del Bicentenario de la Independencia*, Guanajuato (México), CNEDIC, Universidad de Guanajuato; Colima, Universidad, 2010, pp. 94-116; también es referencia Amand König, librero estrasburgués que ejerció entre 1748 y 1814 y del que hay numerosas ediciones financiadas por él en su catálogo de 1776, «*vid*» Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN, «Amand König, un librero-editor moderno en el Estrasburgo de la segunda mitad del siglo XVIII», *Revista General de Información y Documentación*, 25, 2 (2015), pp. 577-602; otro ejemplo es el de la familia Remondini, una dinastía de impresores, editores, papeleros, grabadores de estampas y libreros que figuraron en la vanguardia del mundo del libro y la industria editorial desde 1650 hasta 1861, « *vid*» Mario INFELISE, Paola MARINI, *Remondini : un editore del settecento*, Milano : Electa, cop. 1990; Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN, «Giuseppe Remondini: un ejemplo de la venta de libros en la Italia del siglo XVIII», *Pecia Complutense,* 19 (2013), pp. 1-48.

las obras salidas de sus prensas, a medida que avanzan los siglos XVI y XVII y, sobre todo, en el XVIII estos catálogos cambian en cuanto a su fisonomía. Adquieren una mayor entidad y adoptan la forma de folleto y/o de libro que contiene un largo listado de autores y obras de diversa índole. Con el paso del tiempo incrementan su información al registrar multitud de ediciones que proceden de talleres tipográficos procedentes de toda Europa. Incluyen obras impresas en su en la misma localidad donde el mercader tiene su tienda, en ciudades de su mismo país e incluso en el extranjero. Y este hecho es indicativo de cómo estos vendedores no centran su negocio en un mercado local, sino que rebasan las fronteras de su propio municipio y establecen relaciones comerciales con otros profesionales tanto a nivel nacional como internacional. Buscan el producto más atractivo posible que resulte de mayor interés para su clientela, siempre en función de los intereses o necesidades lectoras de ésta. Por esta razón alimentan su fondo de almacén con productos bibliográficos autóctonos y foráneos y, en algunos casos, procedentes de localidades remotas. Un ejemplo de ello lo encontramos en el catálogo del librero estrasburgués Johann Gotfried Bauer, en el que se incluyen ediciones estampadas en Estocolmo, Copenhague, San Petersburgo, Varsovia, Pest o Praga.[4]

La finalidad es otro elemento que los define: informativa y propagandística, además de tener una intención divulgativa. A través de ellos, se oferta y se informa, a potenciales compradores, de las últimas novedades aparecidas en el mercado editorial, piezas bibliográficas de toda suerte de materias y que, por lo general, son las demandadas por un público lector, cada vez más amplio, y que tiene unas necesidades y unos gustos literarios que son un claro reflejo no solo de las modas, sino de los cambios socioculturales y políticos que se están produciendo en la Europa Moderna. En ellos aparecen, junto a títulos de reciente publicación —muchos de los cuales pertenecen a autores que son coetáneos a la fecha de publicación del catálogo— otros de escritores de épocas pasadas y cuyas obras se reeditan porque siguen teniendo una gran demanda entre los lectores de la sociedad de ese momento. En ocasiones, además, anuncian obras en prensa —como es el caso del catálogo de Giuseppe Remondini de 1785—[5] y volúmenes publicados en fechas anteriores e incluso muy alejadas al año de edición del catálogo. En este sentido, no resulta paradójico encontrar libros con «cierta antigüedad», considerados y nombrados por estos libreros como «raros», «curiosos» o

---

[4] *Catalogus librorum latinorum ex omni facultate aut sciendi genere pro subjecti vel praestantia vel singularitate ... venundat Joannis Gothofredi Bauer & socii bibliopolium,* Argentorati, 1770. Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 5353(4).

[5] *Catalogus recens in varias classes distributus librorum, tam peculiarium Remondinianae typographiae propriss eiusdem typis vel sumptibus impressorum ... quam plurimorum etiam...,* Venetiis, Apud Josephum Remondini et Filios, 1785. Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 22600. En este catálogo aparecen muchos títulos referenciados como libros «in torcolo».

«singulares» y que, en la mayoría de ocasiones, van a ser objeto de interés por parte de compradores especiales: bibliófilos y coleccionistas.

Se puede afirmar que estos catálogos no están anticuados; todo lo contrario, la capacidad para actualizarse es otro rasgo destacable de este tipo de obras. Son varias las reediciones, adiciones y suplementos que les permiten tener una puesta al día con las últimas piezas adquiridas por estos libreros. Un ejemplo de todo ellos se encuentra en el catálogo de libros franceses de 1763 del librero lionés Jean Marie Bruyset quien lo actualizó con un suplemento en 1765 y lo reeditó con nuevos títulos en 1780[6].

Otra de sus particularidades es que en ellos no suele aparecer registrado todo el fondo de almacén de las librerías, sino tan solo un porcentaje del mismo. En este sentido, deben ser considerados como inventarios parciales en los que la selección de las piezas bibliográficas se hace siempre en función de una o varias características intrínsecas y combinadas de los libros que registran:

a) La lengua que están publicados: hay catálogos en los que la mayoría de los libros están en un idioma: el francés (catálogos de la familia de Jean Marie I Bruyset de1763 y de 1780; o el de Amand König de 1776),[7] el latín (familia Bruyset de 1763 y 1780; Jean Jacques y Jacques de Tournes de 1733; la sociedad de Philippe Arnaud y Laurent Borde de 1662),[8] el alemán (Amand König de 1779)…,

---

[6] Jean Marie BRUYSET, Catalogue des livres françois, sur toutes sortes de maitieres, qui le trouvent Lyon, chez Jean-Marie Bruyset, impimeur-libraire, rue St. Dominique, A Lyon, [s. n.], 1763, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 22578(2), contiene el Supplement au catalogue des livres qui se trouvent a Lyon..., 1765 ; Catalogue des livres françois, sur toutes sortes de maitieres, qui se trouvent à Lyon, chez Jean-Marie Bruyset, A Lyon, [s. n.], 1780, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 33873(2).

[7] Los catálogos de libros en francés, lengua vehicular de cultura en el siglo XVIII, son muy numerosos. Entre otros valga de ejemplo los ya citados de la familia Bruyset, o el Catalogue d'une belle collection de livres françois anciens et modernes pour la pluspart choisis en toutes fortes de sciences, qui se trouvent pour à présent à vendre chez Amand König, Libraire à Strasbourg, 1776, [Strasbourg?], [s. n., 1776?], Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 5353(3).

[8] Catalogus librorum Latinorum, compactorum et non compactorum, qui reperiuntur in officina Joannis-Mariae Bruyset, bibliopolae Lugdunensis, in vico Sti. Dominici, Lugduni , [s.n.], 1763, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 22578(1); Catalogus librorum omnium facultatum, qui venales prostant in Officinâ Joannis-Mariae Bruyset Typographi, ac Filiorum Bibliopolarum Lugduniensium in vico S. Dominici, Lugduni, [s.n.], 1780, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 33873(1), Catalogus librorum omnium facultatum apud fratres de Tournes bibliopolas Genevae et Lugduni prostantium MDCCXXXIII, [S.l., s.n., 1733?], Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 22850; OFFICINA PHILIPPE BORDE ET LAURENT ARNAUD (LYON), Catalogus librorum facultatum omnium : qui venales reperiuntur in Officina et Societate Philippi Borde et Laurentii Arnaud bibliopolarum lugdunensium usque ad hunc annum 1662,

aunque en estos inventarios monolingües, especialmente los de libros latinos, también se suelen incluir grupos minoritarios de obras en otras lenguas como el español y el italiano[9] o el inglés[10]. Incluso los hay bilingües, como es el caso del catálogo de la familia Remondini de 1785 en el que se listan títulos en latín e italiano.

b) Aspectos materiales de los libros: por ejemplo, el hecho de ser obras que contienen ilustraciones, por lo que, en cierto sentido resultan singulares. A esto se suma el criterio «idioma» en el caso del catálogo de Johann Gotfried Bauer de 1770.[11]

c) La cualidad de ser libros raros y curiosos, en función de su escasez en el mercado, su antigüedad o su temática (*Catalogus insignium & rarissimorum in omni Facultate & Lingua Librorum* del librero Tomás López de Ulloa, editado en 1659; o la *Bibliographie instructive ou traité de la connoisance des livres rares et singuliers,* del editor/librero Guillaume Françoise Debure, publicado en París entre 1763 y 1768 en 7 volúmenes.

d) El organismo editor, el papel desempeñado por el librero como editor y/o impresor o como mero agente comercial. Hay inventarios en los que el criterio principal para la reunión de las obras es que éstas hayan sido impresas y costeadas por el librero/impresor/editor que oferta este fondo, aunque también integran otras publicadas en otros talleres y que él se encarga de distribuir.[12]

e) La materia a la que pertenecen las obras registradas: algunos libreros presentan catálogos especializados en una temática determinada —la Teología o la Geografía, la Jurisprudencia o la Medicina—. Un ejemplo es el mercader y editor Amand König quien anuncia en su catálogo de 1776 otros suyos puestos a la venta y especializados en libros que tratan sobre la Teología Católica, la Teología protestante o el, Derecho civil y canónico.

Lugduni, [s.n.: Phillipe Borde et Laurent Arnaud?], 1662, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH FLL 4982.

[9] Además de los ya citados en la nota anterior también es el caso de la *Bibliographia Anissoniana seu Catalogus librorum, qui prostant in aedibus Sociorum Anisson [et] Posuel, tàm Parisiis quàm Lugduni, ad annum 1724*, Lugduni, [Anisson & Possuel], 1724, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH DER 6114.

[10] Junto a los libros en francés, el catálogo de Amand König incluye un listado de obras en inglés.

[11] *Catalogus librorum latinorum ex omni facultate aut sciendi genere pro subjecti vel praestantia vel singularitate ... venundat Joannis Gothofredi Bauer & socii bibliopolium ... Argentorati, 1770*, [Argentorati?], s.n., [1770?], Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 5353(4).

[12] Este es el criterio que articula la selección de libros en el catálogo de Giuseppe Remondini e hijos de 1785.

Otro de sus rasgos definitorios es el hecho de registrar materiales bibliográficos diversos:

a) Monografías: libros en uno o varios volúmenes en su mayoría impresos. De forma ocasional se listan obras manuscritas.
b) Publicaciones periódicas de carácter científico con intención divulgativa como, por ejemplo, el *Acta eruditorum* (Leipzig, 1682-1768) o el *Acta physico-medica academiae caesareae Leopoldini Carolinae* (Nuremberg, 1732-1754); prensa sobre la actualidad política y social como *The World* o *The Guardian,* periódicos londineneses del setecientos en los que colaboraron plumas tan reconocidas como las Alexander Pope, Thomas Tickell y Ambrose Philips; *L' osservatore*, periódico veneciano que fue dirigido y redactado por Gasparo Gozzi y editado por Paolo Colombani en la década de los años sesenta del siglo XVIII; o *Il gran Giornale de Letterati*, revista literaria italiana de mediados del XVIII.
c) Impresos en forma de «fascículos» o folletos con las últimas novedades científicas o temas curiosos: *Icones anatomicae* de Albretch von Haller (Gottinga, 1743-1756), en 8 fascículos; o *L'Art de composer et faire les fusées volantes et non volantes* (La Haye, Paris, D'Houry, 1775), un breve folleto de 42 páginas que trata sobre elaboración de fuegos pirotécnicos y cuya autoría se debe a Louis-Guillaume Baillet de Saint-Julien.
d) Impresos menores, pliegos sueltos y restos de edición. Un ejemplo de este tipo de impresos como las oraciones, triduos, via crucis, vidas de santos (San Martín de Porres, Santa Romana, Santa Catalina de Siena, etc) o «coronas poéticas» al señor, a la espina o de la muerte, estampadas en un pliego o varios que son ofertadas por Giuseppe Remondini.[13]

Desde un punto de vista físico se puede afirmar que no se trata de ediciones lujosas en grandes formatos, estampadas en buen papel, con elegantes encuadernaciones, bellas tipografías y numerosas ilustraciones. Son «libros de bolsillo» con las características propias de este tipo de publicaciones: son volúmenes estampados en pequeños formatos (normalmente 8º y 12º y algunos en 4º), que están destinados a un amplio público, que contienen un texto sencillo de leer con una información muy concreta, que pueden ser consultados de forma cómoda debido a su escaso peso, y volumen, lo que permite que su traslado sea fácil. Son, en definitiva, ediciones de bajo coste y ello se refleja en el hecho de que suelen estar estampadas en papeles de escasa calidad, con tipografías de cuerpo pequeño a veces desgastadas, con una estampación, en muchos casos, descuidada al no estar bien justificada y alineada la caja de escritura, y con una impresión llevada a cabo con tintas fuertes que dejan entrever en cada página las líneas tipográficas impresas en la

[13] *Catalogus recens in varias classes distributes*, pp. XCV-XCVIII.

otra cara de cada hoja. Apenas presentan elementos ilustrativos – éstos se reducen a un adorno xilográfico o la marca del impresor en la portada– y con un mínimo de elementos decorativos en forma de viñetas xilográficas sencillas al comienzo del cuerpo del texto, iniciales xilográficas capitulares o pequeños adornos tipográficos y filetes al cierre de un capítulo o de los paratextos. Por lo general, la presencia de elementos decorativos se acrecienta en los catálogos del siglo XVIII, si bien, en los del último tercio de este siglo ya se detectan elementos propios de la estética de los libros de ese momento al combinar tipografías de distintos diseños de letras en portadas y portadillas, acompañar con adornitos tipográficos al dígito que marca la paginación, tener una mayor nitidez en la impresión de las planas y usar, en ocasiones, papeles de tonalidad más blanca.

La estructura que presentan es muy variada:

a. Algunos carecen de portada y, tras un título inicial, presentan el cuerpo del texto. Un exponente de este modelo es el del librero de Bayona Françoise Trebosc y su socio Bancel, publicado en 1787.[14]
b. Otros presentan una portada y, tras ella, la relación de títulos y autores. Este es el caso del catálogo del librero parisino Guillaume Cavelier editado en 1729; o el de August Friedrich Wilhelm Krausse, librero berlinés, de 1783.[15]
c. En un tercer grupo —y éstos son los más numerosos— aparecen aquellos en los que tras la portada incluyen un índice general del contenido y, a continuación, el cuerpo de texto. Varios ejemplos de este tipo son los catálogos de los libreros Lorenzo Arnaud y Philippe Borde (Lyon, 1662); y el de la sociedad Anisson-Posuel (Lyon 1724).
d. Un cuarto grupo lo conforman los que, tras la portada, incorporan una breve nota del librero, el índice general y el texto.[16] En ocasiones se añade un listado sobre otros inventarios que el librero tiene a disposición de sus clientes. Un prototipo de este modelo es catálogo de Amand König.

Tengan una forma u otra todos ellos suelen carecer de índices onomásticos de autores y de títulos.

---

[14] *Catalogue des livres qui se vendent a Bayonne, chez François Trebosc & Bancel neveu, Libraire*, Bayonne, 1787?, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 5353(2); August Friedrich Wilhelm KRAUSSE, *Catalogus von perennirenden Pflanzen, welche um billige preise zu haben*, [S.l., s.n.], 1783, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 5353(5).

[15] *Catalogue de livres sur toutes sortes de matieres : theologie ... : belles-lettres ... : jurisprudence … : medecine ... : livres en langues étrangeres, &c.*, Paris, chez Guillaume Cavelier, libraire, 1729, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, BH MED 11577(2)

[16] Como ejemplo baste recordar el catálogo del librero Johann Gotfried Bauer, «*vid*» nota 11.

Las portadas se muestran como el rostro del libro y ofrecen a los compradores toda la información necesaria que necesitan saber: qué tipo de libro es, qué es lo que contiene, quién oferta el fondo, en qué lugar y a partir de qué fecha puede ser adquirido añadiéndose, a veces, el tipo de moneda en que están tasados los libros y el precio al que se vende el catálogo.[17]. Ocasionalmente suele aparecer un pie de imprenta completo o incompleto con la información referente al lugar de impresión, el nombre del tipógrafo o al año de publicación.

La nota del librero es un reclamo publicitario con fines propagandísticos. En él se advierte sobre la orientación temática y la tipología editorial de las piezas listadas, la moneda en curso en que están tasados los libros, la no negociabilidad de los precios, el carácter parcial de la colección referenciada —por lo que el comprador podrá obtener en esta librería otras piezas bibliográficas no incluidas en el inventario—, la intención del librero ir actualizando la información aquí contenida con reediciones y/o suplementos, algunos de los cuáles son incluidos en el mismo catálogo. Los libreros con más pericia comercial también añaden, a modo de propaganda, un listado con los títulos de otros catálogos suyos especializados por materias y lenguas.[18]

El cuerpo del texto se compone de una sucesión de registros bibliográficos cuya organización no sigue un modelo único y normativo. Se pueden encontrar diversos patrones:

a. Una relación de autores y títulos, ordenados alfabéticamente, y sin ningún tipo de clasificación en grupos preestablecidos. A modo de ejemplo baste señalar el catálogo de libros franceses de Jean Marie Bruyset hijo de 1780 o el de August Friedrich Wilhelm Krausse.
b. Una disposición por bloques idiomáticos – libros en latín, en inglés, en español y en italiano– y, dentro de cada uno de ellos, se sigue una ordenación alfabética por el nombre del autor o su apellido o por la primera palabra del título para los anónimos. Este es el prototipo del catálogo de libros latinos de Bruyset de 1780.
c. Una distribución en secciones temáticas de carácter general (Teología, Jurisprudencia, Medicina, Filosofía, Historia, Bellas Letras, Matemáticas, Humanidades —literatura, poética, retórica y lingüística— y Miscelánea), acompañadas, al final, por dos capítulos idiomáticos: libros hispánicos y libros en italiano.[19] Ahora bien, dentro de este grupo existen variantes:

---

[17] El precio de venta del Catálogo aparece reflejado en la portada del inventario de König, así como el tipo de moneda en que están tasados los libros se indica no sólo en éste, sino además en el de Bauer y en el de Giuseppe Remondini.

[18] *Catalogue d'une belle collection*, h. 2 r.

[19] Sirva de ejemplo los inventarios de la sociedad Arnaud-Borde, Anisson-Posuel o de los hermanos de Tournes.

1. Una división por temas más específicos y por géneros y tipologías editoriales. Una muestra es el catálogo de Amand König (1776), en donde aparecen 18 «clases» entre las que se encuentran, por ejemplo, las dedicadas a obras de entretenimiento (novelas, cuentos y relatos breves); a piezas teatrales (colecciones de comedias, tragedias y dramas); a libros de poesía; a textos sobre arte culinario, artes y oficios, pintura y escultura, juegos de mesa —naipes y ajedrez—, equitación, paisajismo, jardinería y horticultura o a clásicos greco-latinos, entre otros.
2. Una clasificación por materias generales con subclasificaciones, dentro de cada una de ellas en función de diversos criterios: el idioma en que estén publicados los libros, la procedencia de los autores (clásicos greco-latinos), el formato y el tipo de encuadernación que tenga el ejemplar. Una modelo es el catálogo de los libreros Trebosc y Bancel (1787) en el que, dentro de la sección de obras de *Historia y Literatura*, se incorporan varios subgrupos: a. El formado por las ediciones de clásicos greco-latinos; b. El correspondiente a libros en pequeños formatos y que se venden encuadernados en piel con los cortes en dorado, c. El de los libros en lengua inglesa y d. El de las publicaciones histórico/literarias en español.

d) Una última ordenación se establece en función del papel desempeñado por los libreros: bien como impresores, bien como editores, o bien como meros distribuidores de libros reunidos en el catálogo. El ejemplo más relevante es el del catálogo Remondini de 1785 en donde se distingue entre las ediciones impresas y/o costeadas por la familia, por un lado, y las publicadas en otros talleres tipográficos, por otro.

La información bibliográfica de los registros varía en función de varios factores: la pericia del librero, de su conocimiento de las características físicas de las ediciones y ejemplares ofertados, o de su interés por ofrecer una información correcta, veraz y amplia, siempre con el fin de captar un mayor número de compradores e incrementar los beneficios de su negocio. En todos ellos se indica el nombre y apellidos del autor y el título más o menos extenso. A estos se añaden otros datos como: lugar y fecha de publicación, formato y número de volúmenes. Los libreros más hábiles informan también sobre las ilustraciones que incluyen de los libros (su calidad, cantidad, contenido, variedad y técnica de reproducción de los grabados: «trés belle édition orneé des figures en taille douce», «avec trés grand nombre de planches, proprement gravées», «stampatto con moltissime figure in rame, e adornato con bordatura a tutte le pagine», «miniato con oro ed argento» «fig, aenis quamplurimus distincta»), y sobre otros aspectos materiales de la edición (la calidad del papel, algún tipo de formato o de tipografías especiales, el material anejo: «en grand format in quarto et imprimée en gros caracteres bien lisibles», «avec les Plans

des Batailles».«fol. forma atlantica»), e incluso sobre características físicas del ejemplar: el hecho de que el libro esté encuadernado o el tipo de encuadernación y sus materiales («broché», «relié en veau doré sur tranche», «legato in oro, pelle Damaschin Cremise, con lavori d´oro sopra la coperta», «legato all´Olandesa»). Es frecuente, en la mayoría de los casos, indicar el precio de venta del ejemplar, precio que se indica en la moneda de cuenta del momento.[20]

En lo que se refiere al contenido, temas y géneros cabe señalar que textos registrados conciernen a un amplio abanico de temas y géneros: escritos sobre derecho civil y canónico, sobre teología católica y protestante —incluyendo también libros que tratan sobre religiones de culturas antiguas como la egipcia, la árabe o la judaica—, sobre filosofía natural, historia política y económica de países diversos, historia civilizaciones antiguas, libros de carácter «científico» —medicina, anatomía, cirugía, astronomía, matemáticas, física, zoología, arquitectura civil y militar, botánica o química—, obras de creación literaria y entretenimiento —novelas picarescas, de caballerías, cuentos infantiles o ediciones de textos teatrales o poéticos—, sin olvidar además aquellas referentes al ámbito de la filología y la lingüística —diccionarios unilingües y polilingües, vocabularios y gramáticas latinas, griegas, francesas, inglesas, italianas o españolas—. También se reiteran las biografías de hombres ilustres y de santos, e incluso títulos del ámbito de la bibliografía y biblioteconomía, la genealogía, heráldica y numismática. Sin embargo, dependiendo de la época y el lugar en que se publique el catálogo, la orientación temática difiere pues ésta está dirigida no sólo por las corrientes ideológicas, artísticas, culturales o socio-políticas de cada momento, sino por las modas, gustos y usos sociales que van a variar en la sociedad europea a lo largo de la Edad Moderna. En este sentido existen inventarios en los que hay un mayor predominio de las obras teológicas concernientes a la religión católica, como es el caso del de los libreros Laurent Arnaud y Philippe Borde, en el que se registran más de 2.000 ediciones sobre estos temas, o el de la sociedad Anisson/Posuel con alrededor de unas 3.000.[21] En otros, sin embargo predominan ediciones sobre lo que hoy consideramos medicina y farmacología.[22] También están aquellos en los

[20] En los catálogos franceses los ejemplares están tasados en libras y soles. En la Francia pre-revolucionaria la libra es una moneda de cuenta que equivalía a 20 soles, a su vez equivalentes a 240 deniers (denarios). Sin embargo, la moneda física era el doble luis de oro (= 48 libras), el luis de oro (= 24 libras = 4 escudos de plata de 6 libras), y el escudo de plata de 6 libras (= 120 soles). Por su parte, en el comercio italiano, como muestra el catálogo Remondini de 1785, los libros están tasados en libras venecianas.

[21] Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN, «Los catálogos de librería de las sociedades Anisson-Posuel y Arnaud-Borde conservados en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense», *Revista General de Información y Documentación*, 20 (2010), pp. 353-389.

[22] En el catálogo de libros latinos de Jean Marie Bruyset de 1780 hay un predominio de textos sobre anatomía, cirugía, plantas medicinales, enfermedades diversas y sus patologías.

que son más relevantes los títulos científicos relativos al campo de las ciencias médicas, la botánica o la zoología,[23] o en los que hay una clara orientación literaria o histórica, bien con fines lúdicos, de entretenimiento, o históricos.[24]

Como se ha indicado más arriba, numerosas publicaciones responden a las modas literarias, sociales o a las nuevas aficiones u «hobbies» de un público lector, cada vez más numeroso y letrado. En relación con esto, no faltan ediciones sobre jardinería, paisajismo, horticultura, equitación, juegos de naipes y estrategia, diferentes artes y oficios, nigromancia y alquimia, el arte de la caza y la pesca, o el arte culinario —recetarios de chefs famosos— , además de tablas cabalísticas u obras que contienen pensamientos ingeniosos, citas, comentarios, anécdotas, discursos, conversaciones, ocurrencias, observaciones y frases célebres, atribuidas personajes famosos, y que aparecen en forma de diccionarios enciclopédicos. Además, en los catálogos del siglo xviii, no faltan libros sobre viajes en los que se describe la fauna y flora o las costumbres de los habitantes de una región, localidad o espacio geográfico y que son fruto de las expediciones científicas patrocinadas por las Reales Sociedades Científicas aparecidas en el siglo de las Luces.

En lo referido a los autores, la tónica general de estos inventarios es incluir, en primer lugar, a los de factura nacional, acompañados, en menor o igual porcentaje, de los extranjeros. Sin embargo, nunca faltan los escritores la Antigüedad clásica greco-latina, ni tampoco los autores clásicos nacionales e internacionales. Así pues, es normal encontrar no sólo los nombres de creadores coetáneos a la fecha de publicación del catálogo y que son personajes relevantes en el ámbito de las ciencias o de las humanidades, sino también los de aquellos de tiempos pasados que fueron primeras figuras. De manera reiterada se registran las obras de Padres de la Iglesia, Dante Alighieri, Boccaccio, Erasmo de Rotterdam, Voltaire, Racine, Moliere, Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Isaac Newton, Carlos Lineo, Daniel Defoe, Alexander Pope, Albert von Haller, Henry Fielding, Adam Smith, Ruđer Josip Bošković o Jacob Reinbold Spielmann.

Por otra parte, resulta digno de mención que en los catálogos del último tercio del siglo XVIII empieza a registrarse literatura femenina, es decir, redactada por mujeres y destinada al entretenimiento y formación de féminas, adolescentes y niños. Se listan ediciones de escritoras francesas e inglesas: Marie-Catherine Le Jumel de Barneville, baronesa de Aulnoy (1650-1705), quien escribió unos cuentos de hadas para niños y jóvenes (*Les Contes des fées*); Marie-Madeleine Piochet de la Vergne, condesa de La Fayette (1634-1693), cuya novela histórico/romántica la *Princesse de Clèves* (1678) ha sido

[23] Como exponente de esto se encuentra el catálogo de Bauer con un 80% de libros referidos a estos ámbitos.

[24] Amand König cuenta con más de tres centenares de novelas, colecciones poéticas y dramáticas, así como con más de 200 ejemplares sobre historia y traducciones de historiadores clásicos grecolatinos.

considerada como la primera novela francesa moderna; Anne Marie Lepage Du Boccage (1710-1802), famosa poetisa y dramaturga y autora de *La Colombiade ou La foi portée au nouveau monde*, una epopeya en 10 cantos que fue un gran éxito editorial ya que contó con múltiples ediciones tanto en lengua original como en otras versiones a otros idiomas; Charlotte Lennox.(1730?-1804), autora de *The female Quixote, or the adventures of Arabella* (1752), una versión femenina de la novela de Cervantes, en la que su protagonista, lectora incansable de romances heroicos franceses, corre innumerables aventuras; Marie Leprince de Beaumont (1711-1780), creadora del cuento de *La Bella y la Bestia*. y del *Magazin des adolescentes ou Dialogues entre une sage gouvernante et plusieurs de ses élèves de la première distinction* (La Haye Lausanne, chez François Grasset, 1766), una colección de consejos, enseñanzas y reflexiones destinadas a la educación de jóvenes en forma de diálogo; y por último Mary Wortley Montagu (1689-1762), aristócrata y viajera británica famosa por sus cartas en las que relata, con todo género de detalles, sus viajes por Europa, Asia y África.

Conclusiones

De acuerdo con lo que se ha expuesto se puede concluir que los catálogos de venta de libros constituyen una tipología editorial, ya que comparten una serie de rasgos generales que se van perfilando y diferenciando en función del momento, el lugar y los contextos socioculturales que se publican.

Por su forma son la imagen de los productos tipográficos propios de una imprenta manual en cuanto a sus rasgos físicos se refieren. A pesar de ser ediciones de bajo coste, se aprecia una evolución en aquellos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, al incluir las características físicas propias de los libros del setecientos: combinación de letrerías de distintos diseños, elementos decorativos más elaborados y papeles de una mejor calidad.

Aunque estructuralmente estos inventarios presentan una diversidad amplia, sin embargo suelen tener una ordenación sistemática que facilita a los potenciales clientes el encontrar aquellas piezas bibliográficas que son objeto de su interés.

La riqueza en cuanto a la tipología editorial, géneros y temas de las obras listadas va a estar en consonancia no sólo con el ámbito de mercado y el tipo de público hacia el que se dirigen. Las obras ofertadas van a ser un reflejo de las corrientes científicas, ideológicas y culturales, así como de las modas, usos y costumbres de cada época y lugar. La mercancía que ofrecen está destinada sectores sociales cada vez más amplios, que tienen una capacidad lectora cada vez mayor y unas necesidades derivadas de sus intereses profesionales o particulares. Aquí se reúnen libros a través de los que se difunden no sólo las últimas novedades científicas, sino también las líneas de pensamiento que rigen el destino socio-político-religioso de Europa. Los libros registrados están destinados a profesionales: médicos, cirujanos, matemáticos, astrónomos, físicos, naturalistas, botánicos, eclesiásticos, lingüistas, artesanos, militares o

especialistas en lenguas clásicas y modernas…, muchos de los cuáles ejercitan su profesión junto a la carrera docente a nivel medio y superior. Por esta razón, estas obras las compran no sólo para estar al día de la actualidad en distintas ramas del saber, sino para mejorar la calidad en el desempeño de su trabajo.

Por último, indicar que estos catálogos van a ser objeto de consulta por parte de nuevos grupos sociales que buscan una entidad propia como lectores: las mujeres, los adolescentes y los niños, quienes van a empezar a encontrar nuevos títulos destinados a su entretenimiento y su educación. Por otra parte, van a ser este tipo de obras en donde se reivindica el papel de la mujer como escritora, situándola al mismo nivel que sus colegas masculinos y otorgando a este tipo de inventarios un nuevo toque de modernidad.

Así nos vieron: libros españoles en la Europa del siglo XVIII (París y Londres)[*]

Nicolás BAS MARTÍN
(Universitat de València. Departamento de Historia de la Ciencia y Documentación)

La imagen de un país, como ahora España, está determinada por su propia historia. Una historia a la que han contribuido tanto los de dentro, los españoles; como los de fuera, los foráneos, que de una manera u otra han dejado una profunda huella en nuestro país. Y todos ellos han ido conformado una «Imagen» que se ha mantenido hasta nuestros días.

Evidentemente esa visión ha ido variando en función de los siglos y de las circunstancias. Así, mientras el Imperio español de los siglos XVI y XVII despertó recelos y envidias; en el siglo XVIII cuando reinaba en nuestro país un rey ilustrado, Carlos III, asesorado por ministros ilustrados que desplegaron una política cuanto menos ilustrada, la imagen del país se deterioró.[1] Paradojas de la historia, cuando España iniciaba la senda de la modernidad en plena Ilustración, el país quedaba en la periferia de la Europa moderna, mientras qué durante el reinado de los Austrias, cuando la temida «Leyenda negra» inició su andadura, el país fue objeto de interés, no solo como potencia política sino cultural.

[*] Este trabajo se ha realizado gracias al Proyecto de I+D del Ministerio de Economía y Competitividad FFI 2014-55524-P titulado Sumptibus: edición, producción y distribución del libro en las Edades Media y Moderna.

[1] María José VILLAVERDE RICO y Francisco CASTILLA URBANO, «La Leyenda Negra: existencia, origen, recepción y reacciones», en María José VILLAVERDE RICO y Francisco CASTILLA URBANO, (ed), *La sombra de la Leyenda negra*, Madrid, Tecnos, 2016, p. 11.

Y ante tal realidad se hace necesaria una pregunta ¿Cómo contribuyeron los libros españoles en la Europa del XVIII a modificar esta imagen? Se convirtieron éstos en vehículos de transmisión de verdades reconocidas por algunos españoles, o, por el contrario, difundieron una imagen distorsionada de la realidad. A ésta y a otras cuestiones intentaremos responder no sin antes indicar que nuestras conclusiones son el resultado de las investigaciones inéditas que hemos realizado sobre la presencia del libro español en la Europa del siglo XVIII, concretamente en París y Londres. Con un matiz, y es que analizamos únicamente libros en lengua original, no así traducciones.

Un ejercicio de Bibliografía comparada, en el que los libros españoles se van a estudiar no desde un punto de vista literario, más conocido, sino desde la perspectiva de la historia del libro. La novedad ahora radica en saber qué libros españoles se compraban, vendían, y leían en dos de las principales urbes de la Europa del siglo XVIII. Y todo ello a través del análisis de diferentes documentos, hasta ahora no consultados, como son los Catálogos de las librerías de ambas ciudades. Fuentes a las que se unirán los Catálogos de las principales subastas, los fondos de las más importantes bibliotecas particulares, y un sinfín de noticias extraídas de fuentes indirectas, como viajes, cartas, periódicos y repertorios bibliográficos. Si interesante es conocer el ¿qué? y ¿quiénes? no menos importante será saber el ¿cómo? a través de qué rutas llegaron los libros españoles a las capitales de Francia e Inglaterra.

Nuestros principales protagonistas serán los libreros, y en especial sus fondos, que intentaremos dilucidar de sus Catálogos, a través de los cuales rastrear la imagen de España que aquellos avezados profesionales dieron de nuestro país. Consideraciones económicas y literarias primaron lógicamente en sus adquisiciones, que intentaron saciar los intereses de los lectores, y en especial de los Bibliófilos, a los que dedicaremos una especial atención. Colecciones algunas de ellas que, por un lado, pasaron a engrosar las instituciones más notables de la época, caso del British Museum, posteriormente British Library, o de la Biblioteca Nacional Francesa; y de otro, se pusieron a la venta en las numerosas subastas que se llevaron a cabo tanto en París como en Londres durante todo el siglo XVIII.

De esta manera, los libros españoles se convirtieron en nuestros mejores embajadores en Europa. Con unos intermediarios, los libreros, que se encargaron de «filtrar» aquellos autores y temas que consideraron de mayor interés para su público. Un filtro que no solo fue una mera actividad cotidiana sino que contribuyó de manera voluntaria unas e involuntaria otras a perpetuar una visión de España. Y es que cualquier selección llevaba implícita una exclusión. Por ello tan importante será conocer los libros españoles que figuraron en aquellos Catálogos como los que no lo hicieron.

El libro español allende los Pirineos: París y Londres

De partida todo parece indicar que el libro español debió de gozar de mayor presencia en Francia por razones geográficas y políticas. Pero la

realidad demuestra que, pese a su cercanía y a la afinidad familiar, compartir la misma dinastía, la de los borbones, la presencia de libros españoles en la capital gala fue más bien escasa. Francia seguía manteniendo una idea bastante negativa del país, a consecuencia de los prejuicios históricos y de los comentarios despectivos de los *philosophes*. Actitud que le sirvió como autoafirmación de la superioridad de su propia nación. Así, de la crítica de lo negativo (España) se extraía un mejor retrato de los objetivos de la modernidad (Francia).[2]

Por el contrario, en Londres la coyuntura no parecía la más favorable para que el libro español encontrara su mejor acomodo. Las continuas guerras que jalonaron las relaciones hispano-inglesas durante todo el siglo XVIII hicieron sumamente compleja la llegada de libros a Londres. Un hándicap que los libreros y bibliófilos ingleses supieron sortear desplegando una intensa red de agentes dispersos por toda Europa, especialmente por Holanda y Francia, que les informaron y suministraron de libros europeos, entre ellos españoles.

El «Imperio» español, que había sido objeto de envidias y recelos durante los siglos XVI y XVII, ahora, en pleno siglo XVIII, era un «enfant», una nación de claroscuros, que seguía conservando profundas tradiciones que la alejaban de la Europa más moderna.[3] Una realidad que no quita que nuestro país intentara salir de la marginalización de la Europa de la Ilustración, a través de profundas reformas, aplicadas en el último tercio del siglo, en ámbitos como la economía, la sociabilidad, las costumbres, y el derecho, y que buscaban situar a nuestro país en el lugar que se merecía, alejándola del «dark side of Europe», en el que algunos querían ubicarla.[4] Cosa bien distinta, y de eso los libreros se hicieron eco, es que esas reformas, innegables algunas de ellas, llegaran a oídos de los europeos.

Europeos que tenían su vista puesta en Francia e Inglaterra, en cuyas capitales el mundo del libro vivía una efervescencia hasta ahora desconocida. Allí los libreros e impresores gozaron de privilegios y monopolios en forma de concesión de permisos y *copyrights* sobre determinadas obras, lo que favoreció las ediciones piratas por parte de las provincias. Instituciones como la *Chambre Syndicale de la Librairie* o la *Stationers' Company* concentraron en torno a sí a la élite de los libreros e impresores de ambas ciudades. Y de ellas dependió también la concesión de permisos para la edición y venta de libros.

---

[2] Christine MATTHEY, «L' Ombre et les Lumières. Une visión française de l' Espagne au 18e siècle», *Dix-huitième siècle,* 2008/1, nº 40, p. 427.

[3] Fermín del PINO, «El Siglo de Oro español contra la Ilustración francesa, o la barbarie replicada», en Jesús GONZÁLEZ FISAC (ed.), *Barbarie y civilización. XVI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad, 1750-1850,* Cádiz, 2015, pp.145-162.

[4] Jesús ASTIGÁRRAGA (ed.), *The Spanish Enlightenment revisited,* Oxford, Voltaire Foundation, 2015, p. 17.

Libros que adoptaron inicialmente, y en algunos casos, la forma de manuscritos, que fueron presentados a las autoridades competentes al objeto de conseguir los pertinentes permisos. Y entre éstos encontramos las primeras huellas del libro español en París. Uno de estos registros localizados ha sido un listado correspondiente a los años que van de 1705 a 1716, momento en que el célebre *Abbé* Bignon, posteriormente Bibliotecario de la Biblioteca Real de París, ejercía como Director de la Cámara Sindical.[5] Pese a lo temprano del documento, de principios del siglo XVIII, ya se atisban las características básicas del libro español en la capital francesa, como son: un predominio absoluto de los autores del Siglo de Oro, en especial de obras como el *Quijote,* el *Guzmán de Alfarache,* las Gramáticas y Diccionarios francés-español, y de autores como Baltasar Gracián, entre otros. Mayoritariamente se trataba de manuscritos para imprimir en pequeño formato, in 12º, y algunos eran reediciones impresas fuera de España (Toulouse, Lyon, Colonia).

Más curiosos que algunos de estos autores, por su carácter sedicioso, figuran entre los archivos de la Cámara Sindical una serie de obras españolas prohibidas.[6] Entre ellas la *Opera moralia* del jesuita castellano Ferdinandus de Castro Palao, cuya última edición en seis tomos se había impreso en Lyon en 1700, y que ahora se prohibía con fecha de 1701. En su tarea, la Cámara francesa contaba con personal de apoyo para llevar adelante sus gestiones. Entre ellos los síndicos y adjuntos, que realizaban visitas a las imprentas y librerías, al objeto de supervisar el género, y en su caso, decomisarlo. Así, el 16 de octubre de 1742, fueron incautados diferentes libros en la librería parisina de Huart, entre ellos dos ejemplares del *Tiran lo Blanc,* in 8º, que fueron remitidos a «Mons. Maboul». Unos meses más tarde, se hacía lo propio con un ejemplar de *Don Quichotte,* en seis volúmenes, calificado como «contrefait». De unos años más tarde es la confiscación de «le nouveau Don Quichotte imité de l' allemand de M. Wieland», impreso en Bouillon en 1770 in 8º, en clara alusión a la adaptación que Madame d'Ussieux hizo de la obra cervantina, y que imprimió en las clandestinas prensas de Bouillon. Unos días más tarde, el 16 de noviembre de 1770, se retenía un nuevo embalaje de trescientos ejemplares del anterior Quijote, con el argumento, de nuevo, de su carácter novedoso. Y es que la novela cervantina eclipsó sin lugar a dudas al resto de libros españoles en la capital francesa.

Análogo al papel ejercido por la Cámara Sindical francesa en el sentido de corporativismo y defensa de los privilegios, existía en Inglaterra la *Stationers' Company*, donde se concentraban los principales libreros de Londres, que

---

[5] BNF [Biblioteca Nacional de Francia. Site Mitterrand]. Reg. A. Registres des ouvrages manuscrits ou imprimés présentés a Mgr. le Chancelier pour obtenir des privilèges. 1705-1716.

[6] BNF. Département des manuscrits, Français 21928-21929. Archives de la Chambre Syndicale de la Librairie et Imprimerie de Paris, aux XVIIe et XVIIIe siècles. «Repertoire alphabétique des livres prohibés». 1601-1800.

gozaron de derechos de copyright sobre determinadas obras. Entre éstos no hemos encontrado ningún libro español, algo por otra parte bastante lógico dada la prolongada coyuntura bélica que existió entre España e Inglaterra, similar a la que se aplicó en sentido contrario, en casos como la traducción de la Historia de Robertson por parte de la Real Academia de la Historia.[7] Tan solo un libro, *El Quijote* de Cervantes, pareció escapar de ese proteccionismo editorial, siendo editado en su lengua original y traducido de manera sistemática por las prensas inglesas.

De hecho, éste es un episodio que marcará un viraje considerable en la imagen de España en Inglaterra, pues fue allí donde apareció la primera edición crítica del Quijote (1738), la primera edición comentada (John Bowle, 1781), y la primera Biografía de Cervantes (1738),[8] publicada en Londres en 1738 por los hermanos Tonson.[9] Una biografía a cargo del erudito valenciano Gregorio Mayans, que heredó la amistad inglesa del que fuera su maestro, Manuel Martí, más conocido como Deán de Alicante, que unos años antes, en 1728, vendió su magnífica biblioteca a un librero londinense, David Lyon, no sin antes quemar parte de sus manuscritos como prueba de la indiferencia española hacia su legado intelectual.

Dos hechos que no pueden pasar desapercibidos. De un lado, la primera biografía de Cervantes publicada antes en Inglaterra que en España; y de otro, la venta de la biblioteca de Martí, de cerca de 4.000 volúmenes, con más de cuarenta incunables, y la destrucción de gran parte de sus manuscritos, entre los que se incluían sus impagables anotaciones sobre Nicolás Antonio. Episodios que demostraban el desinterés de España por difundir y conservar sus principales colecciones bibliográficas, y que, a ojos de los ingleses, debieron causar un enorme asombro. Curiosamente, años después, la biblioteca de Mayans tendría el mismo fin que la de su maestro, su venta en una subasta en la capital inglesa, y con ello su dispersión posterior.

A raíz de lo dicho es evidente cómo la omnipresencia de Cervantes y del *Quijote* eclipsó sin lugar a dudas al resto de los libros españoles presentes en París y Londres. Y su estela fue muy larga, porque a sus traducciones se unieron las adaptaciones, y referencias indiscutibles en las principales obras literarias del momento. La novela francesa y en especial inglesa del siglo XVIII fue deudora en gran medida de la magistral obra cervantina. A ojos de los franceses e ingleses, la genialidad de su obra fue tan insuperable que lo producido con posterioridad perdió cualquier valor. Un apego literario que

---

[7] Mª Teresa NAVA, «Robertson, Juan Bautista Muñoz y la Academia de la Historia», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* t. 187, Cuaderno III (1990), pp. 435-455.

[8] Ronald PAULSON, *Don Quixote in England. The aesthetics of laughter,* Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1998, p. IX.

[9] Gregorio MAYANS Y SISCAR, *Vida de Cervantes,* Estudio de A. Mestre Sanchis, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2006.

explica el enorme interés por conocer el entorno del autor y de su obra, el Siglo de Oro.

Fascinación que era posible cotejar en la calle. No en vano, tanto en París como en Londres, existieron espacios de sociabilidad, donde era posible rastrear la huella del libro español. Lugares comunes donde las noticias procedentes de viajeros, diplomáticos, mercaderes, etc., ayudaron a perfilar la visión de España. En ocasiones se trataba de espacios públicos, caso de los cafés (*coffee houses*), bibliotecas circulantes, y como no de librerías; y en otros privados, como las tertulias, Academias y clubs.

Los cafés fueron sin género de dudas uno de los principales lugares de encuentro de los intelectuales tanto de París como de Londres durante el siglo XVIII. Allí era posible no solo conversar sino consultar los periódicos que incluían abundantes novedades literarias, destinadas no solo a los *gentleman* sino también a los libreros.[10] Éstos contaban con periódicos generales, además de publicaciones más especializadas, caso del *A general Catalogue of books* (1785-1786) de Londres, que en su número de 1786 recogía la *Historia del famoso cavallero Don Quixote, con anotaciones por Bowle.* En aquellos coffee houses también era posible cotejar periódicos más conocidos, como el *Gentleman's Magazine,* qué en el número de noviembre de 1746, recogía dos críticas literarias españolas. La primera, era una alusión a la traducción inglesa de Thomas Shelton de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, en tamaño de bolsillo, impresa en Londres por J. Nourse en [1742?]; y la segunda, una colección de «Novellas espannolas; or, moral and entertaining novels», seleccionadas, continúa la referencia, a partir de los autores españoles más destacados, impresas en Londres por J. Chaney en 1747, y vendidas por los libreros W. Reeve, J. Fox, y H. Cooke.

Por su parte, en París existían periódicos más críticos hacia España y otros más favorables, caso del jesuítico *Mémoires de Trévoux* (1701-1767), o *L'Espagne littéraire,* que conformaban una «red» periodística francesa interesada en dar a conocer en Francia la cultura española[11], al objeto de acabar con la imagen de que España es «plus étrangère qu'aucune autre [nation] et la plus ignorée en France».[12] Prueba del interés por recoger noticias españolas es la disposición que tuvieron algunos intelectuales, caso del abad Prévost, por hacerse con libros extranjeros, entre ellos españoles, durante los meses en los que estuvo al frente del *Journal étranger.*

---

[10] Graham POLLARD and Albert EHRMAN, *The distribution of books by Catalogue. From the invention of printing to A.D. 1800. Based on material in the Broxbourne Library*, Cambridge, The Roxburghe Club, 1965, p. 134.

[11] José CHECA BELTRÁN, «Lecturas sobre la cultura española en el siglo XVIII francés», en José CHECA BELTRÁN (ed.), *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*, Madrid, Iberoamericana; Frankfurt am Main, Vervuert, 2012, p. 123.

[12] Ibídem., p. 124.

> Les choses ont bien changé depuis que M. l' abbé Prévost s'est mis à la tête [del *Journal*]. Il a commencé par faire venir beaucoup de livres Anglois, Italiens, Espagnols, Allemands etc.; il a établi des correspondans; il a choisi des coopérateurs hábiles dans tous les genres & dans les principales langues…[13]

El ámbito de los periódicos fue un importante escaparate de novedades para los libreros, pero no el único. En Londres existían las llamadas bibliotecas circulantes, que desde 1740 funcionaban a modo de bibliotecas de préstamo. Una de las más conocidas fue la de Thomas Lowndes y Michael Heavisides, cuyos Catálogos recogían varios libros españoles, siendo principalmente traducciones españolas de ficción y picaresca.[14] Por su parte, en las bibliotecas públicas francesas, algunas de ellas pertenecientes a instituciones eclesiásticas, como la Biblioteca de Sainte-Geneviève, que contaba con un magnífico fondo antiguo hispánico de cerca de mil referencias, predominaron las ediciones del siglo XVII, en especial de Cervantes.[15]

Clubs, tertulias y Academias fueron otros lugares en los que encontrar el eco del libro español. Entre los primeros figuraba el Club literario londinense, al que acudían Samuel Johnson, Edmund Burke, John Hawkins, Adam Smith, y Joseph Banks, por citar algunos. En pleno St. James Street, aquellos intelectuales debatían entre otros temas sobre España, y de ello da testimonio la Vida de Johnson, cuando señala, el 7 de abril de 1775, que «he estado leyendo los *Viajes por España* de Twiss, que se acaban de publicar. Son tan buenos como el primer libro de viajes con que se quieran comparar».[16] Alusiones a España que completó posteriormente en un viaje por Francia que realizó Johnson ese mismo año, y en el que decía al hablar de nuestro país que «en las ciudades de provincias, todo son mendigos».[17] Completaba sus comentarios literarios hispánicos con severas críticas a las obras teatrales españolas, «que son puro desatino y farsa improbable, aquí [en Londres] gustarían a los niños, pues a los niños les divierten los cuentos repletos de prodigios».[18]

En todas estas manifestaciones orales y escritas, ya fueran inglesas o francesas, las referencias al mundo del libro español se circunscribían al Siglo

---

[13] Jean SGARD, *Le «Pour et contre» de Prévost*, Paris, Nizet, 1969, p. 22.

[14] Edward JACOBS, «Eighteenth-century British circulating libraries and cultural book history», *Book History*, volume 6 (2003), pp. 1-22.

[15] Odette BRESSON, *Catalogue du fonds hispanique ancien (1492-1808) de la Bibliothèque Sainte-Geneviève de Paris*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1994.

[16] James BOSWELL, Vida de Samuel Johnson, Doctor en leyes, Barcelona, Acantilado, 2007.

[17] Ibídem., p. 848.

[18] Ibídem., p. 1411.

de Oro. Y entre éstas no podían faltar los relatos de viajeros y diplomáticos, que de una manera u otra habían transitado o vivido temporalmente en España. El género de viajes conoció en la Europa del siglo XVIII un interés hasta ahora desconocido, del que libreros, impresores y coleccionistas se hicieron pronto eco. La imagen que trasladaron de nuestro país «popularizó» determinados estereotipos. No en vano, la literatura de viajes fue sin lugar a dudas una de las fuentes que más influyó en el imaginario colectivo de franceses e ingleses con respecto a España.

Viajes complementados con los que hicieron los españoles por Francia e Inglaterra. Entre ellos los de Antonio Ponz,[19] o Moratín, entre otros, que vivió en Londres entre 1792 y 1793. Un tiempo que aprovechó para integrarse de lleno en el grupo de españoles en la capital inglesa.[20] Ciudad en la que por otro lado había una importante colonia de científicos españoles en instituciones como la Royal Society que, desde 1716, acogió a ilustres miembros españoles, como Jorge Juan, Antonio de Ulloa, o Casimiro Gómez Ortega, entre otros.[21] Una presencia que contribuyó a aumentar la visibilidad española en la City, y que explica en parte el que la producción científica española durante la segunda mitad del siglo XVIII se concentrará, tras París, principalmente en Londres.[22]

De todas estas narraciones y experiencias de los viajeros extranjeros nos interesan únicamente las menciones explícitas a la literatura española, o mejor dicho, a sus libros y bibliotecas, para constatar hasta qué punto alimentaron los tópicos de una España anclada en el pasado, en este caso en los siglos XVI y XVII. Veamos algunos ejemplos.

Entre los franceses que nos visitaron durante toda la centuria figura por méritos propios el aristócrata y diplomático francés, Jean-François Bourgoing, un agudo observador que en su *Nouveau voyage en Espagne ou Tableau de l' état actuel de cette monarchie* (1797), hizo algunas alusiones a las letras españolas, señalando que «después de haber transcurrido más de cien años desde aquella lejana época del Siglo de Oro», se «han estancado y se sitúan en el mismo

---

[19] Mónica BOLUFER, *Estudio preliminar, edición y notas al «Viaje fuera de España» de Antonio Ponz*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007.

[20] Rafael ALARCÓN SIERRA, «Las Apuntaciones sueltas de Inglaterra de Leandro Fernández de Moratín: libro de viajes y fundación de una escritura moderna», *Bulletin Hispanique,* Tome 109, nº1, 2007, p. 181.

[21] Manuel VALERA CANDEL; Juan Francisco LÓPEZ SÁNCHEZ; Carlos LÓPEZ FERNÁNDEZ, «Científicos españoles en el Reino Unido (1750-1830)», *Asclepio,* vol. L-1-1998, p. 66.

[22] Manuel VALERA CANDEL, *Proyección internacional de la ciencia ilustrada española. Catálogo de la producción científica española publicada en el extranjero 1751-1830,* Murcia, Ediciones de la Universidad, 2006, p. 15.

punto de entonces».[23] Su libro, plagado de referencias a los Cervantes, Quevedo, Garcilaso, Calderón, Lope de Vega, o Mariana, entre otros,[24] no hizo sino sancionar una realidad ya anunciada, y es que España, después de una edad dorada, vivía sumida en un letargo. Un relato que explica el que se silenciara todo lo producido en el siglo XVIII español, en el que, según el francés, no se ha publicado «ni una sola obra verdaderamente filosófica, y pocas o ninguna históricas».[25]

Y no le faltaba razón al francés. España no se caracterizó durante la Ilustración por su producción en el ámbito de la Filosofía, y del conocimiento. Y es que las comparaciones, aunque odiosas, se hacen si cabe más necesarias en este caso, pues la diferencia con respecto a Francia era muy notable.

Igualmente interesantes fueron las famosas *Lettres juives* (1738-1742), de Jean-Baptiste Boyer, más conocido como Marqués d'Argens, donde, en forma de cartas, recogía experiencias viajeras de diversos amigos y correligionarios suyos dispersos por toda Europa. Concretamente en España citaba a un tal Jacob Brito, que nos dejó una minuciosa descripción de algunas obras y autores españoles, encabezados por Antonio de Solís, al que seguían Sandoval, Antonio de Herrera, Bartolomé de las Casas, Miguel de Cervantes, Mateo Alemán, Lope de Vega, Gracián, el *Lazarillo de Tormes,* el *Amadís de Gaula,* el *Tirant lo Blanch,* y *La Araucana* de Ercilla, entre otros libros. Libros que perpetuaban una vez más la imagen de una España anclada en el Siglo de Oro, sin apenas mención a su contemporaneidad.

Similares connotaciones encontramos en el caso inglés. Pese a que España quedó fuera del llamado «Grand tour», ello no impidió que algunos viajeros ingleses recorrieran nuestro país y nos dejaran sus apreciadas impresiones. Nos interesan solo aquellas que hacen referencia a su literatura, a sus autores y obras más significativas. Entre ellas, las de William Dalrymple, *Travels through Spain and Portugal in 1774* (1777), donde las menciones a la literatura española quedaron reducidas a breves alusiones al historiador Mariana, al *Quijote,* al *Viaje de España* de Ponz, y al padre Flórez. Más importantes si cabe fueron las descripciones de John Talbot Dillon, que dedicó un trabajo monográfico a la literatura española, concretamente a los orígenes y progresos de la poesía, que incluyó en su obra, *Letters from an English traveller in Spain,* publicada en Londres en 1781.

Sus conocimientos de literatura española procedían en parte de la amistad que le unía con el erudito valenciano Gregorio Mayans, a quien visitó en su magnífica biblioteca de Oliva. Fruto de este interés por la cultura española fue la formación de una de las mejores bibliotecas de fondo español existentes en Inglaterra en todo el siglo XVIII. Basta acercarse a su mencionada obra para

---

[23] Jean-François BOURGOING, *Imagen de la España moderna,* Edición de Emilio Soler Pascual, Alicante, Universidad, 2012.

[24] Ibídem., p. 351.

[25] Ibídem., p. 364.

certificar lo que venimos diciendo, como es la abundancia de textos de los siglos XVI y XVII, por otra parte habituales en las librerías londinenses de la época, a saber Nicolás Antonio, el *Tesoro* de Covarrubias, o las *Historias* de Garibay, Ocampo y Mariana, entre otras.[26] Una realidad que no impide que en la obra de Dillon abunden también las referencias a ejemplares españoles del setecientos.

Los libros de viajes fueron piezas muy codiciadas por los libreros y bibliófilos ingleses. Y entre éstos figuraban los libros de viajes a España, que fueron adquiridos por bibliotecas públicas y privadas. Así, el viaje del italiano Baretti por diferentes países europeos, entre ellos España, formó parte de la biblioteca privada de Jorge III, conocida como King's Library. Por su parte, la obra de Francis Carter, *A journey from Gibraltar to Malaga* (London, 1777), llegó en 1799 al Museo Británico entre los fondos de un bibliófilo, el reverendo Clayton Mordaunt Cracherode.[27] En esta misma línea figura el viajero Dillon, que pidió a su editor en 1781, G. Robinson, que depositara un ejemplar encuadernado de sus *Travels* en el citado Museo londinense, agradeciendo a Joseph Planta, el bibliotecario ayudante de manuscritos, «su amable mediación en el museo».[28]

A los viajes y literatura de viajes se unían las narraciones realizadas por los diplomáticos, que en la mayoría de ocasiones adoptaron la forma de cartas. Y es que libros, viajes y cartas fueron realidades indisociables en el siglo XVIII. Así, y en el caso francés, las Memorias del Duque de Saint-Simon nos acercan a su biblioteca y a algunas de sus lecturas. De esta manera sabemos que contaba en su biblioteca con un *Amadís de Gaula* (1615), las obras de Fray Luis de Granada, la *Biblia* de Casiodoro de Reina, los treinta y un tomos de la *Histoire de la Révolution d'Espagne,* la *Historia de España* de Mariana, l' *État présent de l' Espagne* de Vayrac, un *Don Quichotte* (1713), el *Voyage en Espagne* (1730) de Labat, y la *Historia de Méjico* de Solís, entre otras obras.[29]

Por su parte, la Embajada de Thomas Grantham en Madrid fue un ir y venir de cartas procedentes de Inglaterra en su afán por conocer la cultura española. Entre su abundante relación epistolar destacan las cartas a su hermano Frederick, por entonces en Londres, a donde llegaban los libros que compraba el diplomático para algunos de sus amigos, entre ellos William Robertson, rector de la Universidad de Edimburgo. El capellán de la

---

[26] Nancy F. MARINO, «John Talbot Dillon and his letters on the origin of Spanish poetry: a reconsideration», *Dieciocho* 37.2 (2014), pp. 187-210.

[27] Geoff WEST, «La escritura de viaje sobre España en bibliotecas británicas». Datos extraídos del Centro Virtual Cervantes. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/viajeros/articulos/geoff_west.htm.

[28] Ibídem., p.1.

[29] Philippe HOURCADE, *La bibliothèque du Duc de Saint-Simon et son cabinet de manuscrits (1693-1756),* Paris, Éditions Classiques Garnier, 2010.

Embajada, Robert Waddilove era el encargado de hacer los envíos, y entre éstos destaca una remesa de obras, entre las que se incluía *De Indiarum Iure* (1629) y la *Recopilación de Leyes de las Indias* (1680) de Solórzano Pereira; así como diversas obras de Lope de Vega, el *Parnaso español,* y el *Atlas geográfico del Reino de España* (1757) de Tomás López, entre otras obras.

La sede diplomática inglesa se unía a otras Embajadas, como la del conde de Aranda en París, qué a través de su secretario, Ignacio de Heredia, dio a conocer una parte muy importante de la cultura española en la capital francesa. Una pasión bibliográfica, la desplegada por los diplomáticos europeos, que nutrió algunas de las más importantes bibliotecas del momento, como la del Presidente de la «Linnean Society», James Edward Smith, o la del naturalista Joseph Banks, cuya colección constituía uno de los fondos científicos, tanto la biblioteca como el herbario, más importantes de la Europa de su tiempo, cedidos a la British Library, y en la que no faltaban los libros españoles.[30]

Las cartas no quedaron reducidas al ámbito diplomático sino que fueron también el principal medio de comunicación de los intelectuales de la época. En este sentido, la correspondencia del reverendo John Bowle con el coleccionista de libros españoles, Thomas Percy, pone sobre la mesa las fuentes de suministro de libros españoles en Londres. Aunque Bowle jamás visitó España poseía una espléndida biblioteca personal de libros españoles, casi cuatrocientos ejemplares. Y testimonio de ello es la adquisición que hizo en 1783 de parte de la biblioteca del canciller de la Diócesis de Peterborough y *Fellow* de la Royal Antiquarian Society, Thomas Croft. Concretamente de «A collection of scarce poetical pieces, chiefly in the latter end of the 16th century».[31] Entre estas piezas se encontraban los treinta y un pliegos poéticos españoles, impresos entre 1588 y 1598 que Croft había albergado en su biblioteca.[32] Casi todos trataban de literatura vulgar, milagrera o fantástica, llevando en su mayoría pie de imprenta de Sevilla, por lo que todo parece indicar que fueron comprados allí.

La biblioteca española de Bowle fue modélica en muchos sentidos, siendo una de las mejores colecciones inglesas de fondo español, numérica y cualitativamente hablando. Desde un punto de vista cronológico, siguió la tendencia del resto de fondos españoles existentes en otras bibliotecas privadas, como era el predominio de ediciones de los siglos XVI y XVII. Un afán por la literatura española para el que contó con amigos inestimables en

---

[30] Rüdiger JOPPIEN and Neil CHAMBERS, «The scholarly Library and collections of knowledge of Sir Joseph Banks», en Giles MANDELBROTE and Barry TAYLOR (eds.), *Libraries within the Library: the origins of the British Library's printed collections,* London, The British Library, 2009, pp. 222-243.

[31] Pedro CÁTEDRA; Víctor INFANTES, *Los pliegos sueltos de Thomas Croft (Siglo XVI),* Valencia, Albatros Ediciones, 1983, p. 20.

[32] Ibídem., p. 43.

nuestro país como el impresor Antonio de Sancha, y Juan Antonio Pellicer, que le suministraron de abundantes libros.[33]

El «Canon Literario» español: librerías, Bibliófilos y subastas

Las fuentes orales que constituían la calle y los espacios de sociabilidad pública y privada fueron los lugares que sirvieron a los libreros parisinos y londinenses para tantear el mercado. Una tarea que fue lógicamente complementada con otras fuentes bibliográficas, como el manejo de repertorios, Catálogos, y Bibliografías, que les ayudaron a precisar sus adquisiciones.

Entre los primeros figura por méritos propios la Bibliografía Hispánica de Nicolás Antonio, que fue para los libreros y coleccionistas ingleses y franceses una pieza indispensable. Además, y en el caso francés, asociado al auge de la Bibliofilia y al interés por los libros raros, surgieron importantes Bibliografías. Entre ellas la del librero francés Guillaume De Bure,[34] la *Bibliographie instructive ou Traité de la conoissance des livres rares et singuliers* (1765), donde se podía encontrar una nómina de casi cincuenta obras españolas en el ámbito de las Bellas Letras, la Teología, y la Historia. Entre las obras más destacadas, los *Diccionarios* de la Real Academia Española, «fort estimé, exemplaires sont peu communs en France», y el de Sobrino (Bruselas, 1744); las *Biblias* de Cisneros y de Casiodoro de Reina, más conocida como la Biblia del oso; y una destacada representación de obras históricas, con nombres como Juan de Mariana, Ambrosio de Morales, Florián de Ocampo, y Ferreras, entre otros.

A la obra de De Bure se unían otras como el *Dictionnaire typographique, historique et critique des livres rares* (1768) del librero de París, Osmont, que recoge un total de ciento veintiún autores españoles, con más de ciento ochenta y seis obras de los siglos XV al XVIII. Ahora bien, es sobre todo el libro humanista y barroco el que triunfa, frente al libro del setecientos, que tan solo representa un 1.2% del total.[35] Más importancia tuvo el siglo XVIII español en la *Bibliographie instructive, ou notice des quelques livres rares, singuliers & difficiles a trouver* (1777) del librero de Lyon, François de los Rios, y en la del abad Duclos, el *Dictionnaire bibliographique, historique et critique des livres rares* (1791), donde de

---

[33] R. MERRITT COX, «The library of the reverend John Bowle: revelations in English Hispanism», en *Studies in Honor of Gerald E. Wade,* Madrid, José Porrúa Turanzas, 1979, p.24.

[34] Jean VIARDOT, «La curiosité en fait de livres: phénomène européen ou singularité française?», en Dominique BOUGE-GRANDON (ed.)*, Le livre voyageur. Constitution et dissémination des collections livresques dans l' Europe moderne (1450-1830),* Paris, Klincksieck, 2000, p.199.

[35] Nicolás BAS MARTÍN, «Libros raros y curiosos españoles en un Catálogo francés del siglo XVIII », en *Pliegos de Bibliofilia,* nº 18, trimestre 2002, pp. 21-44.

nuevo Cervantes y *El Quijote* se convierten en los principales protagonistas, al mencionar un total de diez ediciones diferentes, la mayoría de ellas del siglo XVIII.

Lo cierto es que los libreros y sus librerías constituyeron el vórtice de una cadena a la que seguían las bibliotecas privadas y las subastas. Las primeras fueron el lugar de adquisición habitual de libros por parte de los grandes bibliófilos, mientras que las subastas fueron el destino final de la mayoría de las grandes colecciones. Por ello, conocer el fondo de las librerías de París y Londres, y con ello los libros españoles que allí se comercializaban, será fundamental para conocer la imagen de España. Pues detrás de una decisión comercial se hallaban otras consideraciones políticas, económicas y culturales básicas para entender la difusión del libro español en la Europa del siglo XVIII.

Tanto los libreros parisinos como londinenses compartieron algunas características comunes en lo que al libro español se refiere. La primera de ellas, la notable especialización, tan solo unos pocos se dedicaron a la compra venta de libros españoles, demostrando con ello la fragilidad de ese mercado. Cronológicamente hablando, y de forma bastante abrumadora, el Siglo de Oro español dominó la escena editorial francesa e inglesa, frente al siglo XVIII, cuasi inexistente. Por su parte, y desde un punto de vista temático, los temas más recurrentes fueron la literatura de caballerías, la picaresca, y la pastoril. En definitiva, una literatura de entretenimiento, de humor, y crítica social, con *El Quijote* a la cabeza, al que le siguieron las obras de Lope de Vega, Quevedo, Gracián, y Calderón, entre otros. En el ámbito histórico, destacaron la Historia de España de Mariana, junto a las Historias de América de Solís, y Herrera. Los Diccionarios y Gramáticas también ocuparon un importante nicho comercial, especialmente como elementos de inmersión lingüística. Y, por último, la literatura religiosa, en franca regresión, y cuasi monopolizada por la *Biblia Políglota Complutense*.

En París los escasos libreros dedicados al libro español se agruparon en la mítica *rive gauche*, y en torno a tres libreros principalmente, Antoine Claude Briasson, Guillaume De Bure, y Louis Théophile Barrois. Sus Catálogos fueron los que más libros españoles contenían, y la mejor fuente para conocer la presencia del libro español en la ciudad.

Más conocido por su colaboración en la monumental gesta editorial de la *Encyclopédie* (1752-1772), Briasson editó cuatro Catálogos en los que incluía libros españoles, los de 1730, 1736, 1739 y uno sin fecha, si bien podemos situar ca. 1755. En total casi ochenta libros españoles, que constituían un modelo de lo que encontraremos en el resto de libreros parisinos, a saber, el predominio de los autores del Siglo de Oro español, y la ausencia de obras del siglo XVIII. Y entre los autores de los siglos XVI y XVII, destaca el predominio de una serie de obras, no más de diez, que se convirtieron casi en canónicas.

Una tendencia que encontramos en los cuatro Catálogos de De Bure que contienen libros españoles, el de 1752, que incluye una lista de «Livres d' assortiments tant du Royaume, que des pays étrangers», donde sorprende observar la total ausencia de ediciones impresas en España, de una relación de

aproximadamente quinientos títulos; el de ca. 1770, un tercero de 1788, y un cuarto del año 1796.

Un número importante de libros españoles aparece también en el único Catálogo del librero Louis Théophile Barrois dedicado a autores y obras españolas (Fig. 1). La fecha es seguramente ca. 1803, y las obras, veintitrés en total, son en su mayoría traducciones al francés, o ediciones impresas fuera de España.

Por su parte, los principales libreros londinenses que trataron con libros españoles se ubicaron fundamentalmente en el mítico Strand, donde se concentraron las principales librerías de la ciudad. Allí, Benjamin White, Thomas Payne, Fletcher Gyles, y Samuel Baker, monopolizaron la compra venta de libros españoles. Especialmente el primero de ellos, White, que concentró casi la tercera parte del volumen total de libros españoles consultados. Y ello tenía una explicación lógica, recientemente clarificada, como fue su amistad con el librero español Gabriel Sancha, hijo del célebre impresor madrileño, que viajó a Londres en 1784, y que entabló amistad con White y Payne.[36] Prueba de esta estancia son las palabras del escritor Tomás Antonio Sánchez en el tomo cuarto de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (1790), cuando señala el descubrimiento por parte de Sancha de una edición incunable del *Libro de Buen Amor,* impresa en Londres, y que, aun actualmente, sigue concitando dudas entre los investigadores.

> Don Gabriel de Sancha, cuyo manejo en libros, tanto por fuera, como por dentro es bien conocido, me ha asegurado [A Sánchez] que el año pasado de 86 vio en Londres en poder del librero Huith las obras de nuestro Arcipreste, impresas en un tomo en 8. letra de Tortis.[37]

Probablemente, tan importantísima edición formara parte de los libros de la parada del librero londinense White hacia 1786.[38] Además, el librero era el que contaba con el mayor fondo de libros españoles de actualidad. Casi un 50% de los libros presentes en sus Catálogos eran del siglo XVIII, con especial mención a las obras de Campomanes, Uztariz, Flórez, y el *Quijote* (1738) de Carteret.

Cercana a la parada de White se ubicaba la de Payne, cuyos Catálogos de 1731 y 1736 estaban constituidos por libros españoles de los siglos XVII y XVIII en tamaño de bolsillo. Por su parte, el librero Gyles, en pleno Holborn, y con cuatro Catálogos con fondos españoles, comerció principalmente con

---

[36] Gabriel SÁNCHEZ ESPINOSA, «Antonio y Gabriel de Sancha, libreros de la Ilustración, y sus relaciones comerciales con Inglaterra», *Bulletin of Spanish Studies,* XCI, numbers 9-10 (2014), pp. 217-259.

[37] Alan DEYERMOND, «The Libro de Buen Amor in England. A Tribute to Gerald Gybbon-Monypenny», *Manchester Spanish & Portuguese Studies*, 16 (2004), p. 14.

[38] Ibídem., 38.

ediciones españolas del siglo XVII, abundando las Historias de España y las Crónicas de América, así como el género pastoril.

Por último, Baker, que no solo regentó una librería, sino una importante casa de subastas, Sotheby's, de la que fue uno de sus fundadores, fue el librero con el mayor número de Catálogos, nueve en total, con presencia de libros españoles. Desde el primer Catálogo de su librería de 1734 hasta el último de ellos, de 1775, se observa un predominio absoluto del libro barroco, con apenas piezas sobresalientes, y una abundancia de obras muy genéricas, especialmente de temática religiosa y lingüística.

Alejada del Strand pero considerada una de las librerías más grandes del mundo, se ubicaba la célebre *Temple of the Muses* del librero James Lackington, cuyo Catálogo podía llegar a rondar los 200.000 volúmenes (Fig. 2),[39] y entre los que se encontraban ejemplares españoles. No en vano, Lackington se preciaba de conocer las mejores novelas europeas, entre ellas las obras de Cervantes.[40] Una afirmación que explica el que figure en la portada de su Catálogo[41] la edición del *Quijote* de Smollett, de la que se vanagloriaba el librero inglés de ser una de sus últimas adquisiciones. Junto a ésta figuraban en su abultado Catálogo la *Censura de Historias Fabulosas* (1742) de Nicolás Antonio, y el *Quijote* (1738) de Tonson, como las obras más significativas, de un total de unos setenta libros españoles aproximadamente, en su mayoría del siglo XVII, y de temática religiosa.

Todos ellos, libreros franceses e ingleses, manejaron un surtido de libros españoles muy similar, en cuanto a temática, marco cronológico y formato. *Grosso modo* se trataba de un libro español mayoritariamente de los siglos XVI y XVII, vendido en formato de bolsillo (*pocket book*), y a un precio bastante asequible. Señal inequívoca de cómo el libro español fue para los europeos del siglo XVIII un libro de acompañamiento, y de evasión, más que un libro de conocimiento o de Bibliofilia.

Además, y un rasgo que compartieron también los libreros de ambas capitales, es que crearon su «fondo español» principalmente a través de dos fuentes: *El Quijote* y la citada Bibliografía de Nicolás Antonio. La obra cervantina fue para los libreros un «libro libresco», en el que extraer abundantes noticias de libros españoles, entre ellos los de la Biblioteca del propio hidalgo castellano, una nómina de unos trescientos libros aproximadamente.[42] Por su parte, la bibliografía del sevillano les permitió

---

[39] James RAVEN, *The business of books. Booksellers and the English book trade. 1450-1850,* New Haven and London, Yale University Press, 2007, p. 289.

[40] James LACKINGTON, *Memoirs of the first forty-five years of the life of James Lackington, the present bookseller in Chiswell-street, Moorfields. London,* London, Printed for the author, 1792, p. 371.

[41] LACKINGTON, ALLEN & COS. *Catalogue, volume the first, Michaelmas, 1796, to september, 1797, consisting of above 200,000 volumes, in various languages, and on every branch of useful and polite literature,* By Lackington, Allen, & Co, [London, 1796].

[42] Edward BAKER, *La biblioteca de Don Quijote,* Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 44.

acceder a un volumen considerable y bien ordenado de autores y obras españolas, con la ventaja añadida de que estaba escrito en latín, más accesible para ellos que el español.

Todo ello permitió a los libreros conformar una suerte de «Canon literario» que es el que encontramos en las principales bibliotecas privadas, y finalmente en las subastas, y que nos lleva al secular debate entre «antiguos» y «modernos». Una acalorada polémica que curiosamente tuvo como marco de reflexión la Academia Francesa del siglo XVII por un lado, y la tradición literaria inglesa por otra, con títulos como *The battle of the books* de Swift, donde se narraba un combate ficticio entre libros antiguos y modernos en el Palacio de St. James. Tomando como modelo este símil, y descendiendo a los fondos de las principales bibliotecas privadas de París y Londres, nos encontramos con estos dos bandos bien definidos en lo que al libro español se refiere, si bien con una notable diferencia.

Así, mientras las «abejas» asociadas a los antiguos, a los clásicos, debían corresponder a los autores españoles de los siglos XVI y XVII, y las «arañas», los modernos, al siglo XVIII español, la realidad vino a demostrar cómo para los coleccionistas europeos, al igual que para los libreros, la modernidad española vino asociada al Siglo de Oro, mientras que la Ilustración quedó totalmente ensombrecida, y con ello enviada al cajón de los «antiguos». No en vano, y como veremos, los siglos XVI y XVII constituyeron para los principales bibliófilos de Francia e Inglaterra la quintaesencia de la cultura española. Aquella que era al mismo tiempo el modelo a seguir desde un punto de vista estilístico y argumental.

Y entre todas estas obras *El Quijote* eclipsó sin lugar a dudas al resto de libros españoles. Tanto en París como en Londres la obra cervantina fue leída fundamentalmente en su versión traducida, y en el caso francés, cuando fue leída en castellano, fue a partir de ediciones extranjeras, editadas fuera de Francia. Circunstancia que nos lleva a confirmar el escaso conocimiento que de la lengua española tenían los profesionales del libro (impresores, libreros), intelectuales, y la sociedad en general. Una carencia que, como veremos, se trató de subsanar a través de Diccionarios y Gramáticas bilingües.

Para encontrar al *Quijote* original, es decir en español, un parisino debía acudir a las librerías de De Bure (Fig. 3) y Barrois. En la del primero era posible encontrar las ediciones madrileñas de Ibarra de 1780, la más estimada; la de 1782, y la de 1787; así como la magnífica edición de Tonson (1738) de Londres, la de Amsterdam (1788), y la de La Haya (1744). A la vista de las ediciones, una cosa queda clara y es que el *Quijote* se convirtió en Francia, a raíz de los Catálogos parisinos, en un *livre a poche,* en tamaño in 8º, in 12º, e incluso in 18º (Madrid, 1798), además de un libro muy ilustrado. Pistas más que suficientes para deducir que la obra fue un pasatiempo habitual de los franceses del momento, que encontraron en él una forma de evasión, un acompañante fiel que, a través de la risa, debidamente representada a través de algunos grabados, les permitió trasladarse a lo que ellos consideraban que era la esencia del pueblo español.

Ediciones originales o traducciones, lo cierto es que en los fondos de las principales bibliotecas particulares de París y Londres predominaron los «antiguos» para nosotros, «modernos» para ellos. En una de ellas, quizás la más importante en volumen, la Biblioteca del Duc de la Vallière, de más de 30.000 volúmenes, que en su Catálogo recoge cerca de medio centenar de libros españoles, predominaron las ediciones de los siglos XVI y XVII, entre ellas *La Celestina* (1519, 1527, 1535, 1563), una edición italiana del *Tirant lo Blanch* (1538), un incunable de Francesc Eiximenis (1478), diversas obras científicas de Arnau de Vilanova, varias ediciones del siglo XVI de la *Historia de España* de Mariana, las obras de Antonio Agustín, y una destaca representación de las Bibliografías españolas, encabezada por la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio, editada en Roma en el siglo XVII por Manuel Martí; seguida de la *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu* (1676) de Pedro de Ribadeneira, y la *Bibliotheca arabico-hispana* (1760) de Casiri.

En esta misma línea figuran las bibliotecas de Voltaire[43] y Montesquieu,[44] con escasos libros españoles, en su mayoría ediciones del Siglo de Oro, encabezadas por autores como los ya citados Mariana, Las Casas, y Antonio de Herrera y su *Historia de las Indias,* por citar algunos títulos. Por el contrario, notamos una ausencia muy significativa de autores y obras del siglo XVIII, y un predominio de las traducciones en lengua francesa frente a las ediciones originales en español.

Entre los autores más habituales en las Bibliotecas y librerías francesas e inglesas del momento figuraba sin género de dudas el jesuita Mariana. Su Historia de España tuvo una enorme acogida debido a razones culturales y políticas, convirtiéndose en uno de los referentes culturales de la lucha contra la opresión y la tiranía. Su obra teorizaba sobre la necesidad de defender una república basada en una monarquía en la que el poder ya no emanaba de Dios, sino del pueblo, y era el pueblo el que, ante la corrupción y la ilegalidad del rey, podía sublevarse e incluso acabar con la vida del monarca. Estas ideas del tiranicidio fueron la justificación intelectual, entre otras, de autores como Montesquieu, quien apunta en sus *Mes pensées* su intención de leer el *De rege regis institutione* de Mariana,[45] o del propio Robespierre, continuador de la

---

[43] M.P. ALEKSEEV, *Bibliothèque de Voltaire: catalogue des livres,* Gosudarstvennaja Publichnaja Biblioteka Imeni M. E. Saltykova-Ščhedrina Moskva [u.a.], Izdat. Akad. Nauk SSSR, 1961.

[44] Louis DESGRAVES; Catherine VOLPILHAC-AUGER; Françoise WEIL, *Le Catalogue de la bibliothèque de Montesquieu à La Brède*, *Cahiers Montesquieu*, n° 4, Naples, Liguori, 1999.

[45] Françoise ÉTIENVRE, «Montesquieu y Voltaire: sus visiones de España», en José CHECA BELTRÁN, (ed.), *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada,* Madrid, Iberoamericana; Frankfurt am Main, Vervuert, 2012, p. 67.

filosofía del derecho natural moderno, ahora representado en la figura del jesuita español.[46] La Revolución Francesa haría el resto.

A los autores citados se unían otros como el «maestro de Lengua Española en la corte de Bruselas», Francisco Sobrino, cuyas obras lexicográficas tuvieron un éxito mayúsculo en la Europa del momento. Los libreros parisinos vendían las sucesivas ediciones del siglo XVIII, impresas tanto en Bruselas (1703, 1712, 1717, 1732, 1738, 1745, 1752), como en París (1740), y Madrid (1793), poniendo de manifiesto la dependencia española y ahora francesa en la edición de libros españoles.

La espiritualidad española, aunque en menor medida, también tuvo una cierta presencia en las librerías parisinas del siglo XVIII, en especial autores como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Otros autores comulgaron más con el lector francés, caso de Garcilaso de la Vega, cuyas *Obras completas,* impresas por Sancha en Madrid en 1788, en formato de bolsillo, in 18º, vendía De Bure en una «trés jolie édition, avec le portrait de l' auteur trés bien gravé». Y ello tenía una explicación y es que, a diferencia de gran parte de sus compatriotas, la obra de Garcilaso, destacaba por su carácter esencialmente laico. Ya señalaba Azorín que, «de todos los poetas españoles de los siglos XVI y XVII, Garcilaso es el único que no haya escrito ni un solo verso de asunto religioso. No estaba la poesía religiosa dentro de su temperamento».[47]

No podemos olvidar tampoco a Gracián, qué tras Cervantes, fue el escritor más traducido al francés, y de ello dieron rendida cuenta las librerías parisinas. No en vano, Gracián penetró en Europa a través de Francia.[48] Así era posible encontrar las *Obras* del jesuita en la parada de los libreros Jean Jombert, y en la de Briasson. Este interés de Gracián se remontaba al siglo XVII, cuando su obra fue abundantemente editada, traducida e imitada.[49] Ahora en el siglo XVIII el «*bizarre*, raro y oscuro» Gracián, como así era calificado un siglo antes, se iba a convertir en un modelo de sensibilidad que relacionaba su obra con la historia, con la evolución de la sociedad y con el concepto de «gusto» de Voltaire.[50] No en vano, el *philosophe* poseía algunas de las obras del autor español en su biblioteca, que se convertiría en modelo del

---

[46] Florence GAUTHIER, «De Juan de Mariana à la Marianne de la Republique française ou le scandale du droit de résister à l' oppression», *Sin Permiso,* 2, junio de 2007, p. 15.

[47] José MARTÍNEZ RUIZ (Azorín), «Sobre Garcilaso», en *Los dos Luises y otros ensayos,* Madrid, 1921, pp. 137-143.

[48] Felice GAMBÍN, «Gracián desde fuera», en Aurora EGIDO; María del Carmen MARÍN PINA, (coord.), *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2001, p. 166.

[49] Suzanne GUELLOUZ, «Gracián en la Francia del siglo XVII», *Anthropos,* 37, marzo 1993, pp. 93-104.

[50] Andrée MANSAU, «Recepción/traducción de Gracián en Francia», *Anthropos,* 37, marzo 1993, p. 87.

pensador que puso en tela de juicio el papel de España en su historia. Frente a esta concepción más crítica y política del jesuita, a la que se adscribieron pensadores de la talla de Bayle y Desfontaines, se oponía el Gracián más mundano y jesuítico del padre J. de Courbeville que, pese a sus polémicas, contribuyó a la difusión de la obra de Gracián entre 1723 y 1732.[51] Elementos más que suficientes para entender el éxito del escritor español, que iba a convertirse en motivo de polémica intelectual, que enfrentaría a algunas de las figuras culturales más relevantes del momento. Y es que el jesuita español iba a tener una evidente influencia sobre algunos de los más notables escritores franceses del siglo XVIII como La Rochefoucauld,[52] La Bruyère, y Chamfort, entre otros.

Tampoco era difícil de encontrar en las librerías y bibliotecas parisinas del siglo XVIII uno de los géneros más tradicionales de la literatura española del Siglo de Oro, el de la literatura pastoril y picaresca. Dos temáticas que ya en los siglos XVI y XVII gozaron de gran predilección entre el público francés, como así atestiguan las ediciones y traducciones realizadas.[53] Los temas tratados por la *Diana* ponían en boca de los pastores los «efectos perturbadores de la pasión en el amor, los riesgos de la fortuna en los casos de amor y los peligros de las malas mujeres». La obra alcanzó gran éxito en el siglo XVIII, especialmente en el teatro francés,[54] pues tenía claras reminiscencias de un autor tan apreciado como Cervantes.

Por su parte, y dentro de la literatura picaresca, los libreros parisinos, concretamente Briasson y De Bure, ofrecían una de las obras más representativas del género, el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. El éxito francés del Guzmán en el siglo XVIII había venido principalmente de mano de uno de sus principales traductores, Lesage, que en 1732 traducía al francés la novela picaresca española. Una versión claramente adaptada al público francés, y edulcorada bajo un espíritu más laico[55]. Precisamente unos años antes, de 1715 a 1735, el público español había tenido la oportunidad de conocer la obra más conocida del novelista francés, la *Histoire de Gil Blas de Santillane,* también de temática picaresca, que, pese a que el autor no conocía España, se sirvió de los relatos de los viajeros y las novelas picarescas, para

---

[51] Ibídem., p. 89.

[52] La influencia de Gracián sobre La Rochefoucauld consistió en haberle aportado, por intermediación de Mme. de Sablé, algunas máximas, extraídas del *Oráculo Manual* y *El arte de Prudencia,* que posteriormente el escritor francés recogió en sus célebres *Maximes.* Laurent THIROUIN, «La pensé du hasard chez Gracián et La Rochefoucauld», *Revue des langues néo-latines,* 84e année, fascicule 2, 273 (1990), p.17.

[53] A. MOREL-FATIO, *Études sur l' Espagne,* Paris, F. Vieweg, 1888, pp. 115-176.

[54] Gaspar GIL POLO, *La Diane amoureuse,* Édition, introduction, notes et traduction inedite de l' espagnol par François Géal, Paris, Honoré Champion, 2004, p. XXVII.

[55] Christian WENTZLAFF-EGGEBERT, «El *Guzmán* francés de Lesage», en *Atalayas del Guzmán de Alfarache.* Sevilla, Universidad, 2002, p.274.

ofrecer una vez más al lector francés una imagen de una España «barroca». El libro de Mateo Alemán, punto de partida de la novela moderna, se convirtió en un best seller universal, que gustó al público francés por su carácter subversivo, que criticaba todo lo imaginable. La obra presentaba dos lecturas, una más superficial, para el vulgo; y otra camuflada, donde se decían las cosas más tremendas sobre las instituciones y las costumbres españolas.

Cuando descendemos a las obras del siglo XVIII nos encontramos con la ausencia de los nombres más representativos de la Ilustración española, dígase Mayans, Pérez Bayer, Feijoo, Campomanes, Jovellanos, Cadalso, etc. Salvo excepciones, los autores que figuran son de menor envergadura intelectual. La escasez de traducciones francesas a partir del español,[56] los roces intelectuales, caso del *affaire* Masson, y las consideraciones literarias, como la escasa publicidad que dedicaron los medios franceses (revistas, gacetas) a las obras de los citados ilustrados españoles, restaron «visibilidad» y con ello presencia de estas obras en las paradas de los libreros.

Similar tendencia observamos en el caso inglés. Las grandes bibliotecas privadas del siglo XVIII coinciden todas ellas en la omnipresencia de una nómina de autores, unos veinte aproximadamente, vinculados al Siglo de Oro español. Una buena radiografía de algunas de ellas nos la ofrece uno de los mejores bibliógrafos de la época, Thomas Dibdin, que en su célebre libro *Bibliomania,* nos hace un recorrido por aquellos libros, entre ellos los españoles, que debían conformar un auténtico «Cabinet» de libros. Y todo ello con conocimiento de causa, no en vano, el propio Dibdin había tenido la oportunidad de conocer una de las mejores bibliotecas privadas del siglo XVIII, la de George Spencer, 2nd Earl Spencer, en Althorp, que incluía entre sus libros españoles una edición de los *Etymologiarum libri XX* de San Isidoro de Sevilla, sin lugar ni fecha de impresión;[57] y un *Missale mozárabes,* impreso en Toledo en 1500, y que, según Dibdin, constituía uno de los ejemplares más raros «in the whole Harleian collection». También raro era el ejemplar que poseía de la *Biblia Políglota Complutense,* según Dibdin, «the present is

[56] Por poner algunos ejemplos, Jovellanos sólo cuenta con una traducción al francés en el siglo XVIII de su obra *El delincuente honrado* (*Le coupable veirtueux,* Marsella, 1777); El *Teatro crítico universal* de Feijoo fue traducido incompleto en 1742-1745 por Vaquette d' Hermilly; Mayans nunca fue traducido al francés en el siglo XVIII; de Campomanes, tan solo contamos con el *Jugement impartial sur des lettres de la Cour de Rome* (1770); y las *Cartas marruecas* de Cadalso fueron traducidas ya en el siglo XIX. Francisco AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII,* Madrid, CSIC, 1981; Orlando MORATINOS OTERO, *Bibliografía Jovellanista,* Gijón, Foro Jovellanos, 1998, p. 70.

[57] Thomas-Frognall DIBDIN, *Bibliotheca Spenceriana; or a descriptive Catalogue of the books printed in the fifteenth century and of many valuable first editions, in the library of George John Earl Spencer,* London, printed for the author, 1814, pp. 71-72.

undoubtedly among the most beautiful and perfect copies of it, upon paper, that can be seen».[58]

En esta Bibliofilia inglesa fue crucial la participación de libreros, coleccionistas y bibliotecarios que hicieron uso de una extensa red de «agentes» dispersos por toda Europa para la adquisición de ejemplares, en este caso españoles. Intermediarios establecidos principalmente en Francia y Holanda, especialmente en Amsterdam y La Haya, que se convirtió en uno de los emporios editoriales del siglo XVIII. Así, nombres como John Bagford, Thomas Baker, Rawlinson, Thomas Hearne, o los hermanos hugonotes Vaillant, nutrieron algunas de las principales bibliotecas, caso de la Harleiana, la de Hans Sloane, o la misma *King's Library,* por citar algunas.

Igualmente, es de notar la marcada Bibliofilia de todos aquellos individuos pertenecientes a entidades como la Royal Society, y en especial la Antiquarian Society. Ejemplo de esto que venimos diciendo es la biblioteca del bibliófilo Thomas Crofts, «Fellow» de la Royal Antiquary Society, vendida en 1783 en el Covent Garden londinense, y que contaba con fondos tan importantes como una edición del *Tirant lo Blanch* (Barcelona, 1497), y una colección de más de seiscientas piezas teatrales, a las que se unían novelas de caballerías, casi todas ellas segundas ediciones, como el *Amadís de Gaula* (1519), el *Palmerín de Oliva* (1526), y el *Primaleón* (1528); de picaresca, como el *Guzmán de Alfarache* (1604), el *Lazarillo de Tormes* (1600), y *Estevanillo Gonzáles* (1645); y por supuesto, una importante nómina de ediciones de Cervantes, entre ellas la primera edición valenciana del *Quijote* de Mey (1605). Libros que conformaban una magnífica biblioteca, con cerca de trescientos libros españoles, de los cuales tan solo veintisiete eran del siglo XVIII, apenas un 10% del total.

No era la de Crofts la única que poseía un abultado fondo barroco español. La colección del 3rd Earld of Sunderland poseía pocas ediciones españolas, si bien muy raras, y todas ellas encuadradas en el Siglo de Oro. Entre ellas, la *Cronica del serenissimo rey Don Juan el segundo* (1517), «first edition» and «very rare»; o la *Historia general de las Indias* (1553) de López de Gomara, «the very rare first edition of each of these valuable works on America». También era posible cotejar en esta biblioteca la «editio princeps» de la *Historiae rebus Hispaniae* (1592) de Mariana, con el «autograph of Nicolao Antonio».[59]

Fondos parecidos se podían encontrar en las bibliotecas de dos insignes físicos y bibliófilos ingleses del siglo XVIII, la de Richard Mead, y Hans Sloane. En la primera de ellas encontramos las ya clásicas obras de Mariana, las Historias de Ocampo, Ambrosio de Morales, Nebrija, Zurita, Antonio de

---

[58] Ibídem., p. 74.

[59] Katherine SWIFT, «Bibliotheca Sunderlandiana. The making of an Eighteenth-Century Library», *Bibliophily,* Series, 2 (1986), pp. 63-89.

Herrera, Solís, Fernández de Oviedo, Jorge Juan y Ulloa, además de una destacada selección de historias locales. Más importante en volumen y calidad de su fondo fue la extraordinaria Biblioteca de Sloane, una de las más importantes de su tiempo, y que pasó a engrosar el British Museum, posteriormente British Library.[60]

De los cerca de setecientos libros españoles inventariados en la «Sloane Printed Books» de la British Library, el 70% de los ejemplares son del siglo XVII, un 21% del siglo XVI, y tan solo un 9% pertenecen al siglo XVIII. De nuevo nos encontramos con una Biblioteca formalmente barroca, además de con un contenido que demuestra un barroquismo muy acusado, pues más del 30% de los libros son de temática religiosa, un 22% de Ciencias, un 17% de Historia, y tan solo el 30% restante se agrupa en materias diversas de Economía, Derecho y Literatura.

Tendencia que no desmerece un elemento que caracterizó a los Bibliófilos ingleses, como fue la búsqueda del «ejemplar ideal». Bibliográficamente hablando se trataba de ediciones *prínceps,* perfectamente conservadas, con encuadernaciones soberbias, a poder ser en *marroquin rouge o vert,* y una tipografía y papel de calidad excepcional, como el codiciado *velin.* Como prueba de esto que venimos diciendo fue la citada King's Library o biblioteca del rey Jorge III, constituida a partir de diferentes fondos, y en las que el libro español ocupó un lugar bastante secundario. Uno de estos fondos fue el del cónsul Joseph Smith, cuya Biblioteca *pretiosissima* «was rich in latin, classical greek, italian, french and english works, with occasionally works in spanish».[61] De hecho, la biblioteca real fue el fiel reflejo de un concepto de la cultura europea, en la que España apenas aparecía representada. Algo por otro lado nada casual, pues cuando Frederick Augusta Barnard se hizo cargo en 1768 de las compras de la King's Library, lo que le llevó a visitar París, Viena, Roma, Estrasburgo, Dresde, Berlín, Amsterdam, Bruselas y Spa, no hizo escala en España.[62]

Y es que la biblioteca de Jorge III heredaba una tradición de coleccionismo bibliográfico con poco apego a lo español. De hecho, sus dos Catálogos son buena muestra de ello. El primero, de 1769, cuenta con un apartado de Historia inglesa, francesa e italiana, pero no así española; en el apartado de literatura, se hace mención de libros en griego y latín, inglés,

---

[60] Giles MANDELBROTE, «Les Catalogues de libraires dans les collections de Sir Hans Sloane (1660-1753). Provenance et transmission», en Annie CHARON, Claire LESAGE et Ève NETCHINE (eds.), *Le livre entre le commerce et l' Histoire des idées. Les Catalogues de libraires (XVe-XIXe siècle),* Paris, École des Chartes, 2011, pp. 203-242.

[61] Lotte HELLINGA, «The Bibliotheca Smithiana», en Giles MANDELBROTE and Barry TAYLOR (eds.), *Libraries within the Library,* London, British Library, 2009, p. 265.

[62] P.R. HARRIS, «The King's Library», en Giles MANDELBROTE and Barry TAYLOR (eds.), *Libraries within the Library,* London, British Library, 2009, p. 298.

francés e italiano, pero no así en español.[63] En su Catálogo de 1820-1829 por su parte, si bien la presencia española ya es una realidad, el total de obras no superan el 10% del total en prácticamente ninguna disciplina.[64]

A esta generación de Bibliófilos que encontraron en la rareza de los libros su razón de ser perteneció el diplomático Thomas Grenville, que poseía una bien surtida biblioteca, de alrededor de 20.000 volúmenes, de los cuales en torno al 2% eran españoles.[65] Entre ellas poseía una de las escasas referencias que tenemos de una *prínceps* del Quijote, actualmente en la British Library,[66] además de ejemplares tan valiosos como una *Biblia Políglota Complutense,* fruto «the great admiration which Mr. Grenville felt for Cardinal Ximenes»;[67] y un ejemplar del *Tirant lo Blanch* (1490), conservado actualmente en la British Library, y que, junto al de la Biblioteca Valenciana, y la Hispanic Society de Nueva York, son los tres únicos ejemplares conocidos actualmente. Igualmente, poseía una magnífica colección de pliegos sueltos poéticos. De hecho, de los trece volúmenes del Catálogo de su Biblioteca, tres tomos están dedicados a pliegos del siglo XVI, anteriores a 1550, lo que da prueba de la importancia de la colección. Concretamente son dos impresiones de Zaragoza (1510, 1520), y Sevilla (c.1515),[68] que pasaron junto al resto de su biblioteca al British Museum en 1847.

A comienzos del siglo XIX, concretamente en 1813, se subastaba otra importante colección de un Bibliófilo inglés metido de lleno en el siglo XVIII, el coronel Stanley, cuya *Bibliotheca Stanleiana,* «the selection contains all his rare italian and spanish poetry, novels and romances».[69] El fondo español de su biblioteca tenía una riqueza considerable, evidenciando un marcado interés por la literatura no solamente culta, sino vulgar, a partir de la abundante presencia de Romances y «ballads», entre ellos el *Cancionero general* (1557), que califica el Catálogo como «very rare»; y el *Romancero general,* editado en Medina del Campo en 1602, y «unusually rare». Entre las novelas encontramos una nutrida representación de literatura picaresca, encabezada por el *Lazarillo de*

---

[63] Ibídem., p. 299.

[64] Ibídem., p. 305.

[65] Barry TAYLOR, «Thomas Grenville (1755-1846) and his books», en Giles MANDELBROTE and Barry TAYLOR (eds.), *Libraries within the Library. The origins of the British Library's printed collections,* London, The British Library, 2009, p. 323.

[66] Víctor INFANTES, *La primera salida de «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha» (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). La historia editorial de un libro,* Alcalá de Henares, 2013, p. 27.

[67] William YOUNGER FLETCHER, *English book collectors,* London, Kegan Paul, Trench, Trübnet and Company, 1902. p. 195.

[68] Henry THOMAS, *Early Spanish ballads in the British Museum,* Cambridge, Cambridge University Press, 1927.

[69] *Bibliotrheca Stanleiana. A splendid selection of rare and fine books from the distinguished library of Colonel Stanley,* [London, 1813].

Tormes, del que poseía la primera edición de Burgos de 1554, que califica modestamente de «rare», y que constituye un tesoro bibliográfico que no habíamos encontrado hasta ahora en ninguna otra colección inglesa. Contaba también con varias ediciones del *Guzmán de Alfarache,* la *Diana* (1603) de Montemayor, la *Diana* (1611, 1613, 1739, 1778) de Gil Polo, y una notable selección de libros de caballerías, como el *Palmerín de Oliva* (1534), el *Cavallero Primaleón* (1534), el *Palmerín de Inglaterra* (1574), y un *Espeio de príncipes y cavalleros* (1617), «the only complete edition of this rare and excellent romance».[70] No podían faltar en este grupo dos ediciones del *Tirant lo Blanch,* y siete ediciones del *Quijote,* entre ellas la primera de Madrid (1605), la segunda edición (1608), y la edición ilustrada de Ibarra (1780).

La rareza de la biblioteca de Stanley se completaba con una extensa nómina de libros de viajes españoles. Entre ellos la *Relación histórica del viage a la América meridional* (1748) de Jorge Juan y Ulloa, y la aún más rara obra del jesuita Cristóbal de Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* (1641); y la acuñada como «extremely rare», *Relación del viaje de los capitanes Bartolomé García de Nodal, y Gonçalo de Nodal al descubrimiento del estrecho nuevo de S. Vicente* (1621). No en vano este Derrotero de los hermanos Nodal se convirtió durante décadas en la única ayuda para navegar por esas regiones del estrecho de Magallanes y la Patagonia.[71]

La *Bibliotheca Stanleiana* es quizás modélica en lo que al coleccionismo inglés de libros españoles del siglo XVIII se refiere. Contiene una relación de primeras ediciones que la hacen casi excepcional, entre ellas del *Quijote.* Sus libros, a diferencia de otros Catálogos de la época, mencionan la rareza de sus ediciones, siendo en su mayoría muy raros. A la rareza se une la extraordinaria calidad de los ejemplares, en «large paper», y las encuadernaciones, principalmente en *marroquin black, blue, red and yellow,* a cargo de importantes encuadernadores como Henry Walther y Roger Payne, entre otros. Pero quizás lo que más llame la atención del fondo sea la posesión de varias ediciones de un mismo libro, algo bastante frecuente en los grandes coleccionistas de comienzos del siglo XIX, caso de los valencianos Salvá, que decían que el colmo de la Bibliofilia era poseer varias ediciones de una misma obra. Y como ejemplo Heber, que «acumulaba, una docena si podía de la misma edición, capricho que también lo era de [Bartolomé] Gallardo».[72]

Precisamente la fabulosa biblioteca de Heber, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, fue el mejor reflejo del interés de la Ilustración tardía y el Romanticismo inglés por el libro español de los siglos XV al XVII. Pedro Salvá, hijo del que fuera el gran editor y librero Vicente Salvá, decía de él que «fue sin disputa alguna la persona que ha reunido el mayor número de libros raros

---

[70] Ibídem., p. 43.

[71] Ricardo CEREZO MARTÍNEZ, *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI,* Madrid, CSIC, 1994, p. 233.

[72] Pedro SALVÁ, *Catálogo de la biblioteca de Salvá,* T. I, Valencia, 1872, p. XV.

españoles».[73] Gallardo lo calificó como el bibliófilo más grande de todos los tiempos, después de Fernando Colón.[74] La cantidad inmensa de libros que recopiló, entre 200.000 y 300.000 libros, y casi dos mil manuscritos, fue de tal calibre que necesitó ocho casas para poder albergarlos, en diferentes ciudades europeas, principalmente en Londres. Y la subasta de la misma en 1835 no fue menos espectacular, necesitando de trece volúmenes para su Catálogo.[75]

Entre sus ejemplares se hallaban incunables casi únicos, como el *Tirant lo Blanch* (1490), la *Coronica de España* (1487) de Diego de Valera, o la primera edición del *Amadís de Gaula* (1519) por citar algunas soberbias ediciones.[76] Herber aprovechó episodios como la desamortización española, que puso en el mercado un número muy considerable de libros antiguos españoles hasta ahora desconocidos, para adquirir numerosos ejemplares, especialmente incunables, a un precio ahora sí más asequible.

La evolución natural de ésta y de otras grandes bibliotecas particulares de la época no fue tanto la transmisión directa a sus herederos cuanto la venta pública de las mismas. En el caso francés tenía una explicación lógica, la Revolución Francesa y la consecuente salida del país de la nobleza y el clero, trajo consigo la venta sistemática de colecciones que inundaron la ciudad de libros antiguos. Por su parte, en Inglaterra, la abundancia de subastas de libros en la ciudad, en lugares como Christie's, o Sotheby´s, respondía a un fenómeno sociológico como era la consideración del libro como un elemento de status social y cultural.

Los libros españoles que allí se subastaron fueron un fiel reflejo de los fondos que constituían algunas de las bibliotecas ya comentadas. Subastas que a su vez sirvieron para engrosar otras bibliotecas. Se trataba pues de un triángulo conformado por librerías, bibliotecas y subastas que se retroalimentaron, haciendo posible contar con un circulante de libros que encontramos en lugares y periodos muy similares, y que conformaron un auténtico «Canon». Así, y para el caso francés, estaríamos hablando de ediciones como la *Celestina*, las obras de Cervantes, Góngora, Lope de Vega, y las clásicas Historias de España de Mariana, Ferreras, y Juan Álvarez de Colmenar, entre otras. Por supuesto, no podían faltar las Gramáticas y

---

[73] Ibídem., p. X.

[74] Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI),* Madrid, Castalia, 1970, p. 55.

[75] Seymour de RICCI, *English collectors of books & manuscripts 1530-1930,* Cambridge, Cambridge University Press, 1930, p. 103.

[76] Kristian JENSEN, *Revolution and the antiquarian book. Reshaping the past, 1780-1815,* Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

Diccionarios, como el de Covarrubias (1611), o Sobrino (1721), por citar algunos.[77]

Por su parte, y en el caso inglés, las citadas subastas de Sotheby's y Christie's, creadas ambas en el siglo XVIII, ponen de manifiesto el gusto por «the Spanish Golden Age». Basta sino cotejar la venta de la colección particular del cultivado aristócrata inglés, Felton Hervey, realizada en 1775 en su propia casa, y que puede servir de modelo. Entre sus fondos españoles encontramos la traducción de Thomas Shelton del *Quijote,* la primera que se hizo en una lengua europea; una edición del *Orlando Furioso,* editada en Amberes en 1558; una obra de Quevedo, y una edición del *Amadís de Gaula.*

Son también las subastas las que nos han aportado características formales de los libros (exlibris y encuadernaciones) a través de las cuales identificar libros españoles puestos a la venta en París y Londres. Valgan sino algunos ejemplos. Uno de ellos, la magnífica edición en *maroquin vert,* un signo de distinción, de la *Vida y hechos del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha* (La Haya, 1744), con las armas de la Princesa de Lamballe (1749-1792), amiga íntima de la reina María Antonieta.[78] Curiosamente es otro ejemplar del *Quijote* (La Haya, 1746), donde encontramos también en su encuadernación el sello francés, en este caso de una dama muy bien posicionada en la corte de Luis XV, concretamente su amante, la marquesa de Pompadour, cuyas armas aparecen en el escudo de una magnífica encuadernación en *maroquin vert.*[79] Por su parte, y en el caso inglés, en la biblioteca de la mujer del rey Jorge II, la alemana Carolina de Brandeburgo-Ansbach, de casi tres mil títulos, era posible hallar una *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* (1719) de Cervantes, en cuyo lomo, a modo de marca de propiedad, se podía leer el nombre de la reina.[80] Un detalle que singularizaba este libro español respecto del resto de la colección.

---

[77] Yolanda CLEMENTE SAN ROMÁN, «Catálogos de las subastas de las colecciones privadas de Mounsier Charles Ferrary y de Monsieur Pichault de la Martiniere», *Pliegos de bibliofilia*, 25 (2004), pp. 45 -60.

[78] Librairie Camille Sourget, Miguel de CERVANTES, *Vida y Hechos del Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra con muy bellas estampas gravadas sobre los dibujos de Coypel, primer pintor de el Rey de França,* En Haia por P. Gosse y A. Moetjens, 1744.

[79] Vérène de DIESBACH-SOULTRAIT, *Six siècles de literature française XVIIIe siècle. Bibliothèque Jean Bonna,* Genève-Paris, Jean Genoud, 2007. Miguel de CERVANTES, *Les principals avantures de l'admirable Don Quichotte, représentées en figures par Coypel,* La Haye, Pierre de Hondt, 1746, p. 37.

[80] María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO, *The polished cornerstone of the Temple. Queenly Libraries of the Enlightenment,* London, The British Library, 2005, pp. 23-37.

Las rutas del libro español hacia Francia e Inglaterra

Si importante es el quiénes y qué fondos poseían los libreros, bibliófilos y subastas no menos lo es saber cómo llegaron estos libros españoles hasta aquí. Las vías en algunos casos fueron similares, si bien en otras diferían considerablemente. Así, entre los medios más utilizados para hacer llegar los libros figuraban por méritos propios las cartas. En este sentido, las cartas de Cavanilles con el librero parisino Fournier,[81] o de Mayans con los hermanos Deville de Lyon, para el caso francés,[82] son un buen ejemplo del intercambio de libros españoles. Así sabemos que el botánico valenciano hizo llegar diferentes libros españoles a Lyón, donde el valenciano contaba con libreros de confianza, entre ellos los siguientes:

- Novelas de Cervantes.[83] 12º. 3 vol.
- Aventuras de Gilblas.[84] 12º. 5 vol.
- Gramática castillana.[85] Última edición.
- Ortografia.[86] Última edición.
- Obras de Yriarte.[87] 8º.

Por su parte, y en el caso inglés, la correspondencia que Lord Grantham mantuvo con su hermano Frederick en Londres, y que puso en circulación un número considerable de libros, tanto para él como para su círculo más cercano, confirman esto que venimos diciendo.

A las cartas se unían las relaciones personales entre libreros de ambos países, caso de la relación mantenida entre Sancha y los libreros londinenses White (Fig. 4) y Payne. También estaban los viajes y viajeros que abrieron nuevas vías de comunicación entre España y el resto de Europa. Además, las delegaciones diplomáticas, como las citadas del conde de Aranda en París, o la

---

81 Nicolás BAS MARTÍN, *El Correo de la Ilustración. Libros y lecturas en la correspondencia entre Cavanilles y el librero parisino Fournier (1790-1802)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2013.

82 Antonio MESTRE, «Relación epistolar-cultural entre el editor lionés Roque Deville y Mayans», *Revista de Historia Moderna*, n. 5 (1985), pp. 141-155.

83 Miguel de CERVANTES, *Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1799.

84 Alain-René LESAGE, *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas a España y adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage; restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español zeloso que no subre se burlen de su nación*, Madrid, imprenta de Villalpando, 1800.

85 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Gramática de la lengua castellana, compuesta por la Real Academia Española*, Madrid, por la Viuda de Don Joaquín Ibarra..., 1796.

86 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Ortografía de la lengua castellana, compuesta por la Real Academia Española*, Barcelona, En la Imprenta de Matheo Barceló, 1800.

87 Tomás de IRIARTE, *Coleccion de obras en verso y prosa, de Tomás de Yriarte*, En Madrid, en la imprenta de Benito Cano, 1787.

de Grantham en Madrid, difundieron el libro español en Francia e Inglaterra respectivamente.

En el comercio con Francia tuvieron un papel destacado los *colporteurs* o vendedores ambulantes, que adoptaron la función de intermediarios entre España y Francia, así como con otros países, como Suiza. Algunos de ellos se establecieron en España formando colonias en lugares como Cádiz, al socaire del monopolio comercial donde, los originarios de Auvergne crearon un monopolio, junto a los gascones, y originarios del Limousin. Éstos hacían de «portaballes de village en village, celui de chaudronnier», como Ramon Gravier, «un extranjero que va de pueblo en pueblo con una librería»,[88] o Noël Gille, «dit la Pistole», librero ambulante francés, que encontramos en diversas ciudades y pueblos franceses comerciando con numerosas obras, entre ellas «le Don Quichotte», del que sabemos que el 28 de junio de 1773 vendía un ejemplar a M. Marian, Consejero del castillo de Melun.[89] Vendedores itinerantes que conectaron ciudades como París con los mercados de la Europa del Sur, como ahora España, donde era posible encontrarlos en ciudades como Madrid, caso de los hermanos Barthélemy, «bisoards», y que debían gran parte de su fortuna al comercio de libros;[90] Barcelona, con los libreros José Orcel y Bonnardel; y en Sevilla, con impresores-libreros como Francisco Sánchez Reciente, procedente de una familia de origen briançonnais.[91] Por parte francesa, Marsella, se convertiría en el intermediario comercial entre Lyon y Cádiz,[92] además de uno de los principales puertos de entrada de libros españoles.[93]

A estas rutas más portuarias se unían las relaciones comerciales que libreros y coleccionistas establecieron con los principales centros editoriales, al objeto de proveerse de libros españoles. Y en esto los Bibliófilos y libreros

---

88 Laurence FONTAINE, *Histoire du colportage en Europe XVe-XIXe siècle,* Paris, Albin Michel, 1993, p. 90.

89 Anne SAUVY, «'Noël Gille, dit La Pistole', marchand foirain libraire roulant par la France», *Bulletin des Bibliothèques de France*, 1967, T.12, nº 5, pp. 177-190.

90 Didier OZANAM, «Les français à Madrid dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle», en Santos MADRAZO MADRAZO; Virgilio PINTO CRESPO, (eds.), *Madrid en la época moderna: espacio, sociedad y cultura,* Madrid, Universidad Autónoma, Casa de Velázquez, 1991, p. 131.

91 Clara PALMISTE, *L'organisation du commerce du livre à Seville au XVIIIe siècle (1680-1755). Imprimeurs, libraires et marchands de livres espagnols et étrangers à Seville,* Paris, Publibook, 2012, p. 251.

92 Olivier LE GOUIC, «La réorientation du commerce colonial de Lyon au XVIIIe siècle», *Revue d' Histoire Maritime,* 13, *La Meditérranée dans les circulations atlantiques au XVIIIe siècle,* p. 134.

93 Antonio MESTRE SANCHIS, *G. Mayans y Siscar. Epistolario XII. Mayans y los libreros.* Transcripción y estudio preliminar por Antonio Mestre, Valencia, 1993. Mayans utilizaba la vía de Valencia-Marsella-Lyon-París, para hacerle llegar libros españoles a los Hermanos Deville de Lyon. pp. 349-350.

ingleses fueron modélicos. Los primeros porque contaron con una extensa red de agentes, en su mayoría libreros, dispersos por las más importantes plazas europeas, principalmente Holanda, y Francia; y los segundos, porque supieron internacionalizarse, asistiendo a las principales Ferias del Libro, caso de Frankfurt, para dar a conocer a los coleccionistas las novedades más importantes en el mercado. Esta entente Bibliófilos-agentes, que desplegó un volumen de libros y con ello de negocio considerable, fue esencial en la configuración de las mejores bibliotecas inglesas del siglo XVIII. Y en todo ello el libro español, aunque escaso en número, tuvo un papel significativo, especialmente en la adquisición de primeras ediciones, y en la de autores representativos de los siglos XVI y XVII.

En este ir y venir de libros españoles figura por méritos propios el llamado *Grand tour*, que conducía a los vástagos de la nobleza inglesa a realizar una estancia formativa en Centroeuropa, principalmente en Francia e Italia, acompañados de sus tutores. Con tal objeto, el de suministrar de libros, cuadros, estatuas y otros objetos de gran valor a personajes célebres de la aristocracia inglesa, zarpó en 1779 una de las fragatas inglesas del siglo XVIII, la *Westmorland,* desde el puerto de Livorno hasta Londres. La casualidad hizo que fuera apresada por una flota francesa, que llevó todos sus cargamentos hasta Málaga. Allí, y tras intensas negociaciones, Carlos III decidió comprar y donar a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, entre otras, las cajas de libros, que llegaron en dos remesas durante los años 1783-84. Libros que a su llegada a la docta institución fueron inventariados por el que fuera su Secretario, y a la sazón viajero, Antonio Ponz.[94] Entre esos libros, concretamente en el cajón F.B., se hallaba algún título español, ahora traducido, como la *Histoire del admirable D. Guzman de Alfarache,* en tres tomos.[95]

Gesta que pone sobre la mesa el suministro de libros a los principales nobles ingleses, y con ello, y tras su venta, a las librerías, a través del tráfico marítimo, utilizando la vía de Italia, y el puerto de Livorno, en la Toscana italiana, lugar de salida habitual de las mercancías con destino a Londres.

A modo de Conclusión

A raíz de lo dicho es evidente cómo la visión de España que tenían ingleses y franceses a través de los libros españoles que compraban y vendían, y seguramente leían, se ajustaba perfectamente a la imagen del país en el Siglo de Oro. A saber, una España medieval, con un elevado nivel de incultura, y

---

[94] José Mª LUZÓN NOGUÉ, «Inventarios y marcas de los cajones transportados de Málaga a la Corte», en *El Westmorland. Recuerdos del Grand Tour,* Madrid, Fundación Caja Murcia, 2002, p.96.

[95] Ibídem., p. 190.

con un peso aún desmedido del clero y de su principal instrumento de control ideológico, la censura inquisitorial. Quizás no «una ballena varada en los confines de Europa», como la calificaba el líder conservador, Edmund Burke, pero si un país muy alejado de los parámetros de modernidad que primaban por entonces en Europa.

Una España de *Alatriste,* parafraseando la novela de Pérez Reverte, que confirmaba algunos de los tópicos que sobre España circulaban en la Europa del siglo XVIII, y que los libreros de París y Londres se encargaron de alimentar.[96] Diestros profesionales, profundos conocedores de los gustos de sus clientes, que supieron adaptarse perfectamente a las circunstancias, ofreciendo un tipo de libro español que lejos de romper con los viejos estereotipos no hizo sino perpetuarlos. Libros que buscaron a través de una extensa red de agentes e intermediarios repartidos por toda Europa, especialmente en Holanda, por entonces uno de los principales centros editoriales europeos.

Libreros atentos y sabios que fueron auténticos guías de sus clientes en la selva de títulos que ofrecían sus Catálogos convertidos, gracias a ellos, en un jardín de varias flores españolas, por utilizar metáforas del Siglo de Oro.[97] Donoso escrutinio el que tuvieron que realizar, y que incluía los principales libros de caballerías, la literatura picaresca, el género pastoril, la dramaturgia de los siglos XVI y XVII, como no *El Quijote,* y obras canónicas como la *Historia* de Mariana, o la *Biblia Políglota Complutense.* Libros que se convirtieron en los ejemplares más habituales de las librerías de los barrios de Saint Jacques de París y del Strand de Londres respectivamente. Obras en su mayoría de formato bolsillo, asequibles económicamente hablando, de entretenimiento, de evasión, y en ocasiones de humor, que reflejaban los estigmas de la sociedad española, como el concepto del honor, la honra, el valor, la hidalguía, la limpieza de sangre, y que traslucían una crítica a una sociedad aún anclada en el pasado.

Por el contrario, los grandes libros de conocimiento y científicos asociados al siglo XVIII brillaron por su ausencia. Las librerías inglesas y francesas de manera voluntaria unas e involuntaria otras silenciaron lo producido durante la Ilustración española. Algo por otro lado lógico en el caso inglés, que durante toda la centuria mantuvo intensos conflictos bélicos con España, pero inexplicable para el caso francés, con la que compartía dinastía. Razones políticas, culturales y lingüísticas hicieron que los libreros de París y Londres, y con ello los Bibliófilos y lectores, quedaran excluidos de las obras más significativas del siglo XVIII español, algo que no ocurrió en el caso

---

[96] Nicolás BAS MARTÍN y Barry TAYLOR, ed, *El libro español en Londres. La visión de España en Inglaterra (siglos XVI al XIX)*, Valencia, Universitat de València, 2016.

[97] Roger CHARTIER, «Librerías y libreros: historia de un oficio, desafíos del presente», *Revista Texturas*, 1. 2006, p. 18.

contrario, en España, que vio en la Ilustración francesa e inglesa la esencia de la modernidad.

Ahora bien, esta imagen de una España más propia de la «Leyenda negra» que de un país renovador no se puede achacar exclusivamente a los foráneos. La autocrítica en este caso es más necesaria que nunca. A los profesionales del libro español, seguramente por carencias idiomáticas, les faltó la internacionalización necesaria para estar en las principales plazas editoriales europeas, y con ello mejorar su visibilidad. Ello explica que los libreros españoles vivieran más de las importaciones de libros que de sus impresiones en España. Y que la exportación de libros españoles se redujera a países periféricos, como Portugal, caso del librero Francisco Manuel Mena, y no así a los mercados emergentes de Francia, Holanda e Inglaterra.

Déficit que notamos también en los grandes coleccionistas españoles y en los intelectuales que apenas tuvieron presencia en Europa. Y cuando la hubo, a través de cartas, caso de Mayans, ésta prescindió del espacio inglés y francés, centrándose en la Europa central y meridional. Y por supuesto, no podemos obviar las negligencias del gobierno español, con medidas proteccionistas, caso del Auto de Curiel, o con la ceguera política demostrada en la inconcebible «protección» a las prensas de Amberes para la impresión de los libros del llamado Nuevo Rezado, frente a las reclamaciones de los impresores nacionales.

Aspectos todos ellos que restaron presencialidad al libro español en la Europa del momento, y que explican su escasa representatividad en los mercados francés e inglés del siglo XVIII. Y cuando la tuvo, ésta vino de la mano de ediciones foráneas, en su mayoría traducciones, más que de ediciones originales. Libros y autores que se convirtieron en la quintaesencia de la cultura española a ojos de los europeos, y que se transmitió de generación en generación, y una huella de la cual aún perdura en nuestros días.

Figuras

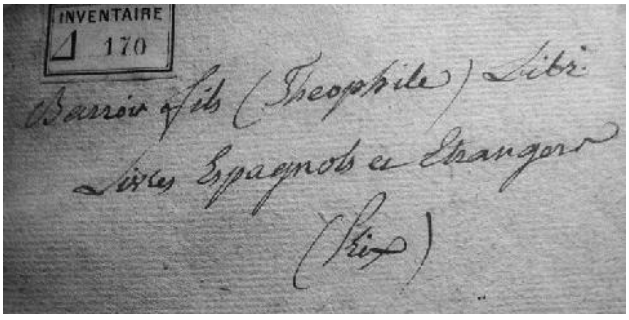
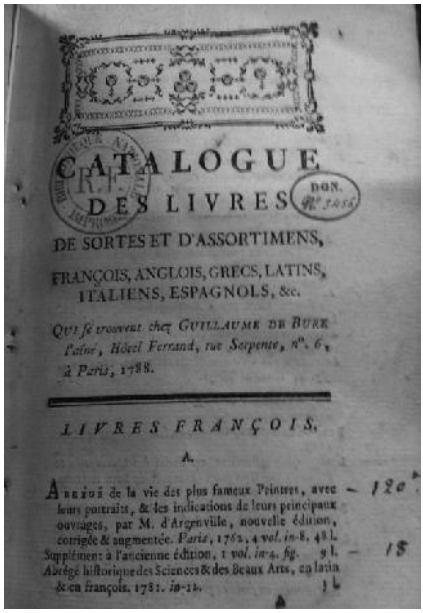


Fig. 1: Catálogo de Livres espagnols qui se trouvent chez L. Théophile Barrois, fils, libraire pour les livres étrangers

Fig. 2. Imagen satírica del librero Lackington del año 1795.



CATALOGUE
DES LIVRES
DE SORTES ET D'ASSORTIMENS,
FRANÇOIS, ANGLOIS, GRECS, LATINS,
ITALIENS, ESPAGNOLS, &c.

Qui se trouvent chez GUILLAUME DE BURE *l'aîné, Hôtel Ferrand, rue Serpente, n°. 6, à Paris, 1788.*

LIVRES FRANÇOIS.

A.

ABRÉGÉ de la vie des plus fameux Peintres, avec leurs portraits, & les indications de leurs principaux ouvrages, par M. d'Argenville, nouvelle édition, corrigée & augmentée. *Paris*, 1762, 4 *vol. in-8.* 48 l.
Supplément à l'ancienne édition, 1 *vol. in-4. fig.* 9 l.
Abrégé historique des Sciences & des Beaux Arts, en latin & en françois. 1781. *in-12.* 3 l.

Fig. 3. Catálogo del librero De Bure (1788) conteniendo libros españoles.

A
CATALOGUE
OF A NEAT COLLECTION OF
BOOKS,
in Greek, Latin, English, French, Italian, and Spanish,
Chiefly in very good Condition, and many of them in RUSSIA, MOROCCO, and other elegant Bindings.

AMONG WHICH ARE

FOLIO.
Wood's Conveyancing, 3 vol.
Cumyns's Digest, 5 vol.
Lord Raymond's Reports, 2 vol.
Hale's Pleas of the Crown, 2 vol.
Gibbs on Lithium, best
Vernier, *best*
Vernon, 2 vol.
Strange, 2 vol.
Rapin, 5 vol. Heads and Maps
Biograph. Brit. 7 vol.
Biograph. Brit. 7 vol. *l. p. Russia.*
Camden's Britannica, 2 vol. — 1722
Dugdale's St. Pauls, *largest paper.*
Drake's York.
Bp. Nicholson's Hist. Library 1736
Harris's Voyages, 2 vol.
Pacock's Travels, 2 vol. *Russia.*
Churchill's Voyages, 6 vol.
Diction. de Bayle, avec le Sup. 8 v.
Chambers's Dictionary, 2 vol
Postlethwaite's Dictionary, 2 vol.
Duncan's Cæsar.
Hill's Fossils, *large paper, cut colour'd.*
Locke's Works, 3 vol. *Russia.*
Ship of Fools, *black letter.*
Baskett's Bible, 2 vol.
Religious Ceremonies, 6 vol. *l. p.*
Stackhouse's Bible, 2 vol.
A.Bp. Tillotson's Works, 3 v. *best.*
Patrick, Lowth, and Whitbey, 6 v.
Clarke's Works, 4 vol. *Russia.*
Barrow's Works, 2 vol. *best.*
Caesars Commens. Clarke.
Thucydides Duckers.
Hoffmann Opera Omnia, 6 vol.

QUARTO.
Camb. Classics, 4 vol.
Cicerona Opera Olivetti, *Par.* 1740
Zenophon Hutchinsoni, 2 vol.
Tacitus Gronovii, 2 vol.
Sustonius Pitici, 2 vol.
Virgil Masvicii, 2 vol.
Juvenal, Virgil, Terence, &c. Delph.
Italian Miscellany, 8 vol. *Russia.*
Sully, 3 vol. Hook, 3 vol. *Russia.*
Bp. Newton's Milton, 3 vol. *Mor.*
Jarvis's Don Quixote, 2 vol. *Mor.*
Carter's Epictetus, *Morocco.*
Doddridge, 6 vol.
Oeuvres de Moliere, 6 tom. 1734
Don Quixote, 4 tom.

OCTAVO.
Ancient and Modern Hist. 64 vol.
Parliament. History, 24 vol.
Hooke's Roman Hist. 9 vol.
Tillotson, Atterbury, Sherlock,
Reading, Seed, Sharp, Sermons.
Livius, Polybius, Ovidius.
Catull, &c. Statius, Plautus.
Terentius, &c. &c. Nu. Fur.

Which will begin Selling (for Ready Monly only) on MONDAY the 21st. of MARCH 1768; and continue on Sale till all are Sold,

By JOSEPH WHITE, Bookseller,
At the Corner of Lincoln's-Inn-Fields, London; who gives the full Value for any Library or Parcel of BOOKS.

Fig. 4. Catálogo del librero Joseph White (1768) señalando la venta de libros españoles, entre ellos una edición del Don Quixote

El comercio del libro en España desde la correspondencia de José Hidalgo (1805-1814)

Alberto GAMARRA GONZALO

Los archivos de imprentas y librerías: estado de la cuestión

El descubrimiento y estudio de varios archivos privados de impresores y libreros (activos en distintos momentos y lugares de la Edad Moderna) ha terminado por convertirse en hitos esenciales en el desarrollo de la reciente Historia del Libro, tanto en el ámbito anglosajón como francés (nuestros referentes más cercanos).[1] Aparte de por su propio carácter de testimonios

[1] Las referencias al empleo de este tipo de fondos menudean en dos monografías de cita obligada: Henri-Jean MARTIN, Roger CHARTIER, (dir.), *Histoire de l'edition française: Le livre triomphant, 1660-1830*, París, Promodis, 1984, pp. 262-361, 558-569 y Philip GASKELL, *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, Trea, 1998, pp. 211-219. Descendiendo un nivel podemos destacar la tesis doctoral de Donald F. McKenzie —publicada en 1966— sobre los fondos de la Cambridge University Press en el tránsito de los siglos XVII-XVIII y cuyas conclusiones (entre ellas demostrar el trabajo simultáneo de varias prensas en un taller) supusieron un mazazo para algunas convenciones sobre la impresión manual poco fundadas. De hecho este autor ha sido saludado por Robert DARNTON [*Las razones del libro: Futuro, presente y pasado*, Madrid, Trama Editorial, 2010, pp. 143-145] como el «Martín Lutero del análisis bibliográfico». No son palabras vanas pues es precisamente Darnton quien mejor puede hablar de la importancia de los archivos privados al deber una parte sustancial de su carrera investigadora —así como la renovación historiográfica que aportó consigo— al estudio del archivo (casi virgen) de la Société Typographique de Neuchâtel (unas 50.000 cartas más diversa documentación contable), una potente casa editorial suiza del siglo XVIII especializada en ediciones semiilegales comercializadas preferentemente en Francia. Su aprovechamiento se demuestra en *Edición y subversión: Literatura clandestina en el*

casi únicos, el valor de esta documentación (que puede consistir en correspondencia, registros contables, diarios, copias de contratos y otras formas documentales) reside en que aportan datos en torno a la producción del libro y su comercialización que, o bien no aparecen en otras fuentes más accesibles (pensemos en las escrituras notariales —cuya utilidad y problemática son bien conocidas—[2] o en testimonios literarios contemporáneos);[3] o, aun cuando este tipo de información haga acto de presencia, su carácter episódico —ligado a un inventario de bienes o a un contrato— implica la pérdida de casi todo su significado al carecer de un contexto y de una evolución cronológica.

Desgraciadamente, por lo que toca a esta realidad en España, un cumulo de circunstancias adversas (entre las que cabe señalar el inferior desarrollo de la industria del libro, distintos criterios de conservación documental, el tardío desarrollo de la Historia del Libro como especialidad y, sobre todo, la limitada supervivencia de los negocios editoriales o librescos más allá de dos o tres generaciones) han convertido la documentación privada generada por impresores y libreros españoles en época moderna en piezas aún mucho más preciosas que los de nuestros vecinos. Una revisión de los archivos conocidos para el Setecientos (unos seis)[4] ilustra esta afirmación a través de cinco conclusiones:

Antiguo Régimen, Madrid, Turner, 2003 o en *El negocio editorial de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006. Otro ejemplo representativo del empleo de archivos privados —aunque esta vez desde el comercio de libros— lo constituye un interesante estudio sobre la contabilidad de una librería abierta en Grenoble (al sureste de Francia) en las décadas centrales del siglo XVII. Estos registros no solo permitieron medir la oferta de libros (su temática, precios, procedencia) sino también conocer la identidad de su clientela así como las otras mercancías (especias o medicinas) con las que traficaba el librero. Micheline LECOCQ, Henri-Jean MARTIN, *Livres et lecteurs à Grenoble. Les registres du libraire Nicolas (1645-1668)*, Ginebra, Droz, 1977.

[2] Manuel José PEDRAZA, «La documentación notarial: fuente para la investigación de la historia del libro, la lectura y los depósitos documentales», *Documentación de las ciencias de la información*, 24 (2001), pp. 79-104.

[3] Véase, por ejemplo, el recurso a los preliminares literarios en Anne CAYUELA, «"Esta pobre habilidad que Dios me dio": autores, impresores, editores en el entuerto de la publicación (siglos XVI-XVII)», *Tiempos modernos*, 8/31 (2015), pp. 295-317.

[4] En la actualidad se conocen (o se han estudiado) los siguientes fondos documentales generados por imprentas españolas durante el XVIII: dos libros que recogían los pagos a los empleados de la imprenta de los Piferrer, en Barcelona, entre 1737-1748, más un copiador de facturas de este mismo negocio editorial fechado entre 1790 y 1804 [Francisco Javier BURGOS, Manuel PEÑA, «Imprenta y negocio del libro en la Barcelona del siglo XVIII. La casa Piferrer», *Manuscrits*, 6 (1987), pp. 186-187]; un libro de cuentas de la imprenta de la Compañía de Jesús en Burgos desde 1757 a 1764 más otro registro de los envíos y ventas de sus impresiones en iguales fechas [Alberto GAMARRA, «Realidad económica y problemática de las imprentas institucionales en el Burgos del Setecientos: los talleres de la Compañía de Jesús y de la Catedral (1745-1766)», *Titivillus*, 1 (2015), pp. 412-416]; un registro de las impresiones del taller de la Compañía de Jesús en Villagarcía de Campos

1. No ha llegado hasta nosotros ningún archivo completo ni tampoco en su ubicación o función original.[5]
2. La casi totalidad de la documentación conservada pertenece a la segunda mitad de este siglo y, con la excepción de Barcelona, Burgos, Mallorca y Villagarcía (Valladolid), deja a buena parte de los centros editoriales de provincias sin ninguna representación.
3. Solo se han conservado registros relacionados con la contabilidad y la gestión del taller pero no así la correspondencia comercial o privada (salvando el copiador de facturas de la casa editorial Piferrer y una serie de cartas dentro de los papeles de la Real Compañía de Impresores y Libreros).
4. La poca documentación superviviente ha sido generada únicamente por establecimientos tipográficos (que a veces incluyen datos sobre la comercialización de sus fondos) mientras que la propia de tiendas de

(Valladolid) fechado entre 1760-1766 [Luis FERNÁNDEZ, «El Colegio de Humanidades de Villagarcía de Campos» en *Villagarcía de Campos. Evocación histórica de un pasado glorioso*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1952, pp. 214-216] si bien parece existir mucha más documentación relacionada en la colección Jesuitas de la Real Academia de Historia [Bernabé BARTOLOMÉ, «Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767)», *Hispania sacra*, 40/81 (1988), pp. 341-343]; una pequeña parte del archivo de la Real Compañía de Impresores y Libreros (desde 1763 hasta 1834) conservado en el Legado Rodríguez Moñino-María Brey dentro de la Real Academia Española [extractado en Beatriz LARA, *La Compañía de Impresores y Libreros de Madrid: siglos XVIII y siglo XIX*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2015, pp. 20-21, 599-619]; la contabilidad de una imprenta mallorquina entre 1744 y 1812 [Miquela FORTEZA, «La producción gráfica en Mallorca a través del libro de cuentas de Tomás Amorós (1744-1812)» en María de los Reyes Hernández (dir.), *La multiculturalidad en las Artes y en la Arquitectura: XVI Congreso Nacional de Historia del Arte*, Las Palmas, Anroart, 2006, I, pp. 259-266]; recordar finalmente la cuantiosa documentación generada por la Imprenta Real —cuyas características nos son todavía mal conocidas— y que se conserva en el Archivo Histórico Nacional —parte fue empleada recientemente por Alba de la CRUZ, *Las prensas del rey: imprenta y política en la segunda mitad del siglo XVIII*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2013—.

[5] Así lo ilustra el mermado fondo documental que se conserva de la imprenta de la Compañía de Jesús en Burgos. Los tres únicos registros supervivientes palidecen cuando los comparamos con la documentación requisada a su responsable tras la expulsión de 1767: «Un legajo de varias cartas de correspondencia, con el padre Santiago Ayuso […] a cuyo cargo estuvo la imprenta, desde el año de 1756, hasta el de 1764 […] Un legajo Con el privilegio y papeles para la impresión del Astete y otros libros […] otro legajo, con varias cartas de correspondencia con el padre Francisco Javier Calonge, relativas a la imprenta que estaba a su cargo […] Un legajo con 7 Libros de apuntaciones de cuentas con diferentes colegios sobre remesas de impresos […] Un legajo con varios borradores de cuentas respectivas al estado de la imprenta de este Colegio […]». ARCHIVO MUNICIPAL DE BURGOS. C-3-3-8. Tanto en esta transcripción, como las incluidas más adelante, se ha optado por adaptar la grafía a los usos ortográficos y gramaticales actuales así como por desarrollar todas las abreviaturas.

librería y otras vías de comercialización parece haber desaparecido en su totalidad.[6]

5. La gran mayoría de los establecimientos de los que se ha conservado documentación interna eran de propiedad institucional (bien civiles, como la Imprenta Real, bien religiosos, como los de la Compañía de Jesús) o paraoficiales (como los de la Real Compañía de Impresores y Libreros), característica que, en buena medida, explica su conservación y marca cierta distancia frente a la situación en Francia o Inglaterra.

A través de la anterior nómina se explica porque los archivos de las imprentas y librerías son una fuente casi fabulosa dentro de las investigaciones sobre la edición en época moderna.[7] No obstante, algún lector avisado podría

[6] Como precaria reparación a la pérdida de los archivos de los libreros se puede sugerir el estudio de las cartas que en su momento intercambiaron con distintos intelectuales —caso de Gregorio Mayans y Siscar [Antonio MESTRE, «Francisco Manuel de Mena: la ascensión social de un mercader de libros proveedor de la élite ilustrada», *Revista de historia moderna*, 4 (1984), pp. 47-72] o Antonio José Cavanilles [Nicolás BAS, *El correo de la Ilustración: libros y lecturas en la correspondencia entre Cavanilles y el librero parisino Fournier (1790-1802)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2013]—, las incorporadas a pleitos judiciales —caso de las recogidas por Javier ITÚRBIDE [*Los libros de un Reino: historia de la edición en Navarra (1490-1841)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2015, pp. 381-382]—, las halladas en fondos documentales variados —como la carta de un comerciante de libros cubano a su proveedor en Madrid depositada en el Archivo General de Indias [Rosario MÁRQUEZ, «El comercio de libros entre España y América: la petición de un librero de La Habana en el siglo XVIII» en Pedro Cátedra, María Isabel Páiz, María Luisa López-Vidriero (dir.), *La memoria de los libros: estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, II, pp. 567-598]—; o las facturas por compras de distintas instituciones —como hacen Ofelia REY [«El comercio de libros en la Galicia del Antiguo Régimen», *Obradoiro de historia moderna*, 17 (2008), pp. 288-290] con la adquisición de libros por parte de la Universidad de Santiago de Compostela o Gabriel SÁNCHEZ [«Los libreros Ángel Corradi y Antoine Boudet y la importación de libros franceses para la Academia de San Fernando», *Bulletin hispanique*, 114/1 (2012), pp. 195-216]—.

[7] Ello no quita para que distintas voces hayan sido conscientes de su desaparecido potencial. Uno de los primeros fue el bibliógrafo Antonio RODRÍGUEZ-MOÑINO, quien se preocupó por comprar, de su propio bolsillo, lo poco que quedaba del archivo de la Real Compañía de Impresores y Libreros. Así lo narra en *La imprenta de Don Antonio de Sancha, 1771-1790: primer intento de una guía bibliográfica para uso de los coleccionistas y libreros*, Madrid, Castalia, 1971, p. 15. Igualmente François Lopez valoró los restos del archivo de la casa Piferrer como de «extraordinario interés» al tiempo que dejaba escrito en otra contribución que «de las correspondencias a las que daban lugar los encargos y pagos [en el comercio del libro] es poquísimo lo que se ha salvado». En Víctor INFANTES, François LOPEZ, Jean-François BOTREL, *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 343, 354. En parecidas reflexiones, aunque en referencia al comercio de impresos con las colonias, ha recaído Pedro RUEDA [«Los catálogos de Tomás López de Haro: las redes atlánticas del negocio europeo del libro en Nueva España» en Pedro Rueda, Lluís Agustí, *La publicidad del libro en el mundo hispánico (siglos XVII-XX): Los catálogos de venta de libreros y editores*, Barcelona, Calambur, 2016, p. 59]: «Las cartas de los libreros resultarían esenciales para conocer el entramado de sus actividades, el estado del mercado y el cobro de las deudas pendientes».

encontrar desproporcionadas estas digresiones (y no le faltaría algo de razón) pues qué sentido tiene dar vueltas en torno a una documentación que por su temprana desaparición ni siquiera fue objeto de interés en el mercado anticuario. A mi parecer existen cuatro razones de peso:

1. Desconocer o ignorar la información que hubiera aportado esta documentación —en caso de haberse conservado en mayor número y variedad— implica confiarnos en demasía sobre los datos aportados por fuentes más accesibles. Como ejemplo me gustaría recordar una convención investigadora —superada afortunadamente— que se preciaba de conocer la actividad de un taller a través del censo de sus impresiones (fundamentalmente mediante la localización de los ejemplares supervivientes y el recurso a distintos catálogos). El variable grado de supervivencia de unos impresos frente a otros más la total desatención hacia el valor económico de estas impresiones (en vez del número de títulos impresos por un taller debería considerarse, o bien el beneficio que de cada uno le quedaba al impresor —algo complicado si no se conocen las tiradas o no se conserva ni la contabilidad ni las facturas—, o bien la verdadera carga de trabajo que representaba cada impresión medida en número de pliegos impresos) ha llevado a la sobrerrepresentación de un determinado tipo de impresiones —las que por sus características materiales (mayor formato, estar encuadernadas, mejor calidad del papel) o usos lectores (compárese la vida útil de un almanaque frente a obras más «serias» como un volumen de teología) han llegado mejor a nuestros días—. Luego llegan las sorpresas cuando existe la posibilidad de comparar los registros contables de una imprenta con los ejemplares supervivientes de su producción en aquel período.[8]
2. La desaparición de este tipo de documentación explica, en parte, que en el estudio de las imprentas y librerías se haya priorizado el estudio del libro como herramienta cultural mientras que su otra vertiente, el impreso como objeto de consumo, haya quedado arrinconada. Esto queda especialmente de manifiesto en los numerosos estudios existentes sobre inventarios de librerías. Frente a la atención preferente que reciben cuestiones como la temática de los libros (de normal la disquisición metodológica acerca de la elección o no de determinadas categorías en detrimento de otras suele consumir unos cuantos párrafos), las valoraciones acerca del grado de novedad intelectual que representan estos fondos o la identidad de los posibles clientes; otros aspectos como la evolución de la oferta y de la demanda, el precio de

[8] Así sucede con el registro de las impresiones ejecutadas por una compañía de tres tipógrafos formada en Pamplona en 1640 y que conocemos gracias a un proceso judicial. Comprobamos como en once meses no imprimieron ningún libro sino que se dedicaron a «trabajos menores, libros escolares, como el Quarto de Bravo, del que al menos imprimen 2.000 ejemplares […] o la Doctrina, además de Ejercicios y del Arte [de Gramática] del que tiran un millar». ITÚRBIDE, *Los libros de un Reino*…, p. 218.

los libros, la identidad de los proveedores, el margen de beneficio que dejaban estos productos o el grado de importancia de otras fuentes de ingresos para la librería más allá de la venta de libros minorista (como los trabajos de encuadernación, la participación en proyectos editoriales o la venta de papel en blanco) ocupan un espacio casi marginal.

3. No insistir en la importancia de este tipo de documentación o no difundir su conocimiento puede conducir a que se acelere su destrucción —en caso de sobrevivir documentación en manos de particulares—, que las instituciones responsables no inviertan en la adquisición de fondos semejantes —en caso de hallarse a la venta— o que, en caso de existir estos fondos en un archivo o biblioteca, no se los valore suficientemente y, como consecuencia, no se invierta tiempo en darles a conocer.
4. El estudio de este tipo de archivos, aun con el problema de ser pocos en número y presentarse muy esquilmados, no es óbice para considerarles un tema cerrado. La antigüedad de algunos de los trabajos que los han dado a conocer o, mismamente, la complejidad de este tipo de documentación —que permite ser interrogada desde diferentes intereses— explica que los consideremos un campo de bastante interés para el especialista actual (como así se ha demostrado).[9]

Los anteriores condicionantes, tanto en lo concerniente a la situación actual de los archivos de impresores y libreros españoles como a la valoración de su potencial como fuente histórica, son origen y consecuencia a la vez del descubrimiento en la Biblioteca Nacional de España de uno de estos fondos documentales. Nos encontramos ante una muestra muy mermada de lo que en su origen fue el archivo profesional de José Hidalgo (1780-1825), un destacado comerciante de libros de Sevilla en las primeras décadas del siglo XIX y miembro de una familia clave en la industria del libro de esta ciudad desde las últimas décadas del Setecientos hasta principios del pasado siglo.[10]

El archivo de José Hidalgo

La historia de esta pequeña colección documental no está muy clara. Su salida de la familia Hidalgo podría fecharse a principios del siglo XX cuando abandonan el negocio editorial aunque también pudo haberse producido años

[9] Lo hemos comprobado con el excelente empleo que del copiador de facturas de la casa Piferrer hace Amparo GARCÍA, *Los Benedicto. Una familia de mercaderes de libros en Murcia (siglos XVIII-XIX)*, Murcia, Universidad de Murcia, 2014, pp. 151-156, 168-173. Mediante un estudio del tipo de pedidos que distintos libreros de Cartagena y Murcia hicieron a Barcelona a finales del XVIII (tipo de obras, número y precio de ejemplares, importe total, regularidad de los pedidos) esta autora ha ofrecido una visión bastante diferente del comercio de libros practicado en estas poblaciones y que por otras fuentes no habríamos sabido nada.

[10] BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (BNE). R/62732.

antes por legado a otra rama familiar o regalo. Simples hipótesis. De una u otra manera estos documentos llegaron a manos de Manuel Gómez Imaz (1844-1922), un entusiasta coleccionista sevillano de impresos, documentos y todo tipo de material relacionado con la Guerra de Independencia,[11] aunque en el momento de la adquisición, o antes, ya se había iniciado un proceso de dispersión pues se conoce la existencia de dos cartas enviadas a nuestro librero dentro de la colección de autógrafos del también sevillano José Gestoso (1852-1917).[12] Tras el fallecimiento de Gómez Imaz la colección se conservó dentro de su familia pues en 1947 el bibliógrafo Antonio Palau tuvo ocasión de consultarla en el domicilio del diplomático Carlos Cañal, marqués de Saavedra así como nieto del sevillano.[13] Décadas después parte de este colección, entre la que se contaba nuestro objeto de estudio, fue adquirida en 1977 por la Biblioteca Nacional previo paso por una casa de subastas de Londres. Desde entonces la documentación de José Hidalgo ha dormido el «sueño de los justos» sin que ningún investigador se haya apercibido de su potencial.

La presente colección se compone de 41 documentos manuscritos e impresos, que suman 84 hojas, y que se disponen ordenados de forma cronológica, si bien con algún error de interpretación en aquellos sin data. Sus límites cronológicos se sitúan entre 1805 y 1826 si bien este margen nos da una imagen engañosa pues la gran mayoría de los documentos se localizan en la Guerra de la Independencia española. La década siguiente al conflicto está completamente ausente pues el siguiente documento que aparece fechado corresponde a una copia de una escritura notarial de 1826 por la que los herederos de un vecino de Sevilla, Agustín Muñoz Álvarez, venden a Manuel de Aragón, administrador de la imprenta tras la muerte de Hidalgo, el derecho a reeditar «cualquier de los libros compuestos o traducidos» por el difunto.

El protagonismo de la documentación conservada recae, por número e interés de su contenido, en una serie de cartas recibidas por Hidalgo en el

---

[11] BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA, «Recursos de información en la BNE: La colección Gómez Imaz» en *Guía temática: Guerra de la Independencia española*, Madrid, BNE, 2013-, <http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/Guerra_independencia/index.html> [cónsulta: julio de 2017].

[12] Estudiadas en Klaus WAGNER, «Preocupaciones bibliográficas de Juan Nicolás Böhl de Faber (A propósito de dos cartas desconocidas del literato alemán)», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 1 (1982), pp. 209-217. Probablemente Gómez Imaz, en el momento de la adquisición de este lote, seleccionó solo aquellos documentos que estaban ajustados a su campo de coleccionismo; de ahí que la fecha de la mayor parte de la documentación de José Hidalgo conservada se sitúe en los años de la Guerra de la Independencia.

[13] Así lo afirma en una nota a una publicación del general Palafox en la que concluye que «en ellos [los impresos de la colección] se ve claro que la Guerra de Independencia no fue solo la resistencia de los españoles a la invasión francesa, sino una guerra entre la aspiración de construir un poder continental europeo antibritánico y la oposición natural de Inglaterra a ello». Antonio PALAU, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, Librería Palau, 1953, p. 185, nº 209549 (en nota).

curso de su actividad profesional con la salvedad de dos escritas del puño y letra del propio librero sevillano. La conservación de estas dos últimas obedece, en un caso (una carta a un inquisidor de Sevilla) a que le fue devuelta al propio librero con un comentario sobre la licitud de unos títulos que este pensaba comprar en Francia; en otro, a que se trata de una copia de una carta del librero ya depositada en el correo. En compañía de esta correspondencia aparecen varios documentos de naturaleza inconexa: un fragmento de un original manuscrito, que podría haber pasado por la imprenta de los Hidalgo; un borrador de una lista de erratas; una reclamación impresa del ayuntamiento de Sevilla para que procediese a abonar la «contribución extraordinaria de guerra», etcétera.[14]

El estudio de esta colección de cartas presenta varias dificultades de difícil solución. La primera, y más importante, es que solo se han conservado una muestra mínima de la correspondencia original, la cual, además, se encuentra circunscrita a poco menos de una década. Un segundo problema tiene que ver con el impacto de la Guerra de la Independencia en el comercio del libro español y del que Hidalgo no se salva: interrupción de las comunicaciones con los proveedores, paralización de la actividad editorial o la irrupción de nuevos productos editoriales son algunos factores que mediatizan la documentación conservada y que limitan la representatividad de nuestras conclusiones. Un tercer problema se relaciona con la falta de estudios específicos sobre esta fuente y que, de existir, nos hubieran facilitado un utilísimo marco comparativo para medir, por poner un ejemplo, el número de cartas que de normal se escribían dos profesionales del libro a lo largo de un año.

Aún con estas limitaciones, que hemos tenido muy presentes a modo de precaución frente a conclusiones poco fundadas, el carácter inédito de esta documentación, el hecho de que la correspondencia se produjera dentro de un negocio privado (y no mediatizado por su propiedad institucional) junto con la posibilidad de arrojar luz sobre algunas facetas poco transitadas del comercio del libro en España (caso de las redes de libreros, las características de los encargos o los precios), nos inclinaron a dedicar un monográfico a estas cartas.

La imprenta y librería de la familia Hidalgo: primera aproximación.

Hoy por hoy es poco lo que sabemos de José Hidalgo. Tampoco el destacado papel cumplido por su familia en la librería sevillana durante casi siglo y medio ha merecido la atención de ningún estudio.[15] Gracias a la

[14] BNE. R/62732, ff. 27, 42, 58.

[15] Con la excepción de unos pocos datos recogidos sobre los Hidalgo —debido a su relación profesional con el antepasado de un intelectual sevillano— en Antonio VALIENTE, «El legado de Francisco de las Barras de Aragón» en Eduardo Peñalber (coord.), *Fondos y procedencias: Bibliotecas en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013, pp. 356-367. El recurso a los repertorios locales se desvela

información facilitada amablemente por Fernando Hidalgo Lerdo de Tejada, historiador y genealogista profesional (pero sin ninguna relación familiar con el estudiado), hemos podido abordar las circunstancias personales de este librero.

La dinastía de los Hidalgo se inicia dentro de la «industria del libro» hispalense en el último cuarto del siglo XVIII con la figura de Francisco Antonio Hidalgo, nacido en el valle de Castañeda (Cantabria) en 1734, pero de cuya trayectoria apenas podemos ofrecer unas pinceladas. Sabemos que para 1762 ya residía en Sevilla y que tres años después casaría (en la céntrica parroquia del Sagrario) con la sevillana Josefa Rodríguez Camacho. Varios años después se produce su entrada oficial en la edición sevillana de la mano de Manuel Nicolás Vázquez, un veterano tipógrafo local (lo encontramos al frente de su propio taller desde finales de los años cincuenta),[16] con el que el primer Hidalgo forma una compañía para la gestión de una imprenta, al menos desde 1779, fecha de los primeros impresos conservados bajo la firma «Vázquez, Hidalgo y Compañía».[17]

La entrada de Hidalgo en la compañía no implicó grandes cambios en los trabajos de imprenta que hasta entonces habían salido del taller de Vázquez. Seguimos encontrando numerosas obritas religiosas (novenas, tratados devocionales, hagiografías, sermones, coplas, etcétera)[18] así como los encargos de impresión realizados para autores locales y distintas instituciones hispalenses (Colegio de Santo Tomás, Real Sociedad, Real Seminario de San

inútil más allá de recoger la producción conocida para la imprenta de los Hidalgo así como una breve presentación (marco cronológico, responsables, trasmisión generacional) de la misma entresacada de sus pies de imprenta. Al respecto Francisco ESCUDERO, *Tipografía hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894, p. 52 y Francisco AGUILAR, *Impresos sevillanos del siglo XVIII: Adiciones a la tipografía hispalense*, Madrid, CSIC, 1974, p. 20.

16 Francisco AGUILAR, *Temas sevillanos (Tercera serie)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002, pp. 49-50.

17 El primer impreso conocido de esta compañía son las *Memorias de la Real Sociedad patriótica de Sevilla*, Sevilla, en la imprenta de Vázquez, Hidalgo y Compañía…, 1779. Esta referencia bibliográfica y las que siguen en MINISTERIO DE EDUCACIÓN, *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, c. 1990, <http://ccpb_opac.mcu.es/CCPBopac> (CCPB), 000656440-2 [Consulta: julio de 2017]. Es bastante posible, no obstante, que la entrada de Hidalgo en este negocio se hubiera producido unos pocos años antes pues en 1775 su socio cambió su pie de imprenta habitual por el de «Manuel Nicolás Vázquez y Compañía». AGUILAR, *Impresos*…, p. 20.

18 Por ejemplo, Agustín de la OLIVA, *Brevisima explicación de las obligaciones de un fraile menor*… [CCPB 000744730-2]; Isidoro de SEVILLA, *Novena a la soberana emperatriz del cielo Maria Santisima nuestra amantisima Pastora de las Almas* ... [CCPB 000594865-7]; *Reglas y maximas, para entablar una vida cristiana* ... [CCPB 001295087-4]; *Coplas de Nra. Señora de las Angustias de Granada* [CCPB 001294906-X].

Telmo o la Academia de Buenas Letras)[19]. Como novedad asociada a esta nueva compañía se puede sugerir la apertura en los primeros años ochenta de una tienda de librería vinculada al primitivo taller y el comienzo de las relaciones comerciales con proveedores en Madrid (como los libreros mayoristas Barco y Quiroga)[20]. Este comercio del libro se complementó con la importación de libros desde el extranjero para su posterior venta al por menor.[21]

En 1793 fallece Francisco Antonio Hidalgo quedando al frente del negocio su viuda.[22] La desaparición del cántabro conllevó la disolución de la compañía al año siguiente así como el fin de la relación de los Hidalgo con Manuel Nicolás Vázquez, a quien encontramos en años siguientes trabajando en solitario bajo la firma «en la imprenta de Vázquez y compañía». Por su parte, los Hidalgo —la viuda de Francisco Antonio y sus hijos— continuaran a partir de 1794 con su propio taller de imprenta y comercio de libros si bien hay que explicar la aparición de un agente extraño en su nuevo pie de imprenta: «En la Oficina de los Señores Hijos de Hidalgo, y González de la

---

[19] Por ejemplo, Francisco de PAULA, *Carta apologética* [CCPB 000744740-X]; Bartolomé CABELLO, *Catecismo histórico en dialogo entre discipulo y maestro* [CCPB 000143659-7]; Cándido María TRIGUEROS, *El precipitado. Comedia …* [CCPB 000322281-0]; *Memorias Academias de la Real Sociedad de Medicina y demás ciencias de Sevilla* [CCPB 000486963-X]; Francisco de BARREDA, *El marinero instruido en el arte de navegar especulativo y practico que para la enseñanza de los colegiales del Real Seminario de San Telmo …* [CCPB 000065478-7]; *Descripción de las funciones con que las reales fábricas del tabaco de Sevilla, han celebrado la proclamación del Rey Nuestro Señor en los días 10, 11, 12, y 13 de junio de 1789* [CCPB 000202064-5].

[20] En 1785 la librería de Barco aparecía como punto de compra en Madrid de una obra salida del taller de Vázquez e Hidalgo aquel mismo año. *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid* (MCM), Madrid, Imprenta Real, septiembre de 1785, p. 37. Entre 1788 y 1793 aparece la librería de Quiroga en similar cometido. Ibídem, agosto de 1788, p. 567; Ibídem, diciembre de 1789, p. 579; *Diario de Madrid* (DM), Madrid, Hilario Santos, abril-junio de 1789, p. 363-364; *Correo mercantil de España y sus Indias*, Madrid, s.i., 22 de abril de 1793, p. 52.

[21] La importación de libros queda atestiguada por un memorial elevado por ambos socios —en calidad de «mercaderes de libros»— al Consejo de Castilla en 1785. En este escrito explicaban que tenían retenidos en la aduana de Sevilla varios cajones de libros y grabados llegados desde Lyon y Venecia. Por medio de un listado de los libros incautados, adjuntado a esta reclamación, sabemos que la mayoría de los títulos enviados estaban en latín y que su naturaleza era fundamentalmente religiosa: historia eclesiástica, derecho canónico, escolástica,... En cantidades muy inferiores encontramos impresos en francés e italiano así como una representación casi testimonial de otras materias: farmacopeas, clásicos grecolatinos, un tesauro o algunos tratados de comercio. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN). Consejos, 5551, exp. 69.

[22] Así lo reflejan los pies de imprenta. Por ejemplo, Agustín MUÑOZ, *Gramática de la lengua castellana ajustada a la latina para facilitar su estudio*, Sevilla, en la imprenta de Vázquez y Viuda de Hidalgo, 1793 [CCPB 000202064-5].

Bonilla».[23] Lo más probable es que este González de Bonilla (que hemos identificado con un tal Rafael de igual apellido que aparece participando en el abasto de bacalao remojado en Sevilla entre 1802 y 1804)[24] sea el tutor de los hijos supervivientes de Francisco Antonio, los cuales, debido a ser menores de edad, precisaban de alguien que les representara legalmente y cuidara de sus intereses patrimoniales. Era eso o que González de la Bonilla fuera un socio capitalista en el negocio tipográfico de los Hidalgo. Esta última opción no nos convence porque para 1801 el nombre de González de la Bonilla había desaparecido de los pies de imprenta al recaer la administración del negocio en José Hidalgo, un sobrino del finado Francisco, nacido en el valle de Castañeda (Cantabria) el 7 de febrero de 1780.

Hasta 1809 los pies de imprenta del taller reflejaron esta dualidad en la propiedad del negocio: «En la imprenta de la Viuda de Hidalgo y Sobrino».[25] Después de esta fecha el negocio editorial queda por entero en manos de José Hidalgo. El reciente cambio generacional vivido en el negocio de los Hidalgo en el transito al nuevo siglo no conllevó cambios sustanciales en sus estrategias editoriales (se siguió compaginando la edición de impresos populares con la recepción de encargos particulares e institucionales) ni tampoco en sus mecanismos de aprovisionamiento para su librería. La única novedad que ofrece este periodo lo constituye el continuado interés de los Hidalgo —a veces a partir de una inversión económica propia— por participar en distintas empresas periodísticas.[26]

José Hidalgo falleció en Sanlúcar de Barrameda el 7 de agosto de 1825 aunque la firma de «José Hidalgo y compañía» continuó vigente hasta 1846.[27] La razón más probable para que se mantuviera un pie de imprenta claramente desfasado es que hubo que esperar a que su primogénito, Eduardo, nacido el

---

[23] Caso del *Discurso que en la Junta General publica que celebró la Real Sociedad Economica de Sevilla el dia 23 de Noviembre de 1794*… [CCPB 000829643-X].

[24] *Archivo Municipal de Sevilla. Siglo XIX. Archivo general. Sección 6.ª*, Sevilla, Librería Española y Extranjera, 1860, pp. 15, 17.

[25] Como, por ejemplo, el *Romance para excitar la devocion al Santo Angel de la Guarda*…, de 1801 [CCPB 000525095-1] o el *Exercicio angélico de alabanzas a Dios por sus infinitas perfecciones y atributos*… [CCPB 000522693-7].

[26] Desde la imprenta de los Hidalgo se tiraron las siguientes cabeceras: el *Diario histórico y político de Sevilla* desde el 1 de septiembre de 1792 al 1 de marzo de 1793 [María ROMÁN, «José de la Croix, barón de la Bruère. Desde Valencia a su Diario Histórico y Político de Sevilla (1790-1793)», *El Argonauta español*, 9 (2012), <https://argonauta.revues.org/1357>c (Última consulta: julio de 2017)]; el *Correo de Sevilla, literario y económico*, desde el 1 de octubre de 1803 hasta el 28 de mayo de 1808 [CCPB 001113999-4]; la *Gaceta Ministerial* de Sevilla entre el 1 de julio de 1808 y el 10 de enero de 1810; el *Espectador Sevillano* entre el 2 de octubre de 1809 y el 29 de enero de 1810 [Manuel MORENO, «La Gaceta afrancesada de Sevilla», *El Argonauta español*, 9 (2012), notas 3 y 5, <http://argonauta.revues.org/1473> (Última consulta: julio de 2017)].

[27] Uno de los últimos títulos salidos bajo este pie de imprenta fue el *Catecismo histórico*… de Claude FLEURY [CCPB 001002962-1].

mismo año de la muerte de su padre, pudiera acceder a la mayoría de edad legal —que la legislación de la época situaba entre los veinte y veinticinco años—[28] y poder con ello administrar su herencia. El nuevo socio industrial de la familia Hidalgo será Manuel de Aragón, un impresor sevillano de segunda fila activo entre 1814 y 1822, pero más conocido por ser el abuelo materno de Francisco de las Barras, un naturalista y figura pública sevillana (1869-1955).[29] Tal asociación la recogía su nieto en un trabajo publicado en 1942 aunque las noticias de las que disponía eran algo vagas:

> Don Manuel de Aragón y Bravo, quien en los albores del siglo XIX fundó en Sevilla, en sociedad con Don Eduardo Hidalgo, de Sanlucar de Barrameda, una librería e imprenta con litografía y todos los accesorios de las artes gráficas que fue la mejor de su tiempo en la región andaluza. Este establecimiento, situado en la calle Génova, llevaba la razón social de Hidalgo, Aragón y compañía. Conservó la primacía, pues, durante muchos años en Andalucía, era uno de los mejores de España. En él se tiró la gaceta cuando la retirada de las Cortes en el año 1823.

Ni la asociación fue con Eduardo, continuador del negocio en la segunda mitad de ochocientos, sino con su padre, José, ni tampoco se fundó «en los albores del siglo XIX» sino a mediados de la década de 1820. Si recoge, en cambio, la importancia de este establecimiento al referir que «conservó la primacía, pues, durante muchos años en Andalucía, era uno de los mejores de España». En otro trabajo aportaba algunos datos más sobre la gestión de su abuelo al frente de esta imprenta:

> … desarrolló de un modo completo la industria editorial, pues no sólo estableció la imprenta y librería, sino también creó un magnifico taller de litografía y otro de encuadernación. Llegó a fundir los tipos que al principio venían de fuera, creo que del extranjero, y también allí se hicieron estereotipias. Con arreglo a su tiempo era uno de los primeros establecimientos de su género en España y el primero al sur de la Península.

Eduardo Hidalgo, hijo de José, se hizo cargo de la imprenta y librería a finales de la década de 1840 si bien parece que su intervención consistió en ser el socio capitalista puesto que se dedicó por entero al negocio bodeguero familiar en Sanlúcar. Bajo la firma «Imprenta de Eduardo Hidalgo y Compañía» encontramos impresos de esta taller hasta los años ochenta. Tras el fallecimiento de Eduardo en Sanlúcar de Barrameda, en diciembre de 1889, la gestión de la imprenta y la librería de Sevilla pasaron a un hijo suyo, Manuel,

---

[28] Isaac RAVETLLAT, «¿Por qué dieciocho años? La mayoría de edad civil en el ordenamiento jurídico civil español», *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 49 (2015), pp. 131-135.

[29] Citamos a partir de VALIENTE, *El legado*…

el último de los Hidalgo en ver unido su nombre al negocio editorial. Bajo su nombre encontramos impresos —con predilección por la edición de obras teatrales contemporáneas— en los primeros años del siglo XX.[30]

Los corresponsales de José Hidalgo

La lectura de la correspondencia de Hidalgo nos acerca a un aspecto fascinante del comercio del libro, la existencia de redes de profesionales del libro en distintas localidades unidos por el intercambio de información comercial y la compra-venta de libros y otras mercancías a media-larga distancia, pero que en España apenas se ha podido abordar debido a las limitaciones documentales, no solo por la desaparición de casi todos los archivos privados sino también por la ausencia de registros fiscales que midan el comercio interior de impresos debido a sus tempranas exenciones en el pago de impuestos.[31]

La existencia de un intercambio epistolar fluido jugó un papel crucial en la construcción de estas redes del comercio del libro aunque resulta complicado fechar la extensión de su empleo. A grandes rasgos observamos que para las últimas décadas del siglo XVI este medio de comunicación ya era corriente entre los grandes importadores de libros frente al protagonismo del factor (el representante comercial) o de la visita en persona que habían caracterizado los contactos desde época incunable[32]. Pero será en la siguiente centuria cuando se convierta en una herramienta habitual para las principales librerías de provincias.[33] Ya en esta época tener correspondencia con libreros

---

[30] El último impreso conocido de este taller (Manuel MARTÍN, *Sevilla por el dogma de la pureza original de Nuestra Señora la Virgen María*) data de 1906 [CCPB 000996915-2].

[31] La mejor fuente hasta ahora para conocer los contactos de libreros e impresores con otros profesionales han sido las relaciones de deudas a favor y en contra reconocidas en inventarios de bienes junto con diversas obligaciones de pago. Lo comprobamos en María José OSORIO, María Amparo MORENO, Juan María de la OBRA, *Trastiendas de la cultura: Librerías y libreros en la Granada del siglo XVI*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 124-136. Los procesos judiciales en que se ven participes estos profesionales del comercio del libro son también una buena fuente en este sentido. Por ejemplo, José María TORRES, «Juan Pedro Musete, mercader de libros, en Medina del Campo», *Revista General de Información y Documentación*, 17/1 (2007), pp. 81-94.

[32] Así lo indican algunas referencias aisladas. Para la década de 1590 un librero de Medina del Campo, Ambrosio Duport, reconocía haber «escrito por muchas cartas» a su proveedor en Lyon. Anastasio ROJO, «El negocio del libro en Medina del Campo. Siglos XVI y XVII», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 7 (1987), p. 23.

[33] Un buen ejemplo lo encontramos en Dionisio García, la figura más sobresaliente del comercio del libro en Burgos en las últimas décadas del siglo XVII. En su testamento remitía a los herederos a las cartas escritas por Gabriel de León a su negocio si querían saber el estado actual de su crédito con este mercader de libros madrileño. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE BURGOS (AHPB). Protocolo de Agustín Pando de Villar, 6738, 18 de agosto de 1677, ff. 369-372.

de la corte madrileña y de otros grandes centros editoriales suponía contar con la confianza de estos proveedores en la solidez financiera de tu negocio y en tus habilidades comerciales. De ahí se derivarían una serie de ventajas (como el acceso a información privilegiada, aplazamiento de los pagos o crédito en las compras) que explican las dudas de los hijos de Juan Bellero, un afamado librero sevillano, cuando en 1642 se vieron en el brete de liquidar el negocio familiar y arriesgarse a que con este reparto se perdiera su red de contactos con el extranjero, la cual, a fin de cuentas, valía en términos económicos casi tanto o más que su fondo de librería.[34]

Durante el siglo XVIII la generalización del contacto epistolar entre la librería española para resolver sus asuntos comerciales era ya un hecho.[35] No obstante, y al igual que en el siglo anterior, existían notables dificultades para aquellos libreros de provincias que deseaban iniciar «correspondencia» con los libreros mayoristas de Madrid y otras localidades pero que carecían de un fuerte respaldo financiero o de antecedentes familiares en el negocio.[36]

Número, identidad y localización de los corresponsales

Para conocer la red comercial creada a partir de la correspondencia de José Hidalgo hemos empezado por intentar determinar la importancia de cada centro editorial en base a la cantidad total de cartas escritas desde cada uno. De forma paralela nos hemos interesado por el número de corresponsales de Hidalgo existentes en una u otra ciudad así como por las fechas en que se produjo este contacto. Finalmente nos hemos interesado por la trayectoria de los distintos corresponsales de Hidalgo.

---

[34] Delia BALBONTÍN, «Los Bellero, libreros en Sevilla de origen flamenco» en Juan José Iglesias, José Jaime García, *Andalucía en el mundo atlántico moderno: Agentes y escenarios*, Madrid, Sílex, 2016, p. 757.

[35] La existencia de una comunicación epistolar continuada con otros centros editoriales parece ser común entre los libreros e impresores activos en Pamplona durante el Setecientos. ITÚRBIDE*, Los libros de un Reino*…, pp. 381-382.

[36] Como vemos a través de Baltasar de Manteli, un emprendedor encuadernador de Vitoria que, en 1781, logró el apoyo financiero de la Real Sociedad Bascongada para iniciar el trato con «Libreros de Francia ô Holanda, para que le surtan de Libros en papel y con ellos poner una libreria bien surtida» Julio-César SANTOYO, *La imprenta en Álava: Historia, obras, documentos (El siglo XVIII)*, Vitoria, Caja de Ahorros de Vitoria y Álava, 1995, I, p. 250.

Tabla 1. Localización de los corresponsales de Hidalgo

Localidad	Número de cartas	Número de corresponsales	Cronología de la correspondencia
Madrid	8	5	1811-1814
Valencia	5	3	1809-1814
Cádiz	3	3	1809-1814
Valladolid	2	1	1814
Málaga	1	1	1814
Córdoba	1	1	1808
Écija	1	1	1814

Es evidente que los anteriores valores están viciados por la pérdida de mucha documentación así como por la interrupción del contacto a raíz de la invasión francesa. Pero invitan a ciertas valoraciones. Más de la mitad de las cartas recibidas por Hidalgo procedían de Madrid o de Valencia. Este hecho era esperable dado que ambas poblaciones se habían afianzado a lo largo del XVIII como las cabeceras de la edición española en la compañía de Barcelona.[37] La ausencia de la ciudad condal entre la correspondencia de Hidalgo (u en otras referencias manejadas) sorprende dado que nuestro librero tampoco tenía otra vía —como la intermediación de un librero mayorista de otra ciudad— para acceder a las atractivas ediciones barcelonesas. Por otra parte, el protagonismo madrileño (y, en menor medida, también valenciano) se ve corroborado por el alto número de contactos habituales de Hidalgo existentes en estas dos poblaciones (5 y 2) frente al solitario corresponsal que caracteriza al resto de centros editoriales. Como veremos más adelante, cuando estudiemos varios pedidos de nuestro librero, la principal función de los contactos madrileños de Hidalgo (y también de algunos establecimientos de Valencia) consistía en suministrar las últimas novedades editoriales. La especialización de Madrid en el comercio mayorista del libro se reforzaba con la intermediación que una parte de sus libreros jugaban en la redistribución comercial por buena parte de España de algunos títulos recientemente impresos en provincias.

Hidalgo, aunque mantenía relaciones con cuatro o cinco profesionales del libro de la capital, recurría de manera preferente a la Viuda de Barco, una consolidada firma dentro de la librería madrileña,[38] para proveerse de

[37] François LOPEZ, «Geografía de la edición. El comercio interior y exterior» en Infantes, *Historia de la edición*…, pp. 342-343.

[38] Plácido Barco López, natural de Hontoba (Guadalajara), aparece al frente su propia librería en Salamanca entre, al menos, 1775 y 1782. Así lo indican distintos anuncios en la prensa de la época: *Mercurio histórico y político*, Madrid, Imprenta Real, diciembre de 1775, p. 427; Ibídem, noviembre de 1782, p. 310. Al parecer el traslado de Plácido a Madrid se debió a su matrimonio con la viuda de un conocido tipógrafo madrileño, Manuel Martín,

novedades editoriales salidas de distintos talleres madrileños. Se puede decir que los Barco eran los representantes comerciales de nuestro librero porque, además de acaparar el grueso de libros encargados por Hidalgo, se ocupan de dar salida a la (escasa) producción editorial del sevillano;[39] de adquirir en su

lo que conllevó que Barco pasará a gestionar los negocios del difunto. En la publicidad de una obra salida de este taller [Ibídem, noviembre de 1782, pp. 311-312] se recoge el cambio de titularidad: «Se hallará en la Imprenta y Librería de Manuel Martín, que ahora posee Plácido Barco, calle de la Cruz». Al igual que su predecesor también se especializó en la edición de títulos de consumo popular (literatura devocional, de entretenimiento y obritas para el aprendizaje básico) que comercializaba en Madrid y en provincias al por mayor. Así ocurre con una falsificación de la cartilla de Valladolid impresa en su taller, la cual, como declaraba el mismo Barco, en 1785, «ha vendido a mano en su casa, a diferentes personas, y en varias porciones que se lo han pedido, a excepción de una resma que envió a la ciudad de Logroño, a poder de Miguel Aigar [Aymar], librero en ella, y otras dos resmas a Julián Franco de Alora, vecino de Ronda, también librero». AHN. Consejos, 5549, exp. 31, ff. 320-323. Tras el fallecimiento de Plácido (el 19 de enero de 1803) el negocio continuó a nombre de su viuda, María Razola, aunque la gestión cotidiana correría a cargo de un sobrino político, Luis Viana Razola. Antonio RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Catálogos de libreros españoles (1661-1840)*, Madrid, Imprenta Langa, 1945, pp. 65-66. Otras informaciones sobre los Barco en Manuel MORÁN, *Editores, libreros e impresores en el umbral del Nuevo Régimen,* Madrid, CSIC, 2011, pp. 15-16 y en LARA, *La Real…*, pp. 511, 531-532, 539.

[39] La diferencia entre el valor de los encargos recibidos desde otros centros editoriales y los comercializados por Hidalgo a través de su red de contactos (entre 1805 y 1814 solo conocemos dos títulos) fue siempre deficitaria al librero sevillano, más interesado, por lo que toca a su taller, en satisfacer encargos particulares y en editar títulos de consumo popular, que comercializaba a nivel regional mediante la venta ambulante [así lo vimos en Alberto GAMARRA, «Los «invisibles» del comercio del libro: Perfil de varios vendedores ambulantes de impresos en el XVIII», *Titivillus*, 3 (2017), pp. 108-112]. El primer título editado por Hidalgo (que conozcamos) fue una traducción desde el francés: Charles Yves COUSIN, *Historia del general Moreau hasta la paz de Luneville… traducida al castellano por D.J.M.D.*, Sevilla, Viuda de Hidalgo y Sobrino, 1805 [CCPB 000396927-4]. La publicación de esta obra en España (editada por vez primera en París, en 1801) se debe al interés que suscitaba en aquellos momentos el general Moreau. Héroe de las guerras de la República, su supuesta implicación en un fracasado complot para restablecer la monarquía en Francia (en 1804) acabó forzando su exilio en Estados Unidos. Entremedias —julio y agosto de 1805— permaneció en España buscando pasaje [*Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Barcelona, Hijos de J. España, s.a., XXXVI, p. 967-968]. Aunque desconocemos la tirada original de la impresión de Hidalgo (quizás unos 1500 ejemplares) si sabemos que una parte importante fue enviada a la Viuda de Barco para que la vendiera en la capital y la distribuyera entre sus corresponsales. Uno de estos redistribuidores fue el valenciano Salvador Faulí, gracias al cual conocemos estos datos [BNE. R/62732, ff. 25-26, 29 de marzo de 1814]. En junio de 1806 este librero recibió desde Madrid 300 ejemplares en rústica. La mitad de ellos fueron despachados, una vez más, a dos contactos propios de Faulí: la librería de Yagüe, en Zaragoza, con 50 unidades; y la de Sierra, en Barcelona, con 100. Los otros 150 ejemplares restantes se destinaron a la venta minorista (con un comisión del 6% sobre el precio de venta acordado) en la tienda de Faulí, quien, para potenciar su venta, incluyó un anuncio en el *Diario de Valencia*. La biografía de Moreau no gozó de gran éxito entre los lectores valencianos; para 1814, casi diez años después, poco

nombre material de imprenta y otros materiales (como pergamino);[40] y sirven también a nuestro librero de puente con otros profesionales del libro madrileños.[41]

El segundo contacto de Hidalgo en la capital, en relación con el número de referencias en la correspondencia y la importancia de su comercio, fue otra librería mayorista, la de la Viuda de Quiroga. Fundada por Manuel Losada y Quiroga en los primeros años ochenta (la primera alusión localizada en la prensa es un reseña de 1785)[42] se localizó durante mucho tiempo en la calle de la Concepción Jerónima. Años más tarde, en 1800, se trasladó a la calle de las Carretas. Tras el fallecimiento de Quiroga, en 1809 o 1810,[43] el establecimiento pasó a manos de su viuda, Isidra Minutria, bajo cuya firma

más de la mitad se habían vendido. Otra obra editada por Hidalgo, un manual de táctica militar impreso en Córdoba (en 1809), conoció parecida distribución aunque es peor conocida. De la tirada inicial de millar y medio de ejemplares sabemos que más de mil unidades del mismo (635 encuadernadas en rústica y otras 500 en rama) fueron remitidas a Hidalgo. Otras 300 (también en rústica) fueron enviadas directamente a Madrid bajo la dirección de la Viuda de Barco. Ibídem, ff. 15-16, 17 de octubre de 1808.

[40] Sabemos de este tipo de adquisiciones por una carta de la Viuda de Barco en noviembre de 1812. Por ella se informaba a Hidalgo que la nueva fundición de tipos de imprenta encargada en un taller de la capital les iba a ser entregada esa misma semana. Igualmente, en el envío de libros que acompañaba esta carta, se incluía un «libro de muestras de letras» (una suerte de catálogo publicitario) por si, suponemos, quería hacer nuevos encargos de este tipo. BNE. R/62732, ff. 23-24. Conocemos otros envíos en los siguientes años. En octubre de 1813 una carta sin firma (pero que creemos de los Barco) recordaba a Hidalgo que dentro de un envío de libros dirigido a otro impresor de Sevilla, Bartolomé Manuel Caro, se había incluido su «tortita de las versales de entredos». Ibídem, ff. 30-31, 22 de octubre de 1813. En una carta escrita por el propio Hidalgo a la Viuda de Barco —que creemos de 1814— se recogía el encargo de «2# pliegos de entredós redondo y ½ de cursiva de Pradell muestra num.º 12, y otros dos y medio pliegos de atanasia ojo de lectura gorda nº 7, del mismo Pradell». Ibídem, ff. 12-13. A este último encargo de fundiciones de letras y novedades editoriales se añadía la petición de buscar «Algún pergamino de Zaragoza o de Segovia los rollos que se pueden conseguir bueno o mediano».

[41] Este rol de mediación cumplido por la Viuda de Barco entre Hidalgo y otros profesionales madrileños se aprecia en un envío que esta casa hizo a Sevilla en noviembre de 1812. Junto a una serie de títulos remitidos por este proveedor aparecen dos «paquetillos» de la librería de Quiroga y de la imprenta de Ibarra. Similar situación se vive a principios de 1814 cuando la Viuda de Barco incluye en otro envío «varios libros del señor Burgos» en referencia al antiguo administrador del negocio de los Ibarra. En esta última carta de la Viuda de Barco también se hace referencia a que otro librero de la capital, Lorenzo Millana, se había comprometido con ellos a dejarles unos ejemplos de tarjetas de visitas, un artículo de papelería que fabricaba por su cuenta [véase su anuncio en *DM*, Madrid, s.i., 6 de agosto de 1810, pp. 187-188] y en cuya adquisición Hidalgo había mostrado interés.

[42] *MCM*, Madrid, Imprenta Real, agosto de 1789, p. 447.

[43] La desaparición de Quiroga en esta fecha queda atestiguado por los anuncios de prensa en los que empieza a aparecer su viuda. Por ejemplo, *DM*, Madrid, s.i., 17 de marzo de 1810, p. 203.

permanecería abierto hasta 1839.[44] Este establecimiento fue conocido durante muchos años por su especialización en la literatura ligera («un gran surtido de Comedias, Tragedias, Autos, Saynetes y Entremeses» recogía uno de sus primeros anuncios),[45] unos impresos que editaban por su cuenta o que obtenían de talleres de Salamanca y Barcelona.[46] Esta atención a títulos de consumo popular no impidió (al igual que en el caso de la Viuda de Barco o, en un nivel inferior, el del mismo Hidalgo) que la librería de Quiroga mantuviese un fondo bastante variado de libros españoles y extranjeros.[47]

Esta duplicidad en la oferta de Quiroga se advierte en la única carta conocida suya —en junio de 1814— de las muchas que intercambiaría con Hidalgo. Gracias a ella sabemos que para noviembre de 1811 (fecha en que se produjo un envío de varios libros a Sevilla) ambas casas ya mantenían una relación consolidada. No obstante, la Guerra de la Independencia bloquearía los contactos hasta agosto de 1813 —con un Madrid ya libre de tropas francesas— cuando la Viuda de Quiroga envió a Hidalgo una actualización de respectivas deudas. El sevillano, por su parte, esperaría hasta la primavera de 1814 para realizar otro encargo de libros. Este se realizó de forma escalonada a través de tres cartas enviadas a Madrid el 26 de marzo, el 6 de abril y el 21 de mayo. Del contenido de estos sucesivos pedidos (que costaron la elevada cifra de 1508 reales) solo sabemos que una parte destacada eran comedias —una especialidad del proveedor—, había posiblemente también algunos grabados, y que el resto eran libros varios.

Por otra parte, el nivel de profesionalidad de la viuda de Quiroga para proveer los títulos solicitados desde Sevilla (entendemos que a partir de sus propias existencias y/o mediante la compra o intercambio con compañeros del gremio) queda demostrado por dos hechos: el primero, que en su búsqueda de novedades únicamente se le resistieron una estampa con un retrato —que no se había publicado— y dos obras de farmacia agotadas;[48] el

---

[44] MORÁN, *Editores*…, p. 15.

[45] *Diario curioso, erudito, económico y comercial* (DCEEC), Madrid, Imprenta de González, julio-septiembre de 1786, p. 6.

[46] Por ejemplo, una comedia de Joseph Julián de CASTRO, *Mas vale tarde que nunca*, impresa en Salamanca, en 1792, y que especificaba en su pie de imprenta que se vendía en la librería de Quiroga [CCPB 000321288-2]. Igual situación se vive con muchas comedias y otras obras semejantes impresas en Barcelona, a partir de los noventa, en el taller de la familia Piferrer y en el de Carlos Gibert [CCPB 000332795-7, 000657443-2].

[47] Gracias a una carta enviada por este librero a Bodoni, un prestigioso impresor de Parma (Italia), sabemos que Quiroga deseaba proveerse de algunos de sus libros. En este mensaje también refiere haber adquirido la rica biblioteca del conde de Floridablanca. Pedro M. CÁTEDRA (ed.), *Carta de Manuel Losada y Quiroga a Giambattista Bodoni de 1798-07-14*, en Biblioteca Bodoni, <http://bibliotecabodoni.net/carta/1798-07-14-quiroga-bodoni> Consulta: julio de 2017.

[48] La primera obra que no pudo ser encontrada era la de Gregorio BAÑARES, *Filosofía farmacéutica*…, Madrid, Imprenta Real, 1804 [CCPB 000324771-6]. Poco tiempo después del encargo de Hidalgo se publicaría una segunda edición (Madrid, 1814) para cubrir la

segundo, que el 6 de junio —apenas dos semanas después del último mensaje de nuestro librero— ya había confiado el pedido a un transportista conocido como el «tío Gregorio» para que lo condujera hasta Sevilla.

La Viuda de Quiroga también sirvió a Hidalgo como intermediaria en sus tratos con los editores madrileños de distintas publicaciones periódicas nacidas al calor de la libertad de imprenta (*El Procurador General de la Nación y el Rey*, *El Universal*, *El Redactor General de España*, *El Conciso*). Gracias a ello Hidalgo podía ofrecer a su clientela la posibilidad de suscribirse desde su establecimiento a uno de estos diarios aunque no tuvo mucho éxito pues solo recogió 24 suscripciones entre todos. La carta de la Viuda de Quiroga también nos informa de la relación indirecta que Hidalgo estableció a través de su negocio con Santiago Minutria, un librero madrileño con el que mantenían vínculos familiares. La relación con este último (aunque se conserve una carta de 1814)[49] tuvo poca importancia pues no implicó la adquisición de libros ni la prestación de otros servicios más allá de facilitar a Hidalgo unos suplementos del periódico *El Procurador general* publicados desde el 1 de febrero al 31 de mayo —por valor de 228 reales— así como el de remitir a los suscriptores de la librería sevillana los números de *La Abeja Madrileña*.

El último contacto profesional de Hidalgo en la capital fue un impresor, Miguel de Burgos, ocupado por aquellos años en administrar el taller de los sucesores de Ibarra.[50] A diferencia de la Viuda de Quiroga o de la Viuda de Barco, librerías mayoristas que negociaban con un surtido nutrido de diferentes imprentas, Burgos se dedicó a comercializar, única y exclusivamente, con el fondo de sus patrones. Las relaciones se iniciaron en 1811 debido al interés de Burgos por «entablar correspondencia con una casa de crédito tan recomendable» como la de Hidalgo.[51] A tal fin no se dirigió directamente al librero sevillano por carta —como es el caso de otros libreros en parecidos lances— sino que Burgos prefirió sondear la recepción de su propuesta por medio de conocidos comunes. Por parte del impresor de

falta de ejemplares de la primera [CCPB 000080856-3]. El segundo título, nombrado como el «Plenk», era el de Joseph Jacob von PLENCK, *Farmacologia quirúrgica*…, Madrid, Villalpando, 1805 [CCPB 000303558-1]. Fue reeditado nuevamente en Madrid en 1819 [CCPB 000302079-7].

[49] BNE. R/62732, ff. 46-47, 1 de marzo de 1814.

[50] Poco se sabe todavía de Burgos. Una crónica muy posterior, escrita por un asistente a una de sus tertulias (en 1835), lo hace natural de un pueblo riojano. *Revista contemporánea*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, julio-agosto de 1883, pp. 129-132. En 1814 se encontraba al frente de su propia imprenta en la calle de los Preciados. *DM*, Madrid, Imprenta del Diario, 22 de agosto de 1814, p. 211. En algún momento de los años veinte o principios de los treinta viajó por Inglaterra y Francia para estudiar sus adelantos en materia tipográfica. También sostuvo una discreta actividad como autor y traductor. Falleció el 30 de enero de 1846 siendo recordado como «uno de los más antiguos y acreditados impresores». *El Español*, Madrid, Imprenta de El Español, 3 de febrero de 1846, s/p.

[51] BNE. R/62732, ff. 21-22, 23 de noviembre de 1811.

Madrid fungió como intermediario un amigo suyo, Ramón Tamayo y Calvillo, un oficial de la Armada aficionado a la traducción de obras francesas y a la redacción de otras propias, la mayoría publicadas en el taller de Ibarra y luego en el del propio Burgos.[52] Según parece Tamayo tenía cierto trato con un racionero de la catedral de Sevilla, Ángel María de Guzmán,[53] quien fue el que finalmente trasmitió el mensaje a Hidalgo.

Desconocemos los términos exactos de la propuesta, que fue del agrado de Hidalgo, aunque a la vista de ciertos indicios (especialmente que Burgos insistiera a qué precio se debían vender sus producciones así como la ausencia de especificaciones sobre la manera de pagar los libros enviados) todo apunta a que nuestro librero aceptó dar salida a través de su local a las novedades que fueran saliendo del taller de Ibarra a cambio de una comisión sobre el precio de venta. Otra alternativa de pago podría haber sido un intercambio de publicaciones entre ambos profesionales pero la hemos descartado por la falta de evidencias y, sobre todo, porque la edición de novedades por Hidalgo fue casi nula. El primer fruto de este acuerdo (5 títulos, impresos en el taller de los Ibarra entre 1806 y 1811, repartidos entre 138 ejemplares)[54] fue enviado por Burgos a la capital hispalense al poco de conocer por carta la respuesta afirmativa de nuestro librero. Nuevos envíos de ediciones recientes de los Ibarra se producirán —incluidos en otros encargos satisfechos por la Viuda de Barco— en noviembre de 1812 y en enero de 1814 aunque no debemos descartar otros de los que no ha quedado constancia. Gracias a la otra carta conservada de Miguel de Burgos conocemos el contenido del primero: 200 unidades, sin encuadernar, repartidos a partes iguales entre la «Instrucción

---

[52] Ramón Tamayo aparecía en 1804, en calidad de alférez de navío, adscrito al Estado Mayor de la Armada. *Estado militar de España. Año de 1804*, Madrid, Imprenta Real, s.a. pero 1803, p. 195. Su primera producción literaria fue la adaptación al castellano de Francesco ALGAROTTI, *Cartas del conde Algarotti sobre la Rusia*, Madrid, Imprenta Real, 1807 [CCPB 000075106-5]. En 1812 salía otra traducción: *Teofilo de Solincour, ó, La virtud sacrificada*, Madrid, Ibarra, 1812 [CCPB 000680623-6]. Se conoce también otra traducción: *El Conde de Corke llamado el Grande, ó El hombre que no conoce el arte de la intriga*, Madrid, Miguel de Burgos, 1814 [CCPB 000569515-5]. De su propia escritura se saben tres títulos: *La Amalia ó Cartas de un amigo á otro residente en Aranjuez*, Madrid, Ibarra, 1811-1812 [CCPB 000308694-1]; *Las costumbres del día, comedia en tres actos*, Madrid, Ibarra, 1812 [U.C.M. BIBLIOTECA HISTÓRICA MARQUÉS DE VALDECILLA FOA 8846] así como tres elogios fúnebres en memoria de altos cargos de la Armada publicados entre 1815 y 1832 [CCPB000351789-6, 000351790-X, 000471033-9].

[53] Guzmán ya ocupaba este cargo en 1804. *Guía del estado eclesiástico seglar y secular… para el año de 1804*, Madrid, Imprenta Real, s.a. pero 1803, p. 97.

[54] De uno de estos títulos, *El arte amatorio*, de Publio OVIDIO (Ibarra, 1811), Miguel de Burgos ensalzaba en su carta que «ha tenido bastante aceptación, tanto por la exactitud de la traducción, cuanto por la parte tipográfica, que me encarecen». Como vemos a través de estas palabras la participación de este impresor sobrepasaba los aspectos técnicos (de los que, no obstante, mostraba el orgullo de un propietario) para entrar en criterios de selección editorial.

familiar sobre la sociedad civil» y un «papel en 4.º sobre Diezmos».[55] Cada ejemplar del primero, especificaba Burgos, debía venderse a 4 reales mientras que el segundo lo sería a 10 cuartos (poco más de un real de vellón). El coste del envío ascendería entonces a unos 525 reales.

Valencia representaba una pieza clave dentro de la red de aprovisionamiento de nuestro librero. Este destacado papel en la correspondencia de Hidalgo era resultado tanto del atractivo de su producción editorial (debido a la novedad de sus contenidos y a sus competitivos precios) como de sus bien provistas librerías. Además la localización de esta localidad en la fachada levantina lo convertía en estos años en un paso casi obligado para redistribuir la producción de otros centros editoriales por Cataluña y Aragón (como hemos comprobado con la comercialización de la *Historia del general Moreau*). Los contactos de nuestro librero con este centro editorial aparecen monopolizados por dos importantes libreros, Salvador Faulí y Pedro Mallén.

El primero había continuado desde finales del XVIII con el negocio de librería, encuadernación e imprenta abierto por su progenitor (también llamado Salvador) en la década de 1740.[56] Su relación comercial con Hidalgo (atestiguada por tres cartas) [57] se fundamentaba en la venta por parte del valenciano del stock de la imprenta familiar aunque también fue aprovechada por ambos, de forma secundaria al aprovisionamiento de libros, para el intercambio de información comercial y la satisfacción de pequeños encargos.[58] A través de dos envíos de libros conocidos, que estudiaremos más

---

[55] BNE. R/62732, f. 61, 20 de noviembre de 1812. Hemos identificado el primer título con José SABAU, *Instrucción familiar, política y moral sobre el origen, naturaleza, propiedades, derechos y obligaciones de la sociedad civil…*, Madrid, Ibarra, 1812 [CCPB 000350564-2]. Del segundo no parece haberse conservado ningún ejemplar.

[56] Sobre el primer Faulí, reconocido como uno de los más destacados profesionales del libro en Valencia en la segunda mitad del XVIII, hay muchas referencias aunque sería de interés un estudio monográfico. José Enrique SERRANO, *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia*, Valencia, Imprenta de F. Domenech, 1898-1899, pp. 144-146 y Nicolás BAS, *Los Orga: una dinastía de impresores en la Valencia del siglo XVIII*, Madrid, Arco Libros, 2005, p. 45. Su fallecimiento en 1796 fue descubierto por Francisco MARTÍ, *Ensayo de una bibliografía valenciana del siglo XVIII*, Valencia, Diputación de Valencia, 1987, II, pp. 908-909 aunque todavía no está claro quien fue su sucesor (nosotros hemos supuesto que su hijo).

[57] BNE. R/62732, ff. 17-18, 29 de septiembre de 1809; ff. 48-49, 1 de marzo de 1814; ff. 25-26, 29 de marzo de 1814.

[58] En la carta de 1809 Faulí encargaba a Hidalgo que le enviase un «corte de botas de los mejor calidad y de los más grandes» que necesitaba para su hermano. También le solicitaba que le remitiera los catorce primeros números de una publicación periódica, el *Seminario Patriótico*, pedidos por un amigo del valenciano. Finalmente Faulí informaba a Hidalgo sobre el estado de varias publicaciones valencianas: «se concluyeron las impresiones de la Guerrilla en 8º, y del Mariana Historia de España 9 tomos. De las muestras [¿de tipos?] de Monforte no tenía hechas su dueño en la actualidad».

adelante, quedan caracterizadas a grandes rasgos las estrategias editoriales de los Faulí: impresiones de pequeño formato que combinaban una buena calidad con precios competitivos.[59] En cuando al contenido la actividad editorial de los Faulí se especializó, por una parte, en la reedición de literatura castellana del Siglo de Oro, con autores bien conocidos como Cervantes o Diego de Saavedra, pero a la vez también rescataron títulos que no habían vuelto a ser impresos desde principios del siglo XVII, como *Corte en aldea y noches de invierno*… de Francisco Rodríguez Lobo (impresa por primera vez en 1622) o *El pastor de Filida*, de Luis Gálvez de Montalvo (aparecida en 1582). No obstante, el grueso de los libros remitidos a Hidalgo (indicando su importancia dentro del fondo) se repartían, por una parte, entre ediciones comentadas de clásicos para uso escolar (las *Fabulas* de Fedro, las de Esopo, Cornelio Nepote, Cicerón, la *Eneida* de Virgilio, etcétera) y, por otra, en títulos devocionales que ya contaban con numerosas ediciones anteriores (como el *Exercicio Quotidiano*; las *Meditaciones para todos los días de la semana*, de fray Luis de Granada; o la *Suma espiritual*… de fray Gaspar de la Figuera) o que se recuperaban para el mercado dado su interés local (caso de una hagiografía de San Vicente Ferrer, el «valenciano apóstol de Europa», publicada originalmente en 1755 y reeditada por Faulí hijo cuando acababa el XVIII).

El segundo corresponsal habitual de Hidalgo fue Pedro Mallén, tercera generación de una dinastía de libreros franceses activos en Valencia desde la década de 1740.[60] Desconocemos cuando esta casa, conocida en su tiempo por la apertura de su fondo a las últimas novedades intelectuales, inició su relación con los Hidalgo aunque esta ya estaba bastante consolidada a la altura de 1809 cuando se produjo un envío de libros por parte de Pedro dentro con un encargo de Faulí. Al igual que su colega valenciano la principal ocupación de Mallén dentro de la red de Hidalgo fue la de proporcionar novedades editoriales al por mayor aunque el perfil de los títulos vendidos es bastante diferente: por una parte, libros y otros impresos salidos de distintas imprentas valencianas (algunos editados por los Mallén); por otra, en menores

[59] Se aprecian estas características en las *Novelas exemplares* de Cervantes impresas —en dos tomos en 8º— por Faulí padre en 1769 y que volvió a reeditar, con pequeñas diferencias, en 1783 y 1797. Todas ellas iban adornadas con seis o siete láminas copiadas de ediciones anteriores de La Haya y Amberes (PALAU, III, nº 53423). A través de un ejemplar de la edición de 1797 [REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE). 21-XI-5/6] hemos comprobado la mediana calidad de esta impresión, con el empleo de buen papel y con una correcta impresión, sin tipos gastados ni otros defectos. En su salida al mercado la última edición valenciana de las *Novelas*… resultaba bastante atractiva en precio pues frente a su más cercana competidora, la impresa por Sancha en 1783, que valía encuadernada en pasta 48 reales y en rústica unos 40 (precios tomados del *Catálogo de los libros impresos en casa de Sancha*…, Madrid, s.i. pero Sancha, s.a.), la de Faulí se vendía por unos 25 y unos 16,5 reales respectivamente (véase el apéndice I de este trabajo).

[60] Esencial Nicolás BAS, «Un soplo de aire fresco: libros franceses en los Catálogos del siglo XVIII de la librería Mallén de Valencia», *Revista General de Información y Documentación*, 23 (2013), pp. 173-201.

cantidades, libros agotados en el mercado o procedentes de otros centros editoriales. Asimismo la temática de estos impresos también cambia: encontramos literatura contemporánea, historia o distintas disciplinas científicas. Tras el paréntesis causado por la Guerra de Independencia la relación entre Hidalgo y esta librería valenciana (ahora bajo la razón de Mallén, Salvá y Compañía) se reanudó en 1813 con el envío, en septiembre de este año, de un nuevo pedido a Sevilla pero del que nada más sabemos.[61]

Las cartas llegadas desde Valencia (en concreto una escrita en 1814 por el librero José Carlos Navarro)[62] también nos ilustran sobre las dificultades que tenían de entrada algunos libreros para lograr introducirse en las redes de otros profesionales del libro y poder disfrutar de sus ventajas. Aunque como hemos visto cualquier ocasión era propicia para iniciar los contactos, sea un tanteo previo mediante conocidos, como Burgos, sea el encargo para un cliente común, como veremos luego con un librero de Cádiz;[63] otros libreros se decidieron por una vía más directa: escribir una carta y exponer sin más rodeos la oferta de sus servicios. Este fue el caso de Navarro (presente en la librería valenciana desde finales del XVIII)[64] cuando escribió por primera vez a nuestro librero de Sevilla buscando, por una parte, interesarle en la compra al por mayor de su fondo de sainetes (para su conocimiento adjuntaba una lista manuscrita que no se ha conservado) mientras que, por otra, se mostraba abierto a «cualquier encargo que guste hacerme en el ramo de libros, señalando en esta ciudad casa solvente donde cobrar». Desconocemos la respuesta de Hidalgo ante esta nueva oferta.

Un segundo escalafón en la red de Hidalgo lo constituyen aquellas poblaciones (caso de Málaga y Valladolid) de las que solo se conocen una o dos cartas para el periodo estudiado. Su posición secundaria se explica porque ambos son centros editoriales de ámbito regional así como por la limitada gama de servicios que prestaban a Hidalgo. La oferta de la mayoría de sus libreros e impresores está enfocada a las necesidades del mercado local y de las regiones colindantes. Ello no impide que el profesional del libro más sobresaliente de cada una de estas poblaciones (figura que suele coincidir con un librero bastante acaudalado, que importa libros desde el extranjero, con antecedentes familiares en el negocio y que combina la administración de su

---

[61] BNE. R/62732, ff. 52-53, 5 de marzo de 1814.

[62] Ibídem, f. 66, 28 de mayo de 1814.

[63] Existían aún así intentos más retorcidos para ganarse la confianza de un gran librero o impresor. En 1761 un modesto librero de Calahorra advertía al propietario de un privilegio sobre un almanaque —el impresor madrileño Antonio Sanz— sobre la aparición de una edición contrahecha. En recompensa por su colaboración dejaba caer la posibilidad de que Sanz —conocido por su amplio fondo de títulos populares— «me remite una minuta de los libros que vuestra merced me puede hacer alguna conveniencia [descuento] y en especial de los de gramática y libros comunes». AHN. Consejos, 5528, exp. 10, f. 127.

[64] Su establecimiento aparece en 1797 como punto de venta de una novena. CCPB 000985571-8.

tienda de librería con la propiedad de una imprenta) pueda comerciar al por mayor con impresiones locales de interés en otros centros editoriales e incluso en las colonias americanas: bien por ser novedades editoriales, bien por ser obras de consumo habitual ofrecidas a un precio competitivo. Pero raras veces el comercio mayorista practicado por estos libreros alcanza el negociar con la producción de otros centros editoriales dado que esta función estaba sobradamente cubierta por la librería madrileña.

La trayectoria de los únicos corresponsales conocidos de Hidalgo en Málaga y Valladolid (Francisco Martínez de Aguilar y los hermanos Santander respectivamente) ejemplifican las características del impresor y/o librero mayorista de provincias. El primer nombre nos conduce a una conocida familia de impresores malagueños a caballo entre los siglos XVIII-XIX.[65] Sus inicios se sitúan con una pequeña imprenta establecida por el patriarca, Francisco, en la década de los cincuenta. A finales de los años ochenta este pequeño negocio se había trasformado (de mano de sus herederos) en una próspera compañía dedicada al comercio de libros extranjeros y nacionales en sus dos librerías (una en Granada y la otra en Málaga) y a la gestión del taller de imprenta. Únicamente una carta —fechada a principios de 1814—[66] ha sobrevivido de las enviadas por Francisco Martínez de Aguilar, un hijo del fundador de esta casa. De ella se deviene una pobre impresión del rol jugado por esta imprenta en la red de aprovisionamiento de Hidalgo pues sus envíos a Sevilla se reducen a folletos («papelotes»), la oferta de material de escritura («vitelas finas de pergamino para escribir y dibujar») así como la venta al por mayor del stock de su taller (como los «4.000 conocimientos» remitidos en enero).[67]

Por lo que toca a Mariano y Raimundo Santander, activos en la ciudad del Pisuerga en el primer tercio del siglo XIX, la valoración que hizo de su negocio un contemporáneo nos evita mayores explicaciones: «Por su mayor caudal y proporciones, la correspondencia con Madrid y fuera del Reyno y el mejor gusto e inteligencia de estos dos amables jóvenes, junta oy a un comercio grueso de libros de todos los géneros una imprenta de las más esmeradas y más bien servidas de Castilla»[68]. El hecho de que estos dos hermanos fueran

---

[65] Andrés LLORDÉN, *La imprenta en Málaga: ensayo para una tipobibliografía malagueña*, Málaga, Caja de Ahorros Provincial de Málaga, 1973, I, pp. 91-95.

[66] BNE. R/62732, ff. 36-37, 24 de enero de 1814.

[67] Podemos identificar estos «4.000 conocimientos» con un modelo de factura o recibo impreso que los herederos de Martínez de Aguilar ofertaban en un catálogo de sus libros hacia 1791 (Hemos manejado el ejemplar de la RAE. R.M. 269). Concretamente, en el apartado de «Libros que se hallan impresos en dicha imprenta», encontramos la oferta de «Conocimientos, o pólizas de Cargos, en Español, Francés e Italiano». Cada mano de este impreso (25 pliegos) se vendía por cinco reales.

[68] Jesús María PALOMARES, *Imprenta e impresores de Valladolid en el siglo XVIII*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1974, pp. 51-53. Otras datos en CRUZ, *Las prensas*…, pp. 419-430.

nietos de Alonso del Riego, un destacado tipógrafo vallisoletano de mediados del XVIII, o que hubieran probado a comercializar su producción en las colonias americanas, son otros matices a tener en cuenta. De la correspondencia sostenida por Hidalgo con los Santander únicamente se conservan dos cartas fechadas en los primeros meses de 1814;[69] no obstante, es bastante probable que la relación entre ambas familias se remontase a finales del Setecientos.[70] A tenor de estos mensajes la relación de nuestro librero con esta casa vallisoletana estaba reducida a la adquisición —en grandes cantidades— de obritas devocionales y educativas reeditadas una y otra vez: «libros de doctrina», «catones» o «exercicios cotidianos».

Las tres cartas que se han conservado con origen en Cádiz —con contenido relativo al comercio del libro— nos situarían a esta población, por número, dentro del mismo nivel que Málaga o Valladolid. Esta impresión, sin embargo, es bastante engañosa dado que esta localidad fue durante el Setecientos la principal puerta de entrada a la importación de libros extranjeros a España.[71] Una parte de las librerías gaditanas (10 en 1757, 20 en 1801), además de satisfacer la elevada demanda local, se especializaron en la comercialización de impresos en las colonias por cuenta propia o como intermediarios de otras plazas. La producción editorial gaditana, por su parte, aunque con un arranque tardío frente a otras localidades, se caracterizó en las últimas décadas del siglo XVIII por el alto número de imprentas —en 1801 trabajaban simultáneamente siete talleres—, por la modernidad temática de sus ediciones («es de destacar el porcentaje de títulos dedicados a la literatura dramática y a los asuntos militares y médicos») y por la sencillez de sus impresiones.[72] Esta prosperidad no ha quedado, sin embargo, reflejada en las tres cartas remitidas desde Cádiz a Hidalgo. Por ella sabemos que esta ciudad, gracias a su posición como cabecera del comercio marítimo y activa plaza mercantil, servía principalmente a Hidalgo para proveerse de pergamino y

---

[69] BNE. R/62732, ff. 44 y 69, 23 de febrero y 29 de mayo de 1814.

[70] Así lo sugiere la aparición en la librería de Hidalgo, con motivo de la inspección que cursó la Inquisición de Sevilla en 1807, de dos ejemplares de un título impreso por los Santander: Gabriel BONNOT DE MABLY, *Elementos de moral … traducidos al castellano por D. Tiburcio Maquieyra Serrador*, Valladolid, en casa de la Viuda e Hijos de Santander, s.a. [CCPB 000069996-9]. AHN. Inquisición, 3731, exp. 147, f. 6. Otro indicio de esta larga relación profesional la encontramos en la primera carta escrita por los hermanos Santander a Hidalgo en la que informaban de que la firma bajo la que venían operando, la «Viuda e Hijos de Santander», se había disuelto debido al fallecimiento de su madre. Pese a este perdida los Santander esperaban que el sevillano se «servirá continuar favoreciendo a esta nueva sociedad que ha sucedido de lleno en los mismos derechos y obligaciones de la antigua».

[71] Pedro RUEDA, «El Catálogo de venta de libros de Manuel Espinosa de los Monteros (Cádiz, 1760)», *Hispania*, 74/246 (2014), pp. 95-122.

[72] Alberto RAMOS, Rafael PARRILLA, *Cádiz: La imagen y la imprenta*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1982, p. 43.

papel, recibir envíos de libros desde Valencia y adquirir impresos menores sobre asuntos de actualidad.

Nuestro librero disponía en Cádiz, de la misma forma que en Madrid con la Viuda de Barco o en Valencia con Salvador Faulí, de un contacto preferente que funcionaba como su agente comercial. Se trataba de Victoriano Pajares Doblado, un acaudalado comerciante de libros nacido en Trijueque (Guadalajara) hacia 1750.[73] Probablemente Pajares se formó como librero en Madrid gracias a vínculos de paisanaje con alguno de los alcarreños que triunfaron en la librería de la capital (como Antonio de Sancha, Manuel Martín o Plácido Barco).[74] Por otro lado, su estancia madrileña queda demostrada por su matrimonio, con poco más de 18 años, en la céntrica parroquia de San Ginés. La primera noticia de su traslado a Cádiz data de 1786, año en que Victoriano aparece al frente de su propia librería en la calle de San Juan.[75] El éxito acompañó a Victoriano en sus negocios pues en 1801 el valor de todo su patrimonio (con la librería como principal activo) se situaba en 300.000 reales de vellón. En aquel entonces el principal proveedor de Pajares era la casa Sancha de Madrid, con la que reconocía tener una deuda de 16.000 reales. Debió fallecer hacia 1826 pues después de este año no volvemos a encontrar referencias a su negocio en la prensa.

La principal referencia al rol cumplido por Pajares dentro de la red de Hidalgo procede una fuente indirecta: una carta del librero Faulí en septiembre de 1809. Por ella sabemos que Pajares, que también mantenía una relación habitual con el valenciano —este lo cita como mi «correspondiente»—, se había ocupado de adjuntar una carta de Hidalgo a una suya propia con destino a Valencia. Asimismo este comerciante gaditano se iba a ocupar, en nombre de Hidalgo, de remitir a Valencia 6.000 reales de vellón en pago de pasados o futuros encargos. El hecho de que Pajares también se responsabilizara de recibir un envío de libros de Faulí llegado por barco, y de remitirlo después a Sevilla, refuerza su posición como principal contacto de nuestro librero en esta ciudad. Por ello lo consideramos como autor de una carta enviada sin firma desde Cádiz en enero de 1810.[76] En ella el anónimo redactor comunicaba a Hidalgo que ya había cobrado una letra suya por valor de 600 reales y que estaba a la espera de otra por valor de 4.000

---

[73] Los siguientes datos están entresacados de dos testamentos de Pajares. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ (AHPC). Protocolo de Salvador Garzón de Salazar, 1067, ff. 106-110, 26 de marzo de 1801 y Protocolo de Cayetano Rodríguez Morán, 5408, ff. 572-575, 27 de noviembre de 1824.

[74] MORÁN, *Editores…,* pp. 12-13.

[75] La tienda de Victoriano era, junto con la de Barco en Madrid, el único punto de recogida del segundo tomo de los *Discursos morales…* de Cesar CALINO. *DCEEC*, Madrid, s.i., 11 de agosto de 1786, p. 175. En 1790 la librería de Pajares se localizaba en la Calle Ancha, centro neurálgico del comercio gaditano. *MCM*, Madrid, Imprenta Real, abril de 1790, p. 559.

[76] BNE. R/62732, f. 19-20, 26 de enero de 1810.

reales. Seguramente una parte de estos pagos se debían a la compra por este corresponsal de pergamino y papel para nuestro librero. Ambos materiales —esenciales en cualquier negocio del libro— eran proporcionados a Hidalgo —vía Cádiz— por un librero e impresor de Tarragona, Antonio Brusi.[77] Poco antes de esta carta se había recibido en Cádiz un pedido de pergaminos, el cual había sido transportado a Sevilla en una lancha por el río Guadalquivir. Respecto al papel encargado a Tarragona se informaba a Hidalgo que todavía no se había recibido ninguna cantidad aunque se le advertía que los precios pedidos por Brusi eran altos en comparación con la oferta existente en Cádiz.

El segundo profesional de Cádiz con el que Hidalgo mantuvo contacto fue Nicolás Gómez de Requena, el último representante de una dinastía de impresores establecido en esta plaza desde finales del siglo XVII.[78] Nicolás estuvo al frente del taller familiar desde 1805 hasta su fallecimiento alrededor de 1820, año en que es sustituido por su viuda en los pies de imprenta.[79] De su relación con el librero sevillano solo ha sobrevivido una carta escrita desde Cádiz el 11 de julio de 1809. Por ella sabemos que existía la costumbre entre ambos profesionales de intercambiar unos cuantos ejemplares de las impresiones que salían de sus talleres para luego, según entendemos, hacer cuentas sobre los vendidos. Gómez de Requena, por su parte, había enviado recientemente a la librería de Hidalgo 100 «operetas» y esperaba poder remitirle, si eran finalmente de su interés, unas «canciones». Estos títulos nos hablan de una línea editorial un tanto pobre al estar concentrada en impresos de poca entidad material y con un contenido popular.

Como hemos visto en los casos de Madrid (con el inicio del trato con Burgos) o de Valencia (con la desaparición de Faulí o el ofrecimiento de José Carlos Navarro como corresponsal) la red de contactos de Hidalgo no era algo fijo en el tiempo. Lo comprobamos nuevamente en Cádiz cuando en 1814 un librero de segunda fila de esta localidad, Carlos del Castillo,[80] aprovechó un

---

[77] Aunque en la carta solo se nombra a este proveedor por su apellido sabemos que se refiere al librero de Tarragona, y no a otro de Barcelona activo en aquellas fechas (también de igual nombre), porque la ciudad condal, al contrario que Tarragona, estaba bajo control francés desde mayo de 1808. Curiosamente, entre las cartas de Hidalgo que estamos manejando, han aparecido dos mensajes de dos papeleros de Capellades (en junio de 1809) dirigidos a este librero tarraconense en que le trasmiten los precios de distintas calidades de papel. El hecho de que estén escritos en catalán y que por ningún lado aparezca referencia a Cádiz y Sevilla nos inclina a pensar que nunca formaron parte del archivo de Hidalgo sino que fueron incorporados por el último propietario de esta colección, Gómez Imaz, al guardar una lejana relación con el mundo de la imprenta. Ibídem, ff. 10-13.

[78] José CEBRIÁN, *D. Luis de Luque y Leyva y sus imprentas. Contribución al estudio de la tipografía gaditana del siglo XVIII*, Jerez de la Frontera, Caja de Ahorros de Jerez, 1985, pp. 20-30.

[79] CCPB 000830333-9, 000202982-0.

[80] Carlos del Castillo había nacido en Espinosa de Bricia (Cantabria) hacia 1767. En 1801 ya tenía abierta en Cádiz una librería en la calle San Francisco. Beatriz SÁNCHEZ, «La imprenta en Cádiz durante la Guerra de la Independencia y su relación con la prensa periódica» en Marieta Cantos, Fernando Durán, Alberto Romero (ed.). *La guerra de pluma.*

encargo de un cliente para ofrecerse en futuros tratos al librero sevillano.[81] A través de una carta daba aviso del envío a nuestro librero de veinte ejemplares del segundo tomo del *Tratado elemental de matemáticas* (Mallorca, Felipe Guasp, 1813) por cuenta de su autor, José Mariano Vallejo. Hidalgo parecía haber tenido trato anteriormente con este matemático pues Vallejo lo hizo encargado de repartir su obra entre tres conocidos de Sevilla (el antiguo diputado José Morales Gallego, el secretario de este, y el latinista Manuel de Valbuena) y de poner a la venta el resto en otra librería hispalense, la de Berard. Castillo finalizaba el mensaje con un ofrecimiento de sus servicios profesionales.

El nivel más periférico dentro de la red profesional de José Hidalgo (mal conocido por la pérdida de documentación) se constituye por aquellas localidades de las que solo se conoce una carta y que, además, no aparecen citadas en el resto de la correspondencia. Los dos únicos ejemplos conocidos se corresponden con dos centros editoriales del occidente andaluz: Córdoba y Écija. El corresponsal de Hidalgo en el primero fue Rafael García Rodríguez y Cuenca, la tercera generación de una familia de impresores activos en Córdoba desde 1734.[82] Según el único mensaje conservado (fechado el 1 de octubre de 1808) Hidalgo había mantenido un contacto profesional bastante frecuente con el cordobés en años anteriores (al menos en los dos últimos) debido a que este último había servido como punto de suscripción de una publicación periódica a la que cita como «Gaceta». Evidentemente, dada la participación de Hidalgo como parte beneficiaria del cobro de suscripciones, el tipógrafo cordobés se estaba refiriendo al *Correo de Sevilla*, cuya edición corrió a cargo de los Hidalgo desde 1803 a 1808. Si hacemos caso a la contabilidad aportada por García Rodríguez se trató de un proyecto periodístico con tirón regional pues solo desde Córdoba se habían recogido para el último año 116 suscripciones anuales (con un beneficio bruto de 4176 reales de vellón). Este cierre contable atestigua también la reciente subcontratación del taller de García Rodríguez, a cuenta de José Hidalgo (cuya imprenta no debía dar abasto en aquellas fechas), para imprimir 1500 ejemplares de un «Tratado de Táctica» hasta ahora desconocido. La urgencia en sacar cuanto antes esta edición (a los trabajadores se les incentivó con propinas) se relaciona con la inesperada demanda de este tipo de obras a raíz de la invasión napoleónica.[83]

Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814), I, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, p. 38. Por su testamento sabemos que en 1807 seguía soltero y que su negocio —que dejaba en su ausencia en manos del encuadernador Luis Terry— permanecía en la misma ubicación. AHPC. Protocolo de Ramón García de Meneses, 4578, ff. 388-391. En 1825 todavía seguía activo. *Diario de avisos de Madrid* (DAM), Madrid, imprenta del Diario, 30 de agosto de 1825, p. 632.

[81] BNE. R/62732, f. 62, 1 de abril de 1814.

[82] Inmaculada CASAS, *Romances con acento andaluz: éxito de la prensa popular (1750-1850)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2012, pp. 92-93.

[83] MORÁN, *Editores…,* pp. 54-55.

El corresponsal de Hidalgo en Écija (al este de Sevilla) era Benito Daza, un modesto impresor (y también librero) establecido en esta localidad desde 1770 o poco antes.[84] Las relaciones comerciales con Daza (conocidas únicamente a partir de una carta del 3 de enero de 1814) parecen de poca monta pues solo se menciona la venta en el pasado de unos «almanaques» (y cuyo pago todavía estaba pendiente). No obstante, la circunstancia de que Daza hubiera traspasado la gestión de su negocio hace años a su yerno —él mismo refiere que «ya no soy impresor, ni mercader de libros»— hace que su papel como corresponsal no sea representativo.

Los encargos de libros

La correspondencia de Hidalgo incluye entre sus cartas la copia de un pedido (a la Viuda de Barco, sin fecha pero alrededor de 1814)[85] más cinco facturas que acompañaron a los pedidos satisfechos por sus proveedores (por parte de Salvador Fauli, uno, y de Pedro Mallén, otro, en 1809; de Miguel de Burgos, en 1811; de la Viuda de Barco, en 1812; de Faulí, en 1814; y, en este mismo año, otro de la Viuda de Barco).[86]

Estos encargos se especifican en la correspondencia mediante una lista de libros incluida siempre al final de una carta. Los asientos de cada libro ofrecen casi siempre la misma información: número de ejemplares, autor y título resumido, formato, número de tomos de que se compone una obra, precio de cada libro (en reales de vellón) y monto total al que asciende la compra de cada título. En algunas ocasiones se presenta al final de esta lista un sumatorio que recoge el valor total del encargo. Otra información adicional que se especifica claramente es si los libros comprados van encuadernados (en rústica, pergamino o pasta) o si se presentan en rama (en «papel»). La gran ausencia dentro de todos estos datos son los referentes al lugar de impresión de cada título, la identidad del taller responsable o la fecha de su edición. Únicamente, como notoria excepción, se detallan en los dos *Quijotes* pedidos a la Viuda de Barco que uno ha de ser el «de la academia impresión de Ibarra» mientras que el otro ha de incluir las «notas de Pellicer».

---

[84] Fernando CALDERO, «La imprenta en Écija en los siglos XVII y XVIII», *Archivo hispalense*, 56/171-173 (1973), pp. 22-23.

[85] La datación de este encargo en 1814 se debe a la aparición entre el resto de títulos pedidos (la gran mayoría eran ediciones madrileñas de la primera década del Ochocientos) de unas «Comedias de Moratin» en dos tomos. Una primera edición, ignorada por la historiografía y de la que no hemos localizado ejemplares, aparece atestiguada como impresa en Madrid, en 1814, por PALAU (V, nº 89299) aunque no cita la fuente. Un anuncio de 1815 nos da mayor información: «Obras que se hallan de venta en la librería de Perez, calle de las Carretas: […] Las 4 comedias el Baron, la Mogigato, la Comedia nueva y el Sí de los niñas, por Inarco Celenio (Moratiu), en 2 tomos en 8.º; también se venderán sueltas». *DM*, Madrid, Imprenta del Diario, 17 de mayo de 1815, p. 545.

[86] BNE. R/62732, ff. 12-13, 17-18, 21-22, 23-24, 25-26, 34-35.

Los asientos que detallan cada encargo se ordenan siempre en base a la materialidad de los impresos: en primer lugar encontramos los libros y folletos para después, en un grupo diferenciado o en las últimas líneas, detallar los grabados o los mapas también incluidos en el pedido. Ya dentro de los registros dedicados a los libros se aprecia una cierta organización interna, bien en base al tipo de encuadernación (o su ausencia), bien en relación de criterios de semejanza temática. Otros tipos de ordenación interna (alfabéticos o en función de valores como el número de ejemplares, idioma, formato o precio) no se contemplan. Comprobémoslo a través de tres ejemplos. En el primero —el pedido de Hidalgo a la Viuda de Barco hacia 1814— se observa como los registros aparecen agrupados exclusivamente en función de su contenido; así encontramos primero dos obras para aprender geografía, seguidamente aparecen dos colecciones de poesía, dos títulos para aprender inglés (una gramática y un diccionario), luego distintas obras literarias, dos tratados militares y una obra devocional. Entremedias de estos subconjuntos (señal de la flexibilidad de esta clasificación) aparecen algunos títulos sueltos de difícil adscripción: la *Ley agraria* de Jovellanos, una *Guía de postas* u otra colección de poesías.

La factura presentada por Salvador Faulí (en 1809) nos ofrece el ejemplo más acabado de este tipo de listas. Los asientos de sus libros se organizan, primero, por el tipo de cubierta (pasta o pergamino). Después, ya dentro de cada tipo de encuadernación, parece existir una clasificación por contenidos aunque el hecho de que la mayor parte del pedido lo compongan títulos devocionales —que se disponen juntos en la lista— hace poco visible esta división. En el tercer ejemplo —una factura de Pedro Mallén en 1809— observamos que sigue una estructura similar a la de Faulí: primero diferencia los registros por tipo de encuadernación (pasta, pergamino y rústica) si bien después, a nivel interno, los pocos títulos incluidos en el encargo hacen que la subdivisión por materias pierda sentido.

Para una comprensión total de estos encargos hemos estructurado su estudio en cuatro grandes apartados. Primero abordaremos el continente de estos pedidos: el número de títulos, el volumen de ejemplares encargados, su formato o la clase de encuadernación (o su ausencia). En un segundo nivel estudiaremos la historia editorial de cada obra incluida en el encargo (su lugar de edición, el taller responsable o la fecha de edición. El valor económico de los encargos (monto total, precio medio por ejemplar) así como una serie de valoraciones sobre los márgenes de beneficios y los descuentos practicados entre libreros centraran el tercer nivel de análisis. En un último nivel, recapitulando todas las conclusiones anteriores, valoraremos el contenido de estos pedidos desde dos perspectivas: una económica (qué temáticas reciben la mayor inversión económica por parte de nuestro librero) y cultural (qué temáticas están mejor representadas a partir del número de títulos o la cantidad de ejemplares).

Para la elaboración de algunas de las siguientes estadísticas, dada la ausencia de algunos datos clave en las facturas de los libros (principalmente

los referentes a su edición y menormente los de formato), hemos tenido que hacer una paciente identificación de los mismos a través de dos instrumentos básicos: el *Catalogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* y el *Manual del librero hispanoamericano*, de Antonio Palau.[87] En la gran mayoría de los casos la identificación bibliográfica ha sido fácil puesto que nos encontramos ante impresiones bastante próximas (por lo que la probabilidad de que hayan sobrevivido ejemplares es muy alta), en castellano y que no han conocido muchas ediciones. En aquellos registros en los que la identificación presentaba problemas (principalmente por existir varias reediciones) hemos optado por escoger aquella más cercana al librero mayorista en tiempo y espacio. En otros casos la participación de uno de los proveedores de Hidalgo como editor en tal o cual título ha primado en su selección frente a ediciones de la misma obra más recientes. Finalmente, con el deseo de reforzar nuestras conclusiones así como el de proporcionar material susceptible de nuevos estudios, hemos transcrito en un apéndice las facturas de los encargos.

Características materiales

Tabla 2. Volumen de los encargos de libros[88]

Proveedor	Número de títulos	Número total de ejemplares	Número medio de ejemplares por título
Faulí (1809)	12	217	18
Mallén (1809)	14	208	15
Burgos (1811)	5	138	28
Vda. Barco (1812)	5	179	36
Faulí (1814)	11	170	15
Vda. Barco (1814)	20	438	22
Media total	11	225	22

A la luz de los datos recogidos (en la tabla 2) un pedido de libros de nuestro librero podía oscilar desde los cinco títulos presentes en el envío de Miguel de Burgos (en 1811) hasta los veinte del encargo de Hidalgo a la viuda de Barco (en 1814). Estas cifras, como todos los extremos, no son representativas dado que el primer pedido solo incluía productos del taller de

[87] Hemos manejado la 2ª edición: Barcelona, Librería Anticuaria de A. Palau, 1948-1977.

[88] Hemos optado por no incluir en esta estadística (y en la siguientes) un envío de libros de la Viuda de Barco realizado en enero de 1814 por ser poco representativo (solo contiene tres títulos) y por realizarse en compañía de los pedidos de otros profesionales del libro cuya contenido no se detalla.

los Ibarra mientras el elevado número del segundo obedecía a la necesidad de reponer un fondo de librería enflaquecido por la parálisis del comercio del libro durante la Guerra de la Independencia. Es la media de todas estas cantidades (unos 11 títulos) la que nos acerca al número más habitual entre estos pedidos (como sucede con los 11 y 12 títulos de Faulí, en 1809 y 1814, o con los 14 de Pedro Mallén).

En lo respectivo a la cantidad de ejemplares incluidos en cada pedido observamos que todos superan el centenar. La cifra media de 225 ejemplares obtenida a partir de estos valores parece bastante razonable si vemos que, con la excepción ya señalada del encargo a la Viuda de Barco, el resto de pedidos se mueven entre los 138 de Burgos y los 217 del primer envío de Faulí.

El número medio de ejemplares por título es el dato que mejor refleja el alcance del comercio practicado por José Hidalgo. Las cifras manejadas (desde un mínimo de 15 ejemplares hasta a un máximo de 36) sugieren que el aprovisionamiento de Hidalgo estaba enfocado a la venta minorista entre su clientela habitual. Estas medias esconden, no obstante, acusadas diferencias internas. En el caso del primer envío de Salvador Faulí vemos como la mayoría de títulos se mueven entre los 6 y 12 ejemplares (algo lejos de la media de 18 ejemplares que manejábamos al principio). Unas cifras bastante realistas que se ven distorsionadas si no advertimos que un solo título de este pedido (el *Exercicio quotidiano*) acapara, con sus 100 unidades, el 46% del total de ejemplares. Similar situación se vive en el segundo envío de Faulí. Frente a una hipotética media de 15 ejemplares por título observamos como la mayor parte de las obras se sitúan entre las 4 y las 12 unidades. El responsable de esta contaminación estadística se encuentra, como en el pedido anterior, en dos títulos piadosos, las *Meditaciones para el Santo Sacrificio de la Misa* y el *Exercicio Quotidiano,* que suman entre los dos 100 ejemplares (casi el 60% del total). Las distorsiones en la media se originan también en la mezcla de productos editoriales (con unas características materiales y un consumo lector bastante diferentes) que se encuentra en algunos pedidos. Un excelente ejemplo lo encontramos en los libros remitidos por Pedro Mallén en 1809. Relacionar cada título (su extensión, el responsable de la edición o la fecha de impresión) con el número de ejemplares del mismo nos lleva a distinguir tres bloques:

1. Con 1 o 2 ejemplares por título nos encontramos una serie de obras ya casi agotados dentro del fondo de los Mallén, bien debido a su antigüedad (como la *Censura de historias fabulosas*, de 1742, o los *Tratados de Arquitectura civil, montea y cantería, y relojes*, de 1794), bien a que proceden del intercambio con otro centro editorial (como cuatro obras de Antonio de Capmany impresas en Madrid entre 1791 y 1805).
2. El segundo grupo, cuyo número de ejemplares se sitúa entre 6 y 18 unidades, se corresponde con cuatro obras (como *Atala* o el *Compendio de materia médica*) editadas por los Mallén en imprentas de Barcelona y Valencia.
3. El último conjunto de obras unidas por un número de ejemplares bastante similar (entre 40 y 50 unidades) se identifica con tres títulos

impresos recientemente en Valencia (caso de la *Exposición de los hechos y maquinaciones*… de Pedro Cevallos) y cuya reducida extensión (menos de 100 páginas cada uno) los sitúa más cerca del folleto que del libro.

Tabla 3. Formato de los libros encargados (por número de títulos)

Proveedor	Folio	Cuarto	Octavo	Desconocido
Faulí (1809)	0 (0%)	1 (8%)	11 (92%)	0 (0%)
Mallén (1809)	1 (7%)	5 (36%)	8 (57%)	0 (0%)
Burgos (1811)	0 (0%)	0 (0%)	5 (100%)	0 (0%)
Vda. Barco (1812)	0 (0%)	0 (0%)	3 (60%)	2 (40%)
Faulí (1814)	0 (0%)	0 (0%)	11 (100%)	0 (0%)
Vda. Barco (1814)	1 (5%)	3 (15%)	16 (80%)	0 (0%)

El estudio del formato de los libros encargados por Hidalgo (remitimos a la tabla 3) prueba algo bien conocido por otras fuentes: el triunfo del octavo y tamaños menores en la edición de la segunda mitad del XVIII y primeras décadas del XIX. La hegemonía de los formatos pequeños (principalmente el octavo), con una representación superior al 80% en la mayoría de los pedidos, es reflejo de la oferta de Hidalgo: obras de lectura habitual, en castellano y sin que su variada temática (antes importante por la tradicional vinculación entre estos tamaños y las lecturas devocionales) determinara el formato pues para estas fechas muchas obras de divulgación científica o literarias se imprimían directamente como libros de bolsillo.[89] La única excepción a este protagonismo del octavo se encuentra en el pedido de Pedro Mallén. La importancia del cuarto y del folio en este encargo (representando ambos más del 40%) se relaciona con la presencia de una serie de obras (tratados históricos, un diccionario, etcétera) en las que la amplitud de su contenido hacía inviable imprimirlas en octavo a menos que su editor hubiera optado por una solución más incómoda para la lectura: dividirlas en varios volúmenes o imprimirlas con tipos más pequeños.

[89] Como demuestra Víctor INFANTES, *Del libro áureo*, Madrid, Calambur, 2006, pp. 143-145.

Tabla 4. Encuadernación de los libros encargados (por número de ejemplares)[90]

Proveedor	Encuadernados				Sin encuadernar
	Pasta	Pergamino	Rústica	Total	Total
Faulí (1809)	127 (66%)	59 (31%)	6 (3%)	192 (88%)	25 (12%)
Mallén (1809)	39 (19%)	5 (2%)	164 (79%)	208 (100%)	0 (0%)
Burgos (1811)	0 (0%)	0 (0%)	88 (100%)	88 (64%)	50 (36%)
Vda. Barco (1812)	5 (45%)	6 (55%)	0 (0%)	11 (6%)	168 (94%)
Faulí (1814)	50 (100%)	0 (0%)	0 (0%)	50 (29%)	120 (71%)
Vda. Barco (1814)	273,5 (62%)	77 (18%)	87,5 (20%)	438 (100%)	0 (0%)

El último aspecto material susceptible de abordarse es la encuadernación. Su estudio nos permite perfilar mejor de qué forma se producían los envíos de impresos en esta época al tiempo que nos introducen en el perfil adquisitivo de los clientes de Hidalgo dado que el tipo de encuadernación influía mucho en el precio final de los libros. El análisis de la tabla 4 arroja una serie de conclusiones. La primera es que la mayoría de los libros se enviaban a Hidalgo ya encuadernados. El hecho de que en los encargos más importantes los libros encuadernados se muevan en porcentajes cercanos al 90% del total de ejemplares demuestra que, frente a lo corriente en los siglos XVI-XVII, época en que los impresos se enviaban a los libreros mayoristas sin encuadernar,[91] a principios del Ochocientos (y seguramente antes) esta era la forma más corriente de transportar los libros. Es evidente que para Hidalgo, a la hora de encargar los libros ya encuadernados, no estaba interesado ni en el ahorro obtenido en el transporte de los libros en rama ni en los beneficios que reportaría encuadernarlos por cuenta propia (clásico beneficio del librero

[90] Unas aclaraciones sobre la obtención de estos datos. En el caso del pedido a la Viuda de Barco (en 1814) la encuadernación de varios títulos llevaba la indicación de que se podían servir en pasta o en pergamino o, también, en rústica o pasta. Para evitar perder información en la estadística al preferir uno de los dos tipos de encuadernación hemos optado por repartir los ejemplares de estos asientos conflictivos entre los dos tipos de cubiertas señaladas. Asimismo, en este mismo pedido, aparecen dos asientos en los que no se especifica la encuadernación (creemos que por olvido del propio librero). Dado que aparecen justo después de un buen número de ejemplares en pasta hemos optado por asignarles este tipo de cubierta.

[91] Manuel José PEDRAZA, *El libro español del Renacimiento: La "vida" del libro en las fuentes documentales contemporáneas*, Madrid, Arco/Libros, 2008, pp. 302, 315; Anne CAYUELA, *Alonso Pérez de Montalbán. Un librero en el Madrid de los Austrias*, Madrid, Calambur, 2005, p. 133.

minorista señalado reiteradamente por la historiografía).[92] Las razones de esta preferencia no están claras aunque podría sugerirse la mayor competitividad de los encuadernadores de los grandes centros editoriales (en calidad y precio) así como el interés del librero por poner a la venta directamente los ejemplares. Por otra parte, la aparición de pequeñas cantidades sin encuadernar dentro de estos encargos se relaciona con el hecho de que los proveedores se surtan de su propio fondo editorial. Así sucede con el primer encargo de Faulí o con el envío de Burgos.

Los pocos encargos en que los ejemplares sin encuadernar —conocidos en estos documentos como «en papel»— son mayoría (el de los Barco, en 1812, y el de Faulí, en 1814) representan una excepción que confirma la norma. En el primero los porcentajes se ven distorsionados porque la mayoría de los ejemplares —el 80%— se corresponden con un impreso formato cartel (una lista oficial de equivalencias monetarias). Mientras, en el segundo, la coincidencia de que casi todos los ejemplares se presenten en rama se debe a las especiales circunstancias que movían a este envío: Faulí, próximo a abandonar el oficio de librero, saldaba con libros de su propio fondo una deuda pendiente con Hidalgo.

En cuanto a los libros encuadernados se observa la existencia de tres tipos estandarizados de cubiertas (pasta, pergamino y rústica) diferenciados por los materiales empleados en su fabricación y por su coste.[93] El primero consistía en «el forro de los libros que se hace de cartones cubiertos con pieles bruñidas o por lo común pintadas»[94] y era, con diferencia, la cubierta más cara pues suponía un incremento cercano al 40% sobre el precio del libro en rama. La segunda, el pergamino, parece representar, en precio, un término medio entre la rústica y la pasta. En cuanto a la encuadernación en rústica (constituida por una cubierta de papel cosida al cuerpo del libro) era la más sencilla y también la más barata: significaba un coste añadido de entre el 8 y el 12% sobre el valor del libro sin encuadernar.

Por número el tipo de cubierta mejor representada (con porcentajes entre el 45 y el 66%) es la pasta. Estos datos sorprenden teniendo en cuenta que era la encuadernación más cara —casi doblaba el precio del libro sin encuadernar— y a que en otros negocios editoriales (como las imprentas y librerías navarras del XVIII)[95] estaba reservada a las impresiones de lujo. El segundo lugar se disputa, según cada envío, entre las cubiertas de pergamino o

---

[92] La relación entre la falta de encuadernación y los menores costes de su transporte en Philip GASKELL, *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, Trea, 1998, p. 179.

[93] Hemos calculado las diferencias de precio en función de la encuadernación en base a los siguientes títulos encargados por Hidalgo y que aparecen con diferentes cubiertas: *Arte de amar*, la *Eneida*, las *Meditaciones* de Granada y las *Novelas* de Cervantes.

[94] REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta Real, 1817, p. 646.

[95] Javier ITÚRBIDE, *Escribir e imprimir. El libro en el Reino de Navarra en el siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, p. 313.

en rústica: en el primer envío de Faulí triunfa el pergamino (con un 31%) frente a la rústica (un 3%); una situación inversa se vive en el envío de Mallén, en el que el pergamino queda arrinconado —con un 2%— frente a la rústica —con un 31%—. Una tercera vía se vive en el encargo a la Viuda de Barco con la convivencia, por detrás de la pasta, de la rústica y el pergamino —con valores cercanos al 20%—. Comprobamos así que en estos envíos siempre existe un tipo de encuadernación hegemónico mientras que no suele existir un reparto equitativo entre las cubiertas restantes.

Características editoriales

Tabla 5. Lugar de impresión y taller de los libros encargados

Proveedor	Lugar de impresión (por número de ejemplares)			Total de talleres responsables
	Madrid	Valencia	Otros	
Faulí (1809)	0 (0%)	12 (100%)	0 (0%)	3
Mallén (1809)	9 (64%)	4 (29%)	1 (7%)	6
Burgos (1811)	5 (100%)	0 (0%)	0 (0%)	1
Vda. Barco (1812)	5 (100%)	0 (0%)	0 (0%)	3
Faulí (1814)	0 (0%)	11 (100%)	0 (0%)	2
Vda. Barco (1814)	19 (95%)	0 (0%)	1 (5%)	10

Atender al origen de los impresos comercializados por Hidalgo nos permite valorar el alcance geográfico de sus negocios así como las características del comercio mayorista practicado por sus proveedores. De entrada hay que destacar que en estos envíos solo aparecen impresiones españolas salvando el encargo a la Viuda de Barco (en 1814) del *Nuevo Diccionario portátil español é inglés* de Claude Marie Gattel (París, 1803). Esto sugiere que el comercio de libros extranjeros al por mayor se realizaba mediante intermediarios especializados o que su adquisición se producía mediante encargos específicos.

Un segundo aspecto llamativo es que estos libreros mayoristas (con la excepción de Pedro Mallén) comercian casi exclusivamente con impresiones de su localidad. Para los casos de Salvador Faulí o de Miguel de Burgos se comprende fácilmente dado que tanto el librero valenciano como el impresor de Madrid comerciaban a partir de sus propios fondos editoriales. De ahí que el número de talleres implicados en sus envíos se reduzca a uno o dos. El caso de la Viuda de Barco es bastante diferente. Su ocupación como proveedora de novedades editoriales de la capital se traduce en la aparición en sus envíos de distintos talleres madrileños (hasta diez en el encargo de 1814). En cuanto a los Mallén parecen ejercer un papel similar al de la Viuda de Barco aunque en niveles más modestos. Esta librería valenciana negocia principalmente con ediciones propias (impresas en el taller de los Orga en Valencia, y en el de

Isern, en Barcelona) o intercambiadas con otros libreros valencianos aunque gracias a su considerable fondo también pueden ofrecer ediciones locales bastante antiguas o de la capital (de Sancha y de la Imprenta Real).

Por su parte, la ausencia de impresiones de centros editoriales menores puede deberse tanto a que no interesaban al librero sevillano (el grueso de estas producciones editoriales tenía un consumo eminentemente local) como a que Hidalgo las obtuviera directamente acudiendo a los talleres o libreros responsables (como así sucedía con sus compras de libritos piadosos y educativos en Valladolid).

Tabla 6. Antigüedad de los libros encargados (por número de títulos)

Proveedor	0-5 años	6-10 años	11-20 años	21-50 años
Faulí (1809)	2 (17%)	0 (0%)	9 (75%)	1 (8%)
Mallén (1809)	7 (50%)	2 (14%)	4 (29%)	1 (7%)
Burgos (1811)	5 (100%)	0 (0 %)	0 (0%)	0 (0%)
Vda. Barco (1812)	3 (60%)	2 (40%)	0 (0%)	0 (0%)
Faulí (1814)	0 (0%)	2 (18%)	5 (45%)	4 (36%)
Vda. Barco (1814)	4 (20%)	8 (40%)	6 (30%)	2 (10%)

Con respecto a la antigüedad de los libros encargados por Hidalgo (la diferencia entre la fecha de impresión y la de su compra) hay que destacar los bajos porcentajes alcanzados por las ediciones más recientes (impresas en un periodo inferior a 5 años). Con la salvedad del envío de Burgos y el de la Viuda de Barco —en 1812—, excepciones fácilmente explicables (el primero por tratarse de un envío de novedades sin compromiso de compra y el segundo por incluir dos folletos de urgente demanda), en el resto de pedidos (los de mayor volumen) la antigüedad de la mayoría de ediciones se aproxima a la década o la supera ampliamente. Ello es resultado tanto de la paralización en el mercado editorial por efecto de la Guerra de Independencia como por el carácter precavido que se aprecia en el aprovisionamiento de nuestro librero: en la mayoría de sus compras al por mayor se decanta por la adquisición de obras de las que conoce su demanda (por haber sido reeditadas varias veces) o que ya ha vendido en el pasado. En cualquier caso estas cifras nos señalan las dificultades que los editores de novedades tenían en España para dar salida a toda la tirada, un proceso que podía demorarse casi dos décadas a la luz de algunos de los impresos manejados por Hidalgo.

Características económicas

Tabla 7. Inversión económica de los encargos[96]

Proveedor	Valor total del encargo	Precio medio por título	Precio mínimo por título	Precio máximo por título
Faulí (1809)	1674,5 rs.	9,1 rs.	3,75 rs.	25 rs.
Mallén (1809)	1748 rs.	sin datos	sin datos	sin datos
Burgos (1811)	613 rs.	3,8 rs.	2 rs.	6,5 rs.
Burgos (1812)	525 rs.	2,6 rs.	1,25 rs.	4 rs.
Vda. Barco (1812)	477 rs.	20 rs.	8 rs.	40 rs.
Faulí (1814)	591,7 rs.	5,2 rs.	1,25 rs.	16,5 rs.
Quiroga (1814)	1508 rs.	sin datos	sin datos	sin datos
Vda. Barco (1814)	sin datos	sin datos	sin datos	sin datos

Los parámetros económicos de los pedidos de Hidalgo nos dan la imagen más cercana de su negocio: sus posibilidades financieras, sus estrategias de aprovisionamiento y el margen de beneficio. Por valor total de los envíos podemos diferenciar dos clases de encargos. El primer tipo (representado por el de Faulí y Mallén, en 1809; o el de Quiroga, Faulí y la Viuda de Barco en 1814) se identifica con valores superiores a los 1500 reales. La importancia de estos envíos, tanto en su valor económico como en el alto número de títulos contenidos, nos hacen verlos como la principal vía de suministro de novedades editoriales y obras de consumo corriente a librerías de provincia como la de Hidalgo. Queda la duda, no obstante, sobre cuál era la periodicidad de estos pedidos. Según los datos disponibles —mediatizados por el conflicto vivido en estos años— un encargo de estas características a un librero o libreros mayoristas de Madrid y de otros grandes centros editoriales (Valencia) solo se producía una vez al año.[97] Ello no impedía que un librero de provincias pudiera recibir a lo largo de un año varios grandes encargos si bien cada uno pertenecía a un proveedor diferente.

[96] En aquellos encargos en que aparecían los ejemplares de un título repartidos entre dos clases de encuadernación (o que estuvieran en rama) hemos optado, a la hora de extractar las medias de precios, por considerar como referente el de menor precio. Además, a la hora de considerar los precios, no hemos incluido en el análisis los referentes a las estampas y los mapas que también aparecen en estos encargos.

[97] Esta periodicidad así como los valores económicos coinciden más o menos con los datos ofrecidos por GARCÍA CUADRADO [*Los Benedicto*…, pp. 151-156] sobre los encargos de un librero de Murcia a una librería de Barcelona. Entre 170-1804, fechas en que se conservan registros, se realizan 14 pedidos con un valor medio de poco más de 1400 reales. Por estas mismas fechas una familia de libreros de Cartagena recibió de este proveedor catalán 18 encargos con una valor medio de poco más de 3100 reales. Ibídem, pp. 168-172.

La segunda clase de envíos, definida por valores cercanos a los 500 reales y por presentar un número mucho menor de títulos, se constituye para Hidalgo en una fuente secundaria de aprovisionamiento. En la práctica nos encontramos ante envíos aislados que buscan satisfacer una demanda muy puntual bien por tratarse de obras —impresos menores— de contenido muy actual, bien por tratarse de títulos que el librero demandante venía reclamando durante bastante tiempo sin éxito.[98] Otro origen dentro de este tipo de encargos lo encontramos en el envío regular de novedades editoriales salidas de un único taller (o quizás financiadas por un mismo editor) y para las que no existe un encargo especifico salvo un acuerdo informal para venderlas a comisión o intercambiarlas por publicaciones semejantes —en el caso de traficar con impresos menores—.[99]

Descendiendo un peldaño en el análisis económico de estos encargos nos encontramos con los precios de cada obra. Su estudio nos proporciona al mismo tiempo el margen en el que se movía la inversión de Hidalgo, la especialización de los proveedores en un determinado segmento de mercado editorial así como la capacidad de consumo de la mayor parte de la clientela de nuestro librero. Existen, empero, diferentes problemas en su interpretación. El primero es que no conocemos los precios individuales de varios encargos importantes aunque tal carencia se ha intentado solucionar a titulo parcial consultando los anuncios en la prensa de la época y catálogos de libreros contemporáneos.

El segundo problema es saber que condicionantes intervenían en el establecimiento del precio exigido por los proveedores de Hidalgo. Una comparación parcial entre los precios de algunos títulos adquiridos por nuestro librero y los exigidos por las mismas obras en otras fuentes conducen a una sorpresa: la ausencia de descuentos para el librero minorista. Contrariamente a lo habitual en la librería francesa de fines del siglo XVIII, en la cual parecen haber existido los descuentos de hasta el 30% por compras voluminosas,[100] no encontramos rebajas semejantes en el comercio del libro español para esta época. Las pocas referencias halladas sobre esta práctica comercial sugieren que estaba limitada a la compra al por mayor de obras de

---

[98] Un ejemplo claro lo encontramos en el envío de la Viuda de Barco de 1812. En este pedido aparecen dos folletos relacionados con las tarifas de cambio de las monedas francesas y las acuñadas por el rey José I con las españolas. Se trataba de un contenido (por los múltiples intereses económicos que afectaba) para el que existía una gran demanda que había que satisfacer lo antes posible. Encontramos también dos juegos de otro título, las *Poesías* de Quintana, que «se han pedido muchas veces y no las había ahora».

[99] Como la venta a comisión de los impresos editados por Burgos en el taller de los Ibarra o el intercambio de publicaciones efímeras con Martínez de Aguilar o Gómez de Requena.

[100] François de LOS-RIOS, *El arte científico para conocer y ejercer el comercio de la librería*, Madrid, Turpin, 2013, pp. 35-38.

consumo frecuente reeditadas regularmente y sin encuadernar[101]. La existencia de descuentos en otro tipo de obras solo aparece de forma testimonial —asociada al interés de un editor o librero por dar salida a un título de difícil venta— y cuando aparecen generalizados se trata de rebajas poco importantes.[102] La ausencia de referencias a descuentos en la correspondencia de Hidalgo confirma esta apreciación que ve corroborada, por otra parte, cuando vemos que el precio de algunas de las obras vendidas al público en Madrid es prácticamente el mismo por el que las compra Hidalgo.[103]

---

[101] Conocemos varios casos de descuentos en obras de este tipo. En 1758 el editor madrileño Manuel Martín reconocía en un memorial que gracias a un privilegio del que disfrutaba sobre el *Catón cristiano* y el *Espejo de cristal fino* podía venderlos al por mayor con un descuento del 16—18% sobre el precio por ejemplar. RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Catálogos*…, p. 70. Otro impresor madrileño, Antonio de Sancha, advertía en un catálogo de sus impresiones [BNE. U/10802] que, en referencia al *Catecismo* de Ripalda en dieciseisavo, «al que compre este por mayor se le dará la docena a 7 reales y medio». Un anuncio de los productos de la estampería de Esteban Giraud [DM, Madrid, Hilario Santos, 22 de octubre de 1791, p. 1192] recogía que «dos que quieran mercar por mayor se le hará la rebaja de un 10 por ciento menos que por menor».

[102] En el catálogo de Sancha anteriormente citado se incluye una advertencia manuscrita al margen, posiblemente del mismo librero, señalando que si se compraban 25 juegos de un título algo caro (las *Obras* de fray Luis de Granada, una colección de 19 volúmenes en 8º, por 228 reales en pasta) se aplicaría una rebaja del 25%. Encontramos una excepción en la Imprenta Real, un taller que incluía en los catálogos de su fondo a finales del Setecientos el aviso de que se aplicaría un pequeño descuento (del 5%) con la adquisición de más de diez ejemplares de un título. RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Catálogos*…, pp. 127-129. Parecido descuento se aplicaba en una librería de Valencia, la de Domingo y Monpié. En su *Catalogo de los libros latinos, castellanos, italianos y franceses*…, Valencia, Ildefonso Monpié, 1817 [UNIVERSIDAD DE SEVILLA. BIBLIOTECA RECTOR MACHADO. A Fol 381/55] explicaban que «Pidiendo alguna porción de libros cuyo importe llegue a tres mil reales vellón se hará un descuento de un cuatro por ciento».

[103] Por ejemplo, la *Geografía* de Losada, título por el que Hidalgo recibió desde Madrid (en 1812) seis ejemplares encuadernados en pergamino a 6 reales cada uno, se vendían con igual cubierta e idéntico precio en Madrid en 1816. *DM*, 5 de agosto de 1816, p. 154. Las *Estaciones de Jerusalén*..., obra impresa en Madrid en 1780 a expensas de Plácido Barco, se vendía encuadernado en pasta por 6 reales. *MCM*, Madrid, Imprenta Real, marzo de 1784, pp. 85-86. Este mismo precio se mantenía un catálogo del fondo de los Barco impreso a principios del XIX y actualizado de forma manuscrita en época de su viuda [RAH. R.M. 6190(7)]. Más de una década después, en enero de 1814, un envío de la Viuda de Barco a Hidalgo incluía 3 ejemplares de las *Estaciones*… en pasta por 18 reales en total. Por otra parte, en el envío de Faulí a Hidalgo de 1814 se incluyeron seis juegos en rama de las *Novelas exemplares* al precio de 14,5 reales cada uno. Pocos años después el catálogo de otra librería valenciana recogía igual oferta con escasa diferencia en el precio: solo un real y medio más. *Catalogo de varios libros y otros artículos, con los precios á que se hallan de venta en el almacen de Mallén, Salvá y Compañía de Valencia*, Valencia, Imprenta de Esteban, 1819, p. 16 [manejo el ejemplar de la UNIVERSIDAD DE VALENCIA. BIBLIOTECA HISTÓRICA F-0103/10].

El tercer problema ha sido establecer el margen de beneficio que le quedaba a nuestro librero en la reventa minorista. De entrada hay que explicar que los gastos de envío de los libros por tierra o por mar (embalaje, transporte, seguros) eran poco importantes y no influían en el precio final.[104] Tampoco, como hemos visto, los ingresos que reportaba al librero minorista la encuadernación de los libros que le llegaban en rama no eran buscados por Hidalgo ya que la mayoría de las novedades que recibía estaban ya encuadernadas. Por lo tanto, si el beneficio de Hidalgo no dependía de los descuentos entre libreros ni tampoco de encuadernar los libros, habrá que considerar la idea de que en las ventas practicadas en su establecimiento cobraba un sobreprecio sobre el exigido en origen en Madrid o Valencia. Lamentablemente la ausencia de un inventario o de un catálogo de esta librería sevillana nos impide confirmarlo.

Conocidas las dificultades que encierra el estudio de los precios del libro interesa un acercamiento —a efectos cualitativos— sobre el margen económico en que se movía la oferta de Hidalgo. A través de la tabla 7 observamos que los envíos de Hidalgo abarcan todo tipo de precios, desde poco más de un real a más de 40, si bien se advierten diferencias entre proveedores. Mientras que Faulí y Burgos se mueven en precios medios inferiores a diez reales, algo esperable dado el peso en su oferta de los pequeños formatos y el protagonismo de ediciones populares; otros mayoristas como Barco (y en algunos casos también Mallén)[105] enfocan su

---

[104] En el caso del envío por mar desde Valencia a Cádiz del pedido combinado de Fauli y Mallén, en 1809, los gastos de embalaje, seguro y portes solo representaron un 3% (73 reales) del valor total (unos 3422 reales). Ese mismo año enviar a Madrid parte de la tirada —300 ejemplares— de una obra impresa en Córdoba a costa de Hidalgo importó 20 reales: 8 por el embalaje y 12 por el transporte. En el envío realizado por la Viuda de Barco en noviembre de 1812 solo se cobraron 7 reales por el embalaje, y no por el transporte, porque el reducido tamaño del paquete, en las propias palabras del proveedor, «no merece el porte». En otro envío de los Barco, en enero de 1814, se cobraron solo 8 reales por el embalaje más el transporte aunque otra vez se trataba de un pequeño paquete.

[105] A través de distintos catálogos hemos sabido el precio de mercado de varios libros enviados por Mallén en 1809 y que nos sirven a título indicativo. Por una parte, sus propias inversiones editoriales se movían en precios relativamente accesibles: *Atala*, en su tercera edición, se vendía sin encuadernar por 6 reales; el *Compendio de materia medica*, en su edición de 1815, salía en rama por unos 6 reales; el *Valdemaro*, en una edición de 1816 en dozavo, salía en rústica por 11 reales; las *Cartas de Sofía* —en su edición de 1805— se ofertaban sin encuadernar por 12 reales. Cifras tomadas del *Catalogo de varios libros*…, pp. 4, 11, 15 y 57. Los precios de otras ediciones de su fondo, tanto descatalogadas como llegadas de otras imprentas, alcanzaban ya mayores cifras: la edición de 1817 del *Diccionario francés-español* de Capmany se vendía sin encuadernar por 60 reales; sus *Questiones criticas* (en su edición de 1803) se vendían en Valencia, sin encuadernar, por 16 reales y en Madrid, en pasta, por 20 reales; la *Censura de historias fabulosas* se ofertaba en rama por 16 reales; los *Tratados de Arquitectura*… de Tosca se vendían en rama por 22 reales; etcétera. Ibídem, pp. 14, 41, 54 y *Catálogo de las Obras que se hallan venales en Madrid en la Librería de Martin, calle de la*

fondo a un público lector con mayor poder adquisitivo: buena parte de sus obras rondaban el límite de 20 reales que Eugenio Larruga estableció para empezar a considerar si una publicación era cara, o, en sus palabras, «una obra sólida, y de mérito».[106]

Las diferencias internas entre los precios mínimos y máximos de cada envío vuelven a reflejar las distintas estrategias de aquellos que comerciaban con sus propias inversiones editoriales frente a los mayoristas que trataban de cubrir todos los segmentos lectores. Vemos así como esta diferencia apenas llegaba a los cinco reales en el caso de Burgos si bien en el caso de Faulí, debido a la presencia de un título bastante caro en comparación el resto (las *Novelas exemplares* en pasta por 25 reales), la diferencia se dispara hasta superar los 20 reales. En el caso de la Viuda de Barco (en su envío de 1812) este margen supera los 32 reales.

Características temáticas

Analizar la temática de los libros encargados por José Hidalgo nos facilita algunas respuestas sobre el tipo de demanda que satisfacía esta librería así como el poder acreditar si este establecimiento se había especializado en una determinada materia. En la elaboración de la estadística que sigue (tabla 8) hemos adoptado como criterio de clasificación temática el desarrollado por Javier Itúrbide para la edición navarra de los siglos modernos si bien con una ligera modificación: considerar a los libros de geografía dentro de las ciencias y las artes.[107]

Cruz…, s.l. [pero Madrid], s.i., s.a. [pero 1808], p. 3 [Manejo un ejemplar de mi colección particular].

[106] Eugenio LARRUGA, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fabricas y minas de España*, Madrid, Antonio Espinosa, 1788, III, p. 217.

[107] ITÚRBIDE, *Los libros de un Reino*…, pp. 345-349 maneja cinco categorías con sus correspondientes subdivisiones: Libros de religión (donde entran la «devoción y la liturgia», la «teología y apologética», «Sagrada Escritura» y «Padres de la iglesia. Literatura conciliar»), libros de historia («Historia civil», «Historia eclesiástica» y «Geografía, viajes»), libros de derecho («Derecho canónico», «Derecho civil» y «Jurisprudencia practica»), libros de literatura («Creación literaria», «Gramática», «Misceláneas», «Oratoria» y «Diccionarios») y, finalmente, libros de ciencias y artes («Ciencias», «Economía política», «Artes liberales», «Filosofía», «Artes mecánicas» y «Agricultura»).

Tabla 8. Los encargos según materias (en función del número de ejemplares)

Proveedor	Religión	Historia	Derecho	Literatura	Ciencias, Artes
Faulí (1809)	144 (75%)	0 (0%)	0 (0%)	48 (25%)	0 (0%)
Mallén (1809)	0 (0%)	8 (4%)	0 (0%)	166 (80%)	34 (16%)
Burgos (1811)	0 (0%)	0 (0%)	0 (0%)	138 (100%)	0 (0%)
Vda. Barco (1812)	0 (0%)	0 (0%)	0 (0%)	2 (1%)	177 (99%)
Faulí (1814)	130 (76%)	0 (0%)	0 (0%)	40 (24%)	0 (0%)
Vda. Barco (1814)	150 (34%)	0 (0%)	0 (0%)	181 (41%)	107 (25%)

Los porcentajes obtenidos en esta clasificación demuestran el protagonismo de las publicaciones literarias y religiosas. El campo literario abarca una gran variedad de títulos, formas y épocas: literatura clásica enfocada principalmente a los estudiantes, autores del Siglo de Oro, tanto prosa de ficción como poesía (Cervantes, Vélez de Guevara, Saavedra, etcétera), y unas cuantas producciones contemporáneas (novelas como el *Valdemaro,* las *Comedias* de Leandro Fernández de Moratín o una traducción de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*). Dentro de este apartado temático encontramos un buen número de diccionarios y gramáticas para el aprendizaje de las lenguas francesa, inglesa y latina así como dos publicaciones para el reforzamiento de la lengua madre: el *Diccionario* de la Real Academia y un ensayo sobre ortografía. Por lo que toca a las obras religiosas no encontramos densos tratados teológicos, sermones ni tampoco patrística o escolástica sino que el protagonismo en este campo recae en las vidas de santos y en obritas piadosas.

Las publicaciones de índole científica ocupan el tercer lugar en orden de importancia aunque hay que recalcar su irregular aparición en función de un proveedor u otro: ausentes en los envíos de Faulí y de Burgos mientras que en los de Mallén o de la Viuda de Barco representan más de la cuarta parte de los títulos. Entre estos libros aparecen tratados militares y colecciones de estampas para su uso táctico, compendios médicos, obras de geografía (libros para uso escolar y una guía de carreteras) así como unos pocos ensayos sobre economía, como los de Jovellanos o Capmany. Entre los grandes ausentes de este grupo se cuentan las ciencias puras, la filosofía y las profesiones mecánicas.

Las otras dos materias restantes, la Historia y el Derecho, no tienen ninguna presencia en los encargos de Hidalgo con la excepción de tres tratados históricos en el envío de Mallén de 1809. Esta ausencia extraña en una librería generalista como la de Hidalgo aunque no ha de tomarse como un valor absoluto: es posible que estas dos materias fueran cubiertas por libros de segunda mano o por ediciones extranjeras. Tener presente también que solo conocemos unos pocos envíos, en un periodo reducido de tiempo, y que de los encargados a otros proveedores como Quiroga sabemos más bien poco.

Los otros encargos: grabados y mapas

Los libros no fueron la única mercancía solicitada por Hidalgo. En su correspondencia aparecen otros productos: material de papelería como las tarjetas de visita, estampas y mapas. De todos ellos es el material cartográfico el mejor representado en número y valor económico. Así se comprueba en el pedido de Hidalgo a la Viuda de Barco (hacia 1814) al encontrar en el una gran cantidad de mapas con representaciones de Alemania e Italia así como de España (generales y por regiones).

El número total de mapas —unos 458— junto con su hipotético valor en el mercado —casi 7.000 reales—[108] demuestran la alta demanda de estos productos y como libreros como Hidalgo supieron darla respuesta. De igual forma el hecho de que todos los mapas encargadas por nuestro librero fueran dibujados por Tomás López, un cartógrafo madrileño formado en París que tras su regreso a la capital en 1760 comenzó a comercializar sus trabajos,[109] nos señala como la producción cartográfica española había desplazado a la oferta, antaño hegemónica, de mapas franceses y holandeses.

Menor importancia, por número y valor económico, representaron los grabados dentro de los pedidos conocidos de Hidalgo pues solo localizamos dentro del envío de Faulí un lote de 1000 estampas sin identificar por 200 reales. En relación con estas representaciones gráficas aparece también en este pedido una «colección de muestras», quizás destinadas al aprendizaje de la caligrafía. Por último, en el encargo de Hidalgo a la Viuda de Barco hacia 1814, encontramos una serie de grabados publicados en la capital desde 1801 y que retrataban las ropas vestidas en aquel entonces por españoles y españolas de toda condición —desde las clases populares a los cortesanos—.

Otras cuestiones: la guerra, los clientes y los libros franceses.

Más allá de la adquisición de libros y otras mercancías la documentación de José Hidalgo también facilita estudiar una serie de aspectos de interés para nuestra comprensión de este comercio en las primeras décadas del Ochocientos.

---

[108] Para el cálculo aproximado del valor de estos mapas hemos recurrido a los indicados en el *Catálogo de las obras geográficas y mapas hechos por Don Tomás López, Geógrafo de los dominios de S.M. y por Don Juan su hijo, Pensionista del Rey*, Madrid, s.i., s.a. [pero 1792]. Señalar que no hemos incluido el valor del mapa de la provincia de Extremadura solicitado por Hidalgo debido a que no figura en este catálogo.

[109] Agustín HERNANDO, «Génesis de una tradición geográfica: Los atlas publicados por Tomás López (1730-1802)», *Scripta Nova*, 20/534 (2016), en especial, pp. 14-16.

El impacto de la Guerra de la Independencia

La Guerra de la Independencia española (1808-1814) es el único acontecimiento contemporáneo, dentro de la convulsa situación general en que se vio sometida España en las dos primeras décadas del Ochocientos, que merece alguna apreciación de los corresponsales de Hidalgo. Pero aun con ello casi todos los comentarios se dirigen a analizar el impacto de este conflicto sobre sus economías que a reflexionar sobre los sucesos militares y políticos que les tocó vivir. El negocio era el negocio si bien la competencia de la prensa periódica en la trasmisión de noticias también puede explicar esta ausencia. Una excepción la constituye una carta enviada desde Cádiz sin firmar pero que creemos del comerciante de libros Victoriano Pajares, el principal corresponsal de Hidalgo en esta ciudad.[110] Así, en enero de 1810, después de confirmar el pago de dos letras de cambio y de detallar como se iba a producir el envío a Sevilla de unos pergaminos, el emisario se sinceraba sobre los últimos sucesos. En un tono mucho más personal (el párrafo en cuestión va encabezado bajo el tratamiento de «Amigo») aseguraba su alivio al conocer el establecimiento del Consejo de Regencia de España e Indias, cuya creación se formalizaría por Real Decreto pocos días después, si bien, paralelamente, se inquietaba acerca de la desinformación que reinaba en su entorno sobre la actual localización de las tropas napoleónicas:

> Amigo. Considero a ustedes ya más tranquilos con la formación del nuevo gobierno, aquí lo estamos con esta noticia. Solo nos da cuidado la variedad de noticias en cuanto a los franceses. Pues unos aseguran estar en Écija, otros que no han pasado del puente de Alcolea y otros que Córdova ha capitulado y esta incertidumbre y variedad de noticias nos hace estar con cuidado.

No obstante, y como ha subrayado Manuel Morán,[111] la guerra no conllevó una paralización total del comercio del libro entre las distintas plazas españolas. El caso de Hidalgo confirma el mantenimiento de estos contactos aunque en estos intercambios se aprecian dos ritmos determinados por el retroceso y avance de las tropas aliadas. Durante la ocupación francesa de Sevilla (entre febrero de 1810 y agosto de 1812) la librería de Hidalgo perdió totalmente el contacto con Cádiz y Valencia (bajo control español) lo que dejó a Madrid como única vía de suministro de libros. Lo comprobamos con dos envíos diferentes (de la Viuda de Quiroga y de Miguel de Burgos) realizados en octubre y en noviembre de 1811 respectivamente. Para 1813, gracias a la definitiva retirada francesa, Hidalgo ya había restablecido el frecuente intercambio epistolar con Cádiz y Valencia.

---

[110] BNE. R/62732, f. 20, 26 de enero de 1810.

[111] *Editores, libreros*…, pp. 57-59.

Por otra parte, esta colección de cartas deja entrever de qué forma concreta afectó el conflicto a los negocios de los libreros españoles. Su impacto puede resumirse en cinco puntos:

1. Un acusado descenso del consumo de obritas devocionales y de educación básica. A su vez ello provocó que este tipo de impresos, que representaban una parte importante del fondo de muchos impresores (tanto de la capital como en provincias), no se volvieran a reeditar durante todo el conflicto limitándose a vender los almacenados de años anteriores. Al respecto son ilustrativas las razones dadas por unos libreros de Valladolid —los Santander— a Hidalgo al no haber podido satisfacer un pedido suyo de este tipo de títulos en 1813.[112] El estancamiento en las ventas de libros también se dejó notar con fuerza en los negocios de la capital. Ello obligó a algunos libreros (suponemos que también impresores) a liquidar como fuera parte de su fondo ofreciendo atractivos descuentos a quien los adquiriera al por mayor. La excepción a esta bajada de precios la constituyeron, como veremos, las obras en idioma francés, cuya relación entre oferta y demanda seguía unos cauces diferentes al resto. No obstante, el fin de la guerra (con el alivio financiero para los negocios del libro) y la escasez de algunos títulos (pues las ediciones anteriores se habían vendido durante los años de la guerra) llevaron al fin de estas generosas ofertas.[113]
2. La caída en la producción de materias primas básicas para la industria del libro. Así los hermanos Santander se quejaban de las dificultades para adquirir pergamino barato.[114] Su escasez los había obligado a emplear en la encuadernación de sus propias impresiones «papel pintado» (cubiertas de papel de aguas) y aun así solo en las obras más demandadas.[115] Curiosamente tal carestía no se repetía con las

[112] BNE. R/62732, f. 69, 29 de mayo de 1814: «con ocasión de la larga estancia aquí de los franceses no pudieron reemplazarse los surtidos de libros ordinarios por falta de consumo, habiéndose apurado todos entretanto».

[113] Al respecto es interesante la respuesta de Santiago Hernández de Tejada, un oscuro personaje bien relacionado en el ambiente libresco (menciona ser amigo de Luis Viana, responsable de la librería de la Viuda de Barco) y a quien encontraremos pocos años después firmando la traducción de distintas obras en francés: «que las proporciones que hubo en tiempo de los franceses de comprar con arreglo algunas obras ya se acabó, unas porque se acabaron las ediciones, otras y la mayor parte, porque sus dueños se remediaron, y se acabaron las necesidades que obligaban a sacrificios». BNE. R/62732, f. 60, 13 de abril de 1814.

[114] BNE. R/62732, f. 69, 29 de mayo de 1814.

[115] Similares problemas a la hora de adquirir pergamino estuvieron también presentes en la librería burgalesa. Por ejemplo, en la contabilidad de una capilla de la catedral de Burgos para 1812, se recoge el pago a un librero de 80 reales por la elaboración de dos libros en blanco pero especificando que «no los ha forrado en pergamino, por no haberlo». ARCHIVO HISTÓRICO DE LA CATEDRAL DE BURGOS. Capilla de la Purificación de Nuestra Señora, 21, *Cuentas de maravedíes de los capellanes*, f. 9v.

«badanas», las pieles de oveja o carnero curtidas consumidas en la encuadernación de los «exercicios cotidianos» (una obra devocional de pequeño formato y de gran popularidad en el XVIII). Parecidos problemas de desabastecimiento afectaron al mercado del papel. Lo sabía bien Francisco Martínez de Aguilar, el librero malagueño, cuando justificaba ante Hidalgo su tardanza en enviar un pedido «por falta de papel proporcionado [para envolver] que no cale, pues nada vale el papel que se encuentra».[116]

3. Otra consecuencia del largo conflicto (y general a la economía española)[117] fue la necesidad de recomponer las redes financieras empleadas en el comercio del libro para la satisfacción de sus respectivos créditos. En palabras de los hermanos Santander la poca liquidez de su negocio junto con las dificultades para encontrar a quien se hiciera cargo de las letras de cambio en su ciudad o en Madrid (alguno había en Valladolid pero cobraba un elevado interés) se constituían en una de las dos «causas poderosas» (la otra era la falta de renovación de su fondo editorial) con las que justificaban los problemas que habían tenido, y seguían teniendo, para cumplir con los pedidos.[118]
4. Circunstancias como la intensificación de la propaganda contra los ocupantes franceses y el gobierno josefino (o también a su favor), la libertad de imprenta, la acuciante necesidad de información entre la población acerca de los cambiantes acontecimientos y la formación de distintas sensibilidades ideológicas dentro del bando patriota llevaron a una explosión de folletos y publicaciones periódicas.[119] Sin embargo, aunque en los primeros años de la guerra fueron una mercancía muy solicitada por los lectores (demanda a la que no permanecieron ajenos libreros e impresores),[120] la sobreproducción de estos impresos y la desconfianza que merecían algunos de sus autores instaló entre los libreros la duda acerca de sus posibilidades comerciales. En este sentido una carta de Francisco Martínez de Aguilar, a principios de 1814, es

---

116 BNE. R/62732, ff. 36-37, 24 de enero de 1814.

117 Agustín GONZÁLEZ, «El influjo de la Guerra de Independencia en la renovación de la economía» en Cristina Borreguero, *La Guerra de la Independencia en el Mosaico Peninsular (1808-1814)*, Burgos, Universidad de Burgos, 2010, pp. 130-141.

118 BNE. R/62732, f. 69, 29 de mayo de 1814.

119 Una buena contextualización en Ricardo MARTÍN, «Armas de papel. Prensa y propaganda en la Guerra de la Independencia» en Borreguero*, La Guerra*…, pp. 451-472. Para una perspectiva más local resultan de gran interés los estudios de Beatriz Sánchez y Carlos Cruz incluidos en CANTOS, *La guerra*…

120 El interés del mundo del libro por este tipo de impresos queda de manifiesto en la petición que en 1809 el impresor gaditano Requena hizo a nuestro librero: «No se me olvidara el remitir a vuestra merced para su venta cualquier papel nuevo que salga de la prensa, y lo mismo hará vuestra merced con los de esa». BNE. R/62732, f. 14, 11 de julio de 1809.

> reveladora.[121] Lamentaba el librero de Málaga el reciente engaño (al parecer relacionado con alguna inversión editorial fraudulenta) que había sufrido una veterana imprenta hispalense, la de las Herederas de José Padrino; un hecho que le confirmaba que «no ha quedado tunante, que no se haya echado a escrito para estafar a el público y a los impresores». Seguidamente reconocía que ya había sufrido algunas pérdidas económicas con estos productos ("algunos pesos me cuesta") e instaba a Hidalgo a que se quedara con unos impresos similares (suponemos que salidos de la imprenta de Martínez) y en los que el sevillano no parecía tener interés: «no me devolverá esos papelotes, y haga de ellos lo que le parezca».

Como estamos viendo la correspondencia de Hidalgo se constituye en testigo privilegiado de las consecuencias que la Guerra de la Independencia tuvo para el comercio del libro. Aunque surgieron algunas oportunidades comerciales que confirmaron el refrán castellano: «A río revuelto, ganancia de pescadores» (destacar la edición de folletos o la compra de restos de stocks editoriales a precios ventajosos), y si bien el comercio de libros entre distintas plazas no llegó a paralizarse por completo; circunstancias como las constantes imposiciones fiscales por uno u otro bando, la efímera trayectoria de los nuevos productos editoriales debido a la restauración absolutista (pero que recuperaran plenamente su protagonismo con el Trienio Liberal), la caída del consumo o la parálisis de las inversiones editoriales ofrecen un balance bastante negativo que justifica la descapitalización, cuando no el cierre, vivida por bastantes negocios de librería en estos años.[122]

Uno de los perjudicados por esta adversa situación fue la librería vallisoletana de los Santander si bien lograron remontar; otro fue Salvador Faulí (hijo), quien conoció distinta suerte. Así, en su última carta conocida a Hidalgo, en marzo de 1814,[123] el valenciano daba por concluida su relación comercial al retirarse del negocio, con la mente puesta en «mudar de aires», aunque tampoco era una noticia muy sorprendente si tenemos en cuenta la probable cesión o venta de su librería a Mariano Cabrerizo unos años antes[124] o que en la última época Faulí se hubiese concentrado en negociar con los restos de un envejecido fondo editorial. Distintos problemas personales —el fallecimiento de una hermana y una salud deteriorada— y, sobre todo, la falta de liquidez (el manido «numerario»), que le obligaba a saldar sus deudas ofreciendo libros en compensación, se encontraban detrás de su salida del comercio del libro.

---

121 BNE. R/62732, ff. 36-37, 24 de enero de 1814.

122 Distintos ejemplos en MORÁN, *Editores, libreros*…, pp. 44-52.

123 BNE. R/62732, ff. 48-49, 1 de marzo de 1814.

124 Así lo suponía SERRANO, *Reseña...*, p. 64.

Las relaciones con los clientes

Como veremos la librería de los Hidalgo era conocida en su tiempo como un establecimiento capaz de satisfacer las demandas lectoras más especializadas. Así, a través del proceso inquisitorial que sufrió José Hidalgo y de su propia correspondencia, observamos como a su tienda concurrían representantes de las élites culturales de la época: desde religiosos de Sevilla y localidades próximas para surtirse de obras teológicas (como los dos carmelitas descalzos que andaban buscando «una Historia Eclesiástica, en que se presentasen los hechos de la Religión y de la moral con la pureza venida de la Escritura, tradición, concilios, etc»)[125] hasta médicos y otras profesiones liberales —como un fiscal de la Audiencia de Sevilla— interesados en ediciones francesas. Pero ello no quita para que los Hidalgo renunciasen a los atractivos ingresos que reportaba la comercialización de impresos de amplio consumo popular procedentes tanto de su taller como suministrados desde otros centros editoriales: estampas, obritas educativas, literatura devocional o de entretenimiento.[126]

No obstante, es bien poco lo que podemos saber acerca del tipo de relación mantenida por el librero sevillano con sus clientes. Las cartas de Hidalgo nos dan, en este aspecto, la mejor información. El hecho de que entre la poca documentación conservada sea la correspondencia de sus clientes la mejor representada, solo por detrás de las intercambiadas con sus proveedores, es indicativo de la importancia que este tipo de comunicación tenía para el comercio de librería de la época. No solo permitía fidelizar al cliente (mediante la comunicación de las novedades llegadas a la tienda o el cumplimiento de distintos encargos de búsqueda de tal o cual título)[127] sino que también facilitaban al librero ampliar su mercado a los lectores cultivados que habitaban de regular en áreas rurales o en regiones próximas sin acceso a una librería de calidad.

Un buen representante de esta última clientela, y de sus necesidades, lo encontramos en Diego José Blanco, un médico afincado en Cartaya (al

---

125 AHN. Inquisición, 3731, exp. 147, pp. 2-3.

126 Caso de unas comedias compradas en esta librería por un tendero de Sevilla (para su propia lectura y la de sus amigos) y que el proceso inquisitorial sacó a la luz debido a que dos de estos títulos («El diablo predicador» y «Rosario perseguido») estaban prohibidos. Ibídem, p. 5.

127 Parece haber sido costumbre en la tienda de Hidalgo, al igual que en otros negocios como el de los Mallén [BAS, «Un soplo de aire fresco…», p. 178], el remitir a los clientes habituales, con alguna frecuencia, una lista manuscrita de los últimos títulos llegados a sus establecimientos y en la que podían destacarse aquellas obras o autores de su interés. Así un vecino de Jerez de la Frontera, un tal Francisco Peralta, solicitaba este servicio: «le estimaré me mande nota de los libros que vienen, y que también me diga si viene otro Virgilio de Heyne». BNE. R/62732, ff. 2-3, 20 de abril de 1807.

suroeste de Huelva).[128] Gracias a una carta suya, escrita a Hidalgo en marzo de 1814, sabemos que el fuerte saqueo al que los franceses —a los que se refiere irónicamente como «nuestros hermanos los regeneradores»— habían sometido a su localidad, a principios de 1810, no había perdonado ni a su biblioteca personal, su «singular recreo», la cual fue robada o destrozada.[129] Por ello, terminada la ocupación francesa, se había visto en la necesidad de volver a comprar parte de los libros perdidos en Cádiz. No obstante, una serie de títulos pendientes en su lista (de los que había tenido conocimiento gracias a comentarios de conocidos, en unos casos, y a los que había podido hojear en persona, en otros) le habían hecho pedir consejo a Hidalgo, a quien ya había comprado libros con anterioridad, sobre la conveniencia de adquirirlos en ese momento o esperar a que se reanudase la actividad editorial y, con ello, poder comprarlos con mayor facilidad y a mejor precio.[130] Igualmente Blanco insistía a nuestro librero en que le informase de cualquier nuevo título a la venta «de estas otras obras que llaman magistrales tanto en mi facultad de medicina, y sus auxiliares, como en los ramos de historia, geografía, critica y demás de las humanidades».

La ansía de conocimientos cuasi enciclopédicos que trasmite el anterior fragmento se veía, no obstante, obstaculizado tanto por el desconocimiento de una parte de los lectores de las dinámicas del comercio del libro como por las limitaciones que el medio geográfico en el que vivían les imponía. De ahí que un librero como Hidalgo, gracias a sus conocimientos profesionales, trascendiera su papel como intermediario entre la oferta y la demanda para convertirse, desde la perspectiva de sus clientes, en la llave de acceso a una cultura superior. O, en palabras del médico de Cartaya, «en estos arrinconados pueblos no podemos tener las nociones que al intento se requieren». Similares expectativas encontramos en otro cliente de Hidalgo, el cirujano Francisco

---

128 En 1827 Blanco aparecía, en calidad de «médico titular de Cartaya», en una lista de suscriptores a la siguiente publicación: Louis Auguste LESAGE, *Peligro y absurdo de la doctrina fisiológica del doctor Broussais*…, Sevilla, Imprenta de Hidalgo y Compañía, 1827, p. 321.

129 BNE. R/62732, ff. 51-52, 3 de marzo de 1814. Hemos podido aproximar la fecha de este saqueo gracias a una noticia insertada en la *Gaceta de Caracas* (Caracas, Gallagher y Lamb, 11 de mayo de 1810) y que a su vez tomaban de la prensa española: «Los Franceses ocupan casi toda la Andalucía, la saquean, la devastan, y cometen todos los desórdenes […] Ayamonte y Cartaya han sufrido todos los males de una irrupción francesa».

130 Todas las obras solicitadas pertenecían a ediciones españolas, bien originales, bien traducciones desde el francés: Jean Louis ALIBERT, *Nuevos elementos de therapéutica, y de materia médica*…, Madrid, Tomás Alban, 1806-1807 [CCPB 000075119-7]; Ignacio LACABA, Isidoro de ISAURA, *Prontuario anatómico teórico-práctico del cuerpo humano*, Madrid, Imprenta Real, 1799 [CCPB 000255019-9]; Charles Louis DUMAS, *Principios de fisiología o Introducción a la ciencia experimental filosófica y medica del hombre vivo*, Madrid, Mateo Repullés, 1803-1806 [CCPB 000395449-8]; William GUTHRIE, *Nueva geografía universal, descriptiva, histórica, industrial y comercial de las quatro partes del mundo*, Madrid, Villalpando, 1804-1814 [CCPB 000216408-6]. Diego José Blanco añadía también otra obra de teología, de la que no recordaba el título, pero de la que «me han dicho [que] es muy buena».

Javier Laso,[131] aunque en este caso se vieron defraudadas porque nuestro librero no fue capaz de localizarle una serie de ediciones francesas.

Los beneficios que reportaba a un lector contar con la amistad de un librero explica que todos los clientes se dirijan a Hidalgo con grandes muestras de afecto («Amigo mío», «su afectísimo servidor», «su antiguo amigo y seguro servidor»). Y también que le hagan participe de sus opiniones en materia de libros.[132] Esta íntima relación no solo era provechosa en un sentido. Hidalgo, además de satisfacer las necesidades intelectuales de los clientes (tanto en su aspecto material, ofertándoles los libros que precisaban, como en el más social), también obtenía a través estas conversaciones e intercambios epistolares una valiosa prospección de mercado.[133]

El comercio de libros en lengua francesa

La importación de libros franceses a España durante la época ilustrada es todavía un campo con algunas sombras por despejar si bien la importancia económica de este rubro, la amplia demanda dentro de algunos sectores de la población —satisfecha parcialmente mediante las traducciones— y que existieran intermediarios especializados en Barcelona, Cádiz, Madrid o Valencia son aspectos bien conocidos.[134] Resulta evidente que José Hidalgo no permaneció ajeno a este lucrativo negocio pues, además, en aquella época, una parte importante del prestigio de un comercio de libros se medía por su oferta de impresiones foráneas y los contactos de su responsable con los grandes centros de la edición europea.[135]

---

[131] BNE. R/62732, f. 29, 18 de junio de 1813.

[132] Por ejemplo, Francisco Javier Laso se refería a una traducción del francés como «obra la mas indecentemente traducida para eterno oprobio de las letras españolas». Otro cliente, el jerezano Francisco Peralta, recordaba a Hidalgo su opinión sobre la última edición de la «Minerva» (quizás *Minerva o El Revisor general*, una publicación periódica madrileña): «la diferencia […] consistirá en que los editores no le hayan dado la digestión que á los otros».

[133] Que Hidalgo tenía en estima las opiniones de algunos clientes (y a sus preferencias lectoras) lo vemos en el proceso inquisitorial que vivió este librero. A raíz de la declaración de un carmelita sabemos que Hidalgo le vendió una historia de la Iglesia bajo la recomendación de que «llevaba una obra formada […] en el eco común de los sabios y religiosos de Sevilla, y que había vendido ya uno o dos ejemplares a persona o personas en la mayor rectitud y sabiduría de la ciudad». AHN. Inquisición, 3731, exp. 147, p. 2.

[134] Marcelin DEFOURNEAUX, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973, en especial, el capítulo «La penetración del libro francés en España», pp. 107-133; Christian PÉLIGRY, «Le marché espagnol» en Martin, *Histoire de l'edition*…, pp. 370-377; François LOPEZ, «Strategies commerciales et diffusion des idees. Les ouvrages français dans le monde hispanique et hispano-americain, a l'epoque des lumieres» en *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1987; BAS, «Un soplo de aire fresco…».

[135] Esta relación entre los contactos con el extranjero y la reputación de una librería queda patente en el comercio de libros madrileño de los hermanos Alverá (activos en el último

Aunque por el momento se desconoce la existencia de cualquier tipo de inventario o catálogo del negocio de los Hidalgo, lo que nos hubiera permitido medir con exactitud la importancia de la inversión económica en impresiones extranjeras, si podemos tener presente que, para la década de 1790, este tipo de ediciones representaban en un negocio muy similar, el de la imprenta y librería de los herederos de Francisco Martínez de Aguilar (en Málaga), el 30% del valor total de su fondo de librería.[136] Serán distintas referencias aisladas en la documentación consultada las que nos permitan conocer, desde un nivel cualitativo, el nivel de importancia alcanzado por las obras foráneas dentro de esta librería sevillana así como sus características. Como demuestra el estudio del proceso inquisitorial los Hidalgo recibían con cierta regularidad libros extranjeros desde Cádiz y Madrid aunque no podemos saber si estos pedidos eran realizados directamente al extranjero —como ocurrió en tiempos del primer Hidalgo— o por mediación de otro intermediario español mejor relacionado.[137] A los libros de jurisprudencia y teología en latín procedentes de Venecia e imprentas centroeuropeas se añadía un conjunto de libros en francés con un perfil temático más variado: historia, ciencias, literatura y algo de religión. Esto último lo sabemos, por una parte, gracias a una serie de títulos en este idioma que la Inquisición localizó en la librería de Hidalgo y que confiscó al considerarlos sospechosas si bien sorprende la antigüedad de su impresión.[138]

---

cuarto del siglo XVIII y principios del XIX). Como reconocían antiguos empleados suyos: «El comercio e introducción de libros extranjeros que de las principales plazas de Europa hicieron […] por espacio de muchos años, y que por su economía, exactitud y actividad en sus contratos les granjeó el crédito público, llegando a ser su casa una de las primer orden en esta clase». Citado por RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Catálogos*…, pp. 86-87.

136 Porcentaje a partir de un inventario extractado por Andrés LLORDÉN, *La imprenta en Málaga*…, p. 96.

137 Debido a las sospechas levantadas sobre la librería de los Hidalgo la Inquisición revisó con atención los libros que llegaba a su nombre en la aduana sevillana. Por ello sabemos que el 3 de agosto de 1804 se examinaron unos libros «que los habían remitido desde Cádiz» mientras que tres días después se cotejaba otra remesa llegada desde Madrid. En ambos pedidos se contaban libros extranjeros aunque solo conocemos los títulos de unos pocos sospechosos a ojos inquisitoriales: una *Republica Juriconsultorum*, en cuatro tomos, que no hemos podido identificar; el *Thesaurus sacrorum rituum* de Bartolomeo GAVANTO (Venecia, Typographia Balleoniana, 1791); y la *Historia ecclesiastica* de Claudio FLEURY, en la edición aumentada por el carmelita descalzo Alexander a Sancto Johanne de Cruce (Augsburgo e Innsbruck, Joseph Wolff, 1758-1794). CCPB 000169725-0 (tomo I); 000140213-7 (tomo I).

138 Eran las siguientes: *Dictionnaire universel historique et critique des moeurs* (París: J. P. Costard, 1772); Nicolás LENGLET DU FRESNOY: *Tablettes chronologiques de l'histoire universelle, sacrée et profane, ecclésiastique et civile* (París, les fréres de Bure & P.M. Delaguette, 1778); *De l'etat de l'Eglise et de la puissance legítime du Pontife Romain* (Wurtzbourg, Jean Muler, 1766); Jean Henri Samuel FORMEY: *Sermons sur divers textes de l'Écriture sainte* (Leyde: s.i., 1772). CCPB 000148378-1; 000747240-4, 000611135-1; 000573046-5, 000167781-0. A estos habría que sumar otra obra, una traducción al francés de un diálogo de PLATON, *Timée de Locres de*

Por otra, distintas referencias a obras francesas en la propia correspondencia de Hidalgo permiten valorar mejor el perfil de estas importaciones. La más relevante se encuentra en la carta que José Hidalgo escribe en 1805 a Francisco Rodríguez de Carasa, inquisidor del tribunal de Sevilla,[139] solicitando su parecer acerca del carácter prohibido o no de ciertas obras francesas. Nuestro librero estaba preparando un pedido a Francia a instancias de algunos clientes suyos pero temeroso de que a su llegada a España la Inquisición le incautará algunos títulos, con la lógica pérdida económica más el engorro de nuevas indagaciones por el Santo Oficio, se previno revisando el *Índice ultimo de libros prohibidos* publicado (Madrid, Antonio de Sancha, 1790) y consultando a un amigo. Lo normal es que este encuentro con el inquisidor, acordado de antemano unos días atrás, se hubiese producido en persona pero al librero le fue imposible desplazarse debido a una «pierna mala». Gracias a este hecho fortuito podemos saber la identidad de cinco de los títulos que se pensaban comprar en Francia.

La historia era el género mejor representado con dos obras: por un lado, los *Discours historiques, critiques et politiques… sur Tacite et sur Salluste* de Thomas Gordon (seguramente la edición de París, F. Buisson, 1797),[140] y, por otro, la *Histoire des hommes, ou Histoire nouvelle de tous les peuples du monde: partie del'histoire ancienne* de Jean-Baptiste-Claude Delisle de Sales (París: s.i., 1779-1785).[141] Aunque a priori parezcan dos obras de contenido inocente —una reflexión sobre la obra de dos historiadores romanos, la primera; una larga presentación (en 41 tomos) de las grandes civilizaciones de la Antigüedad (Asirios, persas, fenicios, Egipto, Cartago, Grecia, Tolomeos, Seléucidas y Roma), la segunda— sus posibles lecturas podía conducir a socavar los cimientos del poder vigente y, por ello, es fácil entender las precauciones de nuestro librero. La primera, por ejemplo, era presentada por su autor como una obra nacida a la luz de la lectura de Tácito para «deféndre la Liberté publique contre les violences de Gouvernement, & les injustices de ceux qui ont l´autorité» («defender la libertad pública en contra de las violencias del gobierno y de las injusticias de aquellos que poseen la autoridad»).[142] Era un tipo de lenguaje que no podía quedarse en la mera retórica y así, en este mismo prólogo, se criticaba con fuerza como en algunos países la religión dejaba de ser una «alianza entre el hombre y su Creador» para convertirse en una herramienta de

---

*l´ame du mond*e, *Avec la Traduction Françoise & des Remarques, par M. l´Abbé Batteux*… (París, Saillant, 1768), que la Inquisición requisó en un envío a los Hidalgo pero del cual no dan más datos.

[139] BNE. R/62732, ff. 1, 28 de mayo de 1805. Aunque Hidalgo no se dirige a Rodríguez con tal título —señal de cierta familiaridad entre ambos— sabemos que un año antes era el primer inquisidor del tribunal de Sevilla. *Guía del estado eclesiástico seglar y regular de España… para el año de 1804*, Madrid, Imprenta Real, s.a. pero 1803, p. 315.

[140] CCPB 000855730.

[141] CCPB 000904684-4 (tomo I), 000967734-8 (tomo 41).

[142] Manejo la edición de Ámsterdam, François Changuion, 1751, I, pp. V-XI.

los tiranos. Por otra parte, la naturaleza controvertida del segundo título pudo estar relacionada, en parte, con el objetivo del abate Delisle de desplazar a los hebreos como origen de la humanidad (desdeñando la cadena genealógica trasmitida por las Escrituras) a favor de un primitivo pueblo al que denomina atlantes.[143]

La literatura contemporánea, con dos títulos entre los especificados por Hidalgo, no se quedaba tampoco atrás ni en número ni en carácter polémico. El primer título era *L´Arcadie*, una novela de Bernardin de Saint-Pierre publicada por primera vez en 1781 y que tuvo escasa repercusión en nuestro país,[144] al contrario que otro título de este autor de similar trasfondo utópico, *Pablo y Virginia* (que conoció varias ediciones españolas). En *L´Arcadie* se plantea el establecimiento de una sociedad ideal dentro de un entorno rural que no ha corrompido su relación con la naturaleza.[145] La crítica al Antiguo Régimen, como era habitual en la producción de Saint-Pierre, estaba implícita. La otra representante del género literario era una colección de poemas, *Les Baisers*, de Claude-Joseph Dorat, publicada en La Haya en 1770.[146] El carácter sensual de algunas de estas composiciones motivó que, pocos meses después de la petición de Hidalgo, su comercio, posesión y lectura recibieran por parte de la Inquisición española una prohibición absoluta, incluso para quienes disfrutaban de licencia.[147] No creemos que la consulta del librero sevillano pusiera sobre aviso a la Inquisición. Más bien la prohibición de *Les Baisers* pudo derivarse del reciente interés que ya existía entre algunos lectores españoles por esta obra, por razones que se nos escapan, y del que no habían permanecido ajenos los clientes de Hidalgo.

La última obra por la que Hidalgo mostraba cierta preocupación, *Le commerce et le gouvernement considerés relativement l´un a l´autre*, de Etienne Bonnot de Condillac,[148] nos lleva al campo científico-técnico. El contenido de este título —un completo estudio de los factores que intervenían sobre la economía (el valor de las cosas, el precio, salarios, la circulación de los metales, la redistribución de la riqueza o los monopolios) y que supuso una superación

---

143 Pierre VIDAL-NAQUET, *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*, Madrid, Akal, 2006, pp. 114-115.

144 En España solo se conoce un solitario ejemplar de la reedición de Hamburgo, P.F. Fauche, 1797. CCPB 000286852-0.

145 Michel DELON (ed.), *Encyclopedia of the Enlightenment*, Nueva York, Routledge, 2013, I, p. 1396.

146 Noticia FRBNF 39333075. DE BIBLIOTHEQUE NATIONALE FRANCE, *Catalogue general*, Paris, Bibliothèque Nationale, 2003- , <http://catalogue.bnf.fr/> [Consulta: junio de 2017].

147 *Suplemento al Índice expurgatorio del año de 1790*…, Madrid, Imprenta Real, 1805, p. 5. Probablemente se imprimió en los meses finales de 1805 pues el último edicto incluido data del 25 de agosto de este año.

148 Fue impresa por vez primera en Ámsterdam, s.i., 1776. CCPB 000327959-6, 000327960-X.

de la teoría fisiócrata en boga hasta entonces— no parece ser, por esta vez, el objeto de la preocupación de nuestro librero. Más bien debemos achacarla a la dura prohibición, por injusta, impuesta a otra obra de Condillac —un plan de estudios para el príncipe de Palma— por un edicto de 1789.[149]

Por número estas obras no pueden ser consideradas una muestra muy representativa del pedido que pensaba realizar Hidalgo a Francia. Pero nos permiten comprobar como este librero sevillano, gracias a sus conexiones con el comercio del libro extranjero, era un punto de referencia para aquellos lectores que deseaban acceder a este tipo de cultura en su versión original. El papel de Hidalgo en este asunto se revela, no obstante, bastante conservador pues al realizar este pedido no lo hacía como inversión propia, arriesgando su capital, sino que tanto los títulos, número de ejemplares y hasta su edición ya estarían decididos de antemano al ser encargos particulares. Seguramente nuestro librero obtenía una suculenta comisión de todo este encargo pero ello no implica que prefiriese, en cuanto a inversiones en impresiones extranjeras, centrarse preferentemente en obras de jurisprudencia y teología en latín que recibía de Italia y Alemania —como hemos visto en los envíos abiertos en la aduana— mientras que, en lo tocante a las obras en francés, presenta una doble conducta. Por una parte, para aquellas obras con cierto peligro, Hidalgo solo aceptaba implicarse como intermediario en su búsqueda tras recibir un encargo específico.[150] Por otra parte, este librero sevillano no era ciego a los beneficios que reporta la venta de este tipo de ediciones si bien mantuvo un perfil bajo en su oferta: títulos de cierta antigüedad para materias potencialmente problemáticas como la historia y la religión (como hemos comprobado en los libros requisados en su librería) o de marcado carácter técnico si se trata de novedades editoriales.

Este predominio de las materias científicas, como la medicina o las matemáticas, dentro del fondo de obras en francés de los Hidalgo, queda corroborado por una carta escrita a esta librería por Francisco Javier Laso y del que ya hemos hablado.[151] Laso se mostraba decepcionado porque en su primera compra con los Hidalgo (acordada por correspondencia) le hubieran llegado mal dos o tres obras en francés. Lo más molesto es que de uno de los

---

[149] DEFOURNEAUX, *Inquisición*…, p. 144.

[150] Este papel de intermediario, aunque en el mercado de segunda mano, se aprecia también en el citado proceso inquisitorial. Por una denuncia puesta el presbítero Santiago Keir, en 1806, sabemos que Hidalgo supuestamente había adquirido, junto a parte de la biblioteca de un magistral de la Capilla Real de la catedral de Sevilla, el *Abrégé de l'histoire ecclésiastique*, de Bonaventure RACINE, obra prohibida desde 1787 [DEFOURNEAUX, *Inquisición*…, pp. 90-92]. Nuevos indagaciones permitieron conocer la verdadera historia. La obra si se hallaba entre los libros de los que se quería desprender el eclesiástico sevillano pero a Hidalgo no le había interesado en su momento por su carácter ilícito. Solo un tiempo después, ante el interés por esta obra de un cliente particular (un fiscal del crimen de la Audiencia de Sevilla), nuestro librero, conocedor de la existencia de una colección a la venta, se ofreció a mediar en su compra.

[151] BNE. R/62732, f. 29, 18 de junio de 1813.

títulos solicitados, la 4ª edición francesa del *Traité des fievres pernicieuses intermittentes*, de Jean Louis Alibert (París, Caille et Ravier, 1809),[152] y del que Hidalgo le había asegurado su disponibilidad al precio de 40 reales; le habían terminado por enviar una pésima traducción al español que ya había rechazado comprar hace unos años en Cádiz por 22 reales. Dentro de esta queja lo más interesante es ver como las ediciones originales valían casi el doble que su traducción española —en caso de haberse impreso— pero también como había lectores muy cultivados que estaban dispuestos a pagar este sobreprecio con tal de acceder al contenido original sin la corrupción que entraña cualquier traducción. No obstante, Laso daba un voto de confianza a Hidalgo y esperaba que se solucionara el malentendido añadiendo a la solicitud de compra nuevos títulos de medicina y matemáticas impresos en la década anterior en París.[153]

La Guerra de la Independencia causó notables problemas al suministro de ediciones francesas pues durante el conflicto se interrumpieron los envíos ultrapirenaicos de libros —así lo sugiere el profesor Morán—[154] sin que su demanda, por el contrario, cesara. A la falta de nuevas remesas se unió la decadencia de tradicionales plazas importadoras como Cádiz, quizás por la desaparición en la década de los noventa del grupo de libreros franceses allí establecidos.[155] El hecho de que un vecino de Cádiz, como Francisco Javier Laso, recurriera a una librería sevillana en busca de recientes ediciones parisinas, y que los Hidalgo fueran capaces de vender parte de los títulos, al contrario que sus colegas gaditanos, es sintomático.

El problema para adquirir ediciones francesas también se extendió en estos años a la librería madrileña. Durante la ocupación napoleónica, y seguramente también antes, la importación de libros franceses en la capital estaba concentraba en un grupo de libreros de este origen. La coincidencia de sus intereses comerciales, más cierta conciencia de grupo frente al resto del

---

[152] Al contrario que en España, donde esta edición está ausente, en Francia se conservan un buen número de ejemplares en bibliotecas públicas. Consultese BIBLIOTHEQUE NATIONALE DE FRANCE, *Catalogue Collectif de France* / CCFr, París, Bibliothèque National de France, 1990- , <http://ccfr.bnf.fr/portailccfr/jsp/public/index.jsp> [Consulta: julio de 2017].

[153] Eran las siguientes: Pierre-Jean-Georges CABANIS, *Du degré de certitude de la médecine*, París, Crapelet, 1803 [CCPB 000194129-1]; Philippe PINEL, *Nosographie philosophique, ou La methode de l'analyse appliquée a la médicine*, París, J. A. Brosson, 1810 [CCPB 000479671-3]; Charles-Joseph-Antoine SCHWILGUE, *Traité de matière médicale*, París, J. A. Brosson, 1805 [FRBNF31338076]; Silvestre-François LACROIX, *Essais sur l`enseignement en général, et sur celui des mathématiques en particulier*, París, Courcier, 1805 [CCPB000587355-X].

[154] *Editores, libreros*…, p. 58.

[155] Comprobamos a través de un listado de librerías elaborado en Cádiz en 1801 [SÁNCHEZ, «La imprenta en Cádiz…», pp. 38-39] como habían desaparecido todos los apellidos franceses activos en este rubro durante las últimas décadas del Setecientos [DEFOURNEAUX, *Inquisición*…, p. 117; LOPEZ, «Strategies…», pp. 359-362] con la excepción del establecimiento de Joseph Savid, entonces ya en manos de su viuda.

gremio, explica que fueran conocidos entre los libreros madrileños (o al menos por un conspicuo represente suyo, Luis Viana, administrador de la viuda de Barco) como los «bibliotecarios franceses».[156] La actividad de estos últimos se vería, sin embargo, interrumpida debido al abandono de Madrid por la corte de José I y afectos, entre los que se contaban estos comerciantes, debido a una sonora derrota francesa en Salamanca a finales de julio de 1812.[157] En la práctica su desaparición convirtió en aquellos meses a la librería de la viuda de Ramos, un joven establecimiento especializado desde finales del XVIII en la oferta de novedades editoriales en francés,[158] en el único intermediario con capacidad para satisfacer esta demanda. Esta situación de casi monopolio («no hay donde acudir» refiere Viana) había sido contestada por el responsable de la viuda de Ramos triplicando el precio pedido de normal por estas ediciones. Esta valoración del corresponsal madrileño de Hidalgo no pecaba de exageración pues un testimonio casi contemporáneo (de 1815) señalaba a la viuda de Ramos como uno de las dos únicas librerías de la capital (la otra era la de un francés, Denné) donde «los libros extranjeros se encuentren en mayor número».[159]

Conclusiones

Distintas circunstancias han jugado en contra de la conservación de más archivos de imprentas y librerías de época moderna en España. Pero los pocos conocidos merecen mayor atención al tiempo que hemos de ser conscientes de su desaparecido potencial para la historia del libro. Esta realidad justifica el privilegio de poder estudiar la correspondencia inédita de un librero de

---

156 BNE. R/62732, ff. 23-24, 24 de noviembre de 1812.

157 Charles ESDAILE, «Otoño en Castilla la Vieja: la campaña de Burgos y las relaciones hispano-británicas» en Borreguero, *La guerra*…, pp. 589-591.

158 Esta librería, situada en la céntrica carrera de San Jerónimo, había sido abierta por Facundo Ramos de Aguilera en septiembre de 1797 a partir del traspaso del negocio de un librero francés, Miguel Copin, fallecido sin testar dos años antes. Así se anunciaba en la *Gaceta de Madrid*, Madrid, Imprenta Real, 5 de septiembre de 1797, p. 775. Su pronta especialización en la venta de libros franceses queda de manifiesto con la publicación de un *Catálogo de los libros franceses que se hallan venales*…, Madrid, Caballero, 1804 (Hemos manejado el ejemplar de la RAE. R.M. 269). A través de sus 1563 asientos (en el caso de que nuestro paciente sumatorio de los títulos y sus diferentes ediciones sea correcto) Ramos ofertaba, ante todo, novedades editoriales impresas en París y otras localidades galas entre 1797 y 1804. En cantidades muy menores encontramos ediciones mucho más antiguas —siglo XVII— o impresas fuera de Francia (Leipzig, Génova o Basilea). La temática cubría todos los intereses aunque con predominio de las científico-técnicas, la historia y los «viajes». La actividad de este negocio se prolongaría durante casi tres décadas pues en 1826 todavía lo encontramos anunciado, en su primitiva ubicación, como punto de contacto para aquellos interesados en alquilar una habitación a una viuda. *DAM*, Madrid, imprenta del Diario, 29 de agosto de 1826, p. 963.

159 *Paseo por Madrid o Guia del forastero en la Corte*…, Madrid, Repullés, 1815, p. 86.

provincias, el sevillano José Hidalgo, a principios del siglo XIX. Aun así el estudio de esta documentación ha resultado bastante complejo debido a la pérdida de muchas cartas y a que las supervivientes se concentraban en un periodo de espacio bastante corto y, además, mediatizado por un conflicto armado.

La riqueza de esta correspondencia, aunque mermada, nos ha permitido comprender la articulación del comercio del libro en una época poco trabajada por la historiografía (con la notoria excepción de la monografía del profesor Morán). Desde la perspectiva de un importante librero de provincias como Hidalgo hemos podido entender cómo se producía el suministro de novedades editoriales. Este comercio se hallaba dominado por unos pocos libreros mayoristas de Madrid (como las casas de Barco o Quiroga) que ejercían de intermediarios entre la producción de distintas imprentas de la capital y los minoristas de provincias. De forma secundaria estos contactos preferentes (sus corresponsales) también servían al profesional del libro de otras localidades para colocar parte de la tirada de sus inversiones editoriales, adquirir material de imprenta y otros materiales así como satisfacer distintas demandas de información comercial. Como novedad de los nuevos tiempos aparece la mediación de algún librero madrileño para gestionar las suscripciones de una publicación periódica.

El rol protagonista que cumplía Madrid en el comercio del libro se ve reproducido en menor medida por Valencia gracias a su potencia editorial y a la calidad de sus profesionales. Otros centros editoriales (de importancia regional) aparecen dentro de la red de aprovisionamiento establecida por Hidalgo aunque por el limitado número de corresponsales (uno) y la pobreza de sus funciones (principalmente suministrar pequeños impresos) ocupan una posición muy secundaria. Como única excepción aparece Cádiz gracias a su privilegiado papel en el tráfico comercial aunque su papel se ve bastante deslucido en la correspondencia de nuestro librero.

La red de contactos de Hidalgo, definida por la estabilidad de sus participantes y de las funciones que estos cumplían a lo largo del tiempo, estaba construida sobre la mutua confianza entre los profesionales del libro (especialmente a nivel crediticio) y se nutría mediante un intercambio epistolar frecuente. La normalidad en este tipo de relaciones, sin las cuales el negocio de nuestro librero se habría visto paralizado, nos habla de la existencia en España de un comercio del libro bastante eficaz en el transito al siglo XIX. Ello queda probado también por hechos como la recepción periódica de novedades editoriales en provincias (función agilizada por los libreros mayoristas al conocer de primera mano qué se editaba y dónde); el pago en metálico o mediante letras de cambio (el intercambio pliego por pliego de épocas anteriores ha desaparecido); los bajos costes del transporte de impresos por mar o por tierra; la facilidad para comercializar las ediciones propias por casi todo el territorio español (o al menos en sus principales localidades); o, sencillamente, las elevadas cifras (en dinero o número de ejemplares) que movían algunos encargos de libros.

Esta buena salud del comercio del libro —en términos de infraestructura— se veía entorpecida por algunas rigideces: la ausencia de (grandes) descuentos entre libreros e impresores; el excesivo protagonismo editorial de Madrid, que convertía a la mayoría de centros editoriales en testigos pasivos concentrados a satisfacer las necesidades locales; o un mercado lector todavía insuficiente que empujaba a los libreros de provincias a trabajar en todos los niveles susceptibles de generar ingresos (desde la oferta de títulos piadosos a la cartografía) así como a realizar pedidos cuidadosamente calculados en obras y ejemplares. Esta última realidad contrasta con la vivida en Francia a finales del XVIII pues en esta época ya era corrientes entre algunas librerías de París el enviar a sus contactos de provincias una selección de novedades dos veces al mes y con la posibilidad de devolución.[160]

La documentación de Hidalgo también nos ha permitido abordar desde una perspectiva novedosa aspectos concretos del comercio del libro: las consecuencias de la Guerra de la Independencia (una época de constantes dificultades pero a la vez de nuevas oportunidades); las relaciones de Hidalgo con su clientela, en las que su función como revendedor de libros quedaba superado por su papel de mediador cultural; así como el importante papel cumplido por las impresiones extranjeras, particularmente francesas, en esta librería hispalense.

Apéndices:

1º Envío de Salvador Faulí a José Hidalgo (septiembre de 1809)

En pasta:

[1] 12 Pastor de Filida 8º …. a 12 ½ …. 150 reales vellón.
GÁLVEZ DE MONTALVO, Luis: *El pastor de Filida*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1792.
CCPB 000060533-6. – PALAU, VI, nº 97026.

[2] 6 Cervantes Novelas 8º 2 …. a 25 …. 150
CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *Novelas exemplares*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1797.
CCPB 000125803-6, 000148867-8, 000125804-4, 000431055-1. – PALAU, III, nº 53423.

[3] 2 Leon Nombres de Cristo 8º 3 …. a 21 …. 42
LEÓN, Luis de: *De los nombres de Christo*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1770.
CCPB 000207315-3. – PALAU, VII, nº 135343.

[160] LOS-RIOS, *El arte*…, pp. 32-34.

[4] 6 Granada Meditaciones 8º …. a 8 …. 48

GRANADA, Luis de: *Meditaciones para todos los días de la semana... van añadidas las de Santa Catarina de Sena y del Beato Enrique Suson del mismo Orden*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1805.

CCPB 000178068-9.

[5] 100 Exercicio quotidiano 8.º …. a 5 ½ …. 550

MARTÍN, Manuel: *Exercicio quotidiano de diferentes oraciones y devociones para antes, y despues de la Confession y Comunion, con un exercicio christiano para la Santa Missa*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1795.

CCPB 000114475-8.

[6] 3 Virgilio Eneyda 8,º 2 …. a 14 …. 42

VIRGILIO MARÓN, Publio: *La Eneyda de Virgilio traducida en verso castellano por Gregorio Hernández de Velasco*... Valencia. Por Benito Monfort. 1793.

CCPB 000144370-4, 000437025-2, 000571407-9. – PALAU, XXVII, nº 370515.

En pergamino:

[7] 12 Fedro Fabulas 8.º …. a 3 ¾ …. 45

FEDRO: *Fabulas de Phedro, liberto de Augusto*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1791.

CCPB 000432202-9.

[8] 12 Vives Dial 8.º …. a 5 ½ …. 66

VIVES, Juan Luis: *Diálogos …; traducidos en lengua castellana por Christoval Coret y Peris*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1807.

CCPB 000666304-4. – PALAU, XXVII, nº 371854.

[9] 2 León Nombres de Cristo 8.º 3 …. a 13 ½ …. 27

Véase nº 3.

[10] 12 Granada Meditaciones 8.º …. a 5 ½ …. 66

Véase nº 4.

[11] 6 Figuera Suma 8.º …. a 4 ½ …. 27

FIGUERA, Gaspar de la: *Suma espiritual en que se resuelven todos los casos y dificultades que hay en el camino de la perfeccion*… Valencia. Por Salvador Fauli. 1795.

CCPB 000066793-5. – PALAU, V, nº 91346 (en nota).

[12] 6 Lobo Corte en Aldea 8.º …. a 5 ¾ …. 34 – 17

RODRÍGUEZ LOBO, Francisco: *Corte en aldea y noches de invierno... de portugues en Castellano por Iuan Bautista de Morales*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1793.

CCPB 000117117-8. – PALAU, XVII, nº 274240.

[13] 6 Vida y muerte del hombre justo 4º a 10 …. 60

FIERAD, Joseph: *La vida y muerte del Hombre Justo, propuesta en los exemplos de San Josef ... traducida del italiano por ... Fr. Manuel de Santo Thomas de Aquino ...* Valencia. Por Francisco Burguete. 1794.
CCPB 000071096-2.

[14] 3 Virgilio Eneida 8º 2 …. a 9 …. 27
Véase nº 6.

[15] 6 Cervantes Novelas 8.º 2 rustica A 16 ½ …. 99
Véase nº 2.

[16] 25 Colección de muestras P.B. De J.M. A 1 real 22 maravedíes …. 41 – 6

[17] 1000 estampas pequeñas, el 100 a 20 …. 200

2º. Envío de Pedro Mallén a José Hidalgo (septiembre de 1809)

En pasta

[1] 30 La Atala 8º
CHATEAUBRIAND, Vizconde Augusto François-René: *Atala ó Los amores de dos salvages en el desierto ... traducción castellana.* Valencia. Por Joseph de Orga; Se hallará en la Librería de Mallén. 1803.
CCPB 000372704-1. – PALAU, IV, nº 67233.

[2] 6 Virgilio Obras 8.º 5
VIRGILIO MARÓN, Publio: *P. Virgilii Maronis Opera omnia, variis interpretibus et notis illustrata.* Valencia. Por los Hermanos de Orga; se hallarán en Casa de Mallén y Compañía. 1795.
CCPB 000144375-5. – PALAU, XXVII, nº 370456.

[3] 6 El Valdemaro 8.º 2
MARTÍNEZ COLOMER, Vicente: *El Valdemaro.* Valencia. Por Joseph de Orga; se hallara en la librería de Mallen. 1803.
CCPB000528777-4, 000692438-7. – PALAU, VIII, nº 154903.

[4] 4 Cartas de Sofía 8º 3 en 2
VALLIÈRE, Isabel Sofía de: *Cartas de … Traducidas del italiano.* Valencia. Por Joseph Orga. 1805.
CCPB 000686891-6, 000681833-1. – PALAU, XXV, nº 351102.

[5] 1 Capmany Comercio de Barcelona 4.º 2.
CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antonio de: *Memorias historicas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*… Madrid. Por Sancha. 1779-1792.

CCPB 000374610-0, 000374611-9, 000126287-4, 000126288-2. – PALAU, III, nº 43352.

[6] 2 Diccionario Francés-Español 4.º

CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antonio de: *Nuevo diccionario francés-español*... Madrid. Por Sancha. 1805.

CCPB 000126830-9. – PALAU, III, nº 43364.

[7] 2 Cuestión criticas …. 4º

CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antonio de: *Cuestiones criticas sobre varios puntos de historia económica, politica y militar*… Madrid. Por la Imprenta Real. 1807.

CCPB 001221485-X. – PALAU, III, nº 43371.

En pergamino:

[8] 1 – Costumbres marítimas 4.º 2

CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antonio de: *Codigo de las costumbres maritimas de Barcelona*… Madrid. Por Antonio de Sancha. 1791.

CCPB 000143763-1, 000143762-3. – PALAU, III, nº 43353.

[9] 2 Censura de historias Fabulosas fol.º

ANTONIO, Nicolás: *Censura de historias fabulosas*… Valencia. Por Antonio Bordazar de Artazu. 1742.

CCPB 000057643-3. – PALAU, I, nº 13312.

[10] 2 Tosca Arquitecta y Relojes 8.º

TOSCA, Tomás Vicente: *Tratados de Arquitectura civil, montea y canteria, y reloxes*… Valencia. Por los Hermanos de Orga. 1794.

CCPB 000143348-2, 000437734-6. – PALAU, XXIII, nº 337934.

En rustica:

[11] 18 Blasco Materia Medica 8.º

BLASCO Y JORRO, Máximo Antonio: *Compendio de materia medica para el uso de los médicos jóvenes*… Barcelona. Por Francisco Isern y Oriol. 1804 (Valencia. Se hallará en casa de Mallen).

CCPB 000302076-2, 000978795-X. – PALAU, II, nº 30766.

[12] 6 El Valdemaro 8.º 2

Véase nº 3.

[13] 40 Colección de Laminas para Táctica 4º

Colección de veinte y cinco láminas que representan el exercicio y evoluciones militares según la táctica moderna… Valencia. Por Joseph de Orga. 1808.

CCPB 000524662-8, 000575944-7.

[14] 50 Cevallos Exposición de los hechos de Bonaparte 8.º

CEVALLOS GUERRA, Pedro: *Exposicion de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpacion de la Corona de España, y los medios que el Emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla*… Valencia. Por Miguel Domingo. 1809.

CCPB 000262521-0.

[15] 50 Manifiesto del Consejo 8.º

Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real en los gravísimos sucesos ocurridos desde octubre del año próximo pasado… Valencia. Por Josef de Orga. 1808.

CCPB 000733714-0, 000793202-2.

3º. Envío de Miguel de Burgos a José Hidalgo (noviembre de 1811)

[1] + 12 ejemplares sobre la reflexión de la ortografía en rustica: a 2 reales.

Reflexiones sobre la ortografía de la lengua castellana y método de simplificar y fixar su escritura. Madrid. Por la Hija de Ibarra. 1806.

CCPB 000675188-1. – PALAU, XV, nº 253277.

[2] + 25 ejemplares de la epístola de Eloisa de Pope traducida por Mauri, en rustica a 2 reales.

POPE, Alexander: *Eloisa a Abelardo, epistola heroica, traducida en verso de la escrita en inglés por el celebre Pope*... Madrid. [¿Por Ibarra?]; [¿se vende en la librería de?] Quiroga. 1810.

Ante la ausencia de ejemplares en bibliotecas españolas hemos reconstruido este registro a partir de la reseña de *Magasin encyclopédique ou Journal des sciences, des lettres et des arts*, Paris. Por J.B. Sajou. 1813, IV, p. 398.

[3] + 20 ejemplares de la correspondencia de Abelardo y Eloisa en rustica, a 5 reales.

ABELARDO, Pedro: *Correspondencia de Abelardo y Eloisa puesta en español por M. de B.* Madrid. Por Ibarra. 1810.

CCPB 000079020-6.

[4] 25 de la Amalia id. a 4 reales

TAMAYO Y CALVILLO, Ramón: *La Amalia ó Cartas de un amigo á otro residente en Aranjuez*… Madrid. Por Ibarra. 1811.

CCPB 000308694-1. – PALAU, XXII, nº 327067.

[5] + 6 del Arte de Amar de Ovidio en castellano a la rustica a 6 ½ reales.

OVIDIO NASÓN, Publio: *El arte amatorio*… Madrid. Por Ibarra. 1811.

BNE, 1/240803.

[6] + 50 del mismo en papel para que vuestra merced les ponga la encuadernación que le parezca cargándola sobre el precio de seis reales a que aquí se venden sin encuadernar […]

Véase nº 5.

4º. Envío de la Vda. de Barco a José Hidalgo (noviembre de 1812)

[1] 3 … Juego Pinel Nosografía 8º. 2 tomos pasta a 38 … 114

PINEL, Philippe: *Nosografia filosófica ó Aplicacion del método analítico á la medicina … traducida al castellano por Luis Guarnerio y Allavena*. Madrid. Por la Imprenta Real. 1803.

CCPB000479918-6. – PALAU, XIII, nº 226445.

[2] 6 … Losada Geografía en 8.º pergamino a 6 …. 36

LOSADA, Juan Cayetano: *Breves tratados de esfera y geografía universal con algunas noticias históricas en lo perteneciente a España para instrucción de los niños*. Madrid. Por Ibarra. 1812.

CCPB 000373962-7, 000175689-3. – PALAU, VII, nº 142561.

[3] 4 … Planos de Sevilla 7 hojas a 32 …. 128

[4] 12 … Docenas Moneda francesas tarifa a 8 … 96

Quizás CONSEJO DE REGENCIA DE ESPAÑA: *Hacienda de España, El... secretario de Estado y del despacho de Hacienda se ha servido dirigir al señor... Francisco de Góngora, intendente general en comisión de esta provincia la órden y tarifa siguientes... Tarifa del valor á que deberán admitirse las monedas francesas en las Tesorerías de Exército y Provincia y en las Depositarías de Rentas... Madrid 18 de octubre de 1812*.

CCPB 000078497-4.

[5] 2 … Id. de la Moneda de Josef a 8 … 16

Sin identificar.

[6] 2 … Poesías de Quintana 3 tomos pasta a 40 … 80

QUINTANA, Manuel José: *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días recogidas y ordenadas por...* Madrid. Por Gómez Fuentenebro y Compañía. 1807.

CCPB 000131543-9. – PALAU, XIV, nº 244811.

5º. Envío de la Vda. de Barco a José Hidalgo (enero de 1814)

[1] 3 Juegos Quijote 4 tomos. pergamino a 22 … 66

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *Vida y hechos del ingenioso caballero Don Quixote de la Mancha*… Madrid. Por la Viuda de Barco Lopez. 1808.

CCPB 000239628-9. – PALAU, III, nº 52036.

[2] 3 estaciones de Jerusalén. 12º. pasta a 6 … 18

PARVILLIERS, Adrien: *Estaciones de Jerusalen con estampas finas, Para servir de asunto de meditacion sobre la Pasion de N. SR. Jesu Christo. Por el R.P. … Traducido … por don Benito Aragones...* Madrid. Por Blas Román. 1780.

CCPB 000142140-9. – PALAU, XII, 213735.

[3] 6 Diccionario de Valbuena, de don Santiago … 00
VALBUENA, Manuel de: *Diccionario universal latino-español*… Madrid. Por la Imprenta Real; se hallará en la librería de Perez. 1808.
CCPB 000175872-1. – PALAU, XXIV, nº 346971.

[4] 4 Id. En pergamino. ____ de Id …. 00
Véase nº 3

6º. Envío de Salvador Faulí a José Hidalgo (marzo de 1814)

[…] en papel:

[1] 4 Saavedra Empresas 8.º 2 tomos …. a 16 ½ …. 66 reales vellón maravedís
SAAVEDRA FAJARDO, Diego de: *Idea de un principe politico-christiano*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1800-1801.
CCPB 000753998-3, 000229741-8. – PALAU, XVIII, nº

[2] 6 Cervantes Novelas 8.º 2 … a 14 ½ … 87
CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *Novelas exemplares*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1797.
CCPB 000125803-6, 000148867-8, 000125804-4, 000431055-1. – PALAU, III, nº 53423.

[3] 12 Ciceronis Orat. Select. 8.º 2 …. a 5 ½ …. 66
CICERÓN, Marco Tulio: M.T. *Ciceronis Orationes selectae*… Valentiae. Por Salvatoris Fauli. 1774-1775.
CCPB 000147915-6, 000257781-X, 000440268-5, 000442243-0, 000147916-4, 001093614-9. – PALAU, III, nº 54383.

[4] 6 Isopo Fabul. Por Abril 8.º … a 2 ½ …. 15
ESOPO: *Aesopi fabulae latine atque hispane scriptae... interprete Petro Simone Aprileo.* Valentiae. Por Salvatoris Fauli. 1779.
CCPB 000189353-X, 000432367-X.

[5] 4 Lección Cristiana 8.º a 2 ½ … 10
VIVES, Juan Luis: *Diálogos … traducidos en lengua castellana por Christoval Coret y Peris*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1807.
CCPB 000666304-4. – PALAU, XXVII, nº 371854.

[6] 12 Vida de San Vicente Ferrer 8.º …. a 2 ½ … 30
MERITA Y LLAZER, Tomás: *Vida, milagros, y doctrina del valenciano apostol de Europa San Vicente Ferrer*… Valencia. Por Salvador Faulí. 1798.
CCPB 000116766-9. – PALAU, IX, nº 165761 (en nota).

[7] 12 Oficio de Nuestra Señora 12.º Latín …. a 2 ½ … 30

Oficio de Nuestra Señora segun la reforma de S. Pio V y Urbano VIII: con las rubricas en romance y las oraciones para antes y despues de la Confesion y Comunion. Valencia. Por Salvador Fauli. 1795.

CCPB 000992502-3, 000852847-0.

[8] 50 Minguet para la Misa en 32.º pasta … a 1 real 14 maravedís … 70 – 20

MINGUET E YROL, Pablo: *Meditaciones para el Santo Sacrificio de la Misa y oraciones para la Confesión y Comunion*… Valencia. Por la Viuda de Agustín Laborda. s.a.

CCPB 000725709-0.

[9] 50 Exercicio Quotidiano 8.º. …. a 3 ¼ … 162 – 17

MARTÍN, Manuel: *Exercicio quotidiano de diferentes oraciones y devociones para antes, y despues de la Confession y Comunion, con un exercicio christiano para la Santa Missa*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1795.

CCPB 000114475-8.

[10] 2 Quietud del Alma 8.º … a 2 … 4

SFORZA, Isabella: *La verdadera quietud y tranquilidad del Alma … traducida de Lengua Toscana en Castellana por Juan Diaz de Cardenas*. Valencia. Por Salvador Faulí. 1792.

CCPB 000146435-3. – PALAU, XXI, nº 81788.

[11] 12 Cornelius Nepos 8.º con laminas …. a 4 ¼ … 51

NEPOTE, Cornelio: *De vitis excellentium imperatorum. Notis hispanicis illustratus*. Valentiae. Por Salvatoris Faulí. 1804.

CCPB 000686288-8. – PALAU, XI, nº 189714.

7º. Encargo de José Hidalgo a la Viuda de Barco (c. 1814)

[1] 18. Antillon Geografía de España rustica

ANTILLÓN, Isidoro de: *Elementos de geografía astronómica, natural y política de España y Portugal*. Madrid. Por Fuentenebro y Compañía. 1808.

CCPB 000079114-8. – PALAU, I, nº 13033.

[2] 12 Losada Geografía Pergamino

LOSADA, Juan Cayetano: *Breves tratados de esfera y geografía universal con algunas noticias históricas en lo perteneciente a España para instrucción de los niños*. Madrid. Por Ibarra. 1812.

CCPB 000373962-7, 000175689-3. – PALAU, VII, nº 142561.

[3]12. El romancero o cancionero de Hernández 2 tomos rustica

ARRIAZA, Juan Bautista: *Poesías escogidas de nuestros cancioneros y romanceros antiguos: continuación de la colección de D. Ramón Fernández... XVI-XVII*. Madrid. Por la Imprenta Real. 1796.

CCPB000117004-X, 000380326-0. – PALAU, III, nº 58637.

[4] 25 Poesías de Arriaza pasta o rustica

ARRIAZA, Juan Bautista: *Poesías o rimas juveniles*. Madrid. Por la Hija de Ibarra. 1808.

CCPB 000674303-X. – PALAU, I, nº 17483.

[5] 18 Gatel Diccionario Ingles Español 2 tomos. rustica

GATTEL, Claude Marie: *Nuevo Diccionario pórtatil español é inglés*. Paris. Por Bossange, Masson y Bessón. 1803.

CCPB 000683311-X, 000194926-8, 000528194-6. – PALAU, VI, nº 100651.

Hay otra edición en Valencia. Por P. J. Mallen y C. 1803 [CCPB 000115873-2] pero solo incluye la traducción del español al inglés.

[6] 50 Conelly Gramática Inglesa Pergamino

CONNELLY, Thomas: *Gramática de la lengua inglesa : que contiene reglas fáciles para su pronunciación y aprenderla metódicamente*... Madrid. Por la Imprenta Real. 1811.

CCPB 000623893-9. – PALAU, IV, nº 59360 (en nota).

[7] 18 Jovellanos Ley Agraria rustica.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Informe de la Sociedad Económica de esta Corte al Real y Supremo Consejo de Castilla en el expediente de la Ley Agraria*… Madrid. Por Sancha. 1795.

CCPB 000058333-2. – PALAU, VII, nº 125242.

[8] 18 Diccionario de la Lengua Castellana, pasta o pergamino

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua castellana*… Madrid. Por la Viuda de don Joaquín Ibarra. 1803.

CCPB 000114866-4. – PALAU, I, nº 1293.

[9] 12 El Diablo Cojuelo en 8.º. pergamino o pasta.

VÉLEZ DE GUEVARA, Luis: *El diablo cojuelo*... Madrid. Por Ramon Ruiz. 1798.

CCPB 000144331-3. – PALAU, XXVI, nº 357812.

Hay una edición posterior, en dos tomos, en Madrid. Por Repullés; se hallará en la Librería de Castillo. 1806 [CCPB 000458196-2. – PALAU, XXVI, nº 357813-4].

[10] 12 Comedias de Moratín 2 tomos. Pasta.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *Comedias*. Madrid. s.i. 1814.

PALAU, V, nº 89299.

[11] 12 Colección de Seguidillas 2. Tomos.

ZAMACOLA, Juan Antonio: *Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polos que se han compuesto para cantar a la guitarra por D. Preciso*. Madrid. Por la Hija de Joaquín Ibarra; se hallará en la Librería de Castillo. 1805.

CCPB 000347728-2. – PALAU, XIV, nº 378914.

[12] 6 Quijote en 6 tomos pasta de la academia impresión de Ibarra

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha... Tercera edición corregida por la Real Academia Española*. Madrid. Por la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía. 1787.

CCPB 000125799-4 (tomo I). – PALAU, III, nº 52028.

[13] 3 dicho con notas de Pellicer 9 tomos. pasta

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha… con la Vida del Autor nuevamente aumentada Por Don Juan Antonio Pellicer*. Madrid. Por Gabriel de Sancha. 1798-1800

CCPB 000060461-5 (tomo I). – PALAU, III, nº 52031.

[14] 3 Colección de Sainetes 2 tomos pasta

Coleccion de saynetes representados en los teatros de esta Corte… Madrid. Por Benito Cano; se hallará en la Librería de Quiroga. 1791-1792.

CCPB000798195-3, 000713994-2. – PALAU, III, nº 56671.

[15] 50 Guías de Posta 8.º pasta con el mapa

ESPINALT Y GARCÍA, Bernardo: *Guía general de postas y travesias de España para este presente año de 1804*… Madrid. Por la Imprenta Real. 1804.

CCPB 000320074-4. – PALAU, V, nº 82579 (en nota).

[16] 4 Gil Blas de Santillana 5 tomos. 12º

LESAGE, Alain-René: *Aventuras de Gil Blas de Santillana*… Madrid. Por Villalpando, 1805.

CCPB 000575864-5. – PALAU, VI, nº 136310.

[17] 6 Leblond de Fortificación 6 tomos

LE BLOND, Guillaume: *Elementos de fortificación … traducidos al castellano sobre la sexta edición*. Madrid. Por Gomez Fuentenebro y Compañía. 1805.

CCPB 000409850-1.

[18] 6 Poesías de Juan de Mena 8.º rustica

QUINTANA, Manuel José: *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días recogidas y ordenadas por...* Madrid. Por Gómez Fuentenebro y Compañía. 1807.

CCPB 000131543-9. – PALAU, XIV, nº 244811.

[19] 3 Lardizabal Sistema moderno de la Guerra 2. tomos rustica

BUELOW, Heinrich Wilhelm Von: *Espiritu del sistema moderno de guerra… aumentándolo con notas y un discurso por ... Josef Xavier de Lardizabal*. Madrid. Por Eusebio Alvarez. 1806.

CCPB 000280138-8.

[20] 150 Exercicios Quotidianos pasta

MARTÍN, Manuel: *Exercicio quotidiano, con diferentes oraciones y devociones para antes y después de la confesión, y sagrada comunión*... Madrid. Por la Viuda de Barco. 1807.
CCPB 000836791-4.

[21] 6 Mapas de Italia por López

[22] 6 dichos de Alemania por id.

[23] 150 dichos de España de 4 hojas

[24] 200 Mapas de España de 1ª hoja

[25] 12 dichos Juegos de las provincias siguientes, los 4 reinos de Andalucía; la Mancha, la Extremadura, Cataluña y Valencia.

[26] 12 Cuaderno de Trajes de España (que son 4, o 6 cuadernos en 8.º en negro)
Quizás *Colección general de los trages que en la actualidad se usan en España, principiada en el año 1801 en Madrid*. Madrid. s.i.; Se hallará en las librerías de Castillo…, y de la viuda de Cerro… s.a.
CCPB 000892944-0